CONEXIONES TRASATLÁNTICAS

Viajes medievales y crónicas de la conquista de América

Jimena N. Rodríguez

EL COLEGIO DE MÉXICO

CONEXIONES TRASATLÁNTICAS:
VIAJES MEDIEVALES Y CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA

SERIE
ESTUDIOS DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
LVI

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

CONEXIONES TRASATLÁNTICAS: VIAJES MEDIEVALES Y CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Jimena N. Rodríguez

EL COLEGIO DE MÉXICO

917
A356c Rodríguez, Jimena N.
Conexiones trasatlánticas : viajes medievales y crónicas de la Conquista de América / Jimena N. Rodríguez. -- 1a ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2010.
268 p. ; 22 cm. (Serie Estudios de Lingüística y Literatura ; LVI)

ISBN 978-607-462-115-0

1. América -- Descripción y viajes -- Relatos personales 2. Viajes -- Hisoria. 3. América -- Descubrimiento y exploración -- Relatos personales. 1. t.

Primera edición, 2010

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-115-0

Impreso en México

A mis padres,
que me enseñaron el amor por los libros

CONTENIDO

Agradecimientos 11
Introducción 13

El relato de viajes

La discusión genológica 21
Literatura y viajes 21
Literatura de viajes 24
El relato de viajes, una propuesta para el análisis 39
Principios de codificación del relato de viajes 43
Narrador-personaje 43
Itinerarios: la partida, la travesía, el encuentro, el retorno 44
Los esfuerzos del viaje 47
Construcción por medio de la descripción 50
Dos vertientes: lo heredado y lo adquirido 53

Relato de viajes y crónicas de la Conquista

El relato de viajes en el mundo medieval 59
El relato de viajes en crónicas de la Conquista 65
El viaje como relato intercalado 73
Tradiciones discursivas en crónicas de la Conquista 75
Presencia de formas de prosa jurídica 76
Presencia de otras formas de prosa narrativa 86
De la literatura de viajes a las crónicas de la Conquista: probanzas de méritos / cuestionarios / relaciones / informes oficiales 95

Procedimientos narrativos y descriptivos del relato de viajes hispánico-medieval en crónicas de la Conquista

Procedimientos de escritura compartidos 103
Procedimientos narrativos, organización textual 104
Procedimientos descriptivos 112
Similitudes temáticas, motivos recurrentes 121
Territorios recorridos 121
Ciudades halladas. 130
Retórica descriptiva 151
Tópicos 151
Figuras 159

Codificación de viajes por el Nuevo Mundo en crónicas de la Conquista

Viajes por el nuevo mundo. 171
La expedición a Tenochtitlan 173
La expedición a las Hibueras 193
El viaje de Cabeza de Vaca 207

Conclusiones. 243
Bibliografía 251

AGRADECIMIENTOS

La escritura de un libro es también un viaje. Mi viaje tuvo el apoyo decisivo del Centro de Estudios Lingüíticos y Literarios de El Colegio de México. Agradezco a esta institución las sucesivas becas que permitiron su realización y a la Fundación Cultural Lya y Luis Cardoza y Aragón por el reconocimiento a mi trabajo.

Agradezco especialmente al Dr. Aurelio Gonzáles su compromiso y dedicación.

A quienes en diferentes momentos y circunstancias leyeron versiones preliminares, hicieron sugerencias y señalaron mis errores, entre ellos a la Dra. Luz Elena Gutiérrez de Velazco, a la Dra. María José Rodilla, al Dr. Karl Kohut y al Dr. Ottmar Ette.

Agradezco el apoyo de las amigas que dejé, Paula y Natalia, y la compañía de los amigos que encontré, Pablo, Manuel, Iván, María José, Gabriela y Valeria.

Mi agradecimiento especial a Alejandro de Oto, quien me impulsó a viajar y a escribir. Y a Mario Rufer, Yissel Arce y Durfari, porque sin ellos el viaje hubiera sido imposible.

Por último, doy las gracias a mis padres, porque me dejaron partir sabiendo que este sería un viaje sin regreso.

INTRODUCCIÓN

Las crónicas de la Conquista son los testimonios escritos por los primeros europeos que llegaron al continente americano. Dentro de este grupo se encuentran las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Estos tres textos —disímiles entre sí en más de un sentido— tienen en común la particularidad de estar escritos por los primeros expedicionarios que participaron en la exploración de algunos territorios americanos. Por esta razón, contienen las primeras impresiones españolas del Nuevo Mundo y están escritos desde y para la cultura europea del siglo XVI. Según Marc Augé, los europeos del siglo XVI fueron los últimos que experimentaron lo que el hombre moderno experimentaría si se probara la existencia de seres vivos en el espacio exterior: a partir de ellos, todo viaje es ya un *viaje imposible*.[1] En este sentido, el significado de un viaje que ya no podemos concebir más que en la fantasía de *mundos posibles* deviene o puede devenir de nuevas lecturas sobre los *textos posibles* en las crónicas.

Los viajes narrados en las crónicas de la Conquista suponen la apertura epistemológica del espacio y el "encuentro" de dos mundos. Sólo en este sentido, son también los últimos grandes relatos que componen y presentan un mundo desconocido. Como lectores modernos, acercarnos a estos textos supone el esfuerzo de tratar de entender un mundo distinto al nuestro, y, a la vez, entender que no es un mundo lo que tratamos de entender, sino lo que los textos dicen de ese mundo. La realidad que describen las crónicas

[1] Marc Augé, *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Gedisa, Barcelona, 1998, pp. 15-16.

de la Conquista es difícil de aprehender, entre nosotros y esa realidad no sólo se interponen más de 500 años y por consiguiente los dogmas, los convencionalismos y las ideas de una época distinta, sino también los condicionamientos sociales e históricos de los que surgen los relatos que hablan de ella, los intereses particulares de quienes los escriben y, sobre todo, las condiciones inherentes a toda escritura. Aquello que se interpone entre nosotros y la realidad del último "encuentro" de dos mundos, encuentro posibilitado por los últimos grandes viajes de la Historia (los últimos *viajes posibles*, diría Augé), lo que se interpone entre nosotros y ese encuentro, repito, son textos.

Retomando una expresión de Alfonso Mendiola, las crónicas de la Conquista nos ponen en contacto con palabras y no con la Conquista (batallas, flechas, arcabuces, soldados, etc.). Estos textos, como tales, tienen un carácter específico por su condición literaria y por la tradición en que se insertan, y su peso específico no depende del universo que refieren, sino del universo literario del que nacen y de las relaciones que establecen con otros textos. En este sentido, numerosas investigaciones enlazan las crónicas de la Conquista y la novela de caballerías, y sin embargo, un conjunto de relatos ha permanecido al margen de la investigación, me refiero a la literatura de viajes: otro de los *textos posibles* en las crónicas.

A lo largo de estas páginas el lector encontrará un análisis del cruce de dos tradiciones: la del relato de viajes hispánico-medieval y la de crónicas de la Conquista. Conforme a la idea de una tradición discursiva que influye organizativa, temática y retóricamente en la escritura de los textos de los primeros conquistadores, presentaré procedimientos compartidos que permiten establecer continuidades de modelos o codificaciones literarias a la hora de narrar un viaje y dar cuenta de un mundo desconocido. Todo el material está organizado en cuatro capítulos, cuyos objetivos particulares son: la definición del relato de viajes, la demostración de la existencia de relatos de viajes en las crónicas

cas, la filiación de las crónicas con los relatos de viajes hispánico-medievales y el análisis del relato de viajes en las crónicas estudiadas.

En capítulo 1 fundamentaré qué entiendo por relato de viajes y cuáles son sus principios de codificación. Esto posibilitará la construcción de un modelo teórico que permita el movimiento entre los textos, los siglos y las geografías que los separan. Discutiré entonces algunas categorías que resultan operativas para la definición del género, entre ellas: la identificación narrador-personaje, el viaje como función organizadora de la materia narrativa y la cuestión del referente.

En el segundo capítulo estableceré los antecedentes necesarios para comprender por qué las crónicas de la Conquista presentan ciertos elementos de la codificación del relato de viajes. Dentro de estos antecedentes, revisaré las distintas tipologías propuestas por la crítica (itinerarios, guías, relatos de peregrinos) y también ciertas categorías de análisis que resultan afines a mis objetivos (cuadro intertextual, relato intercalado). Asimismo, estudiaré las tradiciones discursivas que confluyen en las crónicas, haciendo hincapié en la presencia de formas de prosa narrativa proveniente de la literatura de viajes hispánico-medieval. Todo esto estará en función de demostrar la presencia del relato de viajes en las *Cartas de relación*, en la *Historia verdadera…* y en los *Naufragios*, ya sea como relato intercalado en las dos primeras, ya como estructura general de la obra en la última. Seleccioné estas crónicas y no otras, en principio, porque todas ellas presentan las características modélicas; y luego, porque forman un corpus abarcable y limitado a un determinado territorio. Las crónicas que estudio narran tres de las primeras incursiones continentales que delimitan, *grosso modo*, el Virreinato de Nueva España. Las *Cartas de relación* y la *Historia verdadera…* describen dos importantes incursiones terrestres: hacia el centro del continente, la que lleva a Cortés y sus hombres a la ciudad de Tenochtitlan (1519); y hacia el sur, la que los lleva desde esa misma ciudad hasta la actual Honduras a través de la región Chontal (1524-1526). Los *Naufragios*, en cambio, describen una incursión al norte del continente, la expedición

de Narváez a la Florida, de la cual sólo regresan cuatro supervivientes (1527-1536). El orden en que presento el análisis de estas tres trayectorias no es casual, antes bien, es causal: me permite cubrir un espectro que va de un viaje de conquista (la expedición a Tenochtitlan) a un viaje de exploración (viaje de Cabeza de Vaca), pasando por uno que tiene algo de ambos (expedición a las Hibueras). En los tres casos, la literatura de viajes es un antecedente que puede iluminar la lectura de dichas crónicas y plantear nuevos espacios de reflexión crítica sobre las mismas.

En el capítulo III, examinaré puntualmente los procedimientos de escritura presentes tanto en los relatos de viajes hispánio-medievales como en los viajes narrados en las crónicas de la Conquista. En este punto, será necesario partir de una suposición que implica una propuesta de lectura. Hay que suponer que, dentro de las formas textuales vigentes en el siglo XVI, los relatos de viajes medievales *prestan* ciertos procedimientos narrativos y descriptivos con los cuales los primeros conquistadores dan cuenta de una realidad nueva a la que un número reducido de destinatarios puede tener acceso. De esta manera, es posible ensayar una lectura enfocada al conjunto de semejanzas —temáticas y formales— presentes en los dos grupos de textos. En este punto, la comparación no se funda ni en referencias explícitas que relacionen directamente a los textos, ni en estudios bio-bibliográficos que evocan lecturas solitarias y privadas de literatura de viajes por parte de los conquistadores. No, la comparación pretende observar los textos como construcciones narrativas vinculadas con otras formas de prosa narrativa por el uso de temáticas y procedimientos de escritura similares.

Siguiendo esta premisa, la tarea consistirá en revisar y ejemplificar los elementos constitutivos de los relatos de viajes hispanico-medievales que pueden rastrearse en la narración de los viajes de Bernal, Cortés y Cabeza de Vaca por el Nuevo Mundo. Es decir, reconocer en sus crónicas aquellos procedimientos de escritura que, en lo general, pueden pertenecer a otras formas de prosa narrativa y, en lo

particular, a un limitado corpus medieval de relatos de viajes conocido en el mundo hispánico: el *Libro de las Maravillas del Mundo*, el *Libro de Marco Polo*, las *Andanças e viajes de un hidalgo español* y la *Embajada al gran Tamorlán*. El corpus de relatos de viajes hispánico-medieval estuvo delimitado por un criterio funcional a los objetivos del trabajo; en la base de ese criterio se encuentra un principio de regionalización ajustado al mundo hispánico: los textos nombrados presentan las características modélicas y son relatos que tienen difusión en el mundo peninsular.

Por último, retomaré los elementos de análisis propuestos en el modelo teórico para analizar tres viajes en el Nuevo Mundo: la expedición a Tenochtitlan, narrada por Bernal Díaz en los capítulos XX al XCII de su *Historia verdadera*…; la expedición a las Hibueras, narrada por Cortés en la Quinta carta de relación; y el viaje de Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*. Está de más decir que, en sus orígenes, estos textos no fueron concebidos por sus autores como relatos de viajes, sino como relaciones que interesaban a la Corona por dar cuenta de la Conquista y que probaban sus méritos y participación en la misma. De hecho, si relatan un viaje, es solamente en forma parcial y sin embargo son textos portadores de información sobre territorios remotos, textos que reconstruyen un itinerario y narran una experiencia que implica un desplazamiento geográfico y también cultural. Mientras los narradores relatan dicho desplazamiento y describen las características del paisaje natural y de sus habitantes, al mismo tiempo transitan por campos del conocimiento y del imaginario, ratificando, discutiendo y reformulando saberes que quedan plasmados en sus crónicas. Todos estos aspectos serán desarrollados en el capítulo IV, demostrando la utilidad del modelo propuesto y la codificación de viajes en crónicas de la Conquista.

EL RELATO DE VIAJES

LA DISCUSIÓN GENOLÓGICA

Literatura y viajes

La relación de la literatura y los viajes es antigua. Incluso hay quien ha dicho que "el viaje es el eje estructurador del relato occidental".[1] Desde el Cid, pasando por caballeros andantes, pícaros y hasta el propio don Quijote, todos ellos viven sus aventuras y desventuras a lo largo de un camino, pero ¿acaso la narración de esas aventuras constituye un relato de viajes? Para una caracterización genológica de la literatura de viajes es necesario aclarar la diferencia entre el viaje como motivo y el viaje como función organizadora de la materia narrativa.

Joaquín Rubio Tovar afirma como hecho "incontrovertible que todas las formas de la narrativa románica medieval expresan eso que en la realidad llamamos movimiento: guerras, peregrinaciones, embajadas, torneos, cacerías, viajes al otro mundo, etcétera".[2] No obstante, un viaje es movimiento, pero el movimiento —por más recurrente que sea en "todas las formas de la narrativa románica medieval"— no necesariamente implica un viaje y mucho menos un relato del mismo. En cuanto al movimiento como tema recurrente me inclino por la afirmación de Isabel de Riquer:

> en las diversas formas de la narrativa, los actos de los personajes se desarrollan siempre en diferentes lugares; los viajes de los protagonistas y de

[1] Blanca López de Mariscal, *Relatos y relaciones de Viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI. Un acercamiento a la identificación del género,* Polifemo-Tecnológico de Monterrey, Madrid, 2004, p. 32.

[2] "Viajes, mapas y literatura en la España medieval", en Miguel Ángel García Guinea (ed.), *Viajes y viajeros en la España medieval*, Polifemo, Madrid, 1997, p. 25.

> los demás personajes son constantes. El relato transcurre paralelamente a los pasos de estos héroes: guerras, embajadas, luchas federales, viajes, torneos, cacerías, *quêtes*, peregrinaciones. […] La salida hacia cualquier sitio no es nunca un acontecimiento fortuito o gratuito en la narración porque tiene una función específica: la de lanzar la acción y la de ir elaborando el relato.[3]

En efecto, en la novela de caballerías, por ejemplo, un caballero puede custodiar un determinado territorio, luego participar en un paso honroso y más tarde en un torneo. Esto implica que, de una forma u otra, se mueve por una geografía histórica o mítica, pero no por ello la narración de sus desplazamientos constituye un relato de sus viajes. El viaje puede ser el tema de una unidad de significado y los muchos viajes del personaje pueden integrar los nexos temáticos de esa obra, pero en todos los casos tiene la función específica de proyectar la acción del personaje y contribuir al desarrollo del mismo.

En la novela de caballerías, el viaje es un motivo dinámico, es decir, modifica la situación del personaje:[4] las salidas del caballero encadenan los episodios que construyen la fama del mismo. De esta forma, un caballero deambula en busca de las aventuras que le darán el renombre necesario para llamar la atención de alguna dama heredera o de su protector, que la otorgará en unión como premio a su esfuerzo.[5] En la novela de caballerías, el viaje es un motivo que presenta una codificación particular en cuanto a la caracterización del caballero: el movimiento, la salida, genera las aventuras que permitirán acrecentar la fama del personaje principal.

[3] "La peregrinación fingida", *Revista de Filología Románica*, 8 (1991), p. 106.

[4] Boris Tomachesvski, *Teoría de la literatura*, Akal, Madrid, 1982, p. 188.

[5] Por ejemplo, esto le sucede a Dragonís, cuando Amadís le pide que se case con la Infanta Estrelleta, en recompensa a sus numerosos servicios. Dragonís, como buen caballero, se debate entre seguir buscando aventuras, porque "mucha honra y gran fama podía ganar", o complacer a Amadís. (Véase Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, edición de Juan Manuel Cacho Blecua, Cátedra, Madrid, 1988, t. 2, pp. 1616-1617).

En esta misma clave se podrían leer los viajes del Cid. En el *Poema de Mio Cid*, el castigado personaje se desplaza de un sitio a otro y, como opina María José Rodilla, su destierro implica deshonra pero posibilita el viaje: "ruptura y abandono de la tierra", pero, por lo mismo, "conquista de otras nuevas".[6] Esta podría ser la explicación a las palabras del Cid: "¡Albricias, Álbar Fáñez, ca echados somos de tierra!" (*Cid*, v. 14);[7] en el momento del destierro, la palabra 'albricias' otorga un sentido particular al viaje: la posibilidad de realizar hazañas. En la primera parte del poema épico, el viaje está en función del desarrollo del personaje y de la trama: desde la salida de Castilla a la toma de Valencia, el destierro permite un recorrido donde se lucha por recuperar un espacio territorial y simbólico.[8]

La distinción entre el viaje como una función organizadora de la materia narrativa y el viaje como motivo enriquece la discusión genológica. Esta distinción ha resultado eficaz para decidir, por ejemplo, la inclusión o no de una obra dentro del género. Sobre este asunto, la polémica que Rafael Beltrán sostuvo con Bárbara Fick resulta aclaratoria: mientras la autora incluye *El Victorial* como libro de viajes, Beltrán, en cambio, considera el viaje sólo como un episodio en la construcción narrativa del personaje, episodio compuesto en función del desarrollo heroico de Pero Niño en la obra.[9] El viaje o los

[6] "Cartografías medievales. Literatura en movimiento", en Concepción Company, Aurelio González y Lilian von der Walde (eds.), *Textos medievales: recursos, pensamiento e influencia. Trabajos de las IX Jornadas Medievales*, El Colegio de México-UAM-UNAM, México, 2005, p. 396.

[7] *Poema de Mio Cid*, edición de Ian Michael, Castalia, Madrid, 1984.

[8] "La historia del Cid es la historia de un duro itinerario, de una lucha continua para poseer un nuevo espacio, que incluye desplazamientos, invasión […] y conquistas" (María José Rodilla, "Cartografías medievales. Literatura en movimiento", *op. cit.*, p. 396).

[9] Véase Rafael Beltrán, "Libros de viajes medievales castellanos. Introducción al panorama crítico actual: ¿cuántos libros de viajes medievales castellanos?", *Revista de Filología Románica*, Anejo I (1991), pp. 124-163; y Bárbara Fick, *El libro de viajes en la España medieval*, Seminario de Filología Hispánica, Santiago de Chile, 1976, *passim*.

viajes de un personaje pueden ser un motivo que incluso estructure la trama de un relato —como en el caso de la novela de caballerías—, pero siempre tiene la función específica de proyectar la acción del personaje, contribuir a su desenvolvimiento y elaborar el relato, es decir, desarrollar la trama.

En la literatura de viajes, en cambio, el viaje organiza el relato. La materia narrativa —todo el conjunto de acontecimientos narrados, toda la información presentada, todas y cada una de las acciones del personaje, etcétera— se dispone en un itinerario o recorrido que consiste en una sucesión de nombres de lugares o su descripción ordenados cronológicamente. En este orden, la mención de un espacio sirve para recordar el suceso ahí acaecido y este procedimiento logra que el lector pueda recorrer el camino descrito paso a paso, conociendo lo sucedido en cada lugar del itinerario. Este procedimiento de organización configura una literatura "que permite el movimiento".[10]

Literatura de viajes

Hay quienes, desde una concepción antropológica del viaje y basándose en la recurrencia del mismo, niegan el carácter específico que pueda tener la literatura de viajes como categoría literaria. Ésta es, por ejemplo, la postura de Claude Kappler:

> Il est inutile de se demander si le récit de voyage constitue un genre littéraire: depuis l'*Odyssée* jusqu'aux récit de science-fiction du XXe siècle (voyages dans le temps, dans l´espace, à travers le corps humain, etcétera) en passant par ceux de Lucien (*Histoires véritables* et autres récit), l´abondante littérature de voyages réels et imaginaires répond à

[10] Ottmar Ette, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, UNAM, México, 2001, p. 23.

> notre place. Tout au long de l´histoire humaine, le voyage, le récit de voyage, constituent l' idéal véhicule des rêves et des mythes.[11]

Como opina Kappler, la literatura de viajes ha gozado de una enorme popularidad. No obstante, parece conveniente distinguir un viaje de su relato y tener presente que el relato, como tal, debe ser estudiado con un sistema de herramientas afín a su especificidad literaria, porque eso que llamamos literatura de viajes tiene un carácter específico, es decir, es un universo discursivo reconocible por leyes propias.

Para los efectos de la presente investigación, 'literatura de viajes' es un término general que designa una clase de textos. En este sentido y puesto que toda clase de textos puede convertirse, por extensión, en una serie de propiedades,[12] es relevante establecer aquellas que son necesarias y excluyentes para su identificación. Por consenso más o menos generalizado, esta clase reúne a todos aquellos textos: escritos en prosa por un sujeto que, en primera persona, describe su viaje por un espacio desconocido consignando lo visto en descripciones del clima, el paisaje, la flora, la fauna, las costumbres de los habitantes de los lugares que visita, etcétera.

Estas propiedades pueden aplicarse a un conjunto reducido de manifestaciones, puesto que la literatura de viajes engloba no sólo textos escritos en prosa sino también en verso.[13] Tampoco están escritos sólo en primera persona, ya que también hay ejemplos que se

[11] Claude-Claire Kappler, *Monstres, démons et merveilles à la fin du Moyen Age*, Payot & Rivages, Paris, 1999, p. 71.

[12] Tzvetan Todorov, "El origen de los géneros", en Miguel Ángel Garrido Gallardo (comp.), *Teoría de los géneros literarios*, Arco/Libros, Madrid, 1988, p. 36.

[13] En el contexto hispánico, hay un ejemplo ampliamente estudiado, la *Tribagia* de Juan del Encina. Sobre la *Tribagia* como literatura de viajes remito a los trabajos de César Domínguez. Véase, *Juan del Encina, el peregrino: temas y técnicas de la "Tribagia"* (Queen Mary and Westfield College, London, 2000); y "Un relato de viaje de Juan del Encina: la *Tribagia* y su llamada a la *recuperatio Terrae Sanctae*" (*Revista de Literatura Medieval*, 11 (1999), pp. 217-245).

encuentran escritos en tercera.[14] No siempre son textos que hace un sujeto sobre su propia experiencia de desplazamiento en el espacio, puesto que uno de los clásicos de la literatura de viajes medieval, *El libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla, fue escrito sin que su autor haya estado en todos los lugares que recorre como personaje-narrador en su libro. Pronto volveré sobre el asunto, pero, para terminar, el espacio visitado no necesariamente es desconocido, ya que previamente puede haber sido estudiado en la lectura de otros textos que hablen de él o en el relato de otros viajeros que lo hayan recorrido con anterioridad. Quizás el caso extremo, el colmo del viajero que llega a un espacio para poner en movimiento lo ya sabido y estudiado en los relatos de diversos autores es el caso de Colón. A la ignorancia absoluta del significado de la tierra hallada, se suman las coincidencias y Colón encuentra lo que esperaba encontrar: no sólo había un continente en el lugar donde sus suposiciones situaban a la India sino que, además, se tropieza con él en la única parte donde se halla rodeado de islas, cosa que, gracias a las noticias de Marco Polo, Colón esperaba encontrar.[15] Lo extravagante del caso es que ese mundo *pre*-sabido y *pre*-concebido era verdaderamente un mundo desconocido.

De inmediato se advierte entonces que la literatura de viajes —como quizás cualquier literatura— ofrece numerosas dificultades para su caracterización formal; además, posee una serie de "parientes cercanos" o géneros que, en estrechas relaciones, comparten rasgos.[16]

[14] Francisco López Estrada ha estudiado el uso de la tercera persona en la construcción narrativa de la *Embajada a Tamorlán*. Véase "Procedimientos narrativos en la *Embajada a Tamorlán*", *El Crotalón*, I (1984), pp. 129-146.

[15] Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor Don Cristóbal Colón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991, p. 270.

[16] Bárbara Fick ha señalado la relación de la literatura de viajes con la crónica, la autobiografía y la biografía (*El libro de viajes en la España medieval*, *op. cit.*, *passim*); y Marta Haro ha estudiado su cercanía con la literatura sapiencial ("El viaje sapiencial en la prosa didáctica castellana de la Edad Media", en Alan Deyermond y Ralph

Asimismo, por la presencia de descripciones del mundo visitado, descripciones que se consideran "objetivas", la literatura de viajes ha sido utilizada como fuente histórica y aprovechada en virtud de sus aspectos documentales. Este "uso" documental se debe a que la literatura de viajes aparenta una transparencia en cuanto a lo que representa, esto es, se dice reproducción de un viaje real, aunque en muchos casos esto sólo sea un artificio.[17]

Este efecto se logra porque el narrador se identifica con el autor del viaje (viajero) y con el autor del relato que narra ese viaje. No obstante, como señala Sofía Carrizo Rueda parafraseando a Barthes, "si quien escribe no es quien existe […] quien narra no es quien viaja".[18] Parece más adecuado hablar entonces sólo de la identificación narrador-personaje. En primer lugar, porque "quien habla (en el relato) no es quien escribe (en la vida) y quien escribe no es quien existe".[19] En segundo lugar, porque para las expresiones del género en el mundo románico medieval, la identificación autor-narrador-viajero deja de ser operativa dadas las particularidades de cada manifestación. Por ejemplo, para el caso del libro de Marco Polo, mientras este último ha sido señalado como viajero y narrador, el escrito, en cambio, se atribuye a un escriba. Para el caso de la *Embajada a Tamorlán*, otro ejemplo, Francisco López Estrada ha puesto en evidencia que González de Clavijo, identificado como uno de los viajeros en la embajada, difícilmente puede ser señalado como único autor. Al estudiar las

---

Penny (eds.), *Actas del primer congreso Anglo-Hispano*, Castalia, Madrid, 1994, t. 2, pp. 59-72).

[17] Véase Alejandro de Oto y Jimena Rodríguez, "Sobre fuentes históricas y relatos de viajes", en Sandra Fernández, Patricio Geli y Margarita Pierini (eds.), *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*, Prehistoria, Rosario, 2008, pp. 21-32.

[18] Sofía Carrizo Rueda, "Pero Tafur, un autor-personaje cuestionado desde su propio discurso", en José Manuel Lucía Megías (ed.), *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 1997, t. 1, p. 462.

[19] Roland Barthes *et al*, *Análisis estructural del relato*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970, p. 34.

fluctuaciones entre el uso de la primera persona del singular, la primera del plural y algunas formas de carácter impersonal que presenta el relato, López Estrada se inclina por ver la *Embajada a Tamorlán* "como obra colectiva".[20] La práctica de dictar (y reconocer el hecho de que se dicta a un escriba) era corriente en Europa: Marco Polo dicta sus viajes a Rustichelo, Ibn Baṭṭūṭa dicta los suyos a Ibn Yuzayy y hasta Álvar Núñez Cabeza de Vaca dicta sus *Comentarios*.

Es preferible entonces anclar el análisis *en* el texto. La identificación narrador-viajero es la única categoría eficaz: la literatura de viajes implica la construcción de un personaje (que puede o no ser autobiográfico) que asume el papel de narrador. Este personaje, el viajero, ha dado ocasión a una de las primeras reflexiones genológicas sobre la literatura de viajes en el medioevo románico; me refiero al libro de Jean Richard, *Les récits de voyages et de pèlerinages*. Richard establece una partición del género en siete subtipos ("guides de pèlerinages; les récits de pèlerinages; les récit de croisades et d'expéditions lointaines; les relations des ambassadeurs et des missionnaires; les explorateurs et les aventuriers; les guides des marchands; les voyageurs imaginaires"), pero aquello que caracteriza a cada subtipo es la "clase de viajero" (el peregrino, el cruzado, el embajador, el explorador, el mercader, etcétera).[21] Al ser aceptada como una forma textual historiográfica, muchos de los intentos de definir genéricamente a la literatura de viajes derivan no del estudio de los rasgos internos de las obras o del estudio del sistema literario en el que se desarrollan, sino

[20] En palabras de Francisco López Estrada: "resulta mejor considerar que la obra haya sido una relación de los sucesos del viaje establecida entre los componentes de la expedición que volvieron a España, apoyada en los datos anotados y en la memoria de todos. Desde esta reunión de datos hasta el libro terminado habría un proceso de elaboración en el que cada uno contribuiría en la medida de sus medios" ("Procedimientos narrativos en la *Embajada a Tamorlán*", *op. cit.*, p. 144).

[21] Jean Richard, *Les récits de voyages et de pèlerinages,* Imprimerie Orientaliste, Turnhout, 1981, pp. 15-39.

de aspectos referenciales como los tipos de viajeros que han existido y sus diferentes propósitos.[22]

Desde un punto de vista literario considero que una caracterización del género basada en aspectos referenciales puede aportar estudios que, fragmentando el texto, sólo comprueben su mayor o menor veracidad.[23] En este sentido, es ilustrativa la discusión entre Marcos Jiménez de la Espada —editor de la primera edición del *Libro del conocimiento…* (1877) y ferviente defensor del mismo como relato de un viaje real— y Alfred Morel-Fatio. El editor defendía su postura basándose en el hecho de que Juan de Béthencourt había conquistado las Islas Canarias gracias a la información ofrecida en el *Libro del conocimiento…*; Morel-Fatio, por su parte, se negaba a aceptar la obra como fruto de un viaje real y ofrecía una lista de errores y confusiones geográficas para apoyar su postura.[24] Muchos años después de esta anecdótica discusión, la crítica coincide en que el *Libro del conocimiento…* fue escrito en el marco de una cultura enciclopédica y que su autor copió de otros textos la información que presenta como producto de la experiencia de un viaje real. Más allá de la discusión, el caso patentiza un artificio particular: la literatura de viajes siempre se dice reproducción de un viaje real.

[22] Esto mismo caracteriza las propuestas de José Enrique Ruiz-Domènec ("El viaje y sus modos: peregrinación, errancia, paseo", en Miguel Ángel García Guinea (ed.), *Viajes y viajeros en la España medieval*, Polifemo, Madrid, 1997, pp. 85-94) y de Michel Mollat ("L' Homo viator", *Temas medievales,* 5 (1995), pp. 5-14).

[23] Cf. Julio Peñate Rivero, quien advierte: "la lectura literaria no implica necesariamente el olvido de los componentes referenciales del texto; al contrario, tenerlos en cuenta contribuye a resaltar la calidad estética de una obra que consigue reunir densidad referencial y elaboración formal" ("Camino del viaje hacia la literatura", en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Visor Libros, Madrid, 2004, p. 15).

[24] La discusión puede ser revisada en Alfred Paul Morel-Fatio, "Andanças é viajes de Pero Tafur" (*Revue Critique d´Histoire et de Littérature*, febrero, (1875), pp. 135-141), y en Marcos Jiménez de la Espada, "Presentación preliminar" (*El libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo, que escribió un franciscano español a mediados del siglo XIV*, Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, tomo II, 1877). De este último existe una reimpresión (El Albir, Barcelona, 1980).

Esta característica manifiesta un problema, la cuestión del referente. En la "Introducción" a su edición facsimilar del *Libro del conocimiento…*, María Jesús Lacarra advierte que "…el *yo* del libro [narrador] no pasa de ser un mecanismo formal, sin que se trasluzcan entre sus páginas detalles de la experiencia vivida".[25] Siguiendo esta línea, entonces, uno podría pensar que, una vez identificado el "componente de lo vivido" en el texto, éste podría reflejar ciertos detalles de "la experiencia" que permitirían determinar un referente real o no para el relato, es decir, determinar la existencia o no de "un viaje real". Muchos otros se han preguntado por los elementos que pueden o no distinguir un referente real de uno imaginario. César Domínguez, por ejemplo, habla del "factor testimonial" dado por ciertos signos que identifican en el texto un paso o permanencia sobre determinado territorio. Estos signos son, por un lado, la "exhaustiva información" presente o no y, por otro, la introducción o ausencia de "datos de lo cotidiano" en la narración del viaje.[26] En este mismo sentido, Rodríguez Temperley asegura que "posiblemente Mandevilla sí haya realizado un viaje a Tierra Santa", puesto que "la mención de ciertos detalles que no guardan relación con ninguna de las fuentes ya identificadas, justificarían su presencia en los sitios visitados".[27]

[25] María Jesús Lacarra *et al.*, "Estudios" a su edición de el *Libro del conoçimiento de todos los rrengos et tierras et señoríos que son por el mundo et de las señales et armas que han*, ed. facsimilar del manuscrito Z, CSIC, Zaragoza, 1999, p. 83.

[26] *Juan del Encina, el peregrino…* (*op. cit.*, p. 40 y p. 55) y "El factor testimonial en los relatos de peregrinación: el caso de la *Tribagia* de Juan de Encina" (en Javier Guijarro Cevallos (ed.), *Humanismo y literatura en tiempos de Juan de la Encina*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1999, pp. 325-334).

[27] María Mercedes Rodríguez Temperley, "Estudio Preliminar" a su edición de Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo,* SECRIT, Buenos Aires, 2005, p. XIX. Todas las citas del libro de Mandevilla son de esta edición, en adelante cito como *Libro de las maravillas del mundo*, indicando sólo el número de página.

Ahora bien, si ante la presencia de este "componente de lo vivido" o "factor testimonial" en los textos nos aventuramos a hablar de un referente real del viaje, es decir, si suponemos que ha existido una experiencia de desplazamiento en el espacio, también debemos suponer que el texto que la narra puede dar cuenta de ella. Sin embargo, nada garantiza que lo narrado tenga relación con lo vivido. La dicotomía viaje real-viaje imaginario puede ser arriesgada, porque la literatura de viajes es una *realidad textual* que no cambia porque el referente sea un "viaje real" o no.

La realización del viaje a Oriente de Marco Polo en el siglo XIII deja tras de sí un relato conocido como *El libro de Marco Polo*. *El libro de las maravillas del mundo* también relata un viaje a Oriente, pero éste se compone de la información obtenida mediante la lectura de diversas fuentes.[28] El referente del texto de Marco Polo es un "viaje real", el referente del texto de Mandevilla es un conjunto de lecturas. A los efectos de la caracterización del género da igual, tanto *El libro de Marco Polo* como *El libro de las maravillas del mundo* son considerados hoy y siempre literatura de viajes. La dicotomía viaje real-viaje imaginario no es operativa para la caracterización genológica.

Los aspectos referenciales de la literatura de viajes ofrecen algunas dificultades para su catalogación y muchos son los investigadores que han encaminado sus esfuerzos en dilucidarlas. No obstante, dudo que una caracterización genérica pueda depender del referente de aquellos textos que pretendemos incluir o no dentro de nuestras clasificaciones. Y lo dudo porque, en tanto género discursivo, la literatura de viajes sólo puede referir a una realidad textual. En este sentido, el "viaje real" puede existir o no, porque lo importante es el relato del mismo (con referente real o imaginario) y su lugar en el sistema literario. Considero necesaria entonces una perspectiva que,

[28] Las fuentes del *Libro de las maravillas del mundo* han sido ampliamente estudiadas. Véase el "Estudio Preliminar" de María Mercedes Rodríguez Temperley, *op. cit.*, p. XLIX y ss.

ante todo, distinga un viaje de su relato y evite confundir, por ejemplo, las razones por las que un viajero inicia un viaje de las razones por las que escribe un relato del mismo.

Aunque muy someramente, he presentado la distinción de Richard, que establece una clasificación con base en el viajero, sus propósitos y actitudes. Me ocuparé ahora de la de Eugenia Popeanga. El último de los subtipos que Richard identifica es el de "les voyageurs imaginaires". Al respecto, Popeanga diferencia los "libros de viajes" de la "literatura de viajes". Mientras los primeros son "aquellos que describen un viaje *real*", los segundos, en cambio, describen "un viaje *imaginario*".[29] Según Popeanga, la distinción sustancial entre los dos grupos deriva de la intencionalidad del autor. Si bien los "libros de viajes" pueden contener momentos más o menos literarios en su aspecto formal, su autor no tiene otra intención que la de informar a los lectores. En tal caso, por el tipo de discurso en que se manifiesta y por la función representativa (informativa) que cumple, el "libro de viajes" puede ser considerado como "texto científico". La "literatura de viajes" en cambio, si bien combina un discurso mixto (discurso científico y de ficción), permite la creación deliberada de un mundo maravilloso apto para satisfacer y "divertir" a un público amplio. Así, en la argumentación de la investigadora, la intencionalidad de producir efectos lúdicos caracteriza a la "literatura de viajes" y esta intencionalidad se confunde rápidamente con los propósitos del emisor (autor). La dicotomía se establece entonces entre la intención de "producir efectos lúdicos" o la intención de "informar".

Sin embargo, incluso en los orígenes más remotos del género ya se encuentran elementos de tipo maravilloso que contribuyen al "efecto lúdico" del que habla Popeanga. Los *Itineraria y Descripciones*, por ejemplo, son textos de origen romano donde los peregrinos volcaban diferentes noticias sobre su peregrinación a Tierra Santa

[29] "Lectura e investigación de los libros de viajes medievales", *Revista de Filología Románica*, Anejo I (1991), p. 16.

o Roma, noticias que otros viajeros usaban para informarse antes de emprender su propio viaje.[30] A primera vista parecen textos de carácter "informativo", pero, desde principios del siglo XI, éstos comienzan a recoger todo tipo de leyendas e interpretaciones simbólicas. Se conserva una del año 1140 —*Mirabilia urbis Romae*— que da origen a un motivo desde entonces recurrente en la literatura de viajes medieval: las *mirabilia* o todo hecho extraordinario y asombroso registrado durante el viaje.[31] Incluso donde parece claro que los autores tienen la intencionalidad de informar a los lectores, es difícil establecer un contraste operativo con base en la distinción viaje *real*-viaje *imaginario*.[32] Más allá de esta dicotomía, todo texto que pretende ser incluido en la categoría literatura de viajes se dice reproducción de un *viaje realizado*. El narrador-personaje, el viajero, se presenta como testigo de lo narrado, brinda información sobre una realidad visitada y ofrece la narración como un equivalente de su viaje. De esta manera se logra un *efecto de realidad*, claro que, como advierte Ottmar Ette, este efecto "no se puede comparar inocentemente con una determinada fidelidad a la realidad".[33] Por obvia que parezca, la aclaración es pertinente.

Para algunos puntos de vista, la literatura de viajes es una forma textual que permite la percepción de diferentes geografías y culturas y, por esta razón, es considerada una forma intrínsecamente "sujeta a la realidad". No obstante, la representación geográfica y cultural nunca puede ser igual a la geografía y cultura visitadas por el viajero. Dicha representación está puesta en un dispositivo de escritura y res-

[30] Salvadas las distancias, el uso de estos textos encuentra su paralelo con las actuales guías de viajeros.

[31] Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, Reichenberger, Kassel, 1997, p. 61.

[32] Para las manifestaciones posteriores al siglo XIX la distinción ha resultado operativa. Al respecto, véase el trabajo de Diana Salcines de Delás, *La literatura de viajes: una encrucijada de textos*, Universidad Complutense, Madrid, 1996, (Tesis de Doctorado).

[33] *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.*, p 27.

ponde a la serie de procedimientos literarios inherentes a todo tipo de escritura; asimismo, está ajustada, matizada, focalizada y puesta en perspectiva. Es verosímil pero no veraz. Con esta verosimilitud no se muestra el mundo como es, sino como se pretende. En otras palabras, dicha representación no es un duplicado de la realidad, sino una realidad posible sólo en el relato, es decir, una imagen artística de la realidad. Me refiero a la clásica distinción de Aristóteles. El poeta construye su propia disposición de los hechos acaecidos en la realidad, es decir, la historia se convierte en fábula. Esta nueva estructuración, fabulación o *póiesis* es lo que distingue a la 'poética' de la 'historia'. La mimesis o imitación poética no es una imitación de lo real, es un artificio, una elaboración sobre lo real, a la cual, además, el poeta imprime su propio estilo.

Un viajero puede recorrer un determinado territorio y luego escribir un relato de su viaje donde consigna lo visto y visitado en descripciones del clima, el paisaje, la flora, la fauna, las costumbres de los habitantes de los lugares, etcétera. Pero es evidente que su relato será "parcial e incompleto ya que el viajero es alguien que está de paso, y su convivencia con la gente del lugar visitado es limitada y circunstancial".[34] En este mismo contexto, el viajero puede incluso tomar notas para luego basar su relato en esos fragmentos, pero, al momento de darles forma, siempre opera una praxis de tipo "poética", una *poiesis*, elaboración o construcción artística de los hechos. Para el caso, dicha construcción o relato de viajes tiene un argumento que normalmente conlleva una tesis, un conjunto de supuestos y su demostración expandidos a lo largo del texto. Ese argumento puede ser producto de un "viaje real", pero su realidad textual lo hace específicamente diferente.

La literatura de viajes ha ocupado un lugar ambiguo respecto de lo ficcional y lo no ficcional y la crítica señala este aspecto recu-

[34] Francisco López Estrada, *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2003, p. 12.

rrentemente. Por ejemplo, para Eugenia Popeanga, la "mezcla entre elementos reales e imaginarios" confiere a la literatura de viajes su carácter particular.[35] Sofía Carrizo Rueda explica que la literatura de viajes tiene una construcción "bifronte", palabra con la que designa la conjunción entre "lo documental y los rasgos propios de la literaturidad".[36] Ottmar Ette, basándose en la distinción de Gérard Genette, concibe la literatura de viajes como una "literatura *friccional*" que "se caracteriza por una oscilación fundamental entre la ficción y la dicción, por un salto continuo que impide una clasificación estable".[37] Esta conjunción entre elementos reales e imaginarios, entre aspectos documentales y literarios, este carácter "friccional" de la literatura de viajes, es otra característica del género.

No obstante, la literatura de viajes interesa aquí por su "condición" literaria. Las investigaciones en torno a la literatura de viajes como categoría genológica ancladas en aspectos referenciales no son operativas, pero los intentos hacia una discusión que revisan su "condición" literaria tampoco abundan. Pionero es el artículo de Miguel Ángel Pérez Priego, "Estudio literario de los libros de viajes medievales", donde se define el género a partir de un modelo flexible de características necesarias y excluyentes:

[35] "Mito y realidad en los libros de viajes medievales", en Rafael Beltrán, José Luis Canet y José Luis Sirera (eds.), *Historias y ficciones. Actas del Coloquio sobre la Literatura del Siglo XV*, Universidad de Valencia, Valencia, 1991, p. 75.

[36] *Poética del relato de viajes*, *op. cit.,* p. 2.

[37] *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.*, p. 37. Para Genette, en la literatura de ficción se impone el carácter imaginario de sus objetos, en la literatura de dicción, en cambio, se imponen las características formales (Gérard Genette, *Ficción y dicción*, Lumen, Barcelona, 1993. p. 27). Retomando estas categorías, Ottmar Ette asegura que, "aunque la literatura de viajes incorpore (sobre todo a partir del siglo XIX) ciertos registros o formas procedentes de las especialidades científicas que funcionan como estrategias de autentificación dentro del relato, éstas son incapaces de eclipsar los procedimientos literarios inherentes a cualquier tipo de escritura" (*Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.*, p. 33).

- La articulación sobre el recorrido de un itinerario (enumeración de lugares).
- La disposición cronológica del itinerario.
- La presencia de descripciones.
- La presencia de digresiones (enfocadas a la descripción de las *mirabilia*).[38]

La descripción como elemento nuclear también fue una característica señalada, aunque no profundizada, tanto por Eugenia Popeanga como por Rafael Beltrán. Popeanga sólo señala que la descripción es "un elemento modélico-retórico dentro del código literario".[39] Beltrán, por su parte, afirma que "el libro de viajes es tal cuando las circunstancias del viaje (descripciones, noticias, informaciones) dominan claramente sobre las experiencias protagonísticas del viajero".[40] El estudio más exhaustivo al respecto es el de Sofía Carrizo Rueda. La autora presenta un modelo basado en tres componentes retóricos-descriptivos:

- Función descriptiva del relato.
- Construcción de un espectáculo imaginario.
- Referencias a las inquietudes propias de la sociedad receptora.

Para Carrizo Rueda la literatura de viajes es un discurso narrativo-descriptivo en el cual predomina la función descriptiva. Por esta razón, no importa tanto la narración del viaje, sino más bien la presentación del mundo recorrido. Este "espectáculo" se organiza alrededor de núcleos de clímax que responden a un principio de selección y jerarquización propio del contexto histórico y están enfo-

[38] "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *Epos*, I (1984), pp. 217-239.

[39] "Lectura e investigación de los libros de viajes medievales", *op. cit.*, p. 25.

[40] "Libros de viajes medievales castellanos. Introducción al panorama crítico…", *op. cit.*, p. 137.

cados a cumplir las expectativas e inquietudes de la sociedad a la que se dirige el texto.[41]

Ahora bien, de todas las características señaladas y discutidas quisiera hacer una breve recapitulación de aquellas que resultan operativas para la presente investigación. En la literatura, los viajes pueden ser un motivo que tiene la función específica de proyectar la acción de los personajes. En la literatura de viajes, en cambio, el viaje organiza el relato y todo el material narrativo se articula en un itinerario. En tanto universo discursivo, la literatura de viajes sólo puede referir a una realidad textual que puede o no tener como referente un viaje real. Así, la caracterización del género depende exclusivamente de categorías literarias: la literatura de viajes implica la construcción de un personaje que asume el papel de narrador. Este narrador-personaje, el viajero, se presenta como testigo de lo narrado, ofrece su relato como reproducción de un viaje real y describe el mundo recorrido.

[41] *Poética del relato de viajes*, *op. cit.*, p. 140.

EL RELATO DE VIAJES, UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS

En el apartado anterior determiné tres características que resultan útiles para la identificación de textos dentro de la categoría literatura de viajes.[1] Ahora bien, en tanto abstracción formal que pretende dar cuenta de múltiples manifestaciones, la literatura de viajes es una construcción imprecisa. Dichas características bien pueden ser comunes a una gran cantidad de manifestaciones, pero cada una presenta particularidades y todo esfuerzo parece incapaz de unificar textos que, por sus múltiples aspectos y evolución dentro del sistema literario, son responsables de la diversificación del género.

Jean Richard sostiene que el Medioevo desconocía la noción que identifica al grupo de textos estudiados:

> Il ne faut donc pas perdre de vue que le moyen âge n'a pas eu à proprement parler la notion d'une littérature de voyage et que le groupement que nous réalisons sous ce nom réunit quelque peu artificiellement des oeuvres très diverses.[2]

El problema surge de la heterogeneidad de formas que adopta la literatura de viajes. Sin movernos del ámbito medieval, se trate de relatos de peregrinaciones, relatos de cruzadas, de embajadas políticas, de misiones o de relatos de viajes comerciales es evidente la dificultad de unificar textos distintos bajo una misma etiqueta. Es entonces cuando las características señaladas funcionan como un modelo teó-

[1] 1/. El itinerario como función organizadora de la materia narrativa; 2/. La identificación narrador-viajero; y 3/. La presencia de descripciones de un mundo recorrido.

[2] *Les récits de voyages*…, *op. cit.*, p. 36.

rico que agrupa a todo ese conjunto diverso de manifestaciones sin perder de vista las particularidades de cada una.

Si la literatura de viajes es el modelo, cada una de las realizaciones de dicha construcción teórica es un relato de viajes. Uso la noción de 'relato de viajes' frente a cualquier otra porque, en primer lugar, parece sostener mejor cierta materialidad del modelo planteado, es decir, porque parece sostener la posibilidad de imaginar una a una la pluralidad de las realizaciones del modelo. En segundo lugar, porque, como se verá más adelante, resulta una noción apropiada para describir la capacidad del relato de viajes de funcionar como historia intercalada. Cada manifestación concreta o relato de viajes implica una variación de las características del modelo, pero éste, a su vez, otorga los elementos para su reproducción. En otras palabras, el modelo de la literatura de viajes es la abstracción teórica de un conjunto de realizaciones, pero también es un punto de referencia para su reproducción.[3] Esto último resulta primordial, puesto que permite explicar ciertas continuidades entre los relatos de viajes medievales y los viajes narrados en crónicas de la Conquista.

Los *Naufragios*, la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* y las *Cartas de relación* son textos que dan cuenta del descubrimiento, exploración y conquista del Nuevo Mundo. En ellos se narran los viajes expedicionarios que describen los territorios recorridos y las culturas encontradas en el camino; en la narración de estos viajes el itinerario seguido impone un orden al relato y el conquistador describe el mundo que se despliega ante él. En otras palabras, algunos de los segmentos narrativos de los textos nombrados realizan el modelo de la literatura de viajes: se estructuran en torno a la reconstrucción de un itinerario, presentan la identificación del narrador-viajero y describen un mundo recorrido.

[3] Agradezco aquí los comentarios del Dr. Aurelio González, quien me guió en este análisis.

Es pertinente volver ahora a la noción de relato de viajes. Ésta permitirá estudiar el funcionamiento de un conjunto de elementos propios de la literatura de viajes en textos que, si bien no son considerados como tales, presentan esa codificación. A continuación presentaré una serie de principios de codificación que serán desarrollados de manera flexible en el capítulo IV, cuando sea el momento del análisis de la codificación del viaje en las crónicas de la Conquista.

PRINCIPIOS DE CODIFICACIÓN DEL RELATO DE VIAJES

Narrador-personaje

El "yo" del relato es un elemento que, además de unificar lo narrado, cumple otras funciones directamente relacionadas con la verosimilitud, la agilidad y el didactismo de la narración. El narrador del relato de viajes tiene dos funciones: la del personaje y la del narrador. El personaje es la figura del viajero que da el testimonio de los hechos y tiene la función de construir la credibilidad que aportan "lo visto" y "lo vivido". El narrador, en cambio, es el que "transmite informaciones poniéndolas siempre en relación con lo ya sabido",[1] lo supuesto, o lo conocido por el lector. Por lo mismo, es el que controla las fuentes, se distancia de los hechos, ofrece la valoración de los mismos, maneja la temporalidad —el presente de la escritura y el pasado del viaje—, asume el orden del relato y la manera de contar lo sucedido. Su voz se manifiesta claramente en aquellos pasajes donde hay una reflexión sobre la manera de presentar el viaje o una referencia a su función de narrador. La credibilidad del personaje, que "todo lo vio y vivió", se completa con la perspectiva del narrador y ambos construyen la narración del viaje de la siguiente manera: el narrador cuenta la historia que vivió, tiempo atrás, el personaje o viajero y el resultado es una narración que muestra dos tiempos. Un presente de la escritura, que se ofrece como una recuperación de la experiencia, y un pasado del viaje.

[1] Ottmar Ette, *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.,* p. 35.

Itinerarios: la partida, la travesía, el encuentro, el retorno

El relato de viaje se estructura a partir del trazado y recorrido de un itinerario. Este itinerario ocupa la totalidad del relato y organiza todo el material narrativo en una sucesión cronológica de nombres de lugares y su descripción. Pero lo relevante no es el itinerario en sí, sino más bien lo que significa para el conjunto del relato cada momento y lugar del mismo. Resulta útil entonces atender no al aspecto referencial sino a la distribución narrativa del itinerario —descripciones y acciones sucedidas en cada lugar— y a la significación de cada segmento narrativo en el conjunto, es decir, resulta útil atender a la disposición del viaje. Para ello, la totalidad del itinerario puede ser dividida en cuatro secuencias narrativas: la partida, la travesía, el encuentro y el retorno.[2]

La partida. La partida supone el alejamiento del lugar de origen, aunque no necesariamente una despedida del mismo.[3] El comienzo del recorrido se representa con la enunciación de la voluntad de despedirse de lo propio, pero en la mayoría de los casos esa voluntad implica llevarse lo conocido a lo desconocido. Esta dimensión puede tomar distintas formas en los textos que estudio, la del servicio al rey, la del peligro que supone hacerse a la mar para emprender un viaje a un mundo inexplorado, la de las ilusiones de un futuro mejor, etcétera. Es un punto importante por dos razones. Primero, porque manifiesta la retórica del relato de viajes, es decir, la intención de resaltar un servicio para obtener algún tipo de beneficio. Segundo, porque

[2] Aunque modificadas, tomo estas categorías de análisis de Ottmar Ette, quien las propone como "lugares del relato de viaje": la despedida, el punto álgido, la llegada y el regreso (*ibid*., pp. 37-51).

[3] Agradezco los comentarios del Prof. Dr. Kart Kohut, la Dra. María José Rodilla y la Dra. Luz Elena Gutiérrez de Velazco, quienes oportunamente sugirieron el uso del término 'partida' en lugar de 'despedida'.

evidencia los distintos puntos de vista con los que se construye esa retórica: el soldado, el cronista, el expedicionario, etcétera.

La travesía. En lo particular, es la reconstrucción textual del viaje en su conjunto, que se manifiesta en la articulación de tres elementos: un sujeto de la narración preciso, el viajero, que generalmente es también el narrador del relato; coordenadas espacio-temporales; y verbos de movimiento. En lo general, cada viaje modela una figura de desplazamiento, un tipo de movimiento en el espacio definido en una representación particular.[4] Aunque serán desarrolladas, menciono aquí que las tres trayectorias estudiadas en crónicas de la Conquista (la travesía a Tenochtitlan, la travesía a las Hibueras y la travesía a la Florida) constituyen un viaje en *línea recta,* un viaje *circular* y un viaje *zigzagueante,* respectivamente.

El encuentro. Puede suceder en cualquier punto del itinerario porque es la dimensión del contacto con lo nuevo y desconocido. Se trata de todos aquellos momentos de la narración donde se vuelca la tradición del viajero para describir lo hallado. El viajero no sólo deja descripciones de las realidades visitadas sino que, además, da opiniones que muestran su visión personal del mundo que recorre. No es difícil advertir que en toda descripción hay una fuerte intervención de la subjetividad, en principio, sólo porque el universo con el que se entra en contacto es caracterizado con los parámetros del viajero, luego, porque las descripciones con las cuales intenta trasmitirlo utilizan objetos y realidades conocidas a modo de comparación. Lo importante aquí es que la serie dispersa de *encuentros* sucedidos a lo largo del itinerario pueden identificarse en todos aquellos lugares de la narración que hablan no sólo de culturas y lugares ajenos sino también de la cultura propia.

El retorno. Como señala Ottmar Ette, el *retorno* representa la finalización del ciclo. Sin embargo, no necesariamente implica un movimiento circular, una vuelta al punto de partida. Se trata más bien

[4] Ottmar Ette, *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.,* p. 51.

de un momento subjetivo: la pertenencia a un lugar. Este momento se manifiesta de dos formas: una "apropiación" de lo desconocido, seguido de una "renovación" de lo propio. Esto implica varias cuestiones: primero, el arribo al lugar de destino; segundo, la permanencia en dicho lugar; y tercero, la duración en el contacto con lo distinto. En la trayectoria de la expedición a Tenochtitlan, por ejemplo, hay un punto determinado al que se dirigen los conquistadores, pero no hay un regreso propiamente dicho: tanto Bernal Díaz del Castillo como Hernán Cortés permanecieron en el lugar de destino. En el caso de Cabeza de Vaca, si bien regresa a la península ibérica, vive nueve años con los habitantes autóctonos de las regiones que recorre y ello tiene profundas implicaciones para el viajero, relacionadas todas ellas con el cuestionamiento de un modelo de percepción prefijado y conocido.

El *retorno* se compone de todos aquellos pasajes donde la mirada del expedicionario se amplía con informaciones que recibe durante el viaje y con la experiencia de lo culturalmente ajeno. Allí donde lo visto, lo oído y lo desconocido se unen con lo "ya sabido" hay incorporación de conocimientos y exploración de nuevas posibilidades. Para muchos de los conquistadores el Nuevo Mundo representó un punto sin retorno —un cambio de perspectiva, un nuevo punto de vista— y sus relatos pueden dar cuenta de los prolegómenos del criollismo.[5]

[5] Soy consciente de que la palabra 'criollismo' no es la adecuada. Hasta mediados del siglo XVI lo común era el término 'indiano', que designaba tanto a los españoles que pasaban a las Indias como a los nacidos en ellas. La palabra 'criollo' (del portugués *crioulo* y éste de *criar*), que distingue a los españoles nacidos y criados en las Indias, surge recién a finales del siglo XVI. Así es como, en sentido estricto, no se puede hablar de criollismo en el caso de los conquistadores, pero sí de los prolegómenos del mismo si lo entendemos como un tipo de identidad que delimita una diferenciación con los peninsulares. En su momento y lugar intentaré demostrar que en los textos estudiados pueden identificarse ciertos pasajes donde el sujeto de la narración presenta nuevos signos de identidad.

Los esfuerzos del viaje

Paul Zumthor indica que el vocablo en inglés *travel* viene del francés *travail*, que significa esfuerzo.[6] La lengua inglesa condensa en la palabra 'viaje' una de las peculiaridades de todo desplazamiento: el esfuerzo, el trabajo necesario que implica el espacio por recorrer. En este sentido, el relato de viajes tiene dos dimensiones. Una *heroica*, que da cuenta y elabora las maravillas y los descubrimientos del viajero. Otra *cotidiana*, relacionada con las incomodidades, peligros y esfuerzos.

La dimensión cotidiana del viaje comprende no sólo la enunciación minuciosa de todos los asuntos administrativos y de abastecimiento sino también la narración de todos los esfuerzos y trabajos necesarios para llevar adelante el viaje. En el relato de viajes se leen todas las dificultades del desplazamiento, la serie de trabajos diarios, los modos de dividir el día, el reparto de actividades y las incomodidades de toda índole. Es común que el viajero mencione los inconvenientes de la ruta elegida, las características del terreno, la ausencia de caminos, las corrientes infranqueables, etcétera. También enumera los imprevistos del viaje, debidos a cuestiones climatológicas (lluvias, fango, niebla) o políticas; los peligros inesperados; las acciones necesarias para la obtención de víveres y el manejo racional de los mismos; la adquisición de guías o mapas; y los problemas con la comunicación, ya sea por desconocimiento de lenguas o por la ausencia de traductores. La lista podría continuar.

Algunos de los elementos de la dimensión cotidiana del viaje han sido señalados como marcas textuales que permiten la identificación de un referente real del viaje. Como decía al comienzo del capítulo, hay autores que otorgan un peso específico a la presencia o ausencia de "datos de lo cotidiano" en la narración de un viaje. Estos datos da-

[6] *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media,* Cátedra, Madrid, 1994, p. 162.

rían la pauta para identificar un relato de viajes con referente real de uno con referente imaginario o ficticio. El primero incluiría mayor número de datos de lo cotidiano, mientras que en el segundo sería menor la cantidad o estarían ausentes.[7] No obstante, más que relacionar esta característica formal con un posible referente real del relato de viajes, quisiera reparar en la función específica que cumple la dimensión de lo cotidiano en los relatos que estudio.

En el relato de viajes, el narrador se presenta como el que ha sufrido fatigas y peligros, y como aquel que tiene información de primera mano gracias a su viaje. De esta forma autoriza su palabra mediante una retórica de testigo presencial que implica una "dimensión metatextual de la escritura":[8] para legitimar el relato, se explican las condiciones de su producción textual. En el texto se narran las dificultades y los sufrimientos del viaje para dar cuenta de la veracidad de la información que se presenta. Es Miguel Alberto Guérin quien dice que:

> viajero es quien produce un texto en que se presenta a sí mismo como el que ha sufrido fatigas, ha corrido peligros y aun ha hecho erogaciones, con el objeto de poder ver para informarse, de poder interrogar para comprender lo visto, de poder ejercitar su espíritu crítico para discernir la verdad de lo maravilloso. [9]

[7] César Domínguez, *Juan del Encina, el peregrino…* (*op. cit.*, pp. 40 y 50). Por datos de lo cotidiano Domínguez entiende la consignación de todo tipo de información numérica (distancias, número de habitantes de las ciudades), la mención de medios de comunicación y transporte utilizados, así como la introducción exhaustiva de nombres y sus significados.

[8] Tomo la expresión y el sentido de Viviana Díaz Balsera, "Estrategias metatextuales de Hernán Cortés, autor de la Conquista de México", *Neophilologus*, 73 (1989), p. 218.

[9] "El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecumene europea", *Dispositio*, 42 (1992), p. 5.

Por eso, para Guérin "el relato de viaje debe evidenciar que los conocimientos del mundo que refiere se adquirieron mediante la experiencia sensible, aunque no provengan exclusivamente de ella".[10] Esta idea implica una definición del relato de viajes a partir de la figura del narrador: el narrador legitima su relato gracias a que se presenta como testigo directo y es garante de lo narrado. Decía anteriormente que todo relato de viajes se dice reproducción de un viaje real, aunque esto sólo sea un artificio. En ese mismo sentido, el narrador de un relato de viajes se dice viajero y por ello narra la crónica cotidiana de esfuerzos realizados durante el viaje, como si mediante ella certificara su periplo, como si el relato en sí fuera un descargo de las circunstancias a las que se vio sometido para llevar a cabo su empresa y como si esas circunstancias hicieran verosímil su narración.

Esta dimensión cotidiana del viaje cumple una función legitimadora, valida la información presentada por el viajero en el relato, pero también compone la "heroicidad" del viaje. Todo viajero se presenta a sí mismo como un "héroe" y su heroísmo depende del valor de sus hallazgos y el esfuerzo realizado. Claro que al ser un testigo de realidades inéditas, la exposición y valoración de los mismos es una construcción vinculada al reconocimiento que espera obtener mediante el relato de su viaje. Los hallazgos siempre conllevan la narración de grandes esfuerzos, porque a mayor esfuerzo, mayor mérito. Todo viajero busca crear la conmoción en el lector y por ello recurre a la sorpresa, al asombro, a la construcción abultada y rimbombante. En sus descripciones la hipérbole es constante: inconmensurables son las montañas, los ríos, desiertos y selvas que atraviesa; insólita, única y apabullante la belleza del paisaje que contempla. Toda esta desmesura está llena de adversidades que se "aprovechan" para la narración de los innumerables esfuerzos realizados. En este sentido, el relato de viajes presenta las dos dimensiones mencionadas, una compone los descubrimientos de la expedición y la otra elabora las anécdotas y las peripecias del viaje.

[10] *Loc cit.*

Construcción por medio de la descripción

En *Poética del relato de viajes*, Sofía Carrizo Rueda dice que el relato de viajes asume una configuración particular que lo acerca más a las técnicas descriptivas que a las narrativas. Aquello que específicamente caracteriza a lo narrativo es el "factor riesgo":[11] la narración implica el desarrollo o avance hacia un desenlace, y son las situaciones de riesgo las que van llevando al receptor hacia un final que justifica el recorrido entero. En los casos donde ese desarrollo-desenlace es menos importante que el mundo que le sirve de escenario, el texto está orientado a una función descriptiva. Esta función descriptiva no "empuja" al lector a la averiguación de un desenlace, su fin es más bien la construcción de una imagen que pueda ser objeto de observación.[12] En los relatos de viajes los propósitos descriptivos subordinan las acciones, "frenan la lectura para poder asimilar las informaciones, reflexionar sobre ellas y disfrutar del asombro o el placer que depara cada una de las escenas".[13]

Para componer estas "escenas", el narrador presenta las descripciones de un mundo recorrido. La composición de lugar es una forma de organización característica del relato de viajes: se nombran lugares y se los describe conforme a la narración de un desplazamiento espacial (derrotero) y temporal (cronología). La enumeración de lugares evoca la totalidad del viaje en la imaginación del lector y cada lugar del itinerario se compone del recuento de sus características. Como ha señalado Francisco López Estrada, este procedimiento narrativo se conoce con el nombre *evidentia,* que consiste en la descripción de una realidad (persona, objeto o lugar) mediante la consignación de-

[11] Roland Barthes ha estudiado el concepto "riesgo" para explicar las funciones cardinales del relato, a las cuales define como "polos de alternativas" (*Análisis estructural del relato*, *op. cit*., pp. 20-21).

[12] Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, *op. cit.*, p. 11.

[13] *Ibid.,* p. 13.

tallada de sus particularidades. Según Heinrich Lausberg, el conjunto del objeto tiene un carácter estático:

> Se trata de la descripción de un cuadro que, aunque movido en sus detalles, se halla contenido en el marco de una simultaneidad. La simultaneidad de los detalles, que es la que condiciona el carácter estático del objeto en su conjunto es la vivencia del testigo ocular; [el narrador] se compenetra a sí mismo y hace que se compenetre el público con la situación del testigo presencial.[14]

Mediante la *evidentia* el narrador logra sumergir a sus lectores en la situación de un testigo ocular, consiguiendo efectos que intensifican la claridad y verosimilitud de su narración. Con este procedimiento el narrador compone una imagen y la "despliega" ante los ojos del lector.

La recreación de un paisaje, el encuentro con un nativo, el hallazgo de un animal desconocido o la narración de una noche tempestuosa necesitan de la *evidentia* (también llamada *demostratio*), que puede ser entendida como una técnica en favor de la verosimilitud de la narración. Esta técnica generalmente se halla asociada a otros procedimientos ambivalentes que pueden estar a su servicio. Entre ellos:

- La enumeración o descripción pormenorizada del objeto o realidad. Precisión detallada que hace más viva su representación ante el lector.
- La *translatio temporum*. Cuya concreción más frecuente es el "presente histórico" o perspectiva temporal mediante la cual se traslada una acción pasada al presente del que lee.
- La *apóstrofe* o apelación a un destinatario textual. Dirigir la palabra a un interlocutor presente en el texto constituye otra

[14] *Manual de retórica literaria*, Gredos, Madrid, 1967, t. 2, p. 224.

forma de *evidentia,* puesto que hace más vivo y real aquello que se expresa. Una de sus formas es la *sermocinatio* que reproduce en el texto el discurso directo de un personaje. Otra forma de apóstrofe al servicio de la *evidentia* es la apelación al lector: dirigir la palabra al lector es un recurso que rompe la distancia de la narración.

- La *similitudo*. Es una de las figuras más frecuentes en los relatos de viajes y expresa un asunto estableciendo una relación de semejanza con una esfera de la realidad exterior a él. Dentro del ámbito de la *evidentia*, esta relación de semejanza se establece con un objeto o realidad más gráfico y cotidiano para los lectores.

De esta forma se ofrece al lector la imagen de una realidad visitada. Según la propuesta de Carrizo Rueda, esta imagen define la función del texto. Como el relato de viajes gira en torno a las descripciones y conceptualizaciones de las regiones o lugares que el viajero visita, el relato entero asume una función descriptiva. En este sentido, el escenario de la travesía es más importante que la travesía misma.

Antes que Carrizo Rueda, Antonio Regales Serna ya había señalado que en el relato de viajes las aventuras del viajero son un componente más del relato y tienen la misma jerarquía que la descripción de una ciudad o de un animal exótico.[15] En efecto, en los relatos de los viajes de Cortés, Bernal y Cabeza de Vaca por el Nuevo Mundo, la narración y la descripción poseen el mismo grado de importancia, porque no hay descripción de lo hallado sin la narración del esfuerzo que implicó el hallazgo. Las vicisitudes, constantes peligros y carencias a los que se ve expuesto el narrador configuran toda una serie

[15] "Para una crítica de la categoría literatura de viajes", *Castilla*, 5 (1983), p. 80.

de tensiones narrativas que se intercalan en la serie de descripciones propias del relato de viajes.[16]

Dos vertientes: lo heredado y lo adquirido

El relato de viajes presenta un mundo desconocido recorrido por el viajero. No obstante, no se puede afirmar que el viajero hable solamente de "lo que ha visto", ya que los relatos de viajes compendian diversidad de temas y, muchas veces, esa realidad desconocida es sólo un motivo para hablar de lo consabido.[17] Esta es otra de las características del relato de viajes, que siempre tiene dos vertientes: una producida por la observación (la empírica) y otra recibida de la tradición (lo "ya sabido" o lo supuesto).

La vertiente empírica se compone de una retórica de testigo presencial. De esta forma, aunque todo relato de viajes gire en torno a las descripciones de las regiones que el viajero visita —regiones transitadas, transcriptas y trasladadas al relato—, el protagonista es el viajero, ya que se presenta como un testigo y observador privilegiado.[18] El viajero legitima la realidad presentada en el texto y para

[16] En las crónicas de la Conquista "la tensión narrativa que despierta en el receptor del mensaje la necesidad de continuar la lectura hasta descubrir el desenlace que les espera a los protagonistas" se construye a través de los constantes peligros que pasan los conquistadores (Blanca López de Mariscal, *Relatos y relaciones de Viaje al Nuevo Mundo…, op. cit.,* p. 94.)

[17] Para Ottmar Ette, desde un punto de vista hermenéutico, es imposible que exista un "viajero puro" que sólo hable de lo que ha visto y que deje de lado otras informaciones (*Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.,* p. 35).

[18] Tomo la idea de Beatriz Dávilo y Claudia Gota: "el viaje implica un desplazamiento físico hacia el lugar del otro, hacia un lugar en sí mismo 'otro', pero no un desplazamiento cultural, puesto que ese universo con el que se toma contacto es caracterizado, evaluado y aun juzgado con los parámetros del viajero. En este sentido, es necesario interrogarse acerca de quién es el protagonista del relato. Si bien éste gira en torno a la descripción de las regiones [que visita], en muchos casos el protagonista parece ser el viajero, testigo privilegiado de sucesos inéditos y observador de paisajes

ello reconstruye su itinerario y la crónica cotidiana de sucesos y escenarios. Al mismo tiempo, esta crónica valida la información que presenta el texto, gracias a que la experiencia se concibe como una forma confiable de conocimiento.[19]

Ahora bien, si una de las vertientes del relato de viajes es la empírica, producto de un conjunto de saberes derivados de la observación, la otra vertiente es la recibida de la tradición, producto de todo el conjunto de saberes y prácticas sociales recibidos de la herencia en la que se inserta cada relato de viajes. Esta vertiente afirma y se afirma en la matriz cultural del viajero y en el peso de la tradición. A su vez, la tradición se dispone en el relato de viajes en el orden de "lo ya sabido" o de "lo ya dicho", pero también en el orden de "lo que va a ser dicho", es decir, es la vertiente que proporciona las relaciones que se dan dentro del texto. El viajero es un sujeto de la experiencia sensible y también es un sujeto de la lectura, porque la tradición es, en un sentido amplio, el conjunto de saberes que cruza y conforma

---

desconocidos para el lector de esas narraciones" (*Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2000, p. 13).

[19] La superioridad de la experiencia ligada al impacto que produjo el descubrimiento de un mundo ignoto en las mentalidades de los contemporáneos rápidamente se tradujo en la valoración de la época y de los hombres que en ella vivieron. Victor Frankl demuestra que el criterio de verdad que reflejan "lo visto" y "lo vivido" existe desde la historiografía griega (*El «Antijovio» de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y del Manierismo*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1963, pp. 82-101). No obstante, como opina José Antonio Maravall, en el proceso de sustitución del modelo de conocimiento —de *auctoritas* a empirismo— "el entusiasmo por el descubrimiento y Conquista de las Indias dio lugar a que la valoración de los modernos se imponga a la de la Antigüedad clásica" (*Antiguos y modernos: visión de la historia e idea del progreso hasta el Renacimiento,* Alianza, Madrid, 1986, p. 438). Cuando los viajes trasatlánticos y la Conquista de un mundo inexplorado ampliaron los límites del universo imaginado, los conocimientos hasta entonces aceptados fueron modificados por la práctica de las cosas nunca vistas y se revisaron e incorporaron saberes. El "ver" y el "experimentar" dieron lugar a una concepción del saber de índole empírico, pero la experiencia no es todavía una observación sistemática y metódica sobre la base de un conocimiento comprobable, sino tan sólo el conocimiento que resulta de la praxis individual y cotidiana.

su imaginario. Si se entiende 'lectura' no en el sentido restringido de descodificar signos gráficos, sino como una forma de ver, aprehender e interpretar el mundo, ese imaginario puede ser pensado como el conjunto de lecturas de cualquier tipo o naturaleza que el viajero ha realizado. La vertiente tradicional, presente en todo relato de viajes, da cuenta de las relaciones discursivas que componen la matriz desde donde el viajero ve el mundo por el que transita y es, a la vez, la que le confiere un conjunto de certezas para explicarlo y evaluarlo.

Pero lo importante aquí es que, en algunos casos, la "herencia libresca" no se condice con la observación directa. En el relato de viajes hay una oscilación entre un sujeto de la experiencia que se enfrenta a "lo real" y un sujeto de la lectura, que se enfrenta a lo *pre*supuesto o *pre*sabido. Esa oscilación abre un espacio de nuevas significaciones en el relato de viajes: entre "lo que se ve" y lo que "se presupone" hay muchas veces una zona "no dicha" que necesita de un esfuerzo de la palabra, ya que "lo que se ve" durante el viaje no encuentra en la tradición, en el conjunto de herramientas interpretativas que proporciona la tradición, su lugar. En tal caso, es allí donde se asiste a un desplazamiento de fronteras de conocimiento o una ruptura de límites. En el relato de viajes, el viajero describe lugares, gente y costumbres y, aunque el universo con el que entra en contacto es caracterizado y evaluado con sus parámetros, siempre se puede leer en su relato una dialéctica, un movimiento pendular entre lo desconocido y lo conocido, movimiento que muestra un grado de apertura en el horizonte de sus posibilidades.

RELATO DE VIAJES
Y CRÓNICAS DE LA CONQUISTA

EL RELATO DE VIAJES EN EL MUNDO MEDIEVAL

La forma textual 'relato de viajes' no existía como tal en la Edad Media. Para resolver el desajuste teórico entre el modelo de análisis y las manifestaciones literarias estudiadas es necesario revisar las denominaciones medievales de estos textos, advirtiendo, una vez más, que no se puede considerar el conjunto de estas obras como "un género elaborado", puesto que su enorme diversidad lo impide.[1] Hasta el siglo XIII se usó la palabra 'itinerario' que remite a la idea del caminar, del espacio que queda por recorrer.[2] Posteriormente, pero sobre todo desde el siglo XIV, se prefirió la denominación "libros de maravillas".[3]

De la Alta Edad Media se conservan dos tipos particulares de manifestaciones: los itinerarios o guías y los relatos de peregrinos. Cuando Constantino reconoce la libertad de culto para los cristianos (año 313) se inician los desplazamientos a Tierra Santa y surge un corpus hoy conocido con el nombre de *Itineraria*. Se trata de textos de origen romano que narran una peregrinación y contienen información para emprender una. El itinerario más antiguo conocido es el *Itinerarium burdigalense*, que narra un viaje de Burdeos a Jerusalén en el año 333. La gran cantidad de itinerarios disponibles resolvían todo tipo de cuestiones utilitarias: daban noticia de las vías de comunicación (sean marítimas o terrestres), la ubicación de las ciudades, los puertos importantes, las distancias, los sitios para cambiar cabalgaduras, dormir, comer, etcétera. Dada su efectividad

[1] Paul Zumthor, *La medida del mundo…, op. cit.,* p. 288.

[2] *Ibid.*, p. 162.

[3] César Domínguez, *Juan del Encina, el peregrino*…, *op. cit*., pp. 24-28. Las páginas refieren al apartado: "El relato de viajes como categoría medieval".

y porque debieron haber resultado más baratos y accesibles que la contratación de guías locales en cada tramo del viaje, los itinerarios fueron usados tanto por peregrinos como por mercaderes y gozaron de una formidable popularidad.[4]

Jean Richard distingue las "guías o itinerarios" de los "relatos de peregrinos". Mientras los primeros son impersonales, los últimos tienen la particularidad de narrar una experiencia personal: "Ce qui distingue désormais le récit de pèlerinage du guide […] c'est que le narrateur entend faire connaître sa propre *peregrinatio*".[5] Eugenia Popeanga establece la misma distinción pero atendiendo a otra cuestión, mientras las guías ofrecen sólo descripciones estáticas de las ciudades sagradas y sus entornos, los relatos de peregrinos desarrollan el viaje más allá de la descripción de lugares. Para Popeanga, aquello que caracteriza a los relatos de peregrinación es su particular carácter misceláneo, que combina la descripción estática de espacios recurrentes en todos los itinerarios o guías disponibles con la narración de las aventuras y vicisitudes vividas por un personaje durante el viaje.[6] En el transcurso de la Edad Media y a medida que las peregrinaciones se convierten en hábitos de la vida cotidiana, los itinerarios o guías proliferan. En este sentido, y como todo texto que narre una peregrinación presenta espacios ya referidos y documentados, unos copian o toman referencias y datos de otros, perdiéndose la fuente original. Según Popeanga, desde la Baja Edad Media los itinerarios

[4] Margaret Wade Labarge, *Viajeros Medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Nerea, Hondarribia, 2000, p. 51.

[5] *Les récits de voyages…, op. cit.*, p. 23. No obstante, Richard advierte que "Il est évidemment difficile de dire si un texte est, dans l'intention de son auteur, un guide à l' usage des pélerins ou un récit de pélerinage" (p. 19).

[6] "El viaje iniciático. Las peregrinaciones: itinerarios, guías y relatos", *Revista de Filología Románica*, Anejo I (1991), p. 29. A este grupo pertenece el relato de la monja Egeria, *Peregrinatio Aetheriae*; también el de Antonio de Placentia, *Antonini Placentini Itinerarium*; y los relatos de Guillermo el Boldense, Thietmar de Mersebourg, Teodorico Croce, Willibrando de Oldenbourg y Ricoldo de Monte.

funcionan como "cuadros intertextuales".[7] Esto permite no sólo la reproducción de unos en otros sino también su inserción en cualquier otro tipo de texto. Este dato es de particular relevancia, puesto que pone en evidencia que el relato de viajes o alguna de sus partes también pueden funcionar como relatos intercalados.

Desde que Julia Kristeva escribió que "tout texte se construit comme un mosaïque de citations et tout text est absortion et transformation de'un outre texte",[8] la crítica literaria postula que todo texto existe en relación con otros que le sirven de modelo. Para el caso que nos ocupa, quisiera señalar cierta capacidad "intertextual" del relato de viajes. Intertextual en dos sentidos: por un lado, la reelaboración de diversos materiales que se introducen en el texto; por otro, el relato de viajes que se incorpora en un género distinto a modo de relato intercalado. Del primer caso, el ejemplo emblemático es el *Libro de las maravillas del mundo*, de 1356. El libro de Mandevilla no sólo contiene fragmentos de textos ajenos sino que presenta todo un trabajo con materiales textuales previos de diversa índole.[9] Del segundo caso, se encuentran más ejemplos en la vertiente que nace con las Cruzadas. Los testimonios conservados del llamado *iter Hierosolymitanum* (viaje a Jerusalén) tienen como propósito dejar memoria de una serie de hechos históricos ocurridos durante las Cruzadas y es Jean Richard quien señala que, en la mayoría de los casos, la narración del viaje propiamente dicha funciona como "relato insertado" dentro de textos de tipo histórico.[10] Desde sus orígenes, el relato de un viaje ha funcionado como relato intercalado.

[7] *Ibid.,* p. 28.

[8] *Apud,* Laurent Jenny, "La estrategia de la forma", *Poétique*, 27 (1976), p. 261.

[9] Remito al "Estudio Preliminar" de María Mercedes Rodríguez Temperley, especialmente al apartado A.1.3.3: "Relación con el saber enciclopédico" (*Libro de las maravillas del mundo*, *op. cit.*, pp. XLIX-LIV).

[10] Véanse ejemplos en *Les récits de voyages…* (*op. cit.*, pp. 23-25). Las páginas refieren al apartado: "Les récits de croisades et d´expéditions lointaines".

Otras dos vertientes significativas por sus manifestaciones son las propiciadas por el comercio y por las embajadas (diplomáticas, papales o de exploración) a tierras lejanas. De la primera, el libro de Marco Polo es sin duda el más renombrado. De la segunda, hay tres textos destacables: La *Historia mongolorum* de Juan Plan Carpino. El *Itinerarium* de Guillermo de Rubruquis. Y la *Embajada a Tamorlán* atribuida, entre otros, a Ruy González de Clavijo. En el siglo XIII y en misiones análogas, Juan Plan Carpino y Guillermo de Rubruquis fueron enviados a explorar las tierras entonces ocupadas por los Tártaros —Mongolia— y a entregarle al gran Kan, sucesor de Gengis Kan, los mensajes del papa Inocencio IV (en el caso de Plan Carpino) y del rey de Francia (en el caso de Rubruquis). Producto de sus viajes escribieron detallados relatos que fueron difundidos en distintos círculos y sirvieron de guías para otros viajeros, entre ellos Maffeo y Nicolo Polo.[11] Los viajes de los Polo no tienen difusión escrita sino hasta principios del siglo XIV, cuando fueron incluidos en el relato de viajes contado por el hijo de Nicolo, Marco.[12] Como en el caso de los itinerarios o guías, los relatos nacidos de la vertiente propiciada por el comercio y por las embajadas funcionan como motivación e incluso como guías de viaje para otros viajeros. Por lo mismo, unos relatos funcionan como antecedentes textuales y modelos de escritura de los posteriores. Sin ir más lejos, Juan de Mandevilla fue uno de los autores favoritos de Colón, un pasaje de su *Libro de las maravillas del mundo* atrajo su atención, "aquel en que Mandevilla dice haber oído hablar de un hombre que había dado la vuelta al globo con éxito de Oeste a Este".[13]

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero lo importante es que todas estas vertientes llegan al siglo XVI como formas textuales co-

[11] Michel Mollat, *Los exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, FCE, México, 1990, p. 19.

[12] El relato narra el primer viaje de los Polo (padre y tío: 1261-1269) y el segundo viaje, ya con Marco, (1271-1295).

[13] Paul Zumthor, *La medida del mundo*, *op. cit.,* p. 299.

dificadas y pertenecientes a un tipo de discurso reconocido. Esto se debe a cuestiones relacionadas no sólo a la maduración y calidad de las manifestaciones sino también y, por lo mismo, a la consagración del género (y aquí sí me permito usar la expresión), ya reconocido como un tipo de discurso singular desde el siglo XIII, pero con un gran auge en el XIV y principios del XV. Esta consagración depende de la aceptación y demanda por parte del público y de ello dan cuenta la cantidad de manuscritos conservados y las múltiples traducciones a las distintas lenguas europeas. Por ejemplo, sólo del *Libro de Marco Polo* hay más de cien manuscritos y un sinfín de traducciones. Entre las más conocidas, se destacan la temprana traducción aragonesa (1337?), la traducción portuguesa de 1502 y la castellana de Rodrigo Fernández de Santaella (1503).[14]

Es pertinente entonces tener presente la tradición literaria del relato de viajes medieval a la hora de preguntar cuáles son los modelos de escritura que emplean Bernal Díaz, Cabeza de Vaca y Hernán Cortés: ¿en qué medida ésta tradición influyó en la escritura de sus textos? A este tema dedicaré los apartados subsiguientes.

[14] John Larner, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Paidós, Barcelona, 2001, pp. 265-267.

EL RELATO DE VIAJES EN CRÓNICAS DE LA CONQUISTA

En la denominación 'crónica de Indias', la crítica ha encontrado la seguridad de un consenso aparente para designar un monumental y heterogéneo corpus de textos. Bajo este denominador común señalamos al conjunto de textos escritos entre finales del siglo XV y finales del siglo XVIII sobre la historia de las Indias.[1] No interesa si los textos refieren a la Conquista del Perú o de la Nueva España. Tampoco importa si fueron escritos en el Nuevo Mundo o en el Viejo, por quienes participaron en los descubrimientos y expediciones de Conquistas —sean seculares o religiosos—, o por quienes nunca estuvieron en América. Tampoco afecta si se trata de Cartas, Relaciones, Diarios o Historias. La 'crónica de Indias' es un término general con el que se señalan distintos tipos de textos, escritos por diversos autores, sobre la historia de las diferentes partes del continente americano.[2]

[1] Para una contextualización de la primera mitad del siglo XVI, véase Kart Kohut, "Las crónicas de indias y la teoría historiográfica: desde los comienzos hasta mediados del siglo XVI", en Kart Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, El Colegio de México, México, 2007, pp. 15-60.

[2] Mucha es la bibliografía sobre la historiografía de Indias. Un referente ineludible es el manual de Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana* (Gredos, Madrid, 1992). Otro es el artículo de Walter Mignolo, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la Conquista" (en Luis Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 57-116, t. 1), donde el autor ensaya una clasificación concisa de las crónicas de indias y presenta una bibliografía orientadora. Otro trabajo ilustrativo es el de Simón Valcárcel Martínez, *Las crónicas de indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista* (Diputación Provincial de Granada, Granada, 1997), de este último, especialmente útiles son los capítulos siete y ocho, donde el autor desarrolla en forma breve los modelos retóricos de la historiografía indiana y sienta las bases para su clasificación.

A los efectos de la presente investigación, es necesaria entonces una clasificación que ordena este conjunto diverso de textos según el punto de vista de los narradores.[3] Así encontramos, por un lado, los viajeros al Nuevo Mundo, que se presentan como protagonistas de los hechos y pueden narrar los sucesos desde el punto de vista del expedicionario; por otro, los "lectores viajeros", que no se presentan como protagonistas de los hechos pero narran sus "lecturas" sobre los sucesos.[4] El narrador de estos textos se "mueve" por diversos textos y recolecta información de otros relatos: es el caso de Pedro Mártir en sus *Décadas* (1530) y el de Gómara en su *Historia de la Conquista de México y vida de Hernán Cortés* (1552).

Los ejemplos que corresponden al primer grupo son numerosos y por nombrar sólo algunos cabe señalar el caso de la *Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la Conquista de México*, el caso de la *Relación del descubrimiento y Conquista del Perú* de Pedro Pizarro, el caso de las *Cartas de relación* de Cortés, de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz y de los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

[3] Blanca López de Mariscal ensaya una clasificación de las crónicas de Indias con base en los narradores y su relación con el género relato de viajes. Están quienes narran cuando aún se encuentran en un espacio ajeno; quienes lo hacen una vez finalizado el viaje, es decir, narran desde el espacio de lo propio; y aquellos que narran desde el espacio de lo propio sin nunca haber realizado un viaje a lo ajeno (*Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo…, op. cit.,* pp. 86-94). Cf. Walter Mignolo, que elabora una clasificación semejante pero con base en la "actitud de los escritores" frente a la información. Así, al primer grupo corresponde su categoría de los escritores que tienen "acceso directo a la información", grupo en el que incluye a Oviedo, Las Casas y Cieza de León. Al segundo, en cambio, corresponde su categoría de los que tienen "acceso indirecto", sea porque escriben cuando ocurren los acontecimientos pero desde España o porque llegaron a las Indias con posterioridad a los acontecimientos, es el caso de Anglería, Gómara, Fernández de Piedrahita y Bernabé Cobo ("El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Languages Notes*, 96 (1981), p. 387).

[4] Entiendo la palabra "lectura" también en su acepción auditiva. López de Gómara, por ejemplo, leyó probanzas de méritos, relaciones y documentos de la época, pero también conoció y tuvo informaciones directas de Hernán Cortés.

Me interesan particularmente los tres últimos textos, que narran tres de las primeras incursiones por el Nuevo Mundo. Las *Cartas de Relación* y la *Historia Verdadera…* describen la expedición a Tenochtitlan y la expedición a las Hibueras, y la narración de estas incursiones ocupa considerables espacios de la totalidad de los textos. Los *Naufragios*, en cambio, son el relato de un viaje en su totalidad.[5] En los dos primeros textos hay relatos de viajes dentro de las crónicas, en el último, una crónica convertida en relato de viajes. No obstante, en todos ellos la literatura de viajes funciona como antecedente y es posible rastrear procedimientos de escritura que le pertenecen.

Como ya fue señalado, llamo aquí *relatos de viajes* a cada una de las realizaciones del modelo *literatura de viajes*. Esta forma textual permite sortear la heterogeneidad de subtipos y explicita su capacidad de funcionar como relato intercalado. Esto último resulta primordial puesto que el planteamiento global sirve a los fines del análisis de los viajes narrados en las crónicas estudiadas. El modelo teórico permite, entonces, desarrollar los procedimientos de escritura del relato de viajes en dos ejemplos representativos de crónicas de la Conquista cuyos referentes difieren. Uno responde a un hecho de conquista propiamente dicho, representado en la narración del viaje a Tenochtitlan. El otro responde a un hecho expedicionario, representado en la narración del viaje a las Hibueras y en el viaje narrado en los *Naufragios*. Ahora bien, aunque la realización de estos tres viajes conlleve referentes disímiles —la Conquista y la exploración de territorios—, ello no excluye que en los textos que los narran se

[5] Cf. Marcela Pezzuto, quien afirma que el relato de viaje propiamente dicho ocupa en los *Naufragios* sólo los capítulos 16 a 31 ("Una lectura de *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca a la luz de un modelo de relato de viajes", en Sofía Carrizo Rueda (ed.), *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de "fragmentos de mundo"*, Biblos, Buenos Aires, 2008, pp. 35-50). Conforme a las etapas del viaje —la partida, la travesía, el encuentro, el retorno— y al significado de las mismas en la constitución del personaje y su relato considero, en cambio, que los *Naufragios* son el relato de un viaje en su totalidad. Véase al respecto el análisis del capítulo IV.

combinen. De esta manera, la narración de la travesía o recorrido a pie se construye desde dos puntos de vista, el expedicionario y el conquistador.[6] Mientras el expedicionario describe el paisaje recorrido y evalúa los hallazgos del viaje, el conquistador presenta la serie de esfuerzos que implica el desplazamiento y el recuento de batallas en las cuales participó, convirtiendo el viaje en un servicio a la Corona y el texto en una declaración de servicios.

Estos dos puntos de vista serán desarrollados a lo largo del análisis de los viajes propiamente dichos. Sin embargo, me interesa señalar que ninguna de estas crónicas fue concebida como relato de viajes, pero que todas tienen las características modélicas propuestas: el itinerario organiza muchos de los segmentos narrativos o la totalidad de la narración en el caso de los *Naufragios*; los narradores se identifican con los viajeros (expedicionarios-conquistadores); y todas ellas presentan descripciones del mundo recorrido. Por ejemplo, en la *Historia verdadera…*, la narración de los sucesos acaecidos en la Nueva España entre el 12 de octubre de 1524 y el 19 de junio de 1526 adopta la forma de un relato de viajes. La serie de acontecimientos sucedidos en distintos lugares (México / el camino a las Hibueras) se estructura con base en el itinerario y el narrador hace explícita esta manera de construir la narración:

> Estos poderes fueron causa de muchos males y rebueltas que ovo en México,[7] como adelante diré, desque aya pasado cuatro capítulos y

[6] Por 'punto de vista' entiendo una determinada conciencia del personaje-narrador, que refleja su vivencia del mundo y del resto de los personajes.

[7] Cuando Cortés se marcha a las Hibueras, deja a cargo de la ciudad de México a Rodrigo de Albornoz, Alonso de Estrada y Alonso de Zuazo. Ya en camino y por tener noticia de los pleitos entre ellos, Cortés envía desde Coatzacoalcos a Gonzalo de Salazar y a Peralmíndez Chirinos con dos poderes: uno para que gobernaran todos juntos en caso de que se restableciera la concordia y otro para que tomaran el poder Salazar, Chirinos y Zuazo en caso de que no. Salazar y Chirinos llegan a México a fines de 1524 y presentan sólo el segundo poder. Encierran a Albornoz y a Estrada, y posteriormente envían a Zuazo a Cuba. A principios de 1525, llega Diego de Ordaz a México con la

> ayamos hecho un muy trabajoso camino; y hasta lo aver acabado […] no contaré en esta relaçión cosa de lo acaeçido en México. [8]

Bernal-narrador dirá lo sucedido en México "cuatro capítulos adelante", después de relatar el "muy trabajoso camino" o viaje. Prefiere contar la historia de acuerdo con el itinerario porque, entre otras cosas, no contradice la propuesta del texto, que asegura la información mediante la noción del testigo.[9] Para narrar una serie de hechos, privilegia, en el tiempo y espacio de la narración, el lugar donde se encuentra el Bernal-expedicionario. En este sentido, sólo hablará de lo sucedido en México, cuando éste regrese:

> [el factor y acompañantes] con sus provisiones Buelben para México […]. Y dexémoslos ir su camino, que no tocaré en esta relaçión en cosa ninguna de los grandes alborotos y çiçañas que en México ovo, hasta su tienpo y lugar, desque oviéramos llegado con Cortés todos los cavalleros por mi nombrados // con otros muchos que salimos de Guaçaqualco, y hasta que ayamos hecho esta tan trabajosa jornada,

---

noticia de la muerte de Cortés, noticia que los gobernadores divulgan rápidamente para disponer honras fúnebres y apoderarse de los bienes de Cortés. Véase una secuencia de estos hechos con base en todas las relaciones existentes en José Luis Martínez, *Hernán Cortés* (UNAM-FCE, México, 1993, p. 450 y ss).

[8] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, edición de José Antonio Barbón Rodríguez, El Colegio de México-UNAM-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación Internacional, México, 2005, CLXXIV, 636. Todas las citas son de esta edición. En adelante cito como *Historia verdadera*, consigno el número de página y, para facilitar la búsqueda en otras ediciones, señalo también el capítulo con números romanos.

[9] Para una revisión de los recursos que logran verosimilitud en la *Historia verdadera*…, véase Sonia Rose ("El narrador fidedigno: problemas de autoacreditación en la obra de Bernal Díaz del Castillo", *Revista de Literatura Mexicana*, 2 (1990), pp. 227-348) y también Jimena Rodríguez ("Reflexión historiográfica en la Historia verdadera: aventuras y desventuras de un narrador privilegiado", en Kart Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, El Colegio de México, México, 2007, pp. 163-188).

> qu'estuvimos en puntos de nos perder, asegund adelante diré. Y porque en una sazón acaeçen dos o tres cosas, y por no quebrar el hilo de uno por dezir lo otro, acordé de seguir el de nuestro trabajosísimo camino (*Historia verdadera*, CLXXIV, 637).

Como Bernal-narrador articula los sucesos apoyándose en el punto de vista del viajero, habla sólo de lo que entra en el campo de la mirada de Bernal-expedicionario y subordina unos acontecimientos a otros en una estrategia narrativa que sigue el itinerario de la expedición. Ahora bien, frente al problema de narrar una historia que se desarrolla en distintos lugares, la preceptiva historiográfica de la época aconseja al cronista respetar la *consecutio temporum*. Esta idea aparece formalizada en *El arte de hablar* (1533) de Juan Luis Vives, quien señala: "cuando se narran los hechos de muchos pueblos, o de uno sólo en diversos lugares, se ha de saltar de uno a otro conservando más el orden de los tiempos que el de los lugares".[10] No obstante, la *Historia verdadera…* presenta un criterio de organización contrario al que propone la preceptiva de Vives. No se trata de una *consecutio temporum* sino de una "*consecutio locuorum*": "y porque en una sazón acaecen dos y aun tres cosas, como otras vezes he dicho […], tengo de meter la pluma por los pasos contados" (CLXXXIV, 669).

Bernal codifica esta serie de acontecimientos en un relato de viajes que se configura sobre la base de una estructura de carácter espacial más que temporal. En otras palabras, en la *Historia verdadera…*, el relato de viajes es la codificación que organiza la narración de lo sucedido en la Nueva España entre octubre de 1524 y junio de 1526. Como parte de esta codificación, el narrador-protagonista entera al lector de todo lo sucedido. Esto se debe al uso de la primera persona y a la identificación del personaje, el viajero, con el narrador del re-

[10] Juan Luis Vives, *Del arte de hablar*, Universidad de Granada, Granada, 2000, p. 141.

lato. En esta figura textual "se dividen las funciones",[11] así, mientras el narrador "mete la pluma" o asume la manera de contar lo sucedido conforme al "trabajosísimo camino" del viajero, éste último da el testimonio de los hechos. De esta manera, el lector recorre el camino "por los pasos contados", porque a medida que el narrador avanza en su relación, el viajero avanza en su recorrido y describe lo que va viendo y sucediendo en cada lugar.

Con base en estos dos elementos modélicos (itinerario como función organizadora de la materia narrativa y la identificación narrador-viajero) pasamos al último. La materia narrativa se distribuye en un itinerario que sirve de soporte a la serie de datos de carácter geográfico, histórico, político o anecdótico que el viajero proporciona. En términos generales, una expedición de cualquier naturaleza por el Nuevo Mundo en el siglo XVI daba ocasión para asomarse a un mundo distinto, y el explorador intentaba transmitirlo, ponerlo de manifiesto, acercarlo a un destinatario imposibilitado de acceder a él. Por ello, el relato presenta información en forma de descripciones. Descripciones del paisaje, de la flora y fauna, de los poblados visitados, de las costumbres de sus habitantes, etcétera. Los textos estudiados pueden ser leídos como literatura de viajes no sólo porque presentan información sobre territorios remotos y culturas diferentes —porque presentan un "mundo" al que un reducido número de personas podía tener acceso— sino también porque lo hacen codificando esa información con procedimientos narrativos y recursos expresivos determinados. Mientras el conquistador da cuenta de la manera en que conquistó el Nuevo Mundo, describe las características del paisaje natural y de sus habitantes presentando el mundo recorrido en contraste con el propio. Todos estos aspectos serán ampliados en los apartados subsiguientes.

[11] Ottmar Ette, *Literatura de viaje: de Humboldt a Baudrillard*, *op. cit.,* p. 35.

EL VIAJE COMO RELATO INTERCALADO

Según Irving Leonard, el tipo de viaje que se desprende de las crónicas de la Conquista responde a tres cuestiones: "oro, gloria y evangelio".[1] La Conquista encuentra su justificación en la salvación de las almas, sucede y responde a la expansión de la Corona española y, además, posibilita ganancias para los participantes. Así lo explica Bernal Díaz:

> [Los conquistadores] murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, e dar luz a los qu'estavan en tinieblas, y también por aver riquezas, que todos los honbres comúnmente venimos a buscar (*Historia verdadera*, CXCIII, 809-810).

En este sentido, los relatos que narran una expedición por el Nuevo Mundo en el siglo XVI generalmente describen numerosos encuentros bélicos, encuentros que se presentan como amparados por una misión espiritual.[2] Aunque se trate de empresas de descubrimiento, las incursiones por el Nuevo Mundo son, sobre todo, empresas de apropiación. Los expedicionarios podían pasar de soldados a encomenderos y por ello enumeran los servicios prestados en sus textos. En el plano de la realidad, la movilidad social fue casi nula,

[1] *Los libros del Conquistador*, FCE, México, 1996, p. 17.

[2] Por citar sólo un ejemplo: "pues a tan exçesi] // bos riesgos de [mue]rt[e] y heridas y mill cuentos de miserias, pusimos y aventuramos nuestras vidas, ansí por la mar descubriendo tierras que jamás se avía tenido notiçia dellas, [y] de día y de noche batallando con multitud de belicosos guerreros, y tan apartado de Castilla, sin tener socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran misericordia de Dios Nuestro Señor que es el socorro verdadero, que fue servido que ganásemos la Nueva España…" (*Historia verdadera,* I, 6).

puesto que sólo una minoría de los conquistadores consiguieron encomienda,[3] y sin embargo, los textos dan cuenta de la posibilidad: intentan demostrar las hazañas personales de un conquistador que, más que curiosear, busca vencer; un explorador sí, pero deseoso de las ganancias que posibilita la Conquista, ganancias o premios que espera recibir por aventurarse en lo ignoto.

Esta es una de las claves para entender las implicaciones del viaje como relato intercalado en la crónica de Indias. La textualización del viaje es el elemento integral de una retórica persuasiva. Se narra el viaje porque es la manera de dar cuenta de la participación del protagonista en la Conquista de una manera convincente: el lector acompaña al narrador-protagonista en el viaje. La elección del viaje implica la organización del material narrativo en un itinerario donde el lector participa en los sucesos en cada lugar del recorrido, como si él los conociera y tuviera noticia de ellos en el mismo momento en que los vive quien los describe. Por esta razón, el relato de viajes se convierte en el núcleo de persuasión dentro de las crónicas estudiadas. El narrador-viajero compone la argumentación, que se establece en un: "puedo contar la verdad de los hechos porque los vi y viví", y de esta forma "soy la voz autorizada para narrarlos". Aclaro: una voz cuya estrategia discursiva privilegia la superioridad de la experiencia como forma de conocimiento y se dice apegada a la verdad porque se apoya en hechos "reales vividos".

[3] Al respecto, véase Víctor Manuel Álvarez, *Los Conquistadores y la primera sociedad colonial*, El Colegio de México, México, 1973, (Tesis de doctorado).

TRADICIONES DISCURSIVAS EN CRÓNICAS DE LA CONQUISTA

¿Cuáles son las tradiciones discursivas que confluyen en la crónica de Indias?, ¿qué formas textuales del siglo XVI influyeron en los textos escritos por los primeros conquistadores? Ya sea por el análisis textual o por la consulta de fuentes indirectas, hoy sabemos que la *Historia verdadera…* y los *Naufragios* tuvieron largos procesos de composición donde confluyen al menos dos tradiciones discursivas claramente identificables. Una es la tradición jurídica, un tipo de discurso de carácter oficial claramente delimitado por las necesidades administrativas de la colonia. La otra es la tradición textual de prosa narrativa, es decir, la serie de discursos literarios en el amplio sentido de la palabra (novela de caballerías, relatos de naufragios, relatos de viajes, etcétera). Estas tradiciones brindan lenguajes, tópicos, procedimientos narrativos y descriptivos que acentúan distintos aspectos de los textos. Asimismo, dichas tradiciones ponen de manifiesto que las crónicas fueron concebidas por una conciencia "anterior y exterior" al texto,[1] que reagrupó cierto número de materiales —excluyendo algunos y oponiéndolos a otros— y los fijó en una narración donde alternó hábilmente distintas formas de escritura. Tal alternancia demuestra un trabajo estético pensado, medido y distanciado, que implica una labor conscientemente literaria por parte de sus autores.

[1] Michel Foucault, "¿Qué es un autor?", en Nara Araujo y Teresa Delgado (comp.), *Textos de teorías y críticas literarias*, Mercie Group, La Habana, 1999, p. 250.

Presencia de formas de prosa jurídica

Mucho se ha hablado de la influencia de los discursos jurídico-administrativos como origen de las historias escritas por los que participaron en la Conquista. Tanto la *Historia verdadera…* como los *Naufragios* son el resultado de una serie de transformaciones y de largos proceso de escritura y reescritura de textos que, en un principio, fueron solicitados por las autoridades como informes de primera mano sobre lo sucedido durante la Conquista.

A la tradición textual jurídica pertenece toda la serie de relaciones e informes que la Corona requería a sus adelantados, textos a los que, por su contexto jurídico-administrativo, se les leía como reflejos de los distintos aspectos de la realidad americana. Dentro de las formas textuales vigentes en el siglo XVI, las cartas de relación y las probanzas de méritos pertenecen a un tipo de discurso oficial, es decir, son textos que establecen algún tipo de contrato o simulan ser garantía de un proceso, en este caso, el de la Conquista. En este sentido, la tradición jurídica ofrece a los textos que en ella se inscriben no sólo determinados procedimientos narrativos y descriptivos sino también modos de circulación y modos de recepción y legitimación. Como opina Roberto González Echevarría, las primeras formas narrativas americanas están determinadas por el problema de la legitimidad:

> La historia temprana de América, así como las primeras ficciones de y sobre América, fueron escritas según los moldes de la retórica notarial. Esas *cartas de relación* no eran simplemente cartas, sino fundaciones de los recientemente descubiertos territorios. Tanto el que redactaba como el territorio eran dotados de derechos legales por esos documentos que […] eran dirigidos a una autoridad superior.[2]

[2] *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*, México, FCE, 2000, pp. 34-35. En este libro Echevarría ofrece una hipótesis sobre el funcionamiento de la tradición narrativa latinoamericana. Dicha hipótesis sostiene que la relación de la narra-

En este sentido, tanto Bernal Díaz como Cabeza de Vaca escribieron relaciones informativas de carácter oficial (memoriales de guerra y probanzas) inmediatamente después de participar en las expediciones de conquista y pacificación de los nuevos territorios.

De Cabeza de Vaca se conservan, aunque parcialmente, dos documentos. El primero de ellos es el que escribe junto a sus compañeros —Alonso de Castillo Maldonado, Estebanico y Andrés Dorantes— al llegar a la Nueva España, el 25 de julio de 1536, nueve años después de haber iniciado la expedición a La Florida, donde son recibidos por el virrey Mendoza y por Cortés. A las autoridades del virreinato entregan una relación de sucesos fechada ese mismo año y conservada sólo en fragmentos en el Archivo General de Indias (Patronato 20, n° 5, Ramo 3). Este documento de diez páginas y escrito en tercera persona abarca sólo el contenido de los primeros 16 capítulos de los *Naufragios*, y viene acompañado de unas instrucciones generales de la Corona a la expedición.[3] En los apartados subsiguientes, me aproximaré a las implicaciones que pudieran tener estos formularios en los textos, por el momento sólo señalo la existencia de al menos uno de ellos para la expedición de Narváez a la Florida y su proyección en la escritura del texto de Núñez. El segundo de los documentos es el que Cabeza de Vaca envía a La Española cuando ya había emprendido su regreso a España, en 1537. Este documento, también escrito en tercera persona —porque, como era usual en la época, acaso fue redactado por un escribano—, se encuentra perdido.[4]

---

tiva con las formas de discurso no literarias son mucho más productivas y determinantes que la relación que tiene con otras formas de literatura o con la historia.

[3] Según Pupo-Walker dichas instrucciones son un simple formulario, "ya que el espacio que corresponde al destinatario permanece en blanco" (Introducción a su edición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Castalia, Madrid, 1992, p. 67).

[4] No obstante se tiene noticia del mismo gracias a Fernández de Oviedo que, aunque con muchas interpolaciones, lo recupera en el libro xxxv de su *Historia general y natural de las Indias* (edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959, vol. 117).

Según Pupo-Walker, estos documentos son un "punto de partida", un germen del que derivan las diversas "amplificaciones" de los *Naufragios*.[5] En nuestro continente, tanto la historia como la narrativa fueron concebidas primero "en el contexto del discurso de la ley", discurso que legitimaba las manifestaciones y hacía posible su circulación.[6] Dos de los editores de los *Naufragios*, Pupo-Walker y Trinidad Barrera López, señalan que las primeras relaciones de Cabeza de Vaca se caracterizan por responder al mero propósito informativo y ser ajenas a la producción literaria. Las relaciones que puedan establecerse entre los *Naufragios* y las formas de discurso no literario son determinantes para observar la "transformación" literaria del texto en las ediciones de 1542 y 1555. Justamente, las primeras relaciones escritas por Cabeza de Vaca (1536 y 1537) son formas textuales breves donde escasean las secuencias cronológicas y donde el tono es impersonal, sin el protagonismo que Núñez se atribuye luego. Asimismo, por el tipo de registro oficial, no abundan los detalles y su estilo es monótono, caracterizado por las repeticiones, las oraciones ilativo-copulativas y las enumeraciones. La relación de 1536 —la más antigua conocida— sólo precisa temáticamente los episodios relativos a los dieciséis primeros capítulos de la versión definitiva del texto, pero no hay dudas de que "fue utilizada para la redacción definitiva de los *Naufragios*, ya que hay párrafos que coinciden tanto en la sintaxis como en el contenido".[7]

[5] Para Pupo-Walker los *Naufragios* son producto de redacciones separadas por intervalos de muchos años, cuyas primeras "versiones" tienen propósitos informativos de carácter oficial. Véase, de la Introducción a su edición de los *Naufragios,* el apartado I: "Evolución del texto", *op. cit.*, pp. 65-77.

[6] Roberto González Echevarría, *Mito y Archivo*, *op. cit.*, p. 35.

[7] Trinidad Barrera López, "Problemas textuales de los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Historia y Bibliografía Americanista*, 30 (1986), p. 23. En este artículo la editora presenta una edición crítica del documento de 1536. Para mayores datos remito a la Introducción de su edición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 7-58.

Entre 1537 y 1540, Cabeza de Vaca redacta una nueva relación, que será la edición *princeps*, publicada en Zamora (1542) cuando él se dirigía al Río de la Plata.[8] En 1555 se publica una segunda edición en Valladolid,[9] que no sólo es una "reelaboración estilísticamente más avanzada" sino la versión definitiva del texto.[10] En términos generales se ha señalado que las cualidades novelescas o las técnicas propias de la novela que adquiere la versión definitiva del texto se agrupan en tres ejes: el punto de vista autobiográfico, que responde al afán personalizado de reivindicación; la inclusión de juicios de valor en la constitución del relato; y el énfasis interpretativo o explicativo de los sucesos.[11]

[8] Esta edición se titula *La relación que dio Álvar Núñez Cabeça de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde yua por gouernador Panphilo de Narváez desde el año veynte y siete hasta el año d' treynta y seys que boluio a Seuilla con tres de su compañía…* (sic). Hay ejemplares en la Academia de la Historia (España), en la John Carter Brown Library, en la New York Public Library y en el Museo Británico.

[9] Titulada *Relación y comentarios del gobernador Álvar Núñez cabeça de vaca de lo acaecido en dos jornadas que hizo a las indias…* (sic). Esta edición de los *Naufragios* se edita conjuntamente con los *Comentarios*, que son el testimonio de la expedición al Río de la Plata donde Cabeza de Vaca fue Adelantado, Gobernador y Capitán General. Al parecer los *Comentarios* fueron escritos por Pedro Hernández, secretario de Núñez.

[10] Enrique Pupo-Walker, Introducción a su edición de los *Naugragios*, *op. cit.*, 1992, p. 73.

[11] Robert Lewis, "Los *Naufragios* de Álvar Núñez: historia y ficción", *Revista Iberoamericana*, 120-121 (1982), pp. 681-694. Para el tema también son imprescindibles los artículos de Pedro Lastra ("Espacios de Álvar Núñez: las transformaciones de una escritura", *Cuadernos Americanos*, 3 (1984), pp. 150-163); de Carmen de Mora Varcárcel ("Mestizaje literario y elementos novelescos en *Los Naufragios*", en Bibiano Torres Ramírez y José Hernádez Polomo eds., *Andalucía y América en el siglo XVI. Actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, Universidad de Santa María de la Rábida, Sevilla, 1984, t. 2, pp. 347-364); de Trinidad Barrera López y Carmen Valcárcel de Mora ("Los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca: entre la crónica y la novela", en Bibiano Torres Ramírez y José Hernández Polomo eds., *Jornadas de Andalucía en América II*, Universidad de Santa María de la Rábida, Sevilla, 1983, pp. 331-364); y de Juan Francisco Maura ("Veracidad en los *Naufragios*. La técnica narrativa de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Revista Iberoamericana*, 61 (1995), pp. 175-185).

No obstante, si bien las dos primeras ediciones se separan estilísticamente y por filiación literaria del conjunto de relaciones de carácter oficial, "simulan" el mismo tipo de legalidad atribuida a los primeros documentos, "asumen la forma de un documento al que, en un momento determinado, se le ha otorgado la capacidad de vehicular la verdad".[12] La versión definitiva del texto conserva formas textuales jurídicas en algunos pasajes:

> A diez y siete días del mes de Junio de mil y quinientos y veynte y siete partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el gouernador Pámphilo de Naruáez con poder y mandado de Vuestra Majestad para Conquistar y gouernar las prouincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida, las quales son Tierra Firme […]. Los officiales que lleuaua eran estos que aquí se nombran: Cabeça de Vaca, por tesorero y por alguacil mayor; Alonso Enrríquez, contador… [13]

En determinados segmentos narrativos, los *Naufragios* aparentan ser un documento probatorio donde, de manera concisa, en estilo impersonal y por orden de importancia, se consigna la fecha y lugar de partida, los propósitos de la expedición, la composición de la misma, el recuento de los oficiales, requerimientos y atestiguaciones.[14] Estos pasajes, en su mayoría determinados por la necesidad de hacer verificable lo que se dice, pero también fijados por la voluntad de marcar un servicio a la Corona,[15] confieren seguridad a lo dicho por

[12] Roberto González Echevarría, *Mito y Archivo*, *op. cit.*, p. 32.

[13] Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Los Naufragios*, edición de Enrique Pupo-Walker, Castalia, Madrid, 1992, p. 181. Todas las citas son de esta edición. En adelante cito como *Naufragios* indicando sólo en número de página.

[14] Pier Luigi Croveto, Raúl Crisafio y Ernesto Franco, "El naufragio en el nuevo mundo: de la escritura formalizada a la prefiguración de lo novelesco", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Conaculta-Grijalbo, México, 1993, p. 205.

[15] Esta voluntad de servicio se encuadra en lo que Beatriz Pastor ha llamado el "discurso narrativo del fracaso". Frente al discurso mitificador de la Conquista se desa-

el narrador. Sin duda, este "camuflaje" influye en la recepción del texto entre sus destinatarios originales; el relato de Cabeza de Vaca fue recibido como fidedigna relación de los sucesos que hicieron fracasar la expedición de Narváez y representó, para su autor, la obtención del cargo de Adelantado y Gobernador del Río de la Plata.[16]

En este sentido, el narrador también remite a instrumentos comprobatorios legales para componer su argumentación: "En esta tempestad y peligro anduuimos […]; yo hize vna prouança dello, cuyo testimonio embié a Vuestra Majestad" (*Naufragios*, 184). Cuando la expedición se encontraba todavía en Cuba (1527-1528), Cabeza de Vaca —alguacil y tesorero mayor— dice haber informado a la Corona sobre los desastres que provocó un huracán. La probanza, referida por Núñez en su texto y documentada por Oviedo en su *Historia*, hoy se encuentra perdida, pero lo importante es que el argumento de su existencia evidencia la producción de verdad que pretende el narrador y remite a un contexto jurídico que confiere seguridad a lo dicho.

Al final de texto, después de haber narrado todas las vicisitudes del viaje, el narrador apela nuevamente a las formas jurídicas para dar cuenta de los sobrevivientes:

> Será bien que diga quiénes son y de qué lugar destos reynos, los que nuestro Señor fue seruido de escapar destos trabaxos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del doc-

---

rrolla otro que se articula sobre la idea de fracaso, reivindica el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento (*Discursos narrativos de la Conquista: mitificación y emergencia*, Ediciones del Norte, Hanover, 1988, p. 190).

[16] Jorge Zepeda, "La metareflexión en los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Kart Kohut (ed.), *Narración y reflexión… op. cit*., p. 125. Cf. Clara Vitorino ("Histoire et litterature: la reception de los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Dedalus*, 3 (1993-1994), pp. 139-147). Este artículo estudia la recepción de los *Naufragios* y es significativo porque plantea lo frágil del destino de Cabeza de Vaca tras el éxito de su relación. Otros datos al respecto su encuentran en Juan Francisco Maura, "Nuevos datos para la biografía de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 620 (2002), pp. 75-87.

> tor Castillo y de doña Aldonça Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes, hijo de Pedro Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gilbraleón. El tercero es Aluar Núñez Cabeça de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera el que ganó a Canaria, y su madre se llamaua doña Teresa Cabeça de Vaca, natural de Xerez de la Frontera. El quarto se llama Esteuanico; es negro alárabe, natural de Azamor (*Naufragios*, 314).

Los *Naufragios* inician con el detalle de los participantes y terminan de la misma forma: con una identificación precisa de los cuatro expedicionarios sobrevivientes, sus respectivos linajes y procedencias. Esta era la manera usual de identificar a la gente en los documentos notariales y es una forma concisa de cerrar un texto con el cual se pretende reivindicar ciertos derechos (el texto termina con la firma de Cabeza de Vaca y una certificación notarial legalizándola). En el conjunto, este inicio y cierre funcionan como una forma de verosimilitud historiográfica, *camuflan* la narración en un documento. Dentro del discurso de la ley este "ropaje jurídico" es ideal para consignar ciertos aspectos burocráticos de la expedición, que servirán para la capitalización de los méritos que pretende el narrador.

La *Historia Verdadera…* también presenta formas textuales propias de la tradición textual jurídica. La probanza de méritos de Bernal Díaz del Castillo, más que un documento en particular —que se encuentra perdido o conservado en unos pocos fragmentos vía fuentes indirectas—, es todo un proceso jurídico.[17] Bernal Díaz comien-

[17] Una de las fuentes indirectas es la probanza de Pedro del Castillo Becerra, que se conserva en el Archivo General de Indias (Patronato 55, nº 6, Ramo 2). El proceso jurídico consistia en una serie de interrogatórios preparados con base en las demandas o peticiones del interesado. Los testigos presentados debían acreditar o no la información concerniente a los servicios prestados por el conquistador. El proceso de Bernal Díaz puede consultarse en la trascripción de José Antonio Barbón Rodríguez ("Estudio" a su edición de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, *op. cit.,* p. 815 y ss.)

za los trámites de su probanza en 1539 con una petición ante la Real Audiencia para que se le reconozcan sus servicios.[18] Luego, realiza dos viajes a España —uno hacia 1540 y otro hacia 1550— para pelear por sus derechos y encomiendas. Se supone que desde entonces Bernal escribe su *Historia verdadera…* a la manera de un memorial de batallas, pero con base en el formato de la escritura administrativa, es decir, como parte de una probanza de méritos. Se trata de un recuento de guerras, una suma de las batallas en las cuales participó y las proezas realizadas en cada una de ellas. En 1575 envía el primer manuscrito de su crónica a España. Este autógrafo ha desaparecido y hoy se le conoce con el nombre de *Manuscrito Remón* del cual surgió la edición *princeps* de 1632, que estuvo al cuidado del cronista Fray Alonso Remón de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. No obstante, desde 1575 Bernal sigue arreglando su texto, que pasa a manos de sus familiares cuando muere en 1584. Este manuscrito se conoce con el nombre de *Guatemala,* y se ha llamado borrador, aunque no en un sentido estrictamente autógrafo, ya que presenta tres tipos de caligrafías distintas, una atribuida a Bernal.[19] En este sentido, tanto el *Manuscrito Remón*, como el *Guatemala* tienen añadidos,

[18] *Ibid*., p. 19.

[19] José Antonio Barbón Rodríguez afirma que se debe evitar el calificativo "borrador original" para el manuscrito *Guatemala*, puesto que se trata de una copia donde intervienen diversos amanuenses (*Ibid.*, p. 51). Numerosos son los trabajos que se ocupan de todos los problemas de edición de la *Historia Verdadera…* Sin duda hay que empezar por la investigación de Carmelo Sáenz de Santamaría que se reúne en su trabajo *Historia de una historia. Bernal Díaz del Castillo* (CSIC-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1984). Pero también quisiera remitir a los trabajos de Herón Pérez Martínez, "Autógrafos y apógrafos: el texto de la *Historia verdadera*" (en Miguel Ángel Porrúa (ed.), *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España. Estudios críticos*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1992, pp. 99-120) y "¿Cuál es el texto auténtico de la *Historia verdadera*?" (*Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 48 (1991), pp. 67-87); y por último al trabajo de Sonia Rose, "Problemas de la edición de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo" (en Ignacio Arellano y José Antonio Rodríguez Garrido (eds.), *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 1999, pp. 387-397).

cambios y mutilaciones que no pertenecen a la voluntad del autor y son atribuidas al Fray mercedario y al hijo de Bernal, Francisco.

A finales del siglo XVI se hizo una copia en limpio del manuscrito *Guatemala,* que desapareció en el siglo XVIII y se encontró mucho después en poder de la familia Alegría, en Murcia, por lo que se lo conoce con el nombre de *Manuscrito Alegría*. Este hallazgo fue de suma importancia porque permitió la depuración de las correcciones y añadidos que presenta el *Manuscrito Guatemala*. De esta manera, se pudieron establecer dos grandes etapas de escritura en su largo proceso de composición. Una que reflejaría aproximadamente la primera edición: esta es la versión más antigua y breve, que Bernal debió juzgar perdida en España, primera versión que recupera la edición *princeps* (sin los añadidos del mercedario Remón). La otra es la que el autor siguió corrigiendo hasta su muerte: manuscritos *Guatemala* y *Alegría*, mejor dicho, lo que queda del cotejo de estos dos.[20] Gracias al trabajo de numerosos editores se han logrado atribuir, al padre mercedario, todos los añadidos y alusiones concernientes a las actividades de los mercedarios;[21] y al hijo de Bernal, todas las interpolaciones y añadidos de corte fuertemente anticortesiano, con los cuales "el texto bernaldiano adopta un estilo fundamentalmente apologético".[22]

De todo este complejo proceso de escritura, que dura medio siglo y donde numerosas manos intervienen, interesa la idea de una historia compuesta sobre la base de un discurso jurídico. Parte de una probanza de servicios, la primera forma de la *Historia verdade-*

[20] Si *Guatemala* es un borrador (primer estadio del texto en su segunda etapa de elaboración) y *Alegría* un original (o copia hecha sobre un borrador a finales del siglo XVI), el cotejo de ambos permite la depuración del texto puesto que el original, en tanto copia de un borrador, subsana los errores de aquél (Alberto Blecua, *Manual de crítica textual*, Castalia, Madrid, 1983, pp. 39-40).

[21] Véase de Carmelo Sáenz de Santamaría, el apartado "La gran interpolación mercedaria" (*Historia de una historia…*, *op. cit*., p. 30 y ss).

[22] Herón Pérez Martínez, "La redacción de la *Historia verdadera* de Bernal", *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 91 (2002), p. 42.

ra… es la de un recuento de batallas, una lista de proezas realizadas que se amplia con revisiones y añadidos.[23] Ahora bien, esta simiente, esta forma de escritura inicial, se conserva en la *Historia verdadera…* hacia el final del texto, en el capítulo CCXII concretamente:

> Memoria de las batallas y encuentros en que me e hallado:
> — En la punta de Cotoche quando vine con […].
> — En otra batalla, en lo de Chanpoton, quando nos mataron cincuenta y siete soldados y salimos todos heridos […].
> — En otra batalla quando íbamos a tomar agua en la Florida […].
> — La de Cholula, quando nos quisieron matar y comer nuestros cuerpos […].
> — Más tres batallas muy peligrosas que nos dieron en México […].
> — Otra batalla muy dudosa que se dize ka de Otunba […].
> — Otra, quando fuimos a correr los rededores de Cacula.
> — Otra, quando me envió Cortés con muchos soldados a defender las millpas […].
> — Otra, quando fuimos a las Higueras con Cortés en una batalla que ubimos con un pueblo que se dize Çulaco. Allí me mataron mi cavallo (CCXII *[B]*, 824-825).

[23] Herón Pérez Martínez explora el proceso de redacción de la *Historia verdadera*, señalando tres hitos a tener en cuenta: 1) La base o formato de la escritura administrativa propia de la probanza de méritos; 2) El encuentro con la *Hispania vitrix* de Gómara, que marca una segunda redacción de la obra en la cual el autor se propone corregir punto por punto los excesos de Gómara; 3) La revisión general llevada a cabo por el hijo de Bernal, Francisco (*Ibid.*, p. 44 y ss.). Ramón Iglesia fue el primero en advertir que la *Historia* de López de Gómara sirvió a la *Historia verdadera…,* de ayuda-memoria (*Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, El Colegio de México, México, 1942, p. 151 y ss.). Joaquín Ramírez Cabañas también sostiene esta idea (Introducción a su edición de Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México*, Pedro Robledo, México, 1943, t. 1, pp. 24-25). Más reciente es el trabajo de Ángel Delgado Gómez ("Escritura y oralidad en Bernal Díaz", en Ignacio Arellano y Fermín del Pino (eds.), *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias: una propuesta interdisciplinaria*, Iberoamericana-Vervuert-Universidad de Navarra, Madrid, 2004, pp. 137-155).

La lista continúa. Todas las batallas donde participó el narrador están anotadas por orden cronológico y se consignan las pérdidas personales y las muertes de los compañeros. El recuento de batallas —que no es otra cosa que la consignación de las proezas realizadas— adquiere en el formato de la "lista" una claridad y economía que ayudan ahí donde se quiere dejar bien en claro los méritos del narrador. Esta forma textual, típica de una tradición jurídica, aunque no privativa de ella, constata puntual y taxativamente la participación en cada una de las batallas narradas en forma dilatada a lo largo de todo el texto, y funciona como un recuento o cierre conciso, puntual y efectista.

En los *Naufragios*, al principio del texto, se menciona una probanza enviada que, existente o no, inaugura una narración con determinadas aspiraciones. En la *Historia verdadera…* la probanza se encuentra al final, a manera de resumen de todo lo dicho. En el primer caso y por encontrarse al principio, la presencia de formas de prosa jurídica cumple una función "táctica" y tiende a establecer compromisos con el desarrollo de la narración. En el segundo caso y por encontrarse al final, cumple la función de intensificar, concentrar y aclarar la información desarrollada en la narración. En los dos casos la presencia de formas de prosa jurídica convive y se entrecruza con otras formas de prosa narrativa.

Presencia de otras formas de prosa narrativa

Decía que, en el marco del contexto jurídico-administrativo virreinal, Bernal Díaz y Cabeza de Vaca envían relaciones informativas y probanzas de méritos a la Corona. No obstante, de dichos informes a lo que hoy conocemos como la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y los *Naufragios* hay un proceso que puede llamarse "de adecuación a los requerimientos narrativos". Los escuetos informes —determinados generalmente por la brevedad, la ausencia

de caracterizaciones, el tono impersonal y el estilo monótono— adquieren una estructura narrativa en la cual el discurso logra autonomía y se configura como algo más que su nivel denotativo: junto a la función referencial del discurso se conjuga la función poética del lenguaje.[24]

Dicho de otro modo, la información contenida en las probanzas, relaciones y recuentos de batallas se procesa narrativamente, se trama gracias a los artificios propios de las técnicas narrativas: se incrementan los detalles y las caracterizaciones; se suprimen, subordinan o enfatizan distintos elementos; se repiten motivos; varían los tonos; los acontecimientos se componen desde uno o varios puntos de vista; y el discurso se carga de matices expresivos y de metáforas. Aun cuando se trate de la narración de hechos "ocurridos", este procesamiento narrativo es la demostración de una operación literaria.[25]

El proceso de adecuación a los requerimientos narrativos de las probanzas de méritos, relaciones y recuentos de batallas es análogo al de las notas de viaje cuando pasan a formar parte del relato de viajes. Este último es el resultado de una operación narrativa sobre las notas o apuntes, operación que evidencia, por un lado, la relación entre la nota como registro parcial y la reescritura de las mismas, y por otro, la escritura durante el viaje (el fragmento) y la escritura post viaje (la organización de esos fragmentos). El *in situ* es el momento de la *notación*. El *a posteriori* es el momento de la *formación* (dar forma) del relato, que es producto de una operación organizadora de los

[24] El procesamiento narrativo del acontecimiento histórico ha sido interpretado como una "ficcionalización" del discurso histórico en América. Según Enrique Pupo-Walker, el pensamiento histórico tiene en América una "vocación literaria" y el escritor de las crónicas se sirve del dato histórico para lograr "una ascendente potenciación expresiva", que muestra el estrato narrativo distintivo de la creación literaria como tal (*La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Gredos, Madrid, 1982, p. 25 y ss.).

[25] En el sentido que le da Paul Ricoeur a la palabra: 'literaria' es la creación de un mundo imaginario textual mediante la organización de hechos. Véase el capítulo III de su *Tiempo y narración* (Siglo XXI, México, 1995, t. 1, pp. 113-161).

fragmentos del viaje. Por fragmentos entiendo todo tipo de notas y apuntes de datos, el diario o el libro de bitácora, el material cartográfico y topográfico, el rescate de historias o leyendas, los dibujos o cualquier tipo de material gráfico, la recuperación de discursos ajenos (lo que dice la gente), etcétera. El relato de viajes es una integración de todos estos materiales a un tipo de registro que les confiere unidad y significación.

En este sentido, las relaciones informativas escritas por Cabeza de Vaca, por ejemplo, pueden examinarse como registros parciales que adquieren nuevos sentidos al procesarse narrativamente en los *Naufragios*. Es en este procesamiento narrativo o tramado literario donde otras formas de prosa narrativa cumplen un papel fundamental.

Si bien la categoría de 'prosa narrativa' puede resultar ambigua, su imprecisión permite la inclusión de un extenso grupo de textos del siglo XVI bajo una misma etiqueta. Por un lado, las narraciones fantasiosas —las "historias fingidas", como las llama Montalvo—, es decir, la novela de caballerías.[26] Por otro, todas aquellas narraciones de corte historiográfico, las relaciones históricas o crónicas, los escritos que registran información geográfica, las relaciones de naufragios o avatares de la navegación y los relatos de viajes.

Como en el caso de la tradición de jurídica, la tradición de prosa narrativa también brinda formas textuales, procedimientos de escritura, tópicos y motivos a las crónicas. Sin duda, el ejemplo más cercano al mundo cultural de los conquistadores es la novela de caballerías, género que, como se ha estudiado, marca profundamente a las crónicas del descubrimiento y la Conquista: las crónicas de Indias tienen semejanzas formales y de contenidos con la novela de caballerías. La estructuración episódica es un ejemplo de las primeras,[27]

[26] Para una contextualización general remito al trabajo de James Donald Fogelquist, *El Amadís y el género de la historia fingida*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982.

[27] Véanse Stephen Gilman ("Bernal Díaz del Castillo and *Amadis de Gaula*", en Paul Aebischer *et al.*, *Studia Philologica*. *Homenaje a Dámaso Alonso*, Gredos, Madrid, 1961, t. 2, pp. 99-113) y Alejandro Cioranescu ("La conquista de América y las novelas

los paralelismos que se sugieren entre las hazañas del conquistador y las hazañas del caballero, un ejemplo de las segundas.[28] Además, algunas crónicas presentan referencias explícitas. Sirvan de ejemplo la visión de la ciudad azteca en la famosa comparación de Bernal —"nos quedamos admirados, y dezíamos que pareçía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís" (LXXXVII, 218)— o la mención que marca las diferencias entre la *Historia verdadera…* y las novelas de caballerías:

> Bien tengo entendido que los curiosos lectores se hartarán de ver cada día tantos conbates, y no se puede menos hazer porque […] cada día y cada noche teníamos guerra y conbates; por esa causa los emos de reçitar muchas vezes, cómo y cuándo y de qué manera pasavan y no los pongo por capítulos de lo que cada día hazíamos porque me pareçió que era gran prolixidad, y era cosa para nunca acabar, y paresçería a los libros de Amadís o cavallerías (CLI, 475).

En el primer caso, se trata de una comparación directa. La referencia a un texto de ficción es el referente más cercano para representar algo nunca visto y la eficacia de la imagen radica en que las novelas de caballerías gozaban de una enorme popularidad. No obstante, por increíble que parezca la visión era cierta: "pareçía a las cosas de encantamiento", pero, a diferencia del "libro de Amadís", era una ciudad hallada. De allí la segunda comparación, que busca

---

de caballerías", *Estudios de literatura española y comparada*, Universidad de La Laguna, Tenerife, 1954, pp. 29-46). Más allá de la estructura episódica, el reciente trabajo de Jesús Eduardo García Castillo estudia las relaciones formales entre la novela de caballerías y las crónicas. Véase *Procedimientos narrativos en la Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, El Colegio de México-Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 2007, (Tesis de doctorado).

[28] Al respecto, sigue siendo imprescindible el trabajo de Irving Leonard, *Los libros del conquistador, op. cit*. Véase también Ida Rodríguez Prampolini, *Amadises de América: la hazaña de indias como empresa de caballeresca*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1977.

marcar los contrastes. En la cita subyace una reflexión historiográfica que explica el proceso de adecuación a los requerimientos narrativos antes mencionados. No se trata de decir con "gran prolixidad" la lista de sucesos ocurridos, sino más bien de elaborar una selección, someter el dato de un procesamiento donde se suprimen, subordinan o enfatizan distintos elementos porque conviene a la narración histórica y la distingue de otras formas narrativas.

El narrador traza la diferencia, quiere que sus "curiosos lectores" tomen lo dicho como algo que verdaderamente ocurrió y parece decir que dichas novelas —acaso por lo prodigiosas en detalles de combates y excesivas en pormenores— son poco realistas. Sin duda, el comentario se inscribe en el creciente desprecio que, desde entrado el siglo XIV, tiene la novela de caballerías, desacreditada por los moralistas y cronistas prestigiosos de la época por considerarlas historias mentirosas, livianas y peligrosas.[29] Sin embargo, las referencias presentes en la crónica de Indias no sólo la renuevan sino que, al mismo tiempo, evidencian la presencia del sentido caballeresco como algo vivo en el mundo donde los conquistadores se mueven.[30] Ya sea por continuación de motivos, ya por oposición, la novela de caballerías *prestan* temas y registros a las crónicas de Indias y estas influencias se reconocen en forma directa.

Los relatos de viajes —textos casi tan leídos como la novela de caballerías a finales del siglo XV y principios del XVI— son otro ejemplo de presencia de formas de prosa narrativa en la crónica de Indias. Pese a que en este caso no hay referencias explícitas, en las crónicas

[29] La postura más radical y negativa al respecto fue la de Juan Luis Vives (1492-1540). Desde su *Instrucción para la mujer cristiana* (1524), la literatura de caballería fue considerada —aunque sólo por un conjunto de hombres doctos— inverosímil, incongruente, mentirosa y por lo mismo inmoral.

[30] Al respecto, el ejemplo más contundente es Gonzalo Fernández de Oviedo, un cronista de Indias que las escribe. En 1526, luego de su segunda estancia en América y siete años después de haber publicado su *Claribalte* (Valencia, 1519), Oviedo publica el *Sumario de la natural historia de Indias* (Valladolid, 1526).

de Indias perviven tópicos, motivos y procedimientos de escritura que son recurrentes en los relatos de viajes medievales conocidos en el mundo hispánico:[31]

- El *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla.[32]
- El *Libro de Marco Polo*. [33]

[31] Cuando hablo de relatos de viajes conocidos me refiero a difusión manuscrita.

[32] El texto de Mandevilla tuvo una rápida difusión en la Península. El manuscrito anglonormando entra a España hacia 1380, gracias al pedido de la corte de Juan I de Aragón al rey de Francia. El primer testimonio manuscrito en lengua hispánica es el *Manuscrito aragonés*, escrito hacia finales del siglo XIV en aragonés (actualmente conservado en El Escorial). También existen evidencias de una temprana traducción catalana, aunque no se conservan manuscritos. Ya en el siglo XVI existen cinco ediciones castellanas impresas entre 1521 y 1547. Para mayores datos remito al "Estudio Preliminar" de María Mercedes Rodríguez Temperley, en su edición de Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo*, *op. cit.*, pp. LXXV-XCII.

[33] El *Libro de Marco Polo* tuvo una temprana y profusa difusión en la corte de Aragón y en todo el mundo mediterráneo. A finales del siglo XIV, Juan Fernández de Heredia lo incorpora a su crónica histórica *Flor de las historias de oriente*. Al parecer, la reina Isabel poseía un ejemplar del mismo (John Larner, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo, op. cit.,* p. 226). Por sus tempranas traducciones, el *Libro de Marco Polo* ha sido considerado una de las influencias en la expansión ultramarina llevada a cabo durante el reinado de Reyes Católicos. No obstante, Juan Gil y el mismo John Larner, entre otros, advierten sobre su escasa circulación en la corte de Castilla en los prolegómenos de la expansión ultramarina. Para Juan Gil, sólo a partir de 1498 —después del segundo viaje (1493-1496)— Marco Polo figura como una de las autoridades del Almirante: "la biblioteca de Colón se formó muy tardíamente, cuando sobre el Admirante se descargó un chaparrón de críticas que lo acusaban de no haber llegado a las Indias según lo capitulado en 1492. Entonces fue cuando, aprisa y corriendo, el genovés tuvo que improvisar su argumentación erudita, haciendo acopio de libros que podían avalar sus logros" (Juan Gil, Introducción a su edición de *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, p. x). La versión del libro que sobrevivió en la Biblioteca Colombina de Sevilla es un impreso de la traducción latina de Francesco de Pipino, *Liber de consuetudinibus et condicionibus orientalium regionum*, realizada entre 1310 y 1317 y publicada alrededor de 1485 por Gerard de Leeu, en Amberes. El ejemplar de la Biblioteca Colombina cuenta con 366 comentarios o apostillas marginales en las cuales intervienen al menos tres personas. De éste hay una edición facsímil editada por Juan Gil (*El libro de Marco Polo. Ejemplar*

- Las *Andanças e viajes de un hidalgo español (1435-1439)*, de Pero Tafur.[34]
- La *Embajada al gran Tamorlán,* atribuido a Ruy González de Clavijo entre otros.[35]

Si bien en sentido estricto los dos primeros de la lista no pertenecen a la tradición hispánica peninsular, sus rápidas traducciones y circulación ameritan la incorporación. Además de los textos mencionados, hay otro conjunto importante de relaciones de viajes a Oriente que no incorporo al análisis por su escasa difusión en el mundo hispánico.[36] Las semejanzas formales y temáticas entre el corpus

---

anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla, Testamento, Madrid, 1986). Esta edición es diferente a su edición ya mencionada (*El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, *op. cit.*). En este último, Juan Gil no sigue la primera versión impresa en latín, sino una corregida por él, donde señala mediante tipologías diferentes los comentarios de Colón, su hijo Fernando y Gaspar Gorricio (un amanuense). A continuación de ésta presenta la versión castellana de Rodrigo de Santaella (1518), sólo limpiándola de erratas. La traducción portuguesa de 1502 fue seguida, al año siguiente, por una versión castellana del archidiácono de Sevilla y confesor de Isabel y Fernando, Rodrigo Fernández de Santaella, (Sevilla, 1503).

[34] Tafur escribe su libro hacia 1454 pero el texto fue publicado recién en 1874, cuando Marcos Jiménez de la Espada lo incluye en el volumen VIII de la Colección de Libros Españoles Raros o Curiosos. El editor se basa en el único manuscrito conocido y conservado —el del Colegio Mayor de San Bartolomé de Cuenca, en Salamanca—, que actualmente se encuentra en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Este manuscrito es la copia (comienzos del XVIII) de un original de mediados del siglo XVI. Véase, Barbara Fick, *El libro de viajes en la España medieval, op. cit*., p. 35 y ss. De la edición *princeps* existe una facsimilar con notas y adiciones bibliográficas de Francisco López Estrada (Barcelona, 1982).

[35] Este relato, que narra un viaje diplomático realizado entre mayo de 1403 y marzo de 1406, fue terminado hacia finales 1406 y circuló en copias manuscritas hasta la edición *princeps* de Argote de Molina (Sevilla, 1582).

[36] Para este conjunto de textos es en extremo útil el trabajo de Michèle Guéret-Laferté en *Sur les routes de l'empire Mongol: Ordre et rhétorique des relations de voyage zur XIII et XIV siècles* (Honoré Champion, Paris, 1994). Entre los autores más destacados de

hispánico-medieval de relatos de viajes seleccionado y las crónicas estudiadas serán señaladas, ejemplificadas y analizadas en el capítulo siguiente.

---

la serie estudiada en este libro se encuentran Jean de Plan Carpin, Guillermo de Rubrouck, Juan de Monte Corvino y Odorico de Pordenone.

DE LA LITERATURA DE VIAJES A LAS CRÓNICAS DE LA CONQUISTA: PROBANZAS DE MÉRITOS / CUESTIONARIOS / RELACIONES / INFORMES OFICIALES

Las crónicas de la Conquista son también los relatos de un grupo de viajes y viajeros por un mundo desconocido para el europeo. El conocimiento de ese mundo fue paulatino. Se trató de un largo proceso de exploración y apropiación de territorios donde las especulaciones fueron moneda cotidiana durante muchos años. Dan prueba de ello los numerosos pasajes que manifiestan todo tipo de suposiciones:

> Esta provincia de Alcalan […] está toda cercada de esteros y todos ellos salen a la bahía y puerto que llaman de Términos por donde en canoas tienen gran contratación en Xicalango y Tabasco y aún créese, aunque no está del todo sabida la verdad, que atraviesan por ahí a estotra mar, de manera que aquella tierra que llaman Yucatán queda hecha isla. Yo trabajaré de saber el secreto desto y haré dello a Vuestra Majestad verdadera relación.[1]

Las suposiciones presentes en los textos que relatan un viaje por el Nuevo Mundo en el siglo XVI dan cuenta de la manera en que poco a poco se fue conformando un mapa de información sobre el continente aparecido: incluso entrado el siglo XVI, todavía no estaba claro si Yucatán era una isla o parte del continente.[2] En la Quinta carta

[1] Hernán Cortés, *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Castalia, Madrid, 1993, p. 565. Todas las citas son de esta edición. En adelante cito como *Cartas de relación* y consigno el número de página.

[2] En efecto, hasta mediados del siglo XVI los europeos no tuvieron conciencia de las dimensiones del continente americano: "It was toward 1555 that the World began to look to our hypothetical European observer very much like it looks for many people

de relación de Cortés, fechada en septiembre de 1526, las especulaciones al respecto se presentan como la respuesta al "secreto" de la tierra. En el sentido más literal de la palabra, la configuración del continente americano fue un secreto para los recién llegados, secreto que debía ser descubierto por los primeros exploradores.

Siete años antes, en 1519, cuando Cortés emprende el viaje expedicionario que lo llevará a Tenochtitlan, sus *Instrucciones* explicitan:

> Trabajaréis con mucha diligencia e solicitud de inquirir e saber el secreto de las dichas islas e tierras y de las demás a ellas comarcanas y que Dios Nuestro Señor haya sido servido que se descubran e descubrieren, así de la maña e conversación de la gente de cada una dellas en particular, como de los árboles y frutas, yerbas, aves, animalicos, oro, piedras preciosas, perlas e otros metales, especiería, e otras cualesquier cosas que de las dichas islas y tierras pudieres saber e alcanzar.[3]

El cúmulo de descripciones proporcionado por los primeros españoles que visitan el continente responde a la necesidad informativa de la Corte. Previamente, ésta estipulaba todo aquello que debía consignarse para el conocimiento de las nuevas tierras: "gente, árboles y frutas, yerbas, aves, animalicos, oro, piedras preciosas, perlas e otros metales, especiería", etcétera. El conocimiento de las nuevas tierras también respondía a todo aquello *que se esperaba encontrar*, aunque no estuviera allí. El *Item* 26 de las *Instrucciones* mencionadas pide información sobre "gente de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, y ansí mismo dónde y a qué parte están las amazonas".[4]

---

on this planet" (Walter Mignolo, "Puting the Americas on the Map. Geography and the Colonization of Space", *Colonial Latin American Review*, 1-2 (1992), p. 40.

[3] "Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés", en Sección I de los *Documentos cortesianos*, edición de José Luis Martínez, FCE-UNAM, México, 1993, t. 1, pp. 45-57.

[4] *Ibid*., p. 56.

Desde mucho antes del siglo XVI la necesidad informativa de la Corte se traduce en peticiones a los que, por motivo de un viaje, pueden recolectar información de primera mano. Por su carácter oficial, la embajada de Enrique III (1390-1406), rey de Castilla y León, a la tierra de los Mongoles, es esclarecedora al respecto. Producto del viaje diplomático —sucedido entre mayo de 1403 y marzo de 1406— se escribe una relación por expreso pedido:

> Porque la embajada es ardua y a tierras lejanas, es necesario y ha de cumplirse que se escriba una Relación que contenga todos los lugares y tierras por donde los embajadores hayan ido y las cosas que en el viaje les hayan acontecido. Esto ha de hacerse para que no caigan en olvido y mejor y más verdaderamente se puedan contar, y con ello conocer con certeza. Y por todo esto […], comencé a escribir esta Relación desde el día que los embajadores llegaron al puerto de Santa María, cerda de Cádiz, para embarcarse en una carraca… (*Embajada*, 33).

De esta manera, en lo que hoy conocemos como la *Embajada a Tamorlán*, el narrador reconstruye, paso a paso, los caminos transitados por los viajeros, consignando puntualmente información de todo tipo. Ya a finales del siglo XV, los Reyes Católicos ordenan a Colón hacer entera relación de lo visto y, a lo largo del siglo XVI, toda expedición por el Nuevo Mundo contaba con una figura que debía redactar un informe a las autoridades correspondientes en cumplimiento de las reglas generales de descubrimientos. Dichas reglas estipulaban el requisito de las firmas de los capitanes de la expedición, el informe de servicios meritorios de los expedicionarios y la consignación de los beneficios materiales de la empresa, entre otros.[5]

[5] En esta información se basaban los premios que concedía el rey a los participantes. Véase Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la Conquista de América*, Porrúa, México, 1971.

Estas primeras relaciones e informes de los adelantados fueron piezas fundamentales para el progresivo conocimiento geográfico e histórico de los territorios conquistados por los españoles. Me interesa no perder de vista esto último ya que, a medida que se exploraban los territorios y se incrementaba el cúmulo de conocimiento sobre el continente americano, se perfeccionaban los medios para la sistematización de la información proporcionada de primera mano. Poco a poco, proliferan los formularios oficiales que prescriben la manera de escribir las relaciones informativas con cuestionarios fijos que delimitan un modelo de recolección de datos. La petición de información en el contexto colonial americano fue una práctica común desde el siglo XVI al XIX, práctica que puede corroborarse gracias a los ordenamientos que se exigieron periódica y sistemáticamente. No obstante, aquellos que en un principio fueron simples interrogatorios, se convirtieron luego en cuestionarios muy elaborados.[6]

Desde 1530 se registran respuestas a los cuestionarios confeccionados en el Consejo de Indias. Dichas respuestas, hoy conocidas como "relaciones geográficas", se clasificaban en la época que las vio nacer como "descripciones geográficas" o "descripciones de la tierra".[7] Esta denominación sugiere la conexión entre las tradiciones discursivas estudiadas. De la literatura de viajes medieval a las crónicas de los conquistadores hay toda una serie de informes oficiales, fundamentalmente descriptivos, que la Corona pedía a sus adelantados,[8] y que permite explicar aquello que ha sido señala-

[6] Francisco de Solano apunta que, mientras en el siglo XVI la información requerida es para fines administrativos, en los siglos XVII y XVIII sirve para fines de divulgación de conocimientos históricos y eclesiásticos —siglo XVII—, y geográficos, estadísticos y socioeconómicos —siglo XVIII— ("Significación y tipología de los cuestionarios de Indias", *Cuestionarios para la formación de las relaciones geográficas de Indias siglos XVI / XIX*, CSIC, Madrid, 1988, p. XVIII).

[7] *Ibid.*, p. XVII.

[8] En efecto, Francisco de Solano resalta la conexión entre literatura de viajes e informes, cuando estudia un caso del siglo XVIII, el de Antonio de Ulloa en la Nueva España. Solano señala el intercambio entre las relaciones de viajes de Ulloa y su informe

do: los viajeros medievales y los conquistadores "coinciden en fijarse en los mismos aspectos de la realidad".[9]

Los cuestionarios y petitorios de información brindan principios descriptivos organizadores que funcionan como la matriz desde donde se describe el mundo. En este sentido, es posible establecer continuidades que se afirman en una "retórica descriptiva"[10] y temática que filtra los textos y que permite imaginar una persistencia de modelos o codificaciones literarias a la hora de narrar un viaje y dar cuenta de un mundo desconocido. En otras palabras, no es que las crónicas de los primeros conquistadores respondan a un cuestionario, sino que, desde los viajes medievales, hay una retórica descriptiva que indica una manera de representar el mundo. Esta representación responde a las inquietudes y necesidades básicas del hombre en las distintas épocas.

---

científico entregado a las autoridades del Ministerio de Indias (*Antonio de Ulloa y la Nueva España*, UNAM, México, 1987, p. L).

[9] Alicia Martínez Crespo, "Los libros de viajes del siglo XV y las primeras crónicas de Indias", en Manuel Criado de Val (ed.), *Literatura hispánica, reyes católicos y descubrimiento. Actas del congreso internacional sobre la literatura hispánica en la época de los reyes católicos y el descubrimiento*, PPU, Barcelona, 1989, p. 424.

[10] Elena Altuna, *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII y XVIII*, CELACP-Latinoamericana Editores, Berkeley, 2002, p. 32. Altuna estudia las relaciones productivas entre los cuestionarios y los textos de los caminantes por el Nuevo Mundo en los siglos XVII y XVIII: "Lo que me interesa señalar […] es la existencia de una retórica descriptiva que impregna textos que, sin adecuarse absolutamente al modelo del cuestionario, responden a una idéntica mirada descriptora, como consecuencia de una política estatal en el ámbito de una situación colonial" (*Loc. cit.*).

PROCEDIMIENTOS NARRATIVOS Y DESCRIPTIVOS DEL RELATO DE VIAJES HISPÁNICO-MEDIEVAL EN CRÓNICAS DE LA CONQUISTA

PROCEDIMIENTOS DE ESCRITURA COMPARTIDOS

Para demostrar una continuidad de modelos es momento de señalar algunas de las coincidencias más notables entre los relatos de viajes medievales y los viajes narrados en las crónicas de los primeros conquistadores. De las coincidencias de diverso orden —manejo de las autoridades, uso de la mitología, empleo de referentes bíblicos, etcétera—, interesan aquí los procedimientos de escritura compartidos. Los viajeros medievales y los conquistadores tienen un imaginario o conjunto de referencias temáticas similares y coinciden en describir aspectos semejantes de la realidad a partir de los mismos paradigmas de información.

Los procedimientos de escritura compartidos pueden organizarse en dos categorías: narrativos y descriptivos. En los textos estudiados, los procedimientos narrativos ordenan la narración del viaje, es decir, son procedimientos de textualización destinados a dar cuenta del desplazamiento del viajero; los descriptivos, en cambio, presentan "lo encontrado" en el recorrido, es decir, son procedimientos de textualización destinados a dar cuenta de los hallazgos del viaje. De los primeros estudiaré la organización del relato en torno al recorrido. De los segundos, la descripción de elementos "hallados" en el viaje con base en una retórica descriptiva específica.

Estas coincidencias también pueden analizarse con la propuesta de Eugenia Popeanga de un plano "descriptivo-estático" y otro "dinámico-narrativo",[1] o con los ejes propuestos por Guéret-Laferté para el estudio de los relatos de viajes medievales, uno "sintagmático"

[1] "El discurso medieval en los libros de viajes", *Filología Románica*, 8 (1991), p. 162.

y otro "paradigmático".[2] El eje horizontal o sintagmático contiene el itinerario propiamente dicho, y puesto que registra el desplazamiento del viajero es esencialmente narrativo y progresivo. El eje vertical o paradigmático, en cambio, contiene la información obtenida durante el viaje y está conformado no sólo por las descripciones de paisajes, animales y costumbres, sino también por las narraciones incorporadas y las anécdotas de todo tipo.[3]

Procedimientos narrativos, organización textual

La primera continuidad observada es un tipo de procedimiento que estructura la narración en la reconstrucción de un itinerario, donde los espacios se trazan y describen conforme a un recorrido espacial (derrotero) y temporal (cronología). Como decía anteriormente, este procedimiento de organización textual sirve de soporte a la serie de información que el viajero proporciona. Así, a medida que el viajero avanza en el recorrido, describe lo que va viendo y sucediendo en cada lugar.

En los dos grupos, este tipo de estructuración se evidencia en la articulación de tres elementos: un sujeto de la narración preciso, el viajero, que es también el narrador del relato; coordenadas espacio-temporales y verbos de movimiento. Por ejemplo, es la estructura que articula la narración del viaje de Pero Tafur:

[2] *Sur les routes de l'empire Mongol…, op. cit.*, p. 49.

[3] Como decía, los ejes propuestos para el estudio de los relatos de viajes medievales son afines al análisis que planteo y, no obstante, mis objetivos son diferentes. En el libro de Guéret-Laferté hay un objetivo claramente genológico. Se caracteriza a un grupo de textos similares en su configuración para singularizarlos como un género. Conforme a la idea de una tradición discursiva que influye organizativa y temáticamente en la escritura de las crónicas de los primeros conquistadores, el objetivo de este apartado trasciende la discusión genológica, buscando recursos compartidos que permitan establecer continuidades.

> Partimos de allí é entramos por la costa de Aragon á vista de Éllchen é de Alicante fasta çerca de Valencia, é allí ovieron consejo de apartarse de la tierra é meterse á la mar; é otro día, dexando la tierra, fuemos sobre la ysla de Ybiça, que es del rey de Aragon.[4]

Y de forma similar es la estructura que organiza la narración del viaje diplomático que envía Enrique III al imperio de Tamorlán. Digo de forma similar puesto que, para el caso de la *Embajada a Tamorlán*, el narrador en primera persona narra en tercera el viaje de los personajes (viajeros-embajadores):[5]

> Viernes, 25 días de mayo, cuando amaneció la claridad del día, llegaron a Málaga y echaron ancla en el puerto […]. Miércoles siguiente, 30 de mayo, partió de aquí la carraca […]. El otro día jueves, fueron en par del cabo de Palos y alcanzaron a ver Cartagena.[6]

De la misma manera, esta estructura articula la narración de los *Naufragios*, la narración de la expedición a Tenochtitlan, o la narración de la expedición a las Hibueras:

[4] Pero Tafur, *Andanças e viajes de un hidalgo español*, presentación, edición, ilustraciones, notas, vocabulario geográfico y glosario de Marcos Jiménez de la Espada, Polifemo-Miraguano, Madrid, 1995, p. 20. En adelante cito como *Andanças* y consigno el número de página. La edición que utilizo se ajusta a la *princeps* (1874), también realizada por Marcos Jiménez de la Espada.

[5] Otro caso similar es el *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla, donde el narrador no sólo relata el viaje en tercera persona sino, además, en estilo impersonal: "De Chipre hombre va por mar a Jherusalem et enta los otros logares que tienen moros…" (*Libro de las maravillas del mundo,* 9).

[6] Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, versión en castellano moderno y edición de Francisco López Estrada, Castalia, Madrid, 2004, p. 37. En adelante cito como *Embajada* y consigno el número de página.

Partidos de aquí y llegados a Guaniguanico nos tomó otra tormenta […]. A cabo de Corrientes tuuimos otra, donde estuuimos tres días. Passados estos doblamos el cabo de Sant Antón y anduuimos con tiempo contrario hasta llegar a doze leguas de la Hauana, y estando otro día para entrar en ella nos tomó un tiempo sur que nos apartó de la tierra y atrauessamos por la costa de la Florida y llegamos a la tierra, martes, doze días del mes de Abril (*Naufragios*, 187).

Y la primera jornada fuemos a un pueblo que se dize Xalapa, y desde allí a Socochima […]. Y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto y llegamos a otro pueblo, que se dize Tejutla […]. Y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras y entramos en el despoblado […]. Y desde allí pasamos a otro puerto donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos […]. Y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se dize Çocotlan (*Historia verdadera*, LXI, 145-146).

Y otro día me partí y llevé la jornada de harto áspero camino de sierras y montes y anduve siete leguas y fui a dormir a un río grande. Y de ahí salí otro día y habiendo andado tres leguas […] salí a unos llanos muy hermosos […]. Y después de haber comido comenzamos a subir un puertezuelo […]. Y luego comenzamos a subir otro que en subida y bajada tuvo bien dos leguas y media […]. Y dormí a la bajada dél en un arroyo (*Cartas de relación*, 578-579).

En este tipo de organización narrativa, el viajero (narrador y personaje) precisa la ruta seguida dando una serie de coordenadas espacio-temporales. Éstas, articuladas con los verbos de movimiento (partimos, llegamos, fuimos, atravesamos, pasamos, costeamos, etc.), representan progresivamente el desplazamiento.

En cuanto a las referencias espacio-temporales, las que refieren al tiempo y establecen las cronologías fluctúan entre las fechas preci-

sas o las indicaciones que permiten su identificación ("martes, doze días del mes de Abril", "jueues sancto"), y las que indican días trascurridos ("estuuimos tres días", "y otro día", "y dormí"). Las referencias espaciales que componen los derroteros registran topónimos ("llegados a Guaniguanico", "Xalapa", "Socochima", "Tejutla"), escuetas indicaciones de accidentes geográficos ("pasamos unas altas sierras y puerto", "salí a unos llanos") y también distancias ("en subida y bajada tuvo bien dos leguas y media").

De los tres elementos que estructuran itinerario —verbos de movimiento, sujeto de la narración y coordenadas espacio-temporales— es difícil establecer parámetros puntuales de regularidad para los casos estudiados. No obstante, se pueden hacer algunas precisiones. Los verbos de movimiento se usan en forma similar en todos los casos. Para el registro descriptivo, se prefiere el presente del indicativo o el presente histórico, tiempo que subraya el carácter documental de la información ofrecida en el relato. Para el registro narrativo, en cambio, se prefiere casi siempre el pretérito, tiempo que expresa, por un lado, el pasado del viaje expedicionario y "la experiencia" del viajero y, por otro, el presente de la escritura del relato como una recuperación de dicha "experiencia".

En cuanto al segundo de los elementos que estructuran el itinerario —el sujeto de la narración—, mientras Cabeza de Vaca y Bernal usan el plural (el viajero y sus compañeros), Cortés prefiere el singular. En la Segunda carta de relación, donde se narra la expedición y conquista de Tenochtitlan, Cortés usa la sinécdoque de tipo numérica —singular por plural—: "me partí para la dicha ciudad" (126); "entré en ella casi al mediodía y vi poca gente" (129); "me fui a la fortaleza" (129); "torné a salir y les gané algunas de las puentes, y quemé algunas casas" (131); "otro día salí para les ganar ciertas azoteas" (133). Aunque pudiera decirse que esta manera de narrar representa un estado de la lengua, me inclino a pensar que se trata de una *modelización* del relato, en donde la primera persona del singular hace que la narración gire únicamente en torno a la figura de Cortés.

Dicha *modelización* no sólo compone la hazaña individual del guerrero sino que sirve, por tratarse de un informe oficial enviado a una autoridad superior, a la estrategia persuasiva.[7] Mientras en el plano histórico la Conquista fue una empresa colectiva basada en las numerosas alianzas realizadas, en el plano del relato, en cambio, la Conquista se ofrece como hazaña individual. En gran medida, esta estrategia se encuentra mediada por la actitud de rebeldía de Cortés, quien desobedece al gobernador de Cuba y continúa su exploración territorial hacia el Este sin licencia real. Al momento de escribir, Cortés es un rebelde. La carga retórica de la relación demuestra la situación incierta en la que se encuentra y por esta razón la primera persona del singular compone la hazaña individual que logra convertir la rebeldía a la Corona en prestación y servicio al rey. [8]

Para el caso de la *Historia verdadera…*, Bernal prefiere el uso del plural. En general, los ejemplos se reducen a la rectificación de la iniciativa individual de Cortés —que seguramente Bernal lee a través de Gómara—[9] por iniciativas y decisiones colectivas que incluyen a

[7] Como señala José Joaquín Blanco, "las cartas no son propiamente crónica histórica ni textos literarios escritos por un autor para un público, con libre expresión individual, objetivos e imparciales, sino textos políticos sumamente hábiles de un capitán a sus superiores" (*La literatura en la Nueva España: conquista y Nuevo Mundo*, Cal y Arena, México, 1989, p. 24).

[8] Remito al trabajo de Beatriz Pastor, que ha estudiado "el proceso de ficcionalización" de la figura del conquistador. Para la autora, dicho proceso tiene dos ejes centrales: la trasformación "de rebelión en servicio" y "de rebelde en modelo" (*Discursos narrativos de la Conquista…*, *op. cit.,* p. 95).

[9] También es probable que Bernal haya leído las *Cartas de relación* de Cortés, publicadas en 1522 la Segunda, en 1523 la Tercera y en 1525 la Cuarta. El narrador de la *Historia verdadera…* dice: "Y no quisiera escrebir esto en esta relación porque no pareçiese que me jactançiava dello y no lo escribiera sino porque fue público en todo el real; y aún después lo vi escrito de molde en unas cartas y relaciones que Cortés escrivió a Su Majestad haziéndole saber de todo lo que pasava, y del viaje de Onduras; y por esta causa los escrivo" (*Historia verdadera,* CLXXVII, 648). Como decía, es factible que Bernal haya leído "de molde" las primeras tres cartas de relación en alguno de sus viajes a la

todos los participantes en las acciones de la Conquista.[10] En el caso de los *Naufragios*, el sujeto también es un plural (viajeros/náufragos/supervivientes), no obstante, el "yo" de la narración constantemente se destaca individualmente.[11] Claro que, en estricto sentido, lo mismo podría decirse de la *Historia verdadera…*, y ello se explica por el afán de reivindicación individual siempre presente en las crónicas.

En cuanto al tercero de los elementos —las coordenadas espacio-temporales—, un rasgo distintivo de los *Naufragios* es la dificultad de reconstruir la cronología del "viaje real" con base en la narración. Desde la partida de la expedición en Sanlúcar de Barrameda (17 junio 1527) hasta las cercanías de la "ysla de Malhado", el narrador

---

Península (en 1538 o 1550), pero es improbable, en cambio, que haya leído la Quinta, puesto que fue publicada recién en 1866.

[10] Ilustrativa al respecto es la manera en que Bernal presenta la decisión del encierro de Moctezuma: "Como teníamos tan esforçados capitanes y soldados […], apartaron a Cortés en la iglesia quatro de nuestros capitanes y juntamente doze soldados de quien él se fiava e comunicava, e yo era uno dellos, y le diximos que […] mirase que los coraçones de los honbres que son muy mudables, en espeçial en los indios, y que no tuviese confiança de la buena voluntad y amor que Montezuma nos muestra […]. Y pues es cosa de ponderar todo esto que le dezíamos, que luego, sin más dilación, prendiésemos al Montezuma si queríamos asegurar nuestras vidas" (*Historia verdadera*, XCIII: 244). Cortés, en contraste, presenta la decisión de forma personalizada: "Pasados, Invitísimo Príncipe, seis días después que en la gran cibdad de Timixtitán entré y habiendo visto algunas cosas della […] por aquellas me paresció y aun por lo que de la tierra había visto que convenía al real servicio de Vuestra Majestad y a nuestra seguridad que aquel señor estuviese en mi poder […] determiné de lo prender y poner en el aposentamiento donde yo estaba, que era bien fuerte" (*Cartas de relación,* 214). Francisco López de Gómara narra la prisión de Moctezuma en el capítulo LXXXIII de su *Historia de la Conquista de México*: "Así que, pues con el cuidado que tenía de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvenientes para sus deseos, acordó prender a Moteczuma […]; y determinó, sin dar parte a nadie, prenderlo luego". Esta y todas las citas son de la edición de Jorge Gurria Lacroix, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 133.

[11] Nina Guerasi-Navarro, "*Naufragios* y hallazgos de una voz narrativa en la escritura de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Julio Ortega y José Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista: la escritura del Nuevo Mundo*, El Colegio de México-Brown University, México, 1994, p. 175.

presenta, en forma más o menos regular, las fechas en que ocurrieron los sucesos. Luego, la cronología desaparece paulatinamente y las referencias temporales puntuales se reemplazan por anotaciones del tipo "dende a pocos días" (226) u "otro día" (213). Al respecto, Pupo-Walker advierte que la expresión "otro día" no necesariamente significa "al día siguiente", sino más bien "un día de aquellos"; en este sentido, es difícil estimar en los *Naufragios* el cómputo exacto de días transcurridos y establecer una cronología precisa.[12]

Esto mismo se evidencia en el análisis de las coordenadas temporales de los viajes narrados en la *Historia verdadera…* En la narración de la expedición a Tenochtitlan, por ejemplo, las referencias con fechas exactas sólo se consignan cuando se quieren resaltar ciertos momentos significativos del itinerario: la salida, el arribo a puntos intermedios importantes o la llegada a destino. Los demás sucesos del viaje se introducen temporalmente en el recorrido de manera ambigua, con referencias del tipo "y otro día" o "una mañana", que no permiten estimar un cómputo progresivo de días.

Lo mismo puede decirse para los acontecimientos descritos en los viajes narrados en las *Cartas de relación* de Cortés. En la Segunda carta, la narración del viaje a Tenochtitlan comienza el 16 de agosto sin que vuelva a registrarse una fecha precisa hasta pasados varios días de haber llegado a destino. Es más, la otra referencia temporal exacta se introduce sólo a manera de cierre, después de que Cortés ha narrado todo el viaje, relatado su encuentro con Moctezuma y descrito pormenorizadamente la ciudad azteca:

[12] Véase Introducción a su edición de los *Naufragios*, *op. cit.*, p. 47. No obstante, Pupo-Walker ha estimado una cronología aproximativa del viaje en las notas al pie de su edición. Existen también otras cronologías anteriores, por ejemplo la establecida por Cleve Hallenbeck (*Álvar Núñez Cabeza de Vaca: the journey and route of the first europeans to cross the continent of North America, 1534-1536*, Kennikat, New York, 1971). También Carl Sauer se ocupa del tema, véase *The road to Cíbola* (University of California, Berkeley, 1966) y *Sixteenth century North América* (University of California, Berkeley, 1971).

> En las cuales dichas cosas y en otras no menos útiles al servicio de Vuestra Alteza gasté de ocho de noviembre de mill y quinientos y diez y nueve hasta entrante el mes de mayo deste año presente (248).

Ni siquiera se destaca la fecha en que los españoles entran a Tenochtitlán.[13] En su lugar, Cortés utiliza referencias cronológicas que indican períodos o días trascurridos, aunque nunca consignados con exactitud: "Ocho o diez días después de haber dado con los navíos a la costa…" (165); "Y dejándolos ansí muy contentos, me partí después de haber estado allí cuatro o cinco días…" (172); "Y en obra de quince o veinte días que allí estuve quedó la cibdad y tierra tan pacífica…" (194); "Pasados algunos pocos días después…" (227).

No obstante, y más allá de las dificultades para establecer una cronología clara a los acontecimientos descritos a lo largo del camino, el viaje se representa con base en el desplazamiento espacial: los diferentes tramos del itinerario se consignan con la serie de lugares visitados (topónimos), accidentes geográficos y distancias recorridas. Ahora bien, todos los viajes estudiados presentan más referencias espaciales que temporales y esto se debe a una característica propia del relato de viajes: el espacio da el orden del itinerario, porque son los lugares —yo no el tiempo— los que organizan el texto.

Según Miguel Ángel Priego, el relato de viajes es "un mapa desplegado en palabras" que tiene un "propósito totalizador", cartográfico, el de "describirlo todo, e incorporarlo todo al relato, "aunque

[13] La *Historia verdadera…* presenta más referencias temporales exactas que la Segunda carta de relación. Por Bernal sabemos que la batalla con Xicotenga "fue dada en dos días de setienbre de mill e quinientos y diez y nuebe años" (LXIII, 154); que reanudan el camino hacia Tenochtitlán el "çinco de setienbre de mill e quinientos y diez y nueve años" (LXV, 157-158); que llegan a la cabecera de Tlascala "a veinte y tres de setienbre de mill e quinientos y diez y nueve años" (LXXIV, 180); y, finalmente, que llegan a la ciudad el 8 de noviembre: "Y fue esta nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran çibdad de Tenustitlan, México, a ocho días del mes de noviembre, año de Nuestro Salvador Jesucristo de mill e quinientos y diez y nueve años" (LXXXVII, 223).

sólo sea mediante su simple mención".[14] Así, con una breve indicación del tipo "pasamos unas altas sierras", se incorporan los lugares recorridos en el mapa de palabras, logrando la impresión de una totalidad y un efecto de descripción realista. Claro que, no porque continuamente se incorporen referencias espaciales, los itinerarios son exhaustivos y coherentes. En general, están llenos de imprecisiones y distorsiones, todas ellas relacionadas con aquello que se privilegia u omite para su construcción textual. De esta forma, con base en las referencias espaciales disponibles en las crónicas sólo podría decirse que los itinerario descritos representan una aproximación ilustrativa de la ruta que pudieron haber seguido los conquistadores.[15]

Procedimientos descriptivos

Para la retórica clásica la descripción es una *evidentia* o representación viva y detallada de un objeto mediante la enumeración de sus particularidades sensibles.[16] La *e-videntia* pone de manifiesto el carácter

[14] "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *op. cit.*, p. 226.

[15] Las referencias a las trayectorias de los conquistadores han provocado innumerables controversias entre historiadores y críticos. Para la narración de Cabeza de Vaca remito, nuevamente, al estudio preliminar de la edición crítica de Enrique Pupo-Walker, donde puede encontrarse una valiosa recopilación de bibliografía. Carl Sauer y Cleve Hallenbeck, también antes citados, recorrieron y exploraron diversas partes de la ruta de Cabeza de Vaca en las mismas épocas del año en las que lo hizo el náufrago. Véase también O. W. Williams, "Route of Cabeza de vaca in Texas" (*Quarterly of the Texas State Historical Association*, July 1899, pp. 54-64); Donald Chipman, "In search of Cabeza de Vaca´s route across Texas: an historical survery" (*Southwes Tern Historical Quarterly*, 91 (1987), pp. 127-148); y Alex Krieger, "The travels of Álvar Núñez Cabeza de Vaca in Texas and México, 1534-1536" (en Manuel Maldonado-Koerdell *et al.*, *Homenaje a Pablo Martínez del Río: los orígenes americanos*, inah, México, 1961, pp. 459-474). Para las *Cartas de relación* el estudio mas accesible sobre la ruta seguida por el conquistador sigue siendo el de José Luis Martínez (*Hernán Cortés, op. cit.,* pp. 127-239 y 417-468). Martínez compara los itinerarios narrados por Cortés y Bernal Díaz con otras fuentes primarias.

[16] En términos discursivos esto tiene dos implicaciones, por un lado la creencia en la capacidad mimética de la palabra (capacidad de reproducir el objeto ausente), por

visual del lenguaje en función de la persuasión: se trata de la construcción de una imagen que se recrea ante los ojos del público para convencerlo de algo. En el relato de viajes, los hallazgos del viajero se presentan como recreación de lo visto y como evidencia del "haber estado ahí". La descripción es, por lo tanto, el vehículo privilegiado para crear la ilusión del espacio recorrido por el viajero.

Toda ilusión de realidad es fundamentalmente referencial: "un texto cobra sentido sólo en la medida en que el universo diegético entra en relación significante con el mundo *real*".[17] Etimológicamente hablando, describir es concebir que las cosas del mundo pueden ser escritas desde un modelo (*de-scribere*). En este sentido, una descripción no puede crear la ilusión de realidad sin la serie de modelos lingüísticos, lógico-lingüísticos y taxonómicos que organizan nuestra percepción del mundo.[18] Un ejemplo:

> Tenía una casa […] que está donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe muy bien obrados" (*Cartas de relación*, 244).

---

otro, el contenido analítico que caracteriza a la descripción. Como opina Luz Aurora Pimentel, "el detalle, en tanto parte aislada del conjunto, y la enunciación de todas sus particularidades y circunstancias, son elementos analíticos que, en términos textuales, se traducen en un despliegue sintagmático" (*El espacio en la ficción. Ficciones espaciales: la representación del espacio en los textos narrativos*, UNAM-Siglo XXI, México, 2001, p. 18). Ahora bien, en el análisis de la práctica discursiva, lo mimético y lo analítico tienden a la contradicción. El componente analítico —el despliegue sintagmático de partes constitutivas y atributos del objeto— cancela el principio mimético de simultaneidad: "lejos de «recrear» o de «representar» al objeto como una verdadera entidad, lejos de «ponerlo a la vista» la descripción no hace sino analizarlo, descomponerlo en una serie predicativa que sólo se aprehende comprendiéndola" (*loc. cit.*).

[17] *Ibid.*, p. 9.

[18] En palabras de Pimentel, "si una descripción se conforma según esos modelos producirá la ilusión de que el espacio construido ficcionalmente «embona» con el construido culturalmente en la realidad extratextual" (*Ibid.*, p. 65).

Este fragmento de la descripción de las casas de Moctezuma pone en evidencia que la descripción de Cortés se sustenta en un modelo lógico-lingüístico compuesto de categorías espaciales de oposición binaria (dentro/afuera). De esta manera, la descripción crea una ilusión de realidad no porque se adecua con "la realidad", sino porque lo hace con los modelos de realidad construidos por otros discursos.

En términos generales, toda representación se ordena en un modelo preexistente, incluso en los casos donde se representa aquello que se desconoce. Esto resulta de vital importancia para el tema que nos ocupa en este apartado, puesto que la descripción de los elementos "hallados" en los viajes narrados en las crónicas de los primeros conquistadores se construye con los modelos lingüísticos, lógicos y taxonómicos que nos ayudan a comprender la realidad, pero, además, con una retórica descriptiva que, pudiendo pertenecer a otras formas de prosa narrativa, es característica del corpus de relatos de viajes hispánico-medieval. En este sentido, propongo estudiar dicha retórica como un ordenador discursivo de las descripciones que contienen los relatos que estudio.[19]

En términos generales, la información proporcionada por los viajeros medievales y los conquistadores puede ser catalogada en dos grupos:

- Un amplio pero acotable cúmulo de noticias sobre los territorios transitados y sus habitantes.

[19] Las descripciones que estudiaremos en este apartado serían parte de lo que Pimentel llama descripciones "hipotácticas", sujetas a modelos provistos por otros discursos: "Un tema descriptivo es susceptible de una descomposición conceptual en semas. Estos semas pueden organizarse de manera paratáctica [es decir] en una serie cuyo único principio de organización es el inventario, o bien puede organizarse hipotácticamente en torno a modelos preexistentes, extratextuales, que van desde los discursos del saber oficial y/o popular, que califican y segmentan la realidad (historia natural, anatomía, etc.), pasando por los modelos lógico-lingüísticos de organización textual […], hasta los modelos provistos por otras artes, en especial el de la pintura" (*Ibid.*, pp. 20-21).

- Una serie de elementos anecdóticos o curiosos que responden a la subjetividad de cada viajero en particular y a las inquietudes del destinatario.

Mientras en el primer caso las descripciones se ofrecen con una retórica descriptiva específica que puede rastrearse desde los viajes medievales hasta los viajes por el Nuevo Mundo, en el segundo, los elementos anecdóticos pueden variar notablemente.

Por ejemplo, mientras los viajeros medievales presentan innumerables *mirabilia* en sus relatos,[20] "los conquistadores se esfuerzan por racionalizar lo maravilloso".[21] Durante el medioevo, mercaderes, cruzados, peregrinos y diplomáticos se abren camino hacia horizontes míticos, ubicados en un Oriente siempre lejano y poblado de maravillas. Los conquistadores, en cambio, se abren camino buscando interpretar y esclarecer "los secretos de la tierra" que recorren.[22] No obstante, la interpretación de la realidad observada por los conquistadores responde en gran medida a un imaginario europeo medieval y ello da por resultado un Nuevo Mundo también poblado de ciudades encantadas, islas fantásticas, amazonas y gigantes.

Desde principios del siglo XVI se sucedieron en el Nuevo Mundo toda una serie de expediciones cuyos objetivos eran maravillosos o quiméricos (la Fuente de la Eterna Juventud, las Siete Ciudades En-

[20] Miguel Ángel Pérez Priego señala que los dos relatos paradigmáticos al respecto son el de Mandevilla y el de Marco Polo ("Maravillas en los libros de viajes", *Compás de Letras*, 7 (1995), p. 67). También véase Victoria Béguelin-Argimón, "Lo maravilloso en tres relatos de viajeros castellanos del siglo XV" (en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viajes y literaturas hispánicas*, *op. cit.,* pp. 87-99).

[21] Blanca López de Mariscal, *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI, op. cit.*, p. 128.

[22] Me refiero a la metáfora recurrentemente utilizada por Cortés: "Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a Vuestra Alteza muy particular relación quise désta que me paresció algo maravillosa saber el secreto, e envié diez de mis compañeros […] y les encomendé mucho procurasen de subir a la dicha sierra y saber el secreto de aquel humo de dónde y cómo salía" (*Cartas de relación*, 198-199).

cantadas y El Dorado son los ejemplos más sonados). Dichas expediciones muestran el horizonte mítico de los desplazamientos por el Nuevo Mundo, que en ningún caso respondía a creaciones individuales, sino a todo un conjunto de leyendas provenientes de la tradición occidental y a la sobreinterpretación de las tradiciones locales por parte de los españoles.[23] Estos mundos fantásticos, donde los hombres viejos se vuelven "moços" o las ciudades brillan por doquier, forman parte del imaginario colectivo de quienes llegaron a las tierras americanas y legaron sus fantasías, experiencias, aventuras y desventuras en sus relatos.

Si bien cada viajero escoge aquello que considera curioso o notable, la selección de la información proporcionada en el relato de su viaje siempre se encuentra mediada por una serie de objetivos particulares y por las inquietudes de la sociedad receptora,[24] así es como la serie de elementos anecdóticos o curiosos presente en los relatos de viajes por el Nuevo Mundo puede variar de aquella que se encuentra en los relatos de viajes medievales. No obstante, los viajeros medievales y los conquistadores coinciden en describir los mismos aspectos de la realidad y presentan en sus relatos un amplio pero acotable cúmulo de noticias sobre los territorios transitados y sus habitantes.

Con respecto al tipo de información se pueden señalar dos núcleos descriptivos importantes:

- La descripción del territorio recorrido y sus elementos (flora, fauna, geografía, etcétera).[25]

[23] Sobre estos mitos y leyendas hay dos trabajos fundamentales: Enrique de Gandía, *Historia crítica de los mitos de la Conquista americana* (Sociedad General Española de Librería, Madrid,1929) y Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento* (Alianza Universidad, Barcelona, 1989).

[24] Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes, op. cit.*, *passim*.

[25] Cf. Paul Zumthor, quien a propósito de los espacios exteriores llama la atención sobre las implicaciones de la palabra 'paisaje' en la Edad Media. El paisaje es un "invento moderno" que implica la representación de una belleza natural y supone una aprecia-

- La descripción de las ciudades o pueblos hallados y sus habitantes.

En cuanto a la descripción del territorio, destaca el hecho de que, en los dos grupos, el interés descriptivo del viajero está ligado a las riquezas halladas, a la presencia o no de cursos de agua y a la fertilidad de la tierra. En cuanto a la descripción de ciudades o villas, éstas se describen conforme a un esquema que ofrece información sobre: 1) accesibilidad y dimensiones; 2) emplazamiento y la calidad de las construcciones; 3) habitantes (costumbres, vestimenta, oficios, etc.).

Asimismo, las descripciones se componen no sólo con un registro de tipo utilitario, que busca exponer la mayor cantidad de información posible para presentar el mundo visitado a quienes no tienen acceso directo a él, hay otros dos elementos recurrentes en las descripciones: el *asombro* que produce lo no antes visto y su *belleza*. El asombro —o la expresión de la emoción que el contacto con lo ajeno provoca— es un elemento que ya aparece codificado en las descripciones de los viajeros medievales. La belleza de lo visto, también.

Una vez señaladas las coincidencias a grandes rasgos (véase Tabla 1), quiero ejemplificar, por un lado, las similitudes en los parámetros de información que se proporcionan, y por otro, la manera en que esa información se presenta, es decir, la serie de elementos recurrentes que da por resultado una retórica descriptiva específica del relato de viajes. Para ello he seleccionado un conjunto de tópicos y figuras que serán desarrollados en las páginas siguientes (véase Tabla 2).

---

ción estética. El hombre medieval ligado de forma demasiado estrecha a la naturaleza que le rodea no puede hacerla objeto de un juicio estético: "hacia 1400, las formas de la naturaleza exterior no siempre han sido objeto de consideraciones por ellas mismas. Marco Polo cruza toda Asia, a través de regiones cuya belleza entusiasma al viajero de nuestros días. Él no dice nada. Su discurso no se asombra, y sólo se vuelve admirativo cuando se refiere a la obra de los hombres" (*La medida del mundo, op. cit.,* p. 88). No caben dudas de que la relación del hombre con la naturaleza exterior cambió fundamentalmente a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Tabla 1

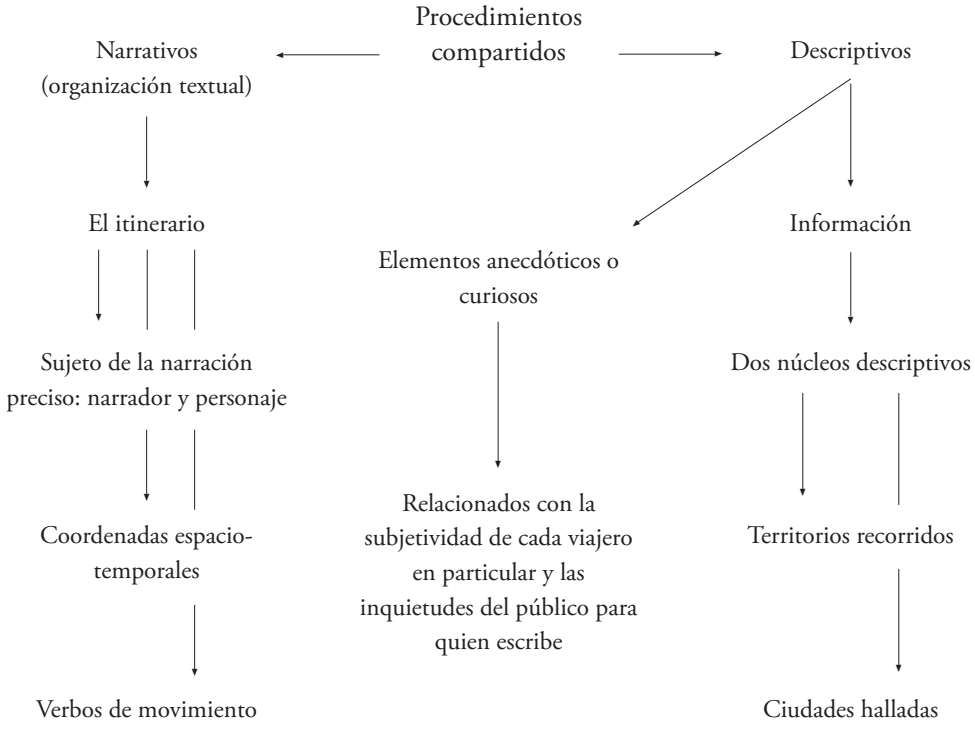
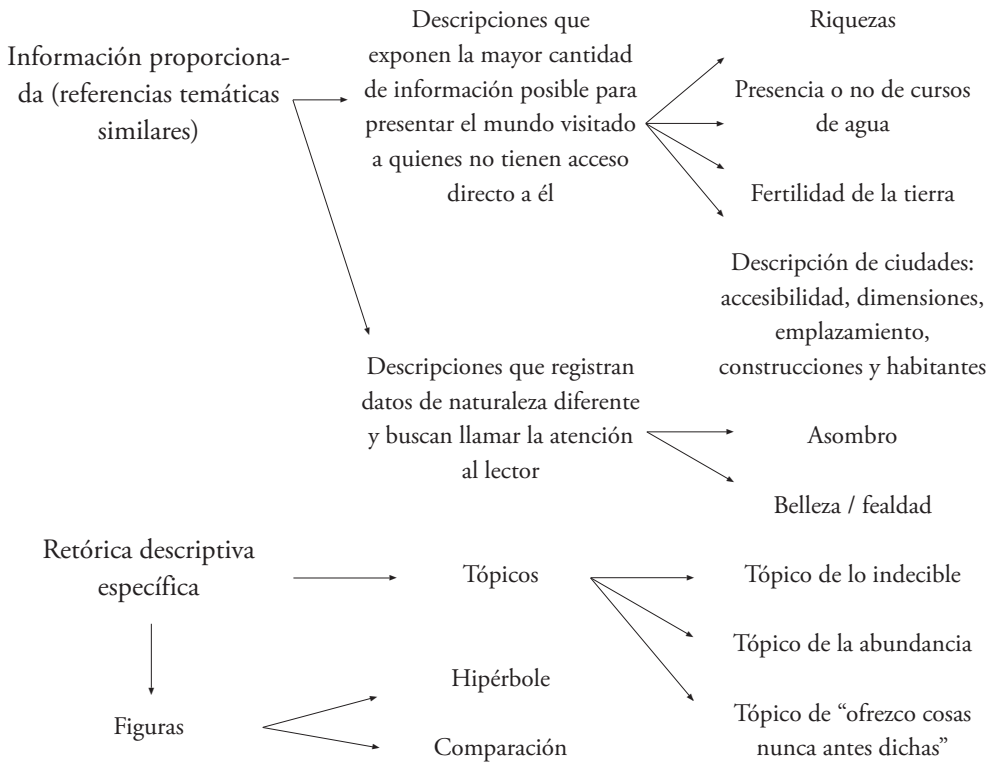

Procedimientos compartidos
Narrativos (organización textual)
Descriptivos
El itinerario
Información
Elementos anecdóticos o curiosos
Sujeto de la narración preciso: narrador y personaje
Dos núcleos descriptivos
Relacionados con la subjetividad de cada viajero en particular y las inquietudes del público para quien escribe
Coordenadas espacio-temporales
Territorios recorridos
Verbos de movimiento
Ciudades halladas

Tabla 2


Información proporcionada (referencias temáticas similares)
Descripciones que exponen la mayor cantidad de información posible para presentar el mundo visitado a quienes no tienen acceso directo a él
Riquezas
Presencia o no de cursos de agua
Fertilidad de la tierra
Descripción de ciudades: accesibilidad, dimensiones, emplazamiento, construcciones y habitantes
Descripciones que registran datos de naturaleza diferente y buscan llamar la atención al lector
Asombro
Belleza / fealdad
Retórica descriptiva específica
Tópicos
Tópico de lo indecible
Tópico de la abundancia
Tópico de "ofrezco cosas nunca antes dichas"
Figuras
Hipérbole
Comparación

SIMILITUDES TEMÁTICAS, MOTIVOS RECURRENTES

Territorios recorridos

Como decía más arriba, las descripciones de territorios recorridos se componen con los mismos elementos: fertilidad de la tierra, tipos de cultivos y presencia de cursos de agua. Mostraré a continuación una serie de ejemplos de la *Embajada a Tamorlán* en comparación con la narración del viaje a las Hibueras en la Quinta carta de relación:

> La ciudad de Arzinga está hecha en un llano cerca del río Éufrates […]. El llano en que está la ciudad está todo rodeado de una sierras muy altas […]. En él había muchas aldeas y viñas y huertas. El llano está todo labrado de trigo, viñas, huertas y vergeles muy hermosos (*Embajada*, 121).

> Este pueblo Yztapan […] está sentado en la ribera de un muy poderoso río. Tienen muy buen asiento para poblar en él españoles. Tienen muy hermosa ribera donde hay buenos pastos. Tienen muy buenas tierras de labranzas y tienen buena comarca de tierra poblada (*Cartas de relación*, 547).

La consignación de la presencia de cursos de agua y el detalle de los cultivos hallados a lo largo del recorrido es constante en un texto y en el otro, pero, más allá de las similitudes temáticas y la correspondencia de imágenes, es importante señalar que la forma discursiva se realiza de la misma manera (Arzinga / Yztapan; Eufretes / poderoso río; llanos labrados de trigo, viñas, huertas y vergeles muy hermosos / hermosa ribera de buenos pastos y buenas tierras de labranza), y que incluso hay similitudes léxicas (está hecha / está sentado; labrado / labranzas; muy hermosos / muy hermosa).

No obstante, mientras el narrador de la *Embajada* se limita a ofrecer una descripción de lo visto por los viajeros, el narrador de la Quinta carta de relación ofrece una valoración de lo hallado y su mirada se despliega sobre el territorio con un propósito pragmático ("muy buen asiento para poblar en él españoles", "muy buenas tierras de labranzas"). Sin duda, la diferencia con los embajadores de Enrique III es la que señala María José Rodilla: los viajeros de la *Embajada* son "pasivos, están sometidos a una vigilancia permanente y a los protocolos palaciegos",[1] Cortés, en cambio, es un conquistador.

Generalmente, las posibilidades de las tierras exploradas se ponen en evidencia con la descripción precisa de los cultivos hallados (granos en particular) y con la caracterización de la tierra como fértil:

> El camino fue al otro día por unas sierras altas, pero en las que había muchas aldeas y abundantes labranzas de cereales… (*Embajada,* 129).

> Y después me partí y fui a dormir a otra casería que se llama Taxuytel […] donde había muchos cacagüetales y algún maíz, aunque poco y verde (*Cartas de relación*, 579).

> El lunes durmieron en el campo. El camino de este día fue entre sierras altas, sin montes, de las que bajaban muchas acequias de agua… (*Embajada,* 129).

> Duráronnos estos llanos otras dos leguas y en ellos […] comimos en un arroyo muy fresco… (*Cartas de relación*, 579).

[1] "El imperio de Tamorlán en la mirada de los embajadores castellanos", en Aurelio González, Lillian von der Walde y Concepción Company (eds.), *Visiones y crónicas medievales. Actas de las VII Jornadas Medievales*, El Colegio de México-UNAM-UAM, México, 2002, p. 192.

Al pie de este río y en él hay muchos viñedos y labranzas de cereales (*Embajada,* 134).	[este río] está todo de la una parte y de la otra poblado y de muy hermosas heredades de huertas de cacao y de otras frutas (*Cartas de relación*, 603).

En todos los ejemplos, el interés descriptivo está ligado a dos elementos: agua y cultivos. Estos elementos representan un signo de abundancia y por ello dan cuenta de la posibilidad de establecimiento, subsistencia y prosperidad del europeo en las tierras exploradas. Un signo es tal sólo al interior de una configuración de sentidos que lo permite y posibilita. De esta manera, cuando se consigna la presencia de huertas, cereales, maíz, frutas, agua dulce, etc., se apela a un sistema de referencia donde esos elementos significan. Desde tiempos inmemorables, el agua es sinónimo de la vida terrestre y de la fecundidad; en este sentido, la presencia de agua a lo largo del camino o la indicación de su ausencia remiten directamente a la calidad de la tierra recorrida:

…el camino de este día fue llano, con muchas aguas y prados. A mediodía llegaron a Azerón (*Embajada*, 129).	Pasados estos días […], me partí y llevé la primera jornada de muy buena tierra llana y alegre sin monte, sino algunos pedazos… (*Cartas de relación*, 578).
…la montaña era rasa, sin montes, y en ella había mucha agua y hierbas. El camino iba alrededor de ella […]. Este día tuvieron allí los embajadores la siesta, ante una hermosa fuente (*Embajada*, 132).	Y otro día por la mañana seguí mi camino […] llegué ya tarde al pueblo, donde hallé toda la gente que había ido delante muy alegres porque habían hallado muchos maizales (*Cartas de relación*, 543).

Los terrenos llanos, fértiles y con abundante agua se asocian al bienestar de los viajeros, tanto por la ausencia de obstáculos en el itinerario (a mediodía llegaron/ llevé la primera jornada de muy buena tierra), como por la idea de un viaje contemplativo y sin esfuerzos (tuvieron la siesta ante una hermosa fuente). Ligadas a este tipo de recorrido, ameno y sin contratiempos, se encontrarán imágenes de abundancia y bienestar (hallé toda la gente muy alegres, habían hallado muchos maizales). Por el contrario, los terrenos escarpados y secos se asocian a dificultades y pesares en el camino:

> El camino fue fragoso, entre montañas muy calurosas, y había muy poca agua (*Embajada*, 156).
>
> Yo trabajé de andar por un caminillo algo seguido aunque de monte muy cerrado […] y durmimos aquella noche sin tener agua que beber nosotros ni los caballos (*Cartas de relación*, 569).
>
> …en todo él [camino] no encontraron ni una piedra; la tierra muy caliente, desigual, de poca agua (*Embajada*, 159).
>
> …dormí cuatro días en despoblado, que todo el camino lo era y de grandes montañas y sierras, y aun hubo en él un mal puerto por ser todas las peñas y piedras dél de alabastro muy fino (*Cartas de relación*, 572).

La ausencia de agua; la tierra caliente y polvorosa; el camino cerrado, desigual e intrincado y los terrenos toscos y pobres serán las referencias utilizadas para hablar de itinerarios dificultosos. El calor, el polvo, la sequía, la soledad, el vacío y el agotamiento serán las imágenes que, a lo largo del camino, ilustren la descripción de tierras infértiles.

En este mismo sentido, las regiones, ciudades o pueblos que se describen como prósperos se presentan como asentados estratégica-

mente cerca de un río, laguna o, en su defecto, llenos de fuentes y canales:

> Estaba muy poblada; dentro de ella había muchas rúas y calles bien hermosas, con muchas tiendas con artesanos que las atendían. Es ciudad muy abundante en muchas mercancías. Tenía hermosas mezquitas y muchas fuentes (*Embajada*, 121).

> Esta provincia de Alcalan es […] muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel. Hay en ella muchos mercaderes y gentes que tratan en muchas partes. Está toda cercada de esteros… (*Cartas de relación*, 565).

Tanto en los relatos de viajes medievales como en los viajes narrados en las crónicas, la imagen de prosperidad de un sitio se encontrará relacionada con la presencia de elementos naturales y la existencia del comercio. Se insiste en el hallazgo de agua, que garantiza abundancia o diversidad de recursos naturales y que envuelve a la región con una imagen de autosuficiencia. En este mismo sentido opera la referencia al comercio y la solvencia en "mantenimientos".

No obstante, hay casos donde alguno de estos elementos puede tener connotaciones negativas para el viaje. Por ejemplo, en la narración del viaje a las Hibueras, la presencia de agua en grandes cantidades tiene connotaciones perniciosas, ya que anega el terreno donde los viajeros se desplazan y limita los alimentos:

> Y en saliendo del pueblo, di en una muy gran ciénaga que turó más de media legua, y con mucha rama y hierba que los indios nuestros amigos en ella echaron pudimos pasar. Y luego dimos en un estero hondo donde fue necesario hacer una puente por donde pasase el fardaje y las sillas, y los caballos pasaron a nado. Y pasado este estero, dimos en otra medio ciénaga que turó bien una legua (*Cartas de relación*, 549).

> …por cabsa del agua había muy poca de hierba que comiesen los caballos, que había dos días que no la comían ni otra cosa. Y allí estuvimos aquella noche con harto trabajo de hambre (*Cartas de relación*, 550).

El barro, las ciénagas, las corrientes rápidas y las lluvias torrenciales son elementos adversos que dificultan el viaje de Cortés, pero, por eso mismo, también son el motivo que permite narrar los esfuerzos realizados para llegar a destino: dan la posibilidad de describir las acciones necesarias para sortear las dificultades encontradas y seguir adelante. Con frecuencia Cortés hace comentarios sobre la "ausencia de camino" y la necesidad de construir puentes, o detalla las dificultades que representan los pantanos o los ríos anchos y caudalosos, que resultan especialmente difíciles para quienes van a caballo y tienen que hacerlos nadar.

Los expedicionarios logran avanzar con innumerables dificultades, pero éstas están indisolublemente ligadas al propósito de presentar el viaje como una hazaña:

> …porque si mucho he habido muy mucho más he gastado […] en dilatar por estas partes el señorío y patrimonio de Vuestra Alteza conquistando y ganando con ellos y con poner mi persona a muchos trabajos, riesgos y peligros muchos reinos y señoríos para Vuestra Excelencia (*Cartas de relación*, 650).

El viaje a las Hibueras se construye en la Quinta carta de relación como un servicio a la Corona y las dificultades del recorrido cumplen la función de crear la imagen del *esforzado* conquistador que se expone a "trabajos, riesgos y peligros" para "dilatar" el señorío. En este mismo sentido, la función que desempeña el signo de la abundancia (agua y cultivos) en la descripción de los paisajes recorridos es parte de un argumento de justificación del viaje de exploración:

> Yo estuve en este puerto veinte días proveyendo de dar orden en lo que aquella gente que estaba en Naco había de hacer y buscando algúnd asiento para poblar en aquel puerto porque es el mejor que hay en toda la costa descubierta desta tierra firme, digo, desde las Perlas hasta la Florida, y quiso Dios que le hallé bueno y muy a propósito. E hice buscar ciertos arroyos […]. Y por esto y por ser el puerto tan hermoso y por tener tan buenas comarcas y tan pobladas de gente, parescióme que Vuestra Merced sería muy servido en que se poblase (*Cartas de relación*, 606).

La exposición de las ventajas del territorio recorrido justifica el viaje en tanto medio de apropiación. Muchas de las descripciones presentan similitudes temáticas, discursivas y léxicas con los relatos de viajes medievales, pero, en los relatos de viajes por el Nuevo Mundo, se busca exponer datos útiles en función del interés del conquistador. De esta manera, los hallazgos se presentan como sorprendentes y provechosos: "es el mejor que hay en toda la costa descubierta desta tierra firme".

Cortés hace "buscar ciertos arroyos", porque éstos le permitirían cultivar campos con éxito: agua y cultivos son las condiciones básicas para la subsistencia y, por consiguiente, son los elementos que aparecen una y otra vez en sus descripciones. No obstante, a las descripciones que proporcionan datos útiles, le suceden otras que buscan llamar la atención al lector y proporcionan datos de naturaleza diferente.[2] Éstas se componen con dos elementos, el *asombro* que produce lo visto por primera vez y su *belleza* o, por el contrario, su fealdad. Dice Bernal que a Moctezuma lo acompañaban "al tienpo de comer" unos indios "corcovados muy feos, porque heran chicos de cuerpo e quebrados por medio" (*Historia verdadera*, XCI, 230). En camino

[2] Véase Alicia Llarena González, "Un asombro verbal para un descubrimiento: los cronistas de Indias (Colón, Cortés, Bernal, Las Casas)", en Julio Ortega y José Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura en el Nuevo Mundo, op. cit.*, pp. 117-125.

a las Hibueras Cortés llega a un "muy hermoso pueblo" que tiene "muy hermosas mezquitas" (*Cartas de relación*, 559); navega un río que tiene una "muy hermosa ribera" (547); o sale a "unos muy hermosos llanos sin monte, sino algunos pinares" (579).

Más de una vez encontramos al explorador extasiado frente al espectáculo de la naturaleza durante el viaje —"llegué al otro golfo que era la cosa más hermosa del mundo de ver" (595)— y en ocasiones el paisaje lo asombra e intimida:

> …y hallaron un vado el más maravilloso que hasta hoy se ha oído decir ni se puede pensar, y es que por aquella parte se tiende el río más de dos tercios de legua porque unas peñas muy grandes que se ponen delante le hacen tender, y hay entre estas peñas y angosturas por donde pasa el río la cosa más espantosa de recia que puede ser […] que por otra parte no pude pasar el río sino por entre aquellas peñas (*Cartas de relación*, 581).

Ante la necesidad de trasmitir la peculiaridad del Nuevo Mundo, los primeros cronistas describen lo hallado, en algunos casos con embelesamiento y en otros con estupefacción y pasmo. El asombro de lo visto por primera vez se expresa con imágenes que buscan llamar la atención del lector y para ello la hipérbole es constante: "el vado es el más maravilloso que hasta hoy se ha oído" y el río pasa por entre unas peñas que son "la cosa más espantosa de recia que puede ser". La desmesura en la construcción de las imágenes es otra forma de expresión hiperbólica; para Cabeza de Vaca, por ejemplo, los indios son "tan crescidos de cuerpo" que "desde lexos parescen gigantes" (*Naufragios*, 203).[3]

[3] Según John Elliott, la imagen de los indios como gigantes fue común desde las primeras incursiones por el Nuevo Mundo (*El viejo mundo y el nuevo: 1492-1650*, Alianza, Madrid, 1970, pp. 29-52).

Pero esta manera de presentar los territorios recorridos y los elementos seleccionados para construir la descripción no son nuevos. En los relatos de viajes medievales señalados también irrumpen la sorpresa o el asombro en las descripciones. En función de ello, la hipérbole es constante y la belleza siempre original. Marco Polo encuentra bueyes salvajes, "hermosísimos, grandes como elefantes" y carneros "grandes como asnos" (*Libro de Marco Polo*, 60 y 29); la embajada de Enrique III llega "a una gran casa […] que tenía veinte mil cámaras y apartamentos", y luego, ya en Samarcanda, los embajadores observan como en tres días "fueron armadas veinte mil tiendas" (*Embajada*, 139 y 200). Tafur dice de Génova que es la "çibdat más fermosa cosa del mundo de ver" (*Andanças,* 20); y Mandevilla asegura que el palacio del Gran Kan "es el mas beillo et el mas rrico que hombre podria deuisar" (*Libro de las maravillas*, 110).

En función de la hipérbole se encontrará la idea una *imposibilidad* de dar cuenta de lo hallado en el marco de la narración:

> En Roma estuve toda la quaresma visitando los santuarios é obras, é edificios antiguos […], los quales yo dubdo no solamente poderlos escrivir, mas aún aver mirado entendiendo com se devía; é si yo, segunt la magnificencia é grandeza de la cosa, en algo menguare, sea perdonado, porque yo no soy bastante á tan grant fecho (*Andanças*, 25-26).

> Y habiendo andado dos leguas de tierra llana comenzamos a subir el puerto, que fue la cosa del mundo más maravillosa. Y querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar ni quien lo oyese lo podría entender… (*Cartas de relación*, 580).

El asombro se expresa con una figura propia de todo relato de viaje, una especie de *imposibilidad de la palabra del viajero* para dar cuenta de lo visto o lo vivido. En la textualización del viaje hay una tentativa de capturar la realidad visitada, pero ésta se pierde porque el

viajero no puede *trasmitir/escribir/decir* lo visto. Estos enunciados generan un efecto de espontaneidad y veracidad en el relato, porque se ofrecen como un intento de presentar objetivamente lo encontrado en el viaje y, a la vez, sostienen la tensión del mismo. El viajero inventa incertidumbres sobre sí, duda de sus capacidades perceptivas y expresivas ("dubdo poderlos escrivir", "dubdo aver mirado entendiendo com se devía") y así queda algo *indescriptible* y *no dicho* que aporta una cuota de intriga a la descripción, intriga sostenida por la figura del explorador y enunciada como la dificultad para trasmitir y describir lo hallado. El lector debe confiar entonces en el viajero —testigo privilegiado y observador de territorios desconocidos—, aunque se diga incapaz de "explicar" lo visto.

Ciudades halladas

En el relato de viajes, las ciudades visitadas se convierten en los núcleos temáticos. Cuando el viajero llega a una ciudad, la narración de su viaje se detiene en largas y pormenorizadas descripciones, que son unidades compactas dentro de la estructura del texto.[4] Si bien esta disposición es una característica propia del relato de viajes, la descripción de las ciudades en sí pertenece a un género muy antiguo que presenta distintas manifestaciones a lo largo de la historia de la literatura.

La *descriptio civitatis* da cuenta de los rasgos esenciales de las ciudades medievales y fue un género cultivado en las distintas regiones de Europa desde épocas antiguas.[5] En Italia toma matices laudato-

[4] Véase Joaquín Rubio Tovar, "Cinco ciudades europeas (el testimonio de un viajero medieval)", *Revista de Occidente*, 51 (1985), pp. 43-56. En este artículo, Rubio Tovar reproduce como unidades independientes las descripciones que hace Tafur de las ciudades que visita.

[5] Robert Ernest Curtius señala que la teoría literaria de la tardía Antigüedad ya precisaba los preceptos del panegírico de ciudades: primero había que alabar la situación

rios (*laudes civitatum* o *laudes urbium*), es decir, loas o alabanzas de ciudades.[6] Miguel Ángel Pérez Priego señala el esquema compositivo del *laudes urbium* en los relatos de viajes castellanos del siglo XV, aunque advierte que no se trata de un esquema privativo del relato de viajes, ya que también funciona en otros géneros que privilegian la descripción de ciudades. Este genero literario, detallado en los *Excerpta Rhetorica* del siglo IV, recomienda que la descripción de ciudades se ocupe de los siguientes aspectos: antigüedad y fundadores de la ciudad / situación y fortificaciones / fecundidad de los campos y provisión de agua / costumbres / edificios y monumentos / y hombres famosos.[7] En general, toda *descriptio civitatis* medieval se organiza con base en una estructura fija y las descripciones más comunes son las que se ocupan de Jerusalén, Roma, Constantinopla y Babilonia. Estas ciudades son caracterizadas con rasgos particulares y propios que se repiten en todas las descripciones, generando así imágenes prototípicas o modélicas.[8]

---

de la ciudad y luego todas sus ventajas (*Literatura Europea y Edad Media Latina*, FCE, México, 1998, p. 228).

[6] Ángel Molina, "Territorio, espacio y ciudad en la Edad Media", en Hernando Bonachía (ed.), *La ciudad medieval*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1996, p. 39. Sobre este género en Italia véase de Nilda Guglielmi, "Las *laudes civitatis* y el espacio sacro-politizado", *Las ciudades medievales y sus gentes*, Conicet, Buenos Aires, 1981, pp. 35-41.

[7] Miguel Ángel Pérez Priego, "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *op. cit.,* p. 227. Cf. Rolf Eberenz, "Ruy González de Clavijo et Pero Tafur: L'image de la ville", (*Etudes de Lettres*, sep. (1992), pp. 29-51), que contradice a Pérez Priego argumentando que tanto la exposición de los orígenes de las ciudades como la historia de las villas están poco detallados en los textos de Clavijo y Tafur. Para Eberenz, la influencia decisiva no es el *laudes urbium* sino la pintura y el grabado que, en la Edad Media, representan las ciudades con una suerte de reducción emblemática, poniendo de manifiesto un atributo característico ilustrado por expresiones como "Toledo la noble, que es arzobispado"; "Babilonia la magna, que tod el mundo val"; "Gormaz, un castiello tan fuert"; etcétera.

[8] Paul Zumthor, *La medida del mundo*, *op. cit.*, p. 119.

De todo lo que podría decirse de las ciudades medievales,[9] interesa aquí sólo su rasgo principal: la ciudad es un espacio colectivo normado por el sistema de valores propio de la ideología cristiana imperante en la época. En tanto espacio socializado, es lo opuesto a un lugar natural, donde impera la vida salvaje. En este sentido, la ciudad medieval es un espacio "artificial" (construido por el hombre), regulado y seguro. Regulado, porque se trata de un sitio de producción e intercambio reglamentado por una economía monetaria y por un sistema de valores particular. Seguro, porque se trata de un sistema de organización y defensa del espacio en el cual viven un gran número de personas.[10]

Justamente, a estos dos aspectos de la ciudad —seguridad y regulación— los viajeros dedican sus esfuerzos descriptivos. Si bien de un texto a otro la descripción de la ciudad varía en los detalles, los trazos esenciales son los mismos: tipos de construcciones (edificios, puen-

[9] Me refiero al movimiento de urbanización que Europa conoce entre los siglos x y xiii. Al respecto, remito al trabajo de Henri Pirenne, *Las ciudades de la Edad Media* (Alianza, Madrid, 1972). Pirenne ubica el origen de las ciudades medievales en siglo x. Antes de este siglo, la *cité* no era mas que una concentración protegida por una abadía o por un castillo que sobrevivía gracias al cultivo de la tierra. A partir del siglo x, las ciudades se convierten en núcleos con industria propia y con dos atributos fundamentales, una población burguesa y una organización municipal (*Ibid.*, p. 40). La idea de ciudad como centro económico y comercial es el fundamento con el cual Pirenne delimita el concepto de 'ciudad medieval' como nuevo tipo de aglomeración. De dicho concepto se derivan cuestiones importantes como la organización política, social y económica en torno a instituciones propias y la diferenciación entre campo y ciudad.

[10] Como puede apreciarse sigo aquí la definición de Jacques Le Goff: "La ville c'est d'abord société foisonnante, concentrée sur un petit espace au milieu de vastes étendues faiblement peuplées. C'est ensuite un lieu de production et d'échanges où se mêlent l'artisanat et le comerse alimentés par une économie monétaire. C'est aussi le centre d'un système de valeurs particulier d'où émergent la pratique laborieuse et créatrice du travail, le goût pour le négoce et l'argent, le penchant aux luxe, le sens de la beauté. C'est encore un système d'organisation, d'un espace clos de murailles où l'on pénètre par des portes et chemine par des rues et des places, et qui est hérissé de tours" (*La ville médiévale*, en George Duby (ed.), *Histoire de la France Urbaine,* Seuil, París, 1980, t. 2, p. 9).

tes, monumentos, vías de acceso), presencia de lugares regulados para el comercio (plazas o mercados) y mecanismos de defensa de la ciudad (murallas, fosos). Algunas similitudes entre la descripción de Constantinopla, en la *Embajada,* y la descripción de Tenochtitlan, en la Segunda carta de relación, han sido señaladas;[11] no obstante, quisiera ponerlas en relación con otras para demostrar que, en la mayoría de los casos, el interés descriptivo del viajero se concentra en el aspecto funcional de las ciudades y que sus consideraciones son de tipo utilitario (la importancia económica del lugar, la capacidad de resistencia de la ciudad ante un eventual ataque, la calidad de sus puertos).[12] En función de ello, los viajeros medievales y los primeros cronistas describen de manera similar las ciudades que recorren. En sus descripciones ofrecen información sobre:

I/. Accesibilidad y dimensiones
II/. Emplazamiento y calidad de las construcciones
III/. Habitantes (cantidad, costumbres, vestimenta, oficios, etc.).

Para demostrar las semejanzas temáticas y los motivos recurrentes presentaré a continuación algunos ejemplos comparativos sobre la información proporcionada por los viajeros.

I/.
Las primeras similitudes se encuentran en la información sobre accesibilidad y dimensiones:

Esta grand cibdad	La ciudad de	Dexaré de hablar
de Temixtitlán está	Constantinopla está	desto y diré cómo

[11] Alicia Martínez Crespo, "Los libros de viajes del siglo xv y las primeras crónicas de Indias", *op. cit.*, p. 424.

[12] Rolf Eberenz, "Ruy González de Clavijo et Pero Tafur: L'image de la ville", *op. cit.,* p. 32 y ss.

fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha cibdad por cualquier parte que se quisiere entrar a ella hay dos leguas. Tiene cuatro entradas todas de calzada hecha a mano tan ancha como dos lanzas de jinetas. Es tan grande la cibdad como Sevilla y Córdoba (*Cartas de relación*, 233).	cercada por un muro alto y fuerte, con grandes torres, que forman en ella tres esquinas. De la una a la otra hay seis millas, así que alrededor de toda la ciudad hay dieciocho millas, que son seis leguas. Dos partes de ella las rodea el mar, y la otra, la tierra (88) […] y enfrente está la ciudad de Pera, y entre ambas ciudades está el puerto. Constantinopla es semejante a Sevilla, y Pera, a Triana (*Embajada*, 89).	aquella çibdat [Cholula] está asentada en un llano y en parte e sitio donde están muchas poblazones çercanas […] Tenía aquella çibdat […] tantas torres muy altas que eran cues e adoratorios[…]. Acuérdome quando en aquella çibdat entramos que desque vimos tan altas torres y blanquear nos pareçió al propio Valladolí (*Historia verdadera*, LXXXIII, 20).

La descripción de la ciudad comienza por la caracterización del emplazamiento (está fundada en esta laguna / está cercada por un muro / está asentada en un llano); ofrece las dimensiones aproximadas de la misma (hay dos leguas / son seis leguas); y, como si no bastara lo anterior para formularse una idea de ella, se procura una comparación con alguna ciudad conocida para el lector (tan grande como Sevilla y Córdoba / semejante a Sevilla / nos pareçió al propio Valladolí). La salida como referente del punto de llegada remite al mismo símil: en todos los casos, el lugar de origen, España, se convierte, al momento de llegar a destino, en el referente indispensable para dar a conocer lo nuevo.

II/.

Las similitudes continúan en las descripciones del emplazamiento, calidad y tipo de construcciones de las ciudades:

Tenochtitlán: Son las calles della, digo las prencipales, muy anchas y muy derechas […]. Y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua […] y en todas estas aberturas […] hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y muy bien labradas…(*Cartas de relación*, 233-234).

Constantinopla: Aunque la ciudad sea tan grande y tenga cerca, no está bien poblada, pues en medio de ella hay muchos oteros con tierras de labranza, cereales, viñas y muchos huertos, hay casas formando barrios, y esto es en el centro de la ciudad. Lo más poblado de ella es en lo bajo, en la cerca que corre junto al mar. […] Dentro, en la ciudad, hay pozos bien provistos de agua dulce. A la una parte, bajo la iglesia que llaman de Santo Apóstol va un puente de un valle a otro por entre las casas y huertas. Por el puente iba agua con que se regaban las huertas, y una calle que da en

Roma: Por medio desta çibdat pasa una rivera, que los romanos truxeron con grandísimo trabajo é metieron por medio della, é esta es el Tíberi; é fizieron nuevo suelo, dicen que de plomo, é entradas é salidas á la una parte é á la otra de la çibdat, ansí para abrevar caballos, como para tomar agua é fazer otros servicios convenientes al pueblo […]. En esta rivera ay muchos molinos de la una parte é de la otra, que fazen la çibdat toda una. Al un canto está un castillo fecho á mano de tierra echadiza, é crecido otero tan alto como una montaña, é ençima dél obrado de muy alto muro é

Hay en esta grand cibdad muchas casas muy buenas y muy grandes. […] Por la una calzada que a esta grand cibdad entra vienen dos caños de argamada tan anchos como dos pasos cada uno […] por el uno dellos viene un golpe de agua dulce […] que

va a dar al cuerpo de la cibdad, de que se sirven y beben todos. El otro que va vacío es para cuando quieren limpiar el otro caño (241).

la parte de la ciudad que sale frente a Pera (*Embajada*, 89-90).

muy valientes torres (*Andanças*, 26).

Con una que otra variante se describe la distribución de las casas dentro de la ciudad y se habla de la calidad de sus edificios o monumentos, de la disposición de las calles, de las características de sus puentes, etcétera. Como puede apreciarse, tanto los viajeros medievales como los primeros conquistadores consignan dos aspectos particulares. Por un lado, la manera de llevar el agua a la ciudad (vienen dos caños, por el uno dellos viene un golpe de agua dulce / hay un puente por el que iba agua / por medio desta çibdat pasa una rivera, que los romanos metieron por medio della). Por otro lado, la presencia de obras de ingeniería y la descripción de la construcción de las mismas (puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y muy bien labradas / é fizieron nuevo suelo, dicen que de plomo).

El interés del viajero por el aspecto funcional de las ciudades explica su admiración y curiosidad hacia las obras de ingeniería que observa en su viaje y describe con detalle en el relato del mismo. Las descripciones concisas y pormenorizadas sugieren el reconocimiento de una "marca de civilización" que le interesa poner de manifiesto. Claro que su código de valoración no es el de "la civilización" —que resulta anacrónico para la época—, sino más bien el de la sorpresa, la maravilla y la admiración.[13] El viajero registra un espacio urbano, construido, modificado por el hombre, donde puentes, acueductos, canales, edificios y sistemas de defensa se reconocen como símbolos

[13] Remito al texto de Jacques Le Goff, *Lo cotidiano y lo maravilloso en el occidente medieval*, Gedisa, Barcelona, 1986.

de la capacidad del hombre para adaptar y domesticar el medio ambiente en su beneficio. De allí el interés y entusiasmo por dar cuenta de los mismos: el viajero reconoce en ellos una marca que especifica la transformación histórica del territorio a manos del hombre. En este mismo sentido, cuando Cortés describe las obras de ingeniería de Tenochtitlan también llama la atención sobre la calidad del pueblo que las concibió y sobre su manera de vivir:

> … hay la manera casi de vevir que en España y con tanto concierto y orden como allá, y considerado esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas (*Cartas de relación*, 242).

Estas frases son recurrentes en las descripciones y forman parte de la codificación del viaje: son argumentos que se incorporan al código de sorpresa y admiración para llamar la atención del lector. Así, en una clara estrategia persuasiva, Cortés presenta una sofisticada ciudad habitada por gente "bárbara, pero de la clase más singular y refinada que se haya visto", cosa que es admirable de ver.[14]

III/.

Por último, los viajeros presentan información sobre los habitantes de las ciudades que visitan. En este caso, la caracterización de los pueblos hallados siempre estará en función de la composición del relato y en relación con las inquietudes de la sociedad que recibe esa información. Por ejemplo, los enviados de Enrique III describen los

[14] El punto de vista de Cortés puede resultar ambiguo en numerosos pasajes de la Segunda carta de relación. Si bien presenta a Tenochtitlan y a Moctezuma desde el código de la admiración y la sorpresa, sus representaciones están cargadas de incomprensión. Al respecto, resulta esclarecedor el trabajo de Inga Clendinnen de donde se toman estas palabras: "Fierce and Unnatural cruelty": Cortés and the conquest of México" (en Stephen Greenblatt (ed.), *New World Encounters*, University of California, Berkeley, 1993, pp. 13-47).

sistemas de comunicación de los tártaros llamando la atención sobre la velocidad con que se desplazan los jinetes del ejército para llevar información de un puesto a otro por todo el imperio.[15] En cierta medida, éste es un interés lógico si se piensa que, desde fines del siglo XII, el poderoso ejército que llegó a conquistar toda China, Persia y Siria e invadió Rusia, Polonia y Hungría era una preocupación para toda Europa. En efecto, la embajada de Enrique III buscaba conocer lo mejor posible las costumbres de un pueblo que, o podía ser considerado como la nueva amenaza oriental, o podía ser un excelente aliado para detener el avance turco.[16]

Los conquistadores, en cambio, consigan aspectos de la idolatría de los pueblos visitados:

> Supe dellos que una destas dos casas o mezquitas que era la más principal dellas era dedicada a una diosa en que ellos tenían mucha fee y esperanza, y que a ésta no le sacrificaban sino doncellas vírgenes y muy hermosas y que si no eran tales se enojaba mucho con ellos […] y las criaban desde niñas las que hallaban de buen gesto para este efecto (*Cartas de relación*, 560).

Este tipo de información se inscribe dentro de la visión providencialista de la historia y funciona como un argumento que justi-

[15] "El gran señor tenía ordenado en su imperio y tierra de Samarcanda, que las leguas fuesen tan grandes como él quiso, e hizo de dos leguas de lo que antes solía ser una, y puso de legua en legua unos mojones por señal, y mandó a los chacatíes o gente suya que anduviesen diez o doce leguas de aquellas a lo menos por jornada […]. Y en verdad no es de creer sino quien lo ha visto lo que estos malditos andan noche y día; cabalgan cuanto los caballos los pueden llevar. Y no tan solamente andan lo que el señor les manda y ordena, sino que andan quince o veinte de estas grandes leguas, entre la noche y el día. No sienten lástima ninguna por los caballos, de tal modo los afanan. Cuando se les quieren morir, los degüellan o los venden si están en lugar donde hay gente. Con todo esto, hallamos tantos caballos muertos por los caminos, de los que se les mueren andando, tantos, que es maravilla" (*Embajada*, 160-161).

[16] Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes, op. cit.*, pp. 49-50.

fica el viaje de conquista en las crónicas. Los conquistadores tienen el convencimiento de estar investidos y amparados por una misión espiritual, la salvación de las almas, y en sus crónicas dan cuenta de los motivos que los mueven. En este sentido, las referencias y las imágenes de sacrificios son constantes y componen el sentido teleológico que atraviesa a la mayoría de sus relatos.[17]

Ahora bien, sin llegar a ser un modelo compositivo fijo, el procedimiento descriptivo de ciudades que acabo de desarrollar funciona de forma más o menos similar en la descripción de extensiones geográficas. La descripción de la tierra de "Apalache" proporcionada por Cabeza de Vaca en el capítulo siete de sus *Naufragios* es un ejemplo preciso:

Información	Tierra de Apalache
Accesibilidad	La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros […]. Por toda ella ay muchas lagunas grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caýdos (*Naufragios*, 200).
Calidad de la tierra	Ay en esta provincia muchos maizales , y las casas están esparzidas por el campo […]. Por allí la tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; ay aues de muchas maneras, ansares en gran canti-

[17] Como opina Alfonso Mendiola, en las crónicas todas las imágenes tienen "un sentido último: la historia de la salvación" (*Retórica, comunicación y realidad: la construcción retórica de la batalla en las crónicas de la Conquista*, Universidad Iberoamericana, México, 2003, p. 187).

	dad, patos, ánades […] vimos muchos halcones […] y muchas otras aues… (*Naufragios*, 201).
Habitantes (cantidad, costumbres, vestimenta, oficios, etc.)	Preguntamos al cacique […] por la manera y población de la tierra y calidad de la gente […]. Respondiéronnos [..] que adelante auía menos gente y muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores della muy repartidos (202). […] Quantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros […]. Es gente a marauilla bien dispuesta, muy enxutos y de muy grandes fuerças y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el braço, de onze o doze palmos (*Naufragios*, 203).

Aunque nunca tropieza con una gran ciudad en su recorrido, Núñez describe las regiones que recorre a partir de los mismos paradigmas de información: dificultades para llegar a la tierra (accesibilidad), calidad de la misma (presencia de cursos de agua, fertilidad, abundancia de cultivos) y habitantes.

Hasta el momento se señalaron algunas coincidencias entre las descripciones medievales de ciudades y las descripciones en las crónicas de la Conquista, pero semejanzas similares también pueden encontrarse en caracterización de los gobernantes de dichas ciudades. Tanto los viajeros medievales como los conquistadores proporcionan información sobre los monarcas describiendo determinadas situaciones y no otras, y definiéndolos a partir de los mismos paradigmas de información. A saber: el encuentro con el gobernante y la descripción de sus actividades/posesiones.

Tras un viaje de más de tres años, Marco Polo llega a China en 1274 ó 1275 y permanece allí por más de quince años. No importa aquí la controversia sobre la veracidad de las afirmaciones que hace en el relato de sus viajes, ni siquiera importa saber si verdaderamente conoció al Gran Kan Kublai, interesa, en cambio, la serie de elemen-

tos que aparecen en el relato para componer o caracterizar a su figura. En el mismo sentido, la embajada de Enrique III fue siguiendo a Tamorlán, gobernante de un reino musulmán de Asia, por todo su imperio, hasta ser recibida por él en Samarcanda. En la *Embajada* se describe a Tamorlán, su familia, usos y costumbres, y también se narra detalladamente el encuentro entre los viajeros y el señor. Primero intercambiaron los regalos y luego: "…tomaron a los embajadores por los brazos y los condujeron al lugar en donde estaba el señor […] mandaron que fuesen adelante, siempre con los dos caballeros con ellos, que los llevaban de los brazos" (*Embajada*, 189-190). El señor, que "estaba sentado apoyado el codo sobre unas almohadas redondas", pide que se acerquen, "por mirarlos mejor, que no veía", pero "no les dio la mano a besar, pues ellos no tienen por costumbre que a ningún gran señor besen la mano. Y esto, sólo si se aprecian en mucho, sí lo hacen" (*Embajada*, 190-191).

La serie de elementos presentes en la descripción del encuentro —intercambio de regalos, acarreo en andas y consignación de la negativa de contacto físico— es la misma que compone la descripción del encuentro de Cortés y Moctezuma en la Segunda carta de relación. Claro que no necesariamente tiene la misma disposición. En este caso, Moctezuma sale a recibir a los recién llegados y es él quien viene cargado en andas: "Y el dicho Muteeçuma venía por medio de la calle con dos señores […] cada uno le llevaba de su brazo" (*Cartas de relación*, 208). En la descripción del encuentro también hay intercambio de regalos y se especifica que no hay contacto físico: "Y como nos juntamos yo me apeé y le fui a abrazar solo, y aquellos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase" (*Cartas de relación*, 209).[18]

[18] Estos mismos elementos aparecen en la descripción que se proporciona en la *Historia verdadera…*: "Se apeó el gran Monteçuma de las andas, y traíanle del braço aquellos grandes caciques […]. Todos estos señores ni por pensamiento le miravan en la cara, sino los ojos bajos e con mucho acato, eçeto aquellos quatro debdos e sobrinos suyos que le llevavan del braço. […] Y entonçes sacó Cortés un collar que traía muy

En cuanto a la manera de los servicios del gobernante, sus actividades y posesiones se describen con una operación de expansión textual clasificada por los retóricos clásicos dentro del uso de la *amplificatio*. En general, la presentación del gobernante se construye sobre la base de la *amplificatio* por *raciocinio*, esto es, una descripción de las circunstancias o cosas que lo acompañan, siendo esas cosas y circunstancias las que dan la medida de su figura e importancia. De esta forma, se exige al lector que razone acerca del esplendor de las tierras visitadas mediante la descripción de la fastuosidad de las viviendas en las que habita su señor, la calidad de los servicios que le brindan y las posesiones del mismo. Se trata de una sinecdóque que logra homologar al gobernante las características emblemáticas de su señorío.[19] Veamos algunos ejemplos para el caso de tres monarcas (Moctezuma, Tamorlán, Kan Kublai) y dos núcleos temáticos: I/. los servicios que reciben y II/. la magnificencia de sus posesiones.

I/.

Los servicios del monarca se exponen o mediante la descripción de un banquete en donde participa el viajero o mediante la descripción de las actividades cotidianas del mismo:

… trajeron mucha comida de carne-	…venían trescientos o	…en el comer le tenían sus cocineros sobre treinta ma-

a mano […], y se la hecho al cuello al gran Monteçuma. Y cuando se le puso le iva a abraçar, y aquellos grandes señores que ivan con el Monctezuma detuvieron el braço a Cortés, que no le abraçase, porque lo tenían por menospreçio (LXXXVIII, 221).

[19] La metonimia es un tropo que se funda en una relación de contigüidad entre dos conceptos; la sinécdoque es una metonimia de tipo cuantitativo ya que, entre la palabra empleada y la significación mentada, hay una relación metonímica cuantitativa. En el caso que analizo se trata de una sinécdoque de tipo inclusiva: una parte (el señor) significa el todo (el señorío). Para un estudio de esta forma de representación en las *Cartas de relación*, véase el análisis de Jorge Checa, "Cortés y el espacio de la Conquista: la *Segunda carta de relación*", *Modern Languages Notes*, 111 (1996), especialmente el apartado "La representación política y sus *Usos*", pp. 192-203.

ros cocidos, adobados y asados, y también caballos asados […]. Estos carneros y caballos que traían, los ponían en unos cueros como guadalmecíes […] redondos y los portaban muchos servidores. […] trajeron aquellos cueros arrastrando mucha gente que no los podía traer de otra manera, tanta era la vianda que venía en ellos (*Embajada*, 193).

cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento […], así de carnes como de pescados y frutas y hierbas que en toda la tierra se podían haber […]. Y como la tierra era fría traían debajo de cada plato […] un bracerico con brasa porque no se enfriase (*Cartas de relación*, 246).

neras de guisados hechos a su manera e usança, y teníanlos puestos en braseros de barro chicos debaxo, porque no se enfriasen; […] Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca hedad, y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas no le hechávamos de ver si era carne umana o de otras cosas; porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdizes de la tierra, codornizes, patos mansos e brabos, benado, puerco de la tierra, pajaritos de caña e palomas y liebres y conexos y muchas maneras de aves (*Historia verdadera*, XCI, 228-229).

Las descripciones se componen sólo de unos cuantos motivos consignados: *la cantidad de alimento*; *la calidad del mismo*, generalmente expresadas por la descripción de las diferentes maneras de guisar o los diferentes platillos; y *los recipientes para transportar el alimento*. Al narrador le interesa describir la abundancia, por ello enumera la variedad de vianda. El "inventario" de alimentos ("carneros cocidos, adobados y asados"/ "gallinas, gallos de papada, faisanes…) logra un efecto de profusión general que busca un matiz expresivo para impresionar al lector. La imagen proyectada es de prosperidad y autosuficiencia, y las descripciones de la comida contribuyeron a la idea de una América-fuente

de abundancia, tema de gran interés en la Europa del siglo XVI, que se encontraba devastada por las guerras y las hambrunas.[20] En cuanto al último elemento, los recipientes (las "baxillas"), destaca el hecho de que, para los hombres de la época, representa un signo de distinción.[21] La "baxilla" es el elemento de referencia que un hombre del siglo XV y XVI tiene en mente para hablar de un gran señor. Nuevamente, el interés descriptivo del viajero radica en aquello que puede reconocer porque pertenece a su sistema de referencias y, por lo mismo, en todo aquello que hace comprensible al lector la realidad expuesta en el texto. En otras palabras, los viajeros describen los servicios del monarca con los elementos que tienen disponibles para medir el lujo.

II/.

En cuanto al segundo de los núcleos temáticos —la magnificencia de las posesiones—, la descripción se concentra en el detalle de las ca-

[20] Nina Scout, "La comida como signo: los encuentros culinarios de América", en Janet Long (coord.), *Conquista y comida: consecuencias del encuentro de dos mundos*, UNAM, México, 1996, p. 149.

[21] En numerosos textos se encuentran referencias a 'la vajilla' como signo de distinción en la época estudiada. Sin duda, la referencia más conocida es la copla XIX de Manrique: "Las dádivas desmedidas,/ los edificios reales/ llenos de tesoros,/ las baxillas tan febridas,/ los enriques y reales/ del thesoro,/ los jaezes y cavallos/ de sus gentes y atavíos/ tan sobrados,/ ¿dónde iremos a buscallos?/ ¿qué fueron sino rocíos/ de los prados?" (Jorge Manrique, *Poesía completa*, edición de Ángel Gómez Moreno, Alianza, Madrid, 2000, pp. 229-230). A propósito de este término, Gómez Moreno señala que "estos enseres sirven para encarecer la riqueza porque, en las casas de reyes y nobles, había siempre vajillas con piezas de plata y hasta de oro, como aquellas que, según la leyenda, utilizó el Príncipe Negro para acuñar moneda cuando vino a España a ayudar a Pedro I; o la que el Sultán de Persia envió al Cid en Valencia para ablandar su corazón, en testimonio de la *Valeriana* (fol. 115r): «una muy gran baxilla de plata labrada […], que pesava todo X mill marcos, e más diez copas de oro, que cada una dellas pesava diez marcos»; por fin, acudamos sin más a una de las metáforas iniciales, verdaderamente reveladora, de Alfonso Álvarez de Villasandino en su Cantiga a la ciudad de Sevilla (*Cancionero de Baena* [PN1], fol. 13v): «Fuente de grant maravilla,/ jardín de dulce olor,/ morada de emperador,/ rica, fermosa baxilla»" (Nota 46 de su edición de Jorge Manrique, *Poesía completa*, *op. cit.*, p. 229).

sas/habitaciones del gobernante. Al respecto, algunos motivos como la presencia o no de jardines, animales, estanques y particularidades en la construcción de los mismos, parecen recurrentes:

> [Dentro del palacio real] se extienden amenos jardines, cubiertos de praderas y arbustos silvestres de sabrosísimos frutos. Pueblan los vergeles muchos animales salvajes, a saber, ciervos blancos, los bichos en los que se encuentra el almizcle […], cabras, gamos, veros y otros muchos animales a maravilla. En la parte de la sala que da al aquilón se extiende junto al palacio un estanque que en el se crían muchos y exquisitos peces […]. Al estanque lo atraviesa un río, a cuya entrada y salida están puestas rejas de hierro, para que los peces no puedan escapar (*Libro de Marco Polo*, 75-76).

> Tenía una casa poco menos buena que ésta [la principal] donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él […]. En esta casa tenía diez estanques de agua donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes de hallan […]. Y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada y para las de ríos lagunas de agua dulce, la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo por la limpieza y la tornaban a henchir con sus caños. […] Había en esta casa ciertas salas grandes bajas todas llenas de jaulas grandes de muy gruesos maderos muy bien labrados y encajados, y en todas o en más había leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras y todos en cantidad (*Cartas de relación*, 244-245).

Los viajeros dan un tratamiento especial al espacio que habita el monarca, describiéndolo bajo el signo de la riqueza, la abundancia y la fastuosidad. Los palacios son lugares amenos, con jardines, vergeles, prados y arboledas pobladas de vegetación y frutos silvestres; elementos que los lectores podrán asociar fácilmente a la abundancia, pero también al bienestar, la fertilidad y la riqueza. La diversi-

dad de animales vivos —ya sean feroces (leones, tigres, lobos, zorras) o exóticos (ciervos blancos, ciervos almizcleros)— se incorpora a la imagen de fasto y, por lo mismo, es signo de nobleza y distinción. La descripción de estanques y el detalle en las particularidades de su construcción también son recurrentes. Como ya fue mencionado, la descripción de obras de ingeniería es un llamado de atención sobre la sofisticación de la ciudad hallada y una marca de urbanización que los viajeros reconocen y reproducen en sus textos bajo el signo de la admiración y la maravilla. [22]

No sorprende que viajeros de distintas épocas como Marco Polo, González de Clavijo o Cortés describan las ciudades que hallaron en su camino, lo sugestivo es que, para presentarlas en los relatos de sus viajes, elijan plasmar los mismos aspectos de la realidad. Al respecto, añadiré una serie de ejemplos coincidentes en la descripción de los mercados o plazas y habré dicho lo necesario para demostrar las similitudes temáticas y los motivos recurrentes en la descripción de ciudades.

Las calles y plazas constituyen los elementos más importantes de las ciudades medievales. En la disposición de las mismas, las plazas representan el lugar de encuentro social, lugar donde se realizan actos públicos de diverso orden. Por esto mismo, es evidente que la actividad mercantil se lleve a cabo en los lugares abiertos y públicos, y que las ciudades se extiendan a la par que el comercio, dejando de lado la actividad agrícola, punto que las diferencia y las singulariza.[23] En este sentido, todo viajero que diga haber estado en una ciudad describirá pormenorizadamente sus plazas y mercados.

Pero Tafur llega a Brujas y encuentra a todos en la feria —"é fallé que todos eran ydos á la feria de Anvéres" (*Andanças*, 136)—, que

[22] Para un análisis completo de todos los elementos presentes en la descripción remito a mi trabajo "Tamorlán y Moctezuma. El encuentro con un gran señor en la mirada de viajeros de los siglos xv y xvi", *Revista Medievalia,* 2009. En prensa.

[23] Henri Pirenne, *Las ciudades en la Edad Media*, *op. cit.,* p. 40.

describe con una metáfora esclarecedora: "Esta es, la feria que aquí se faze, la mejor que en el mundo todo ay, é sin dubda, quien quisiere ver el mundo junto, ó la mayor parte dél en un lugar ayuntado, aquí se podrá ver" (*Andanças*, 137). Tafur representa el mercado como un microcosmos (una condensación del cosmos). Así, "quien quisiere ver el mundo", sólo tiene que darse una vuelta por el mercado. Este motivo reaparece un siglo y medio después, en la descripción del mercado de Tenochtitlán: "en los dichos mercados se venden todas las cosas cuantas se hallan en toda la tierra" (*Cartas de relación*, 236).

Las apreciaciones del narrador se ofrecen en función de su experiencia personal, pero el tipo de comparación se repite y la manera discursiva de la misma también:

> É no sé como podiese escrevir un fecho tan grande como éste desta feria desta çibdat; é bien que yo e visto otras, ansí como la de Geneva, que es en el ducado de Saboya, é la de Francafordia, que es en Alemaña, ó la de Medina, que es en Castilla, más á mí me paresçe que todas non son tanto como aquella una (*Andanças*, 138).

> E entre nosotros ovo soldados que avían estado en muchas partes del mundo, e en Costantinopla e en toda Italia y Roma, y dixeros que plaça tan bien compasada y con tanto conçierto y tamaña e llena de tanta gente no la avían visto (*Historia verdadera*, XCII, 237-238).

Incluso pueden rastrearse ejemplos donde los términos de la comparación se repiten, la alusión a la feria de Medina del Campo es particularmente significativa al respecto. Tafur la utiliza y Bernal Díaz del Castillo, originario de Medina, también:[24]

[24] Rolf Eberenz, "Ruy González de Clavijo et pero Tafur: L'image de la ville", *op. cit.,* p. 36. Tafur también utiliza la referencia a la feria de Medina en otra oportuni-

> …y desta manera estavan quantos géneros de mercaderías ay en toda la Nueva España, puesto por su conçierto de la manera que ay en mi tierra, qu'es Medina del Canpo, donde se hazen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí. Ansí estavan en esta gran plaça (*Historia verdadera*, XCII, 235).

Los viajeros no sólo elijen plasmar los mismos aspectos de la realidad sino que lo hacen con los mismos parámetros de comparación. Tanto a Bernal Díaz como a Pero Tafur les llama la atención "la órden que se tiene en las mercadurías" (*Andanças*, 138), esto es, la disposición, el arreglo o "conçierto" de los productos ofrecidos en el mercado:

> …en un monasterio de Sant Françisco se vende todo lo de pintura, é en una yglesia de Sant Juan todos los paños de Ras, é en un monasterio de Sant Domingo toda la orfebrería de oro, é ansí repartidos por los monasterios é iglesias, é después por las calles todas las otras cosas; e fuera de la çibdat, á la una puerta, está una calle muy larga […] é por aquella calle se venden las hacaneas é trotones é cavallos, que es buena cosa de ver (*Andanças*, 138).
>
> Ansí estavan en esta gran plaça; y los que vendían mantas d'enequen y sogas y cotaras, […] todo estava a una parte de la plaça en su lugar señalado. Y cueros de tigres, de leones y de nutras y de adives y de benados y de otras alimañas e texones y gatos monteses, dellos adovados y otros sin adovar, estavan en otra parte, y otros géneros de cosas e mercaderías. Pasemos adelante y digamos de los que vendían frisoles y chía y otras legunbres e yervas a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conexos, liebres, benados

dad: "É enfrente desta puerta está una grant plaça, mayor que la de Medina del Campo, toda enladrillada, é allí cada jueves se faze mercado" (*Andanças*, 122).

> y anadones, perrillos y otras cosas deste arte, a su parte de la plaça. Digamos de las fruteras […] y también de los que vendían miel y melcochas y otras golosinas. Pues los que vendían madera, tablas, cunas e vigas e tajos y vancos […]. Vamos a las que vendían leña, ocote e otras cosas desta manera (*Historia verdadera*, XCII, 235).

Los viajeros hacen hincapié en la organización por rubros y describen la variedad y cantidad de productos ofrecidos. Esto confirma un rasgo urbano, la ciudad es el centro de la actividad comercial.[25] La presencia del mercado y la consignación de todas las mercaderías halladas por el viajero remiten al signo de la abundancia en cuanto a la prosperidad de las tierras exploradas. En el caso de la descripción de Bernal Díaz, esto es evidente; se insiste en la abundancia y diversidad de productos esenciales que cubren las necesidades básicas —comida (granos, legumbres, yerbas, carne, miel), vestido (mantas, cueros) y materiales (sogas, maderas, leña)—, lo cual reviste de autosuficiencia, bienestar y riqueza a la región descrita.

En el siguiente apartado tendré la ocasión de volver sobre el tema de la abundancia como un tópico en las crónicas, pero en este punto y para terminar, sólo quisiera añadir un breve comentario sobre el despliegue descriptivo del mercado de Tenochtitlan en el texto de Bernal Díaz. El narrador de la *Historia verdadera…* describe el

[25] Más adelante, Bernal da cuenta de una cuestión ya mencionada, la ciudad es un espacio social, normado, regulado y seguro para el intercambio: "y tenían allí sus casas adonde juzgavan tres juezes y otros como alguaciles esecutores que miravan las mercaderías" (*Historia verdadera*, XCII, 236).

mercado de la ciudad de manera tal que logra el efecto de un paseo. En otras palabras, los lectores ven el mercado con "los ojos" del protagonista, en el momento en que figura estar caminando por el mismo: "*Pasemos adelante* y digamos de los que vendían frisoles", "*vamos a* los que vendían gallinas", "*digamos de* las fruteras", "*vamos a* las que vendían leña". Esto se debe a que la descripción del mercado de Tenochtitlan es parte del relato de un viaje, donde la estrategia del narrador es la descripción de aquello que se despliega ante los ojos del personaje (el viajero).

Sin embargo, no se trata sólo de temas comunes o descripciones que utilizan los mismos paradigmas informativos, también hay una retórica descriptiva específica donde pueden rastrearse ciertas figuras y tópicos compartidos entre los relatos de viajes medievales y los viajes narrados en las crónicas de los conquistadores. En el apartado que sigue serán analizados algunos tópicos y figuras representativas.

RETÓRICA DESCRIPTIVA

Tópicos

En tanto puntos de partida del discurso y principios inventivos, los tópicos constituyen "el almacén de provisiones" donde pueden encontrarse una gran cantidad de ideas generales para citarse a propósito de cualquier tema.[1] Entre muchos otros, en las crónicas de la Conquista el lector encuentra el tópico de "quien posee conocimientos debe divulgarlos"; el tópico de la conclusión "por cansancio", que Bernal emplea recurrentemente; el tópico de lo indecible; el de "ofrezco cosas nunca antes dichas", etcétera. De todos ellos y tantos otros seleccionaré tres en particular que serán analizados como parte de la retórica descriptiva de los relatos de viajes por el Nuevo Mundo.

El tópico de "ofrezco cosas nunca antes dichas", típico del exordio, sirve para exponer los motivos que han determinado la creación de una obra y puede aparecer enunciado o como un rechazo a los temas trillados, o como una exaltación de la primicia. Este último es el caso las crónicas, donde aparece para resaltar la historia reciente.[2]

[1] Robert Ernest Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina, op. cit.*, t. 1, p. 122. Curtius retoma esta idea de Quintiliano, que concibe los tópicos como "asientos del argumento" o "lugares de donde se sacan los argumentos para la elaboración de los discursos" (v, x, 20). Para Curtius, los tópicos se refieren a relaciones básicas de la vida y, por lo tanto, son intemporales (*Ibid.,* p. 127). No obstante, el estilo en que se expresan está condicionado históricamente y los temas nuevos condicionan la aparición de argumentos recurrentes (*loci communes*) o de nuevos matices para antiguos argumentos. Asimismo, no todos los tópicos derivan de los géneros retóricos, algunos provienen de los temas de la poesía, como es el caso de la belleza natural, el paisaje ideal, los lugares perfectos, etcétera.

[2] Para José Antonio Maravall, esta "conciencia de la historia reciente" representa la divisoria de dos épocas: "el entusiasmo por el descubrimiento y conquista de las

Bernal Díaz, por ejemplo, lo utiliza en su prólogo cuando afirma que: "no son cuentos viejos, ni historias de romanos de más de setecientos años, porque a manera de decir, ayer passó lo que verán en mi Historia" (1). El valor de novedad que los cronistas enuncian se encuentra ligado al impacto que produjo el Nuevo Mundo en las mentalidades de los contemporáneos; la *Historia verdadera…* es una exaltación de la historia reciente, donde el conquistador se presenta como partícipe de una época sin igual y conocedor de algo nunca antes visto.

Relacionado con lo "nunca antes visto" y con lo "nunca antes dicho" los conquistadores retoman un lugar común que tiene sus orígenes en las guías de viajeros medievales, la idea de que el viajero abre camino para los que siguen:

> …la relación […] es auiso no liuiano para los que en su nombre [en nombre del rey] fueren a conquistar aquellas tierras (*Naufragios*, 180).

> Esto he querido contar porque allende que todos los hombres dessean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas vezes se vinieren a ver con ellos estén auisados de sus costumbres y ardides, que suelen no poco aprouechar en semejantes casos (*Naufragios*, 267).

Desde las guías medievales, esta es una idea común en la presentación de tierras remotas, que reaparece en las crónicas de los primeros conquistadores como parte de la codificación del viaje en sus textos.

Otro tópico recurrente es el de "lo indecible". Éste se relaciona con la insistencia en la incapacidad de hablar dignamente de un tema y con la afirmación de que el autor no dice sino una parte de lo mucho que quisiera expresar. Como decía en otro lugar, en los relatos de viajes este tópico corresponde a la representación hiperbólica de

---

Indias dio lugar a que la valoración de los modernos se imponga a la de la Antigüedad clásica" (*Antiguos y modernos… op. cit.*, p. 437).

las realidades visitadas. Un ejemplo paradigmático al respecto es la introducción de la ciudad de Tenochtitlán en la Segunda carta de relación:

> Porque para dar cuenta a vuestra real excelencia de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad Temixtitlan y del señorío y servicio deste Muteczuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos: no podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas como pudiere, diré algunas cosas que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprender (*Cartas de relación*, 97).

El narrador enuncia la "imposibilidad" de dar cuenta de lo visto y afirma que dirá apenas una parte de ello. Compone así la imagen de la ciudad bajo el signo del asombro y de su "incapacidad" para explicarla. La modesta presentación se contrapone a la grandiosidad de aquello que será relatado. La alusión a sus limitaciones da forma a la falsa modestia, que sirve para ganarse la benevolencia, atención y docilidad de los oyentes en la introducción de un tema.[3] Cortés presentará la ciudad que conquista para la Corona española, por ello, antes de empezar su descripción, prepara al destinatario: serán cosas "de tanta admiración que no se podrán creer". En este caso, el pleonasmo refuerza la *captatio*: si quienes las ven "con los propios ojos" no las pueden "con el entendimiento" comprender, es asunto digno de atención. Este matiz del tópico —la idea de lo "increíble"— es recurrente en el *Libro de Marco Polo*:

[3] Robert Ernest Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina, op. cit.*, p. 127.

> Hay también otra cantidad de copas de oro y de plata tan infinita […] que cuantos lo ven quedan pasmados y el que no lo ha visto apenas puede dar crédito a quienes se lo cuentan (79).
>
> Discurre por él cantidad innumerable de naves y mercaderías, de suerte que apenas se puede dar crédito a quien lo narra a no ser que se haya visto con los propios ojos (97).
>
> Es tan grande el número de artesanos y mercaderías, que parece cosa increíble a quien no lo haya visto (122).

El viajero refuerza la verosimilitud de lo narrado en la dimensión testimonial del personaje: difícil de creer para "quien no lo haya visto", no para el viajero.[4] En el relato de viajes, la descripción produce un efecto de veracidad sostenido por la figura del viajero, testigo privilegiado de lo narrado. La representación del "mundo visitado" o la "ilusión del espacio recorrido", descansa en el "pacto" o voluntad de entender y aceptar la identidad discursiva entre narrador y personaje: el lector espera que *quien narra* sea *quien viaja*.

Otro tópico recurrente en las crónicas es el "tópico de la abundancia". En el marco de "la idea positiva de los trópicos",[5] el Nuevo Mudo fue construido estéticamente como una tierra de oportunidades, riquezas y fertilidad. Para los europeos llegados a América, los trópicos o "zonas tórridas" fueron lugares admirablemente insólitos y

[4] "La mirada y la comprobación *in situ* son imprescindibles para la retórica del viaje, donde el valor de la experiencia y el conocimiento deben demostrase a cada paso" (María José Rodilla, "Espacios sagrados y espacios míticos. La retórica del viaje en las Andanças de Pero Tafur", en Lilian von der Walde, Concepción Company y Aurelio González (eds.), *Literatura y conocimiento medieval. Actas de las VIII Jornadas Medievales*, UAM-UNAM-Colmex, México, 2003, p. 345).

[5] David Arnold, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y expansión de Europa,* FCE, México, 2000, pp. 132-133.

sugerentes,[6] que poseían toda la abundancia que Europa había soñado; sólo basta con recordar las primeras impresiones de Colón:

> Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, qu'es plazer de mirarla. […] Veo mill maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta […] y mill maneras de yervas, eso mesmo con flores. [7]

De nueva cuenta, el bienestar del viajero se relacionan con el terreno llano, la presencia de agua y la copiosa vegetación. Como señala Beatriz Pastor, en las descripciones de Colón nunca faltan los adjetivos: "fertilísima", "extensísima" y "riquísima".[8] Las imágenes colombinas, en especial las que corresponden a su primer viaje, tienen las características esenciales del paraíso terrestre: diversidad de flores, vegetación abundante, clima apacible, olores agradables, etcétera. [9]

Una y otra vez, Colón exalta la abundancia encontrada pero, aunque fue el primero en hacerlo, no fue el único. En el siglo XVI, los conquistadores describían sus hallazgos de manera similar:

[6] En el pensamiento de la época, la tierra estaba dividida en tres tipos de climas: caliente, templado y frío. Había una zona central caliente o tórrida, seguida de dos zonas templadas, bordeadas a su vez por dos zonas frías. Se pensaba que las zonas tórridas no eran habitables, pero el Nuevo Mundo vino a alterar las nociones antiguas. Al respecto, son esclarecedoras las palabras de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en el Libro I de su *Historia general y natural de las Indias* dice los siguiente: "…en lo que dice [Plinio] de ser inhabitable la tórrida zona o línea equinoccial, él se engañó, también, como los que tal escribieron: pues que es muy habitada por lo que hoy vemos en la Tierra Firme destas Indias" (*op. cit.*, p. 14).

[7] *Los cuatro viajes*, edición de Consuelo Varela, Alianza, Madrid, 1986, p. 64 y ss.

[8] *Discursos narrativos de la conquista…, op. cit.*, p. 33.

[9] Véase Jean-Paul Duviols, *L'Amerique espagnole vue el rêvée. Les livres de voyages de Chistophe Colomb à Bougainville 1492-1768,* en especial el capítulo I: "La quête du Paradis terrestre par la route de l' ouest" (Promodis, Paris, 1995, pp. 19-31).

> Después de bien visto todo aquello fuimos a la huerta e xardín, que fue cosa muy admirable vello y peseallo, que no me hartava de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía; y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce. […] e todo muy encalado y luzido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas, que había harto que ponderar; y de las aves de muchas deversidades y raleas que entravan en el estanque (*Historia verdadera*, LXXXVII, 219).

La copiosa naturaleza (nuevos alimentos, diversidad de animales y vegetación), junto con la riqueza mineral de la tierra (el oro en particular, pero también los metales preciosos) hicieron que el Nuevo Mundo se construyera, estéticamente hablando, como el lugar de la abundancia, "en contraste con una Europa precariamente libre de hambrunas y pestes".[10]

Este dominio estético tenía sus modelos y referentes en ciertas regiones de Asia y África con las cuales los europeos estaban familiarizados. El reino del Gran Khan —en la legendaria China— y la mítica Catay —en cuya capital, cercana a los dominios del Preste Juan, residía el Gran Khan en los inviernos— eran los referentes indiscutibles de diversidad, abundancia y riqueza. En efecto, estas ideas son constantes en las descripciones de Mandevilla y Marco Polo:

> …et todo entor el palacio et la montaynna hay muy de diuersos arboles qui trahen diuersas maneras de fructos (*Libro de las maravillas*, 110).

> …et la sala del palacio es muy solepnelment aornada et muy maraueillosament et bien parada de todas cosas de que hombre puede sala parar (*Libro de las maravillas*, 111).

[10] David Arnold, *La naturaleza como problema histórico, op. cit.*, p. 133.

> …son traídas tantas y tan grandes mercaderías, que supera en volumen de contratación a cualquier ciudad del mundo entero: se llevan allí piedras preciosas, perlas, seda y especias preciosas en abundancia incalculable (*Libro de Marco Polo*, 77).

> …hay clavo en abundancia extraordinaria […] hay también jengibre en gran cantidad y abunda mucho asimismo la canela […] se encuentran en grandísima abundancia piedras muy hermosas" (*Libro de Marco Polo*, 101).

Las primeras apreciaciones sobre los territorios americanos están compuestas tópicamente y determinadas por los referentes que Marco Polo, Mandevilla y tantos otros viajeros habían difundido por la Europa del siglo XVI.[11]

Según Beatriz Pastor, el Paraíso y el Oriente fabuloso son "figuraciones del deseo" que resuelven simbólicamente la "caída en el valle de las lágrimas, expiatorio para una humanidad afligida y mortificada por la pobreza, la enfermedad y la muerte". Tanto en el Oriente fabuloso como en el Paraíso terrenal, "la pobreza se resuelve con la riqueza, las aguas de fuentes maravillosas vencen la enfermedad y la armonía resurge en un mundo sin escasez, sin dolor y sin conflicto". En la lectura de Pastor, el descubrimiento de América representa la convergencia de estas dos tradiciones en un solo objeto y la conquista de América implica un objetivo utópico: alcanzar un lugar donde toda limitación puede ser resuelta.[12] En este sentido, en

[11] Stephen Greenblatt, *Maravelous possessions. The Wonder of the New World*, University of Chicago, Chicago, 1992, p. 26. Para una relación temática entre los cronistas de Indias y los historiadores de la Antigüedad, véase el trabajo de Blanca López de Mariscal, "Modelos narrativos para los cronistas del Nuevo Mundo: una mirada a los textos fundantes", en José Pascual Buxo (ed.), *Permanencia y destino de la literatura novohispana*, UNAM, México, 2006, pp. 57-67.

[12] *El jardín y el peregrino. El pensamiento utópico en América Latina (1492-1695),* UNAM, México, 1999, p. 61 y ss.

las descripciones de los conquistadores, el Nuevo Mundo tiene "todo género de cosas", "todos los colores", "todas las maneras", "tantas cuanto puede pensarse y aún más".

El tópico de la abundancia se presenta o bien con la consignación de la serie de cosas halladas a la manera de un inventario —[hay] "joyas de oro y de plata y de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles" (*Cartas de relación*, 234)—, o bien con la afirmación de la existencia de cosas no conocidas en Europa: "todas cuantas se hallan en España y muchas más raleas [especies] que allá no se han visto" (*Cartas de relación*, 245).

En la Segunda Carta de relación, el tópico funciona como parte de una estrategia de persuasión:

> Eran tantas y tan diversas las maneras e cerimonias que este señor tenía en su servicio, que […] ni otro ningúnd señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia no creo que tantas ni tales cerimonias en su servicio tengan (*Cartas de relación*, 248).

Cortés elige la comparación como estrategia persuasiva dirigida al rey.[13] El monarca español —destinatario de la carta— debe imaginar la grandeza de lo hallado a través de la figura de otro gobernante:

> En lo del servicio de Moctezuma y de todas las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado hay tanto que escribir, que certifico a vuestra alteza que no sé por dónde comenzar […]. Era su señorío [de tierras] tanto casi como España […] cada provincia servía con su género de servicio, según la calidad de la tierra; por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las provincias había. Era

[13] Para un estudio más amplio véase el trabajo de Kathryn Kruger-Hickman, *Literary strategies of persuasión in the cartas-relaciones of Hernán Cortés*, University of California, San Diego, 1987, pp. 159-175, (Tesis de doctorado).

> tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más. Tenía fuera de la ciudad como adentro muchas casas de placer […]. Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. Y por tanto no me pondré a expresar cosa de ellas más de que en España no hay su semejante (*Cartas de relación*, 242-243).

Moctezuma es presentado como poseedor de una serie de privilegios extraordinarios y la enumeración de sus posesiones genera una comparación implícita. Lejos de ser una inferencia, dicha comparación está acotada en el texto: Moctezuma es tan temido por su poder como "nunca príncipe del mundo lo fue" y vive en unos palacios tan majestuosos que "no tienen sus semejantes", al menos no en España. El mensaje parece claro: "Moctezuma es más temido y tiene más poder y muchas más cosas que tú". Con esta enunciación o *modalidad del decir* Cortés se posiciona e individualiza como protagonista de una hazaña: es quien conquista un reino poderoso. Dicho reino, tópicamente descrito en términos de abundancia, es proporcional a la imagen que el conquistador quiere lograr de sí mismo como parte de su estrategia argumentativa.

Muchos otros tópicos intervienen en la construcción de las descripciones del Nuevo Mundo. No obstante, es turno ahora de considerar una serie de figuras también recurrentes.

Figuras

A lo largo de todo el análisis se ha mostrado y ejemplificado la recurrencia de la hipérbole como tropo de exageración en muchas de las descripciones que presentan los cronistas. En este momento sólo haré un breve señalamiento sobre las implicaciones o funciones de esta figura en los textos estudiados. La presentación hiperbólica de lo

visto por el viajero puede estar en función de la tensión narrativa y la conmoción del lector o en función de los beneficios que espera conseguir el narrador. Respecto de la primera, está de más decir que terminan en hipérbole casi todas las enumeraciones que pretenden lograr un efecto de profusión *ad nauseam*:

> Su ambre es tan grande que comen arañas, e hueuos de hormihas y gusanos e lagartijas e salamanquesas e culebras y bíuoras y comen tierra e madera e todo lo que pueden ayer, y estiércol de venados y otras cosas que dexo contar; y creo aueriguadamente que si en aquella tierra ouiesse piedras, las comerían (*Naufragios*, 243).

En este caso, la hipérbole funciona como cierre de una enumeración que refuerza el sentido: el hambre en esta tierra es tan grande que, si piedras hubiera, los habitantes las comerían. Esta imagen tiene el mismo peso que aquellas donde irrumpe la sorpresa o el asombro: con ella se busca un matiz expresivo que impresione al lector y logre efectos explicativos. Como decía en otro lugar, la hipérbole es constante en los relatos de viajes estudiados y la belleza observada por el viajero siempre es "única". Los accidentes geográficos también adquieren dimensiones hiperbólicas: las sierras son las "más escarpadas", los montes recorridos son los "más altos" y los esfuerzos para sortearlos, "sobrehumanos". Mientras se disipa el *tedium* del relato y se presentan cosas nunca antes vistas pero descubiertas gracias al viajero, se construye la dimensión persuasiva del relato:[14]

[14] Gerardo Ramírez Vidal dice que los cronistas de Indias "fueron muy hábiles para crear estados de ánimos diversos" y hace una tipología de los medios de persuasión utilizados, donde establece tres tipos: los lógicos, los emocionales y los éticos ("Retórica y colonialismo en las crónicas de la Conquista", en Julián Arribas Rebollo *et al.*, (eds.), *Temas de retórica hispana renacentista*, UNAM, México, 2000, p. 81). En su línea, yo diría que de los tres grados de persuasión retórica —*docere, delectare, movere*— en las crónicas de la Conquista es frecuente el *movere*, que origina la excitación del *pathos* o el "estre-

> Yo estuve en este puerto […] buscando algúnd asiento para poblar en aquel puerto porque es el mejor que hay en toda la costa descubierta desta tierra firme […] y por ser tan hermoso y por tener tan buenas comarcas y tan pobladas de gente, parescióme que Vuestra Majestad sería muy servido en que se poblase, […] y así en nombre de Vuestra Majestad fundé allí una villa (*Cartas de relación*, 606).

Mediante sus relatos, los primeros conquistadores buscaban recompensas y por ello sus hallazgos son "sobresalientes", "asombrosos" y, por sobre todo, "provechosos". En este sentido, la hipérbole está ligada a un propósito, presentar el viaje como un beneficio para la Corona.

Como parte de esta retórica descriptiva específica, y junto con la hipérbole, quizás la figura más característica es la comparación. Dado que el primer acercamiento para nombrar lo inédito se hace por cotejo y contraste —"faisanes que se semejan en tamaño a los nuestros", "gallinas diferentes en todo a las nuestras", dice Marco Polo (*Libro de Marco Polo*, 61)—, la comparación es una herramienta que ofrece el beneficio de la economía expresiva. Basta con estudiar la descripción de los elefantes de Tafur, que son más grandes que los camellos, tienen cola "como de osso", ojos "como un cornado", cabeza "como de tinaja de seys arrobas", orejas "como una comunal adarga" y brazos y piernas que "pareçen mármoles" (*Andanças*, 56).

Tanto los viajeros medievales como los conquistadores se enfrentaron a realidades que no podían nombrar. Animales, árboles, frutos, tipos de indumentaria, utensilios y alimentos eran nuevos para ellos. También lo fueron ciertas costumbres, ritos, tradiciones y creencias. Muchas son las implicaciones que podrían desprenderse, pero quisiera señalar que el problema de la diversidad no se limita a una dificul-

---

mecimiento de los ánimos" del destinatario (Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria, op. cit.,* t. 1, p. 231).

tad terminológica, el mayor problema, como señala Emma Martinell Gifre, es no identificar la realidad misma.[15]

En términos generales la nominación tiene cuatro modos básicos,[16] y en todos los casos el punto de partida es el desconocimiento del nombre que designa la cosa o realidad vista por el viajero: I/. *Comparación,* II/. *Uso del nombre autóctono*, III/. *Rodeo descriptivo,* IV/. *Creación del nombre.*

I/.

Puesto que el universo con el que se entra en contacto es caracterizado y evaluado con los parámetros del viajero, la forma más simple de denominación es la utilización de objetos conocidos que hacen comprensible al lector la realidad expuesta en el texto. Para ello se aplican a las nuevas realidades los esquemas mentales con los que se valora lo familiar, es decir, se compara lo desconocido con lo conocido. Este modo de nominación es el más rico en cantidad de ejemplos y matices, y en todos los casos se usa una fórmula del tipo "semejable a", "como" o "a la manera de":

> …et cuelga el fruito [pimienta] en la manera de las vuas (*Libro de las Maravillas*, 87).

> …enzinas y pinos y robles, palmitos baxos de la manera de los de Castilla (*Naufragios*, 200).

> …tenía hilos semejantes a la lana (*Libro de Marco Polo*, 48).

> …hallamos […] un gran lago […] lleno de pescados grandes que pareçían como sábalos (*Historia verdadera*, 651).

[15] *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Mapfre, Madrid, 1992, p. 85.

[16] *Ibid.*, p. 108 y ss.

Estas pielles son assi vermeillas como sangre (*Libro de las Maravillas*, 110).	[Tenochtitlán es tan grande] "como Sevilla y Córdoba juntas" [y tiene una plaza tan grande] "como dos veces la plaza de la cibdad de Salamanca" (*Cartas de relación*, 234).
[la jirafa] tenía el cuerpo tan grande como un caballo (*Embajada*, 137).	[las iguanas son] "como unos grandes lagartos" (*Cartas de relación*, 577).

II/.
Cuando se usa el nombre autóctono, generalmente se agrega su traducción aproximada o una referencia que será familiar para lector.[17] En muchos casos, también se utiliza una frase del tipo "aquí se llama … a lo que llamamos…":

Jinetes mercenarios que llaman *quesatanos*, es decir, 'fieles caballeros del señor' (*Libro de Marco Polo*, 78).	…y melones de la tierra, que se dizen en estas tierras *ayotes* (*Historia verdadera*, CLXXVIII, 655).
Hay también *herodii* o halcones excelentes, que entre nosotros se llaman sacres (*Libro de Marco Polo*, 38).	…y aun tenían faisanes, que en estas tierras llaman *sacachules* (*Historia verdadera*, CLXXX, 663).

III/.
Otra de las maneras de nombrar lo desconocido es el rodeo descriptivo. Generalmente se utiliza en aquellos casos en donde no hay un re-

[17] En cuanto a los topónimos indígenas, se añadía generalmente un nombre cristiano y uno no cristiano.

ferente semejante que haga comprensible el objeto al lector. Se hace necesario entonces enumerar las características del objeto, explicar su comportamiento, funcionamiento o componentes:

> En esta tierra existe el mejor almizcle del mundo, que se extrae de un animal que es hermoso en extremo y tiene el tamaño de un gato, pelos gruesos como un ciervo y patas como un gato; cuenta con cuatro dientes, a saber, dos arriba y dos abajo, de tres dedos de longitud; junto al ombligo tiene, entre la carne y la piel, una vejiga llena de sangre, y aquella sangre es el almizcle (*Libro de Marco Polo*, 60).

> Un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene, y todo el tiempo que son pequeños los trae allí hasta que saben buscar de comer, y si acaso están afuera buscando de comer y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa (*Naufragios*, 201).

> …é non se quema otra leña salvo çéspedes de tierra como ladrillos; córtanlos en el verano cada uno en su heredat, é sécanse al sol, é tráenlos para el invierno, é es un fuego muy amigable é dicen que muy sano (*Andanças*, 131).

> …desque ovimos entrado en las casas hallamos tantos gallos de papada y gallinas cozidas, como los indios las comen, con sus axíes, y pan de maíz que se dize entr'ellos tamales (*Historia verdadera*, CLXXVII, 650).

IV/.

Por último, es muy frecuente la creación del nombre propio: "de allí passamos vn estrecho que la isla con la tierra hazía, al qual llamamos de Sant Miguel por auer salido en su día por él" (*Naufragios*, 210); "hubo [en el camino] un mal puerto que por ser todas las peñas y piedras dél de alabastro muy fino le puse nombre de puerto de Alabastro" (*Cartas de relación*, 572). En principio, la creación de topó-

nimos puede ser interpretada como un proceso de familiarización y reconocimiento, pero siempre acarrea otro tipo de connotaciones, ya que se trata de un ejercicio de dominio fundado en una posición de superioridad, donde se deposita un nombre sobre determinado lugar para incorporarlo a las "pertenencias" del sujeto enunciador. Ese nombre tiene una carga simbólica propia del mundo al que pertenece el viajero y por ello resultará "familiar" a los lectores de su relato:

> Y después de apeados debajo de unos árboles y casas que allí extavan dimos muchas graçias a Dios […] y como era el día de Nuestra Señora de Março llamóse una villa, que se pobló […] Santa María de la Victoria, ansí por ser día de Nuestra Señora como por la gran victoria que tuvimos (*Historia verdadera*, XXXIV, 83).

Autorepresentado en su narración, el sujeto que crea el topónimo está fuertemente centrado y legitimado para hacerlo: es un conquistador, un viajero a un mundo desconocido, un observador de realidades no vistas. *Nombrándolo,* deposita una herencia sobre el lugar y lo incorpora así a su universo de referencias. En el caso de las crónicas de la Conquista, el acto de dar el nombre se relaciona con la ausencia de pobladores en los espacios transitados, ya que en las zonas densamente pobladas se respetan los nombres locales, aun con su dudosa grafía. Los viajeros medievales, en cambio, respetan los topónimos locales. Esto se debe a que se trata de viajeros solitarios, cuyos viajes dispersos e intermitentes carecen de un objetivo global apoyado por un poder político. La Conquista, en cambio, es una empresa del Estado y los conquistadores buscan dar esplendor a la gloria de su rey y afirmar su reinado en regiones desconocidas. Para ellos, *dar un nombre* es *dar un orden*. Al crear la toponimia incorporan una región desconocida a la red de discursos que conforman las pertenencias de la Corona española y la consignación de dicha toponimia en el texto puede ser vista como parte de un ejercicio de dominación. En tal caso: *denominar* es *dominar*.

***

En comparación con ciertas regiones de Asia y África, de las cuales se tenía un mínimo de conocimiento acumulado desde la Antigüedad, se ha insistido en la idea de un continente americano completamente extraño a los españoles del siglo XVI. Una de las consecuencias de esta idea es la ruptura radical que, para los europeos, implicó América. Dicha ruptura se representa con un vacío de referentes, de modelos de interpretación y de medios estilísticos para representar al Nuevo Mundo.[18] Sin embargo, la peculiaridad del Nuevo Mundo y el encuentro con lo desconocido puede haber causado estupefacción, desasosiego y maravillamiento, pero la manera de expresarlos no es nueva. El asombro y la representación de la emoción que el contacto con lo ajeno es un elemento que ya aparece codificado en las descripciones de viajeros medievales.

Asimismo, los españoles trajeron consigo sus ilusiones, sueños materiales, mitos y expectativas, todas ellas alimentadas por textos que, desde la Antigüedad, gozaban de una inmensa popularidad. La interpretación de aquello que es visto por primera vez se hace con referentes y modelos propios del mundo al que pertenecen aquellos primeros observadores. Sus representaciones demuestran que el europeo llega al Nuevo Mundo con un imaginario medieval y lo habita con los seres insólitos y las fantasías que podía imaginar. En este sentido y como ha demostrado Sthephen Greenblatt, el discurso de los conquistadores (y del descubrimiento de América en general) es

[18] Sirvan de ejemplo las palabras de Alejandro Cioranescu: "Al entrar en contacto con las tierras de Indias, lo primeros viajeros europeos veían desarrollarse ante sus ojos, evidentemente maravillados, un espectáculo completamente inédito. Era un mundo nuevo, en toda la fuerza de la expresión; su atención se veía solicitada a cada paso por algún detalle sorprendente, por algún objeto desconocido, para los cuales resultaba inútil buscar referentes equivalentes o correspondencias en su experiencia de europeos" ("El descubrimiento de América y el arte de la descripción", *Colón, humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Prensa Española, Madrid, 1967, p. 60).

un magnifico registro de las precisiones y limitaciones de las representaciones europeas.[19]

El Nuevo Mundo se representa con las formas textuales vigentes del siglo XVI. Las formas jurídicas, las novelas de caballerías y otras formas de prosa narrativa, entre ellas los relatos de viajes, "prestan" procedimientos de escritura y registros temáticos para dar cuenta del mundo nuevo. Los primeros cronistas narran los viajes expedicionarios y de conquista describiendo los territorios recorridos y las culturas encontradas en el camino. En la narración de estos viajes, el itinerario seguido impone un orden al relato y el conquistador describe el mundo que se despliega ante él con una retórica específica que proviene de la tradición literaria de relatos de viajes medievales. En este sentido, fue posible establecer una serie de procedimientos de escritura que perviven en las crónicas estudiadas en cuanto a la forma de representar la realidad. Todo esto permite, por un lado, demostrar una continuidad de modelos o codificaciones literarias para narrar un viaje y dar cuenta de un mundo desconocido; por otro, establecer continuos vasos comunicantes entre el Nuevo Mundo y el mundo medieval.

[19] *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World, op. cit.,* p. 23.

CODIFICACIÓN DE VIAJES POR EL NUEVO MUNDO EN CRÓNICAS DE LA CONQUISTA

VIAJES POR EL NUEVO MUNDO

Como fue señalado, el discurso sobre realidades nunca vistas toma su forma, entre otros, de los códigos narrativos y descriptivos del relato de viajes medieval y se apoya en la reelaboración de imágenes provenientes de la tradición literaria y del imaginario medieval europeo. Si bien lo anterior ha servido para demostrar la filiación literaria entre la literatura de viajes medieval y las crónicas estudiadas, quisiera desarrollar los principios de codificación propuestos en tres viajes por el Nuevo Mundo. Es decir, quisiera analizar la codificación de viajes en las crónicas de la Conquista. Dicha codificación será examinada en tres trayectorias: la de Bernal Díaz a Tenochtitlan, la de Cortés a las Hibueras y la de Cabeza de Vaca a la Florida. El orden de las trayectorias no es aleatorio. Cubre un arco que va de un viaje de conquista (la expedición a Tenochtitlan) a un viaje de exploración (el de Cabeza de Vaca), pasando por uno que tiene algo de ambos (la expedición a las Hibueras).

El viaje de conquista contiene referencias *épicas*: espectaculares batallas, descripciones de ejércitos combatientes y triunfos admirables sobre enemigos invencibles. Se construye desde el punto de vista de un hombre que no busca curiosear sino vencer; un explorador sí, pero deseoso de las ganancias que posibilita el viaje, ganancias o premios que espera recibir por aventurarse en una empresa arriesgada. Por esta razón, el mundo referido en las crónicas es, en ocasiones, un plano secundario donde se desarrollan las acciones de la conquista, acciones que el narrador relata para dar cuenta de su participación en la misma.

El viaje de exploración, en cambio, tiene otras características. Presenta más descripción de las regiones recorridas por el viajero que narración de encuentros bélicos, y se construye desde el punto

de vista de un hombre despojado de lo conocido e inmerso en un mundo ajeno. El caso paradigmático es el de Cabeza de Vaca, quien permanece casi diez años con las tribus autóctonas de las regiones de Texas, Sonora y Chihuahua. A diferencia de Cortés y Bernal Díaz —viajeros fuertemente centrados que se presentan como conquistadores victoriosos—, Cabeza de Vaca, uno de los pocos supervivientes de la expedición de Narváez, queda privado de su contexto material y cultural desde su llegada a la península de La Florida. Esto marca una diferencia sustancial con los viajes y viajeros antes mencionados, se trata de un caso singular de narración *antiépica,* porque hace referencia a una serie de fracasos en lugar de enumerar triunfos y hazañas. El punto de vista de este singular viajero se caracteriza por una ruptura radical con el mundo conocido: todo su ser europeo, blanco, cristiano y conquistador naufraga. Pero de su insólito viaje logra no sólo sobrevivir sino también acceder a una nueva condición.

Puesto que insistentemente se ha dicho que el itinerario es el eje del relato, observaré la disposición del mismo, estudiando los demás principios de codificación en las cuatro secuencias narrativas del itinerario: *la partida*, *la travesía, el encuentro* y *el retorno*. En el conjunto de los relatos estudiados, *la partida* o comienzo del recorrido pondrá en evidencia los puntos de vista con los cuales se construye relato: el capitán, el soldado, el cronista, el expedicionario, etcétera; por esta razón, es un momento del viaje que permite mostrar las relaciones entre el narrador y el personaje (narrador-viajero). *La travesía*, en cambio, en tanto narración de la trayectoria del viaje, pone de manifiesto la dimensión descriptiva del texto, presentada como "lo visto" por el viajero y elaborada estilísticamente en "los hallazgos" del viaje. También comprende la anécdota de los sucesos diarios, la vida cotidiana del viaje, el cansancio y los esfuerzos necesarios para llevarlo a cabo. *El encuentro* y *el retorno* permiten observar las dos vertientes del viaje: lo heredado y lo adquirido. En tanto dimensión del contacto con lo nuevo, *el encuentro* es el

momento donde se vuelca la tradición del viajero para describir lo hallado. En este sentido, da la oportunidad de observar el mundo al que pertenece el viajero y la vertiente del relato de viajes recibida de la tradición. No obstante, toda diferencia interpela al viajero, toda exploración conlleva una expansión, todo descubrimiento implica un impulso de apertura. Los saberes adquiridos en el viaje pueden manifestarse en el momento final del ciclo. *El retorno* implica una reinscripción del viaje.[1] En este sentido, las etapas del mismo —el arribo al lugar de destino, la permanencia en él, la duración en el contacto con lo distinto— generan lugares de enunciación donde pueden leerse ciertos cuestionamientos a los modelos de percepción del viajero.

Es evidente que, aunque para los fines del análisis todos estos principios de codificación se presenten en forma separada, en el relato de viajes se encuentran relacionados de diversas y productivas maneras. De manera flexible serán desarrollados a continuación.

La expedición a Tenochtitlan

En 1519 Cortés desobedece al adelantado y gobernador de Cuba para continuar la Conquista del entonces desconocido continente sin licencia real.[2] Diego Velázquez le había encargado una expedición en las inmediaciones de la actual península de Yucatán, pero

[1] Como opina Homi Bhabha: "Nunca hay retorno de ningún viaje. Esto no quiere decir que uno no revisite o reinscriba momentos anteriores, momentos del pasado en el presente. Uno siempre reinscribe y reelabora esos momentos" (Álvaro Fernández Bravo y Florencia Garramuño, "Entrevista con Homi Bhabha", en Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación: lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Manantial, Buenos Aires, 2000, p. 230).

[2] Para un estudio detallado del conflicto entre Diego Velázquez y Cortés, véase José Luís Martínez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, especialmente el apartado "El conflicto con Velázquez, estrategias y argumentos", pp. 179-202.

Cortés desobedece sus ordenes para internarse tierra adentro, tanto como fuera necesario para llegar hasta la ciudad de Tenochtitlan. Entre los hombres de Cortés iba Bernal Díaz, un soldado de a pie que muchos años después de los sucesos (20 años aproximadamente) escribe sus memorias en la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

Los múltiples acontecimientos sucedidos en el trayecto de Cortés y sus hombres a México-Tenochtitlán cubren un periodo de poco menos de un año (desde febrero de 1519, cuando la expedición parte de Santiago de Cuba, a noviembre del mismo año, cuando Cortés y sus hombres llegan a la ciudad). El recorrido que realizan puede ser dividido en dos etapas o trayectos significativos, de Cozumel a Veracruz uno, y de Veracruz a Tenochtitlan el otro. El primero es principalmente marítimo pero con incursiones costeras, el segundo es un recorrido a pie. La narración de los preparativos, de todos los acontecimientos sucedidos en el camino, de la llegada a la ciudad y del reconocimiento de la misma ocupa del capítulo xx al xcii del texto de Bernal Díaz. En estos 72 capítulos, la *Historia Verdadera…* presenta la codificación del relato de viajes.

La partida

En tanto principio organizador, la *partida* manifiesta las características del viaje:

> Pues como ya fue elegido Hernando Cortés […] començó a buscar todo género de armas, así escopetas, pólvora y ballestas, y todos quantos pertrechos de armas pudo aver; y buscar rescate, y tanbién otras cosas perteneçientes a aquel viaje […]. Y luego mandó hazer dos estandartes y vanderas. […] De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con el armada, más de trezientos y çincuenta soldados (*Historia verdadera*, xx, 50-51).

Se trata de un viaje de conquista, una incursión para posicionarse y posesionarse de territorios, de allí las armas ("escopetas, pólvora, ballestas"), el "rescate" para el intercambio y la mención del estandarte. La *partida* organiza la proyección del viaje. Bernal Díaz reconstruirá el recorrido a la ciudad y dará cuenta de todas las batallas sucedidas en el camino.

Contar la Conquista o "contar una batalla sólo es posible cuando ésta ha terminado y quien la cuenta sabe el final de la misma",[3] en este sentido, toda la narración de la expedición a Tenochtitlan tiene un objetivo específico: presentar el viaje como una hazaña. La estructura narrativa ofrece una determinada construcción de lo real, pues su fin estratégico es mostrar a los conquistadores como partícipes victoriosos. El punto de vista del soldado aparece desde el comienzo y se mantiene a lo largo de toda la narración. Todas las decisiones se presentan como tomadas por el grupo en conjunto, no sólo por el capitán, y las batallas libradas en el camino se construyen desde la perspectiva del soldado que busca el protagonismo:

> Y no hazían sino flechar e herir en los nuestros […]. Y con todos los males e heridas que les hazíamos no los podíamos apartar. Yo dixe: "Diego de Ordás, parésçeme que podemos apechugar con ellos porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas y estocadas" […]. Y respondió que no era buen acuerdo porque avía para cada uno de nosotros trescientos indios… (*Historia verdadera,* XXXIV, 82).

La cita presenta al narrador-personaje como un valiente soldado que pretende "apechugar" contra "trescientos indios". El protagonismo se construye con la negativa del capitán: "respondió que no era buen acuerdo", es decir, era un acto arriesgado. Este artificio compone la dimensión heroica del personaje —Bernal es un te-

[3] Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad: la construcción retórica de las batallas en las crónicas de la Conquista, op. cit.*, p. 340.

merario soldado— y lo coloca como un actor seguro de ganar la batalla. Respecto de ésta, es la primera que libran los hombres de Cortés en su camino a Tenochtitlan, la batalla de Cintla. Alfonso Mendiola la estudia como un hito dentro de la *Historia verdadera*… En palabras del investigador: "su importancia se debe a que anuncia, con toda claridad, la victoria final".[4] Este sentido ilumina el protagonismo de Bernal Díaz, sobre todo si se tiene en cuenta que la batalla de Cintla marca el inicio del camino hacia Tenochtitlan. En el comienzo del viaje de conquista, el narrador construye el relato en torno a las acciones del personaje. Mediante esta forma de organizar la narración, propia de la codificación estudiada, el lector observa la batalla y el recorrido a Tenochtitlan desde la perspectiva del viajero.

La proyección del viaje va cambiando a lo largo de la narración, pero el triunfo de la batalla de Cintla marca el inicio de la segunda parte del recorrido: "Y otro día caminamos tierra adentro hazia el poniente, y dexamos la costa" (*Historia verdadera*, XLIV, 109). Esta nueva etapa del recorrido ya había sido enunciada:

> Y más le preguntó que de qué parte traían oro y aquellas joyeruelas. Respondieron que hazia donde se pone el sol, y dezían Culua y México, y como no sabíamos qué cosa era México ni Culua, dexávamoslo pasar por alto (*Historia verdadera*, XXXVI, 88).

Si el oeste antes era sólo una mención, poco a poco el viaje toma el aspecto de una búsqueda. México pasa a ser una representación ideal, una motivación que da orientación al viaje. México se convierte en un principio de organización narrativa: el texto y el viaje se disponen en línea recta "tierra adentro".

[4] *Ibid.*, p. 347.

La travesía

La búsqueda de México implica un caminar que se configura en una progresión por el espacio. La textualización del viaje en la *Historia verdadera…* se acota con alusiones que siempre denotan un avance ("y pasemos adelante", "y pasaré adelante"). En esta trayectoria hay dos motivos que contribuyen a la construcción narrativa del *ir hacia delante*: el motivo de "dar con las naves al través" y la imagen de Moctezuma que impide el avance pero no lo logra.

Bernal Díaz presenta la decisión de "dar con las naves al través" como una medida consensuada, cosa que implica, una vez más, su protagonismo:

> Estando en Çempoal […] platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por adelante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos […] que no dexase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos, […] porque entretanto qu'estavamos en la tierra adentro no se alçasen otras personas (*Historia verdadera*, LVIII, 139).

Decididos a seguir avanzando, y para evitar la deserción, resuelven hundir o inutilizar los barcos. Este hecho ha quedado representado en una expresión popular todavía en uso, "quemar las naves", que es sinónimo de una resolución arriesgada. Así presentada, esta resolución contribuye a la proyección del viaje en el texto, en tanto plantea la imposibilidad de volver atrás. Inmediatamente después de tomada y ejecutada la decisión el narrador de la *Historia verdadera…* compone una escena donde Cortés habla a sus hombres antes de iniciar el camino a México:

> [dijo] que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro pelear y corazones fuertes […]. Y todos a una le respondimos que aríamos lo que

> ordenase, que hechada estava la suerte de la buena ventura (*Historia verdadera*, LIX, 141).

Estos hombres "que lo han arriesgado todo por voluntad propia" ya no pueden hacer otra cosa que "seguir adelante" con el "socorro de Dios", con la destreza de sus cuerpos ("nuestro pelear") y con la fortaleza de sus "corazones". Así caracterizados los personajes emprenden su camino a México y la expedición queda representada con tintes heroicos.

Otro de los motivos que contribuye a la construcción narrativa del *ir hacia delante* es la figura de Moctezuma, quien a lo largo del camino envía numerosas embajadas para disuadir el avance de los españoles:

> Vinieron ante Cortés quatro de los prinçipales mexicanos que embió Monteçuma […], y dixeron: "Malinche este presente te enbía nuestro señor […] y dize que ya te había enviado a decir otra vez que te dará mucho oro y plata y chalchihuis en tributo para vuestro enperador y para vos y los demás teules que traéis, y que no vengas a México, e agora nuevamente te pide por merced que no pases de aquí adelante, sino que te buelvas por donde viniste" (*Historia verdadera*, LXXXVII, 216).

El narrador de la *Historia verdadera*… reproduce el discurso de "unos prinçiales mexicanos que embió Monteçuma". Como decía en otro lugar, la *sermocinatio* es una de las formas de la *evidentia,* que favorece la construcción vívida de una escena. Dicha escena contribuye al engrandecimiento de los viajeros y la construcción narrativa del viaje:

> Cortés les respondió que se maravillava del señor Monteçuma […] que siendo tan gran señor, tener tantas mudanças: que unas vezes dice uno y otras enbía a mandar al contrario […]; que si el señor Montezuma oviese anbiado sus mensajeros y embajadores a algún señor como él

> es, ya que llegasen çerca de su casa aquellos mensajeros que enbiava se bolviesen sin le hablar […] ¿qué merçedes les haría, sino tenelles por cobardes y de poca calidad? […], y que de una manera o de otra que avíamos de entrar en su çibdad (*Historia verdadera*, LXXXVII, 216).

Mientras Moctezuma aparece caracterizado como un personaje errático y contradictorio ("es maravilla que siendo tan gran señor tenga tantas mudanças"), los españoles quedan representados como decididos y dispuestos a no detenerse ("que de una manera o de otra que avíamos de entrar en su çibdad"). La narración del intento de evitar el encuentro se contrapone a la creciente expectativa de los españoles por conocer al gobernante y ayuda a destacar el aspecto moral de los viajeros: si retrocediesen serían "cobardes" y gente de "poca calidad". De esta forma, Moctezuma es la dirección en la trayectoria del viaje y a medida que éste pide que no avancen, la tensión narrativa crece. A este efecto contribuyen las constantes advertencias de emboscada que los españoles reciben en el camino y todo el conjunto representa la idea de un viaje en el cual se avanza sin retrocesos espaciales o temporales.

La consignación de topónimos constituye el recorrido de Cortés y sus hombres.[5] A medida que el viajero avanza va describiendo la calidad y riqueza de las regiones que visita, pero por tratarse de un viaje de conquista mucha información sobre los habitantes de dichas regiones sólo atiende al aspecto bélico, por ejemplo, su comportamiento durante las batallas:

> Una cosa tenían los tascaltecas en esta batalla y en todas las demás: que en iriéndoles cualquiera indio, luego los llevavan y no podíamos ver los muertos (*Historia verdadera*, LXIII, 155).

[5] "Fuemos a un pueblo que se dize Xalapa", "y desde allí a Socochima y desde Socochima llegamos a otro pueblo que se dize Tejutla", "y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se dize Çocotlan" (*Historia verdadera*, LXI, 145-146).

Justamente, por tratarse de un viaje de conquista, el narrador parece advertir una cierta inexactitud en su capacidad descriptiva:

> Y dexaré de hablar de su adoratorio y diré lo que me pareçe del çercuito y manera que tenía; y si no lo dixere tan al natural como hera, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que teníamos entre manos, que era en lo militar y lo que mi capitán Cortés me mandaba, y no en hacer relaciones (*Historia verdadera*, XCII, 239-240).

El pasaje da cuenta de dos momentos bien diferenciados, el presente de la escritura y el pasado del viaje de conquista. Con base en esta distancia, el narrador estima que la escritura acarrea las consecuencias de una falta, una especie de escasa atención durante el viaje —en "aquel tiempo", era sólo un soldado ocupado en "lo militar"— que no le permite, a la hora de "hacer relaciones", decir "tal al natural" como eran las cosas. Este comentario forma parte de un tópico común del relato de viajes, el señalamiento constante de la imposibilidad de dar cuenta de lo visto en el marco reducido de la narración.

En la reconstrucción de la travesía se narran los esfuerzos del viaje. Esto toma en la *Historia verdadera…* un matiz particular, sobre todo en relación con la disputa que entabla Bernal contra Gómara. El narrador se presenta a sí mismo como viajero (caminó hacia México, peleó en las batallas y participó en las decisiones importantes). Así tiene no sólo información de primera mano sino también la posibilidad de decir "la verdad" sobre los hechos:

> … y diré otra cosa que he visto, que el cronista Gómara no escrive en su historia, ni haze minçion si nos matavan o estábamos heridos, ni pasávamos trabajos ni adoleçiamos, sino todo lo qu'escribe es como quien va a bodas y lo hallávamos hecho. ¡Oh quán mal le informaron los que tal le aconsexaron que lo pusiese así en su historia! Y a todos los

> Conquistadores nos ha dado qué pensar en lo que ha escrito, no siendo así, y debía de considerar que desque viésemos su historia abíamos de decir la verdad (*Historia verdadera*, LXVI, 162).

En la disputa en torno a quién dice la verdad, Bernal valida su relato en la experiencia del viaje: sus ajetreos, fatigas y peligros. Nada lo "hallaban hecho", todo implicaba esfuerzo, trabajos y dolores. La dimensión cotidiana del viaje y los esfuerzos del desplazamiento funcionan como un argumento que confiere verosimilitud a lo dicho. Es un tipo de procedimiento propio del relato de viajes con el cual se presentan los hallazgos y descubrimientos, todos ellos apoyados en el testimonio del viajero: "ahí estuve" y "nos mataban", "estábamos heridos", "pasábamos trabajos" y "adolecíamos". La dimensión testimonial del viaje autoriza la voz del narrador. Esta es una dimensión que puede soslayarse en textos que no presentan la codificación del relato de viajes, textos donde el narrador no se dice expedicionario y compone su relato con las noticias que recibe de diversas fuentes, como el caso de Gómara.[6]

Antes del gran descubrimiento de Tenochtitlan, el camino de la expedición al mando del capitán Cortés se tiñe de asperezas y fatigas que el narrador describe con minuciosidad porque sirven para representar la vivencia del viaje:

> Y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras y entramos en el despoblado, donde hazía muy gran frío, y granizó y llovió; aquella noche tuvimos falta de comida. Y venía un biento de la sierra nevada qu'estava a un lado que nos hazía temblar de frío […] y no teníamos con que nos abrigar, sino con nuestras armas (*Historia verdadera*, LXI, 145).

[6] Véase mi trabajo "Fatigas y esfuerzos: marcas textuales del relato de viajes en crónicas de la Conquista", *Espéculo. Revista Electrónica de Estudios Literarios*, 42 (julio-octubre 2009).

Los marcadores o indicadores de recorrido —"acabamos de subir todas las tierras", "entramos en el despoblado"— representan la experiencia del movimiento en el espacio. La percepción de ese espacio tiene un lugar destacado y se configura hostil a los integrantes de la expedición, así, la narración de la manera en que fue atravesado "determina las tensiones dramáticas" del relato.[7] La reconstrucción textual del itinerario se articula en torno a los esfuerzos y peligros a los que se ve sometido el conquistador para llevar a cabo su empresa, y ellos componen el mundo que se presenta en el relato. Las referencias a las guerras, el hambre y los climas extremosos son *la medida del mundo* que se conquista. Luego de los esfuerzos, hambre, fatiga, enfermedad y guerra, la visión de la ciudad azteca parece una ensoñación en la famosa comparación de Bernal:

> …nos quedamos admirados; y dezíamos que pareçía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís […], y aun algunos de nuestros soldados dezían que si aquello que vían si hera entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque ay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos (*Historia verdadera*, LXXXVII, 218).

Para contar "cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas" Bernal describe minuciosamente los peligros que sorteó la expedición para llegar a destino. La narración de las dificultades del viaje es una marca textual que confiere seguridad a la información: el texto narra las dificultades del viaje para dar cuenta de la veracidad de la información que se presenta.[8]

[7] Tomo la expresión de María Christien Florencia, "En viaje a las tinieblas. La expedición a las Hibueras según Bernal Díaz del Castillo", en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacio, viajes y viajeros*, Universidad Autónoma Metropolitana-Aldus, México, 2004, p. 22.

[8] Como señala Blanca López de Mariscal, esta dimensión es una característica de las crónicas (yo diría del tipo de viaje que se deslinda de una clase de crónicas), donde

El encuentro

La realidad que refiere Bernal es difícil de comprender. Entre los lectores y esa realidad se interponen prejuicios, creencias, ideas, intereses y, por sobre todo, un texto que la describe bajo determinadas condiciones históricas. Dicha realidad está mediatizada por la serie de convenciones lingüísticas y descriptivas inherentes a toda escritura, por las circunstancias en que se produce el relato y también por la mirada del viajero, ese personaje que da cuenta del mundo visitado desde su propia óptica.[9]

En este sentido, las ideas viajan de un mundo a otro y ayudan a representar e interpretar las realidades ajenas. En algunos casos, estas ideas conllevan una obstrucción semántica y las apreciaciones del viajero denotan interpretaciones *a priori*, confusiones o simplificaciones. Dentro de las dos vertientes del viaje, el conjunto de saberes que se afirma en la matriz cultural y tradición del viajero tiene en la *Historia verdadera…* un núcleo claramente delimitado: el horizonte cultural cristiano-medieval. Muchas de las valoraciones pueden explicarse entonces desde las fantasías medievales y la simbología cristiana, pero poco pueden ayudar a comprender el mundo prehispánico. Estas apreciaciones van desde simples menciones léxicas hasta complejas interpretaciones.

Cuando Bernal-narrador describe algo de lo que Bernal-viajero vio, lo hace desde el horizonte cultural propio y en función de

---

la relación que se da entre narración y descripción es muy importante. Mediante la narración "el narrador hace partícipe a su destinatario del valor y esfuerzo que se precisan para llevar a cabo las empresas de descubrimiento y conquista. Las relaciones de viajes del XVI se articulan, sí, a partir de una cronología y un itinerario como sus precedentes medievales, pero también y en gran medida a partir de las aventuras en las que se ve inmerso el viajero" (*Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo…, op. cit.*, p. 95).

[9] Mary Louise Pratt, lo llama "the seeing-man", el hombre que mira, una figura con la que designa al sujeto masculino del discurso europeo del paisaje, quien con sus "ojos imperiales" mira y posee todo (*Imperial Eyes. Travel writing and transculturation*, Routledge, London-New York, 1992, p. 7).

objetivos claramente delimitados por la dimensión persuasiva de su relato:

> Y traían aquellos papas braseros con adquas de brasas, y con sus ençensos saumando a todos nosotros; traían vestidos algunos dellos ropas muy largas, a manera de sobrepellices, y eran blancas y traían capillas en ellos; querían parecer como a las de los que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y engreñados, que no se pueden desparzir si no se cortan, y llenos de sangre, que les salían de las orejas, que aquel día se avían sacrificado, y abajavan las cabeças como a manera de umilldad quando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; e oímos dezir que a aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida (*Historia verdadera*, LXXV, 181).

Más allá del uso de la palabra "papa" para designar al integrante de una esfera religiosa completamente ajena, la descripción de los sacerdotes reúne una serie de elementos religiosos pero con signo negativo: "parecen canónicos porque visten ropas blancas y largas, pero sus uñas están largas y sus cabellos engreñados, llenos de sangre porque vienen de sacrificar". Esta caracterización de elementos litúrgicos pero con signo diabólico —nótese que hay muchas connotaciones que sugieren rasgos bestiales: pelos muy largos que salen de las orejas, uñas crecidas que parecen garras, suciedad— contribuye a la justificación de la intervención de los españoles en términos de la historia de la Salvación. En la lógica del texto, los conquistadores actúan por voluntad divina y están guiados por la Providencia para llevar el cristianismo al lugar ocupado por la idolatría.[10] En este

[10] Remito de nueva cuenta a las palabras de Bernal: "[Los conquistadores] murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, e dar luz a los qu'estavan en tinieblas" (*Historia verdadera*, CXCIII, 809). Alfonso de Mendiola estudia la serie de elementos de legitimación del dominio español en las crónicas de la Conquista y presenta muchos otros ejemplos. Véase el capítulo IV "La realidad construida por las formas retóricas" (*Retórica, comunicación y realidad, op. cit.*, pp. 339-405).

viaje, lo inesperado se confunde con lo terrible y de esta manera se justifica la apropiación violenta. "La extrañeza radical de lo desconocido —ídolos, sacrificios humanos y costumbres que el conquistador demonizó de inmediato— legitimó la guerra en nombre de la religión".[11]

El viajero interpreta el mundo que observa presentándolo a los lectores, pero su comprensión está mediatizada por el imaginario del siglo XVI:

> Estando en esto vimos asomar los de a cavallo, y […] los que estávamos peleando, desque los vimos, nos dimos tanta priesa que los de a cavallo por una parte y nosotros por otra de presto volvieron las espadas. E aquí creyeron los indios que el cavallo e cavallero eran todo uno, como jamás avían visto cavallos. Ivan aquellas çavanas y canpos llenos dellos y acogiéronse a unos espesos montes que allí avía (*Historia verdadera*, XXXIV, 83).

Decir que los habitantes autóctonos del continente no conocían los caballos es un dato de la realidad americana del siglo XVI, pero decir que los asimilaron como seres divinos responde a una interpretación netamente europea, que ejemplifica el carácter mitificador de la Conquista en las crónicas.[12] "Los indios no tenían dudas de que los caballos eran animales",[13] no obstante, es el narrador de la

[11] Eduardo Subirats, *El continente vacío. La Conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Maya y Mario Muchnik, Madrid, 1994, p. 87.

[12] Al respecto remito al trabajo de Inga Clendinnen ya mencionado, "Fierce and Unnatural cruelty: Cortés and the conquest of México" (*op. cit.*, p. 29) y también al trabajo de Guy Rozat Dupeyron, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la Conquista de México* (Universidad veracruzana-INAH-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2002, pp. 287-332).

[13] Inga Clendinnen, "Fierce and Unnatural cruelty: Cortés and the conquest of México", *op. cit.*, p. 29. La autora demuestra que desde un punto de vista militar nada indica que los aztecas no supieron a qué atenerse respecto de los caballos. Las numerosas veces que Bernal Díaz describe caballos heridos sugieren lo contrario. Hernán Cortés,

Historia verdadera… quien insiste en presentar al caballo como un ser extraño ("creyeron que cavallo e cavallero eran todo uno") en función del efecto que provoca ("acogiéronse a unos espesos montes que allí avía"). Nada mejor para dar a entender que el americano imaginó al español en términos sobrenaturales que la economía de la mitología, claro que ésta habla más de la fantasía europea medieval que del habitante de las tierras americanas.[14]

Todas estas interpretaciones se inscriben en lo que se dio en llamar la teoría del "retorno del dios-gobernante", que explica la identificación de los españoles con el dios Quetzalcoatl. La *Historia verdadera*… presenta dicha identificación de manera explicita:

> Dexemos esto y digamos cómo llevávamos un lebrel de gran cuerpo, que era de Françisco de Lugo, y ladrava mucho de noche, pareçe ser preguntavan aquellos caçiques del pueblo a los amigos que traíamos de Çempoal, que si era tigre o león o cosa con que matávamos los indios. Y respondieron: "tráenlo para quando alguno los enoja los mate". Y también preguntaron de aquellas lombardas que traíamos. Y respondieron que […] matávamos a quien queríamos, y que los cavallos que corrían como venados, y que alcançávamos con ellos a quien les mandávamos. Y dixo el Olientecle y los demás prinçipales: "Luego desa manera, teules deven de ser". Ya he dicho otras vezes, que a los ídolos, o sus dioses, o cosas malas, llamavan teules" (*Historia verdadera*, LXI, 147).

---

por su parte, narra cómo se adaptaron al combate para inutilizar a los caballos: "y tenían cerrado el camino real por do solían ir, y hecho otro nuevo de muchos hoyos y palos agudos hincados y encubiertos para que los caballos cayesen y mancasen" (*Cartas de relación,* 189).

[14] Desde este punto de vista, sorprende la similitud entre la supuesta comprensión de los nativos ("cavallo e cavallero eran todo uno") y los centauros. No obstante, esta comparación es contradictoria en muchos sentidos. Si bien es cierto que los centauros son seres de una increíble fortaleza y protagonistas de descomunales batallas —cualidades que no contradicen la representación de los españoles como esforzados guerreros—, no lo es menos que son seres de una raza monstruosa, esclavos de las pasiones animales y representantes de la lucha entre la civilización y lo salvaje.

Al respecto, algunas corrientes antropológicas llaman la atención sobre una idea recurrente en el mundo occidental: la idea de que los conquistadores y viajeros europeos fueron recibidos como dioses por las culturas que visitaron por primera vez. Este "dios" es una creación europea, un mito de conquista, imperialismo y civilización. [15]

Muchos otros ejemplos de obstrucción semántica pueden ser nombrados, entre ellos, la noción de 'vasallo'. Cortés recibe, a lo largo del camino, numerosos regalos, víveres y contribuciones, que difícilmente refieren a una subordinación política; antes bien se trata de códigos de cortesía, aunque el texto los presente como gestos de vasallaje. Al respecto, retomo las palabras de Inga Clendinnen: "no podemos conocer en qué punto se produjo la tergiversación de la noción india de 'aquel que paga tributo', usualmente por compulsión, a la noción española de 'vasallo', con su connotación de lealtad, pero sí sabemos que fue una tergiversación grave".[16]

En el capítulo XXXVI, el narrador de la *Historia verdadera*… presenta a los "primeros vasallos que en la Nueva España dieron la obidiençia a Su Magestad":

> En aquel pueblo estuvimos çinco días […] y Cortés siempre traía con buenas palabras a todos los caçiques, y les dixo cómo el enperador nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene a su mandar muchos grandes señores y qu'es bien que ellos le den la obidiençia; e que en lo que oviere menester, ansí fabor de nosotros o qualquiera cosa, que se lo hagan saber donde quiera que estuviésemos, que él les verná ayudar. Y todos los caçiques les dieron muchas graçias por ello, y allí se otorgaron por

[15] Véase el trabajo del etnólogo Gananath Obeyesekere, *The Apoteosis of Capitain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeton University, New Jersey, 1992. Lo que Gananath Obeyesekere demuestra en su libro es una estructura del pensamiento europeo: la idea de que el "blanco civilizado es un dios para los nativos". El autor rastrea este pensamiento en Colón, Cortés y en el capitán Cook.

[16] Inga Clendinnen, "Fierce and Unnatural cruelty": Cortés and the conquest of México", p. 25. La traducción es mía.

> vasallos de nuestro gran enperador; y estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva España dieron la obidiençia a Su Magestad (*Historia verdadera*, XXXVI, 89).

La facilidad con que Cortés consigue apoyo se atribuye en el texto a la capacidad discursiva del capitán, que ofrece "ayuda" a "los caçiques". Presentada en estos términos, dicha ayuda se confunde rápidamente con el pacto libre y voluntario de dependencia y acatamiento (el pacto vasallático). Claro que esta noción habla más de la sociedad europea que de la americana y se usa para dar a entender al lector que las ciudades primero sujetas a Tenochtitlan rinden "obidiençia" a la Corona española. No obstante, sería más adecuado decir que Cortés recluta *aliados* y no vasallos. A medida que los conquistadores avanzan en su camino, reúnen a pueblos que estaban sujetos a Tenochtitlan y que, para liberarse, apoyan a los españoles. El orden político prehispánico posibilitó dichas alianzas, en este sentido: el monolítico "imperio azteca" es una alucinación europea, antes bien se trató de una atomizada unidad política donde las uniones eran logradas por la tensión de la repulsión mutua.[17]

La textualización del viaje de conquista está marcada por una fuerte tradición cultural que brinda los elementos para la interpretación del mundo descrito en el relato. El conquistador avanza en línea recta hacia Tenochtitlan y presenta el mundo recorrido, pero sus apreciaciones dicen más del mundo propio que del mundo referenciado. Esta es una particularidad especialmente notoria en la narración de la expedición a Tenochtitlan en la *Historia verdadera…* Por esta razón, el análisis de este viaje encabeza el presente apartado;

[17] *Loc. cit*. Se sabe que los aztecas imponían fuertes prestaciones y tributos. Los pueblos dominados estaban obligados a proporcionar hombres para la guerra y a tributar maíz, telas, cerámica, mujeres y esclavos. Esto explica que el reducido número de españoles llegados a México, valiéndose de alianzas con los pueblos sojuzgados, conquistara tan rápidamente a una de las más poderosas civilizaciones precolombinas.

en el polo opuesto, al final del mismo, trataré el viaje realizado por Cabeza de Vaca.

El retorno

El retorno representa la finalización del ciclo, pero no un *regreso*. La trayectoria de la expedición a Tenochtitlan en la *Historia verdadera…* tiene la particularidad de tener un punto de partida y una dirección —un viaje en línea recta hacia el interior del continente: un "ritual viaje al centro", dice Subirats—,[18] pero no una vuelta propiamente dicha. Tenochtitlan representó un punto sin retorno.

La escena que pasa a la historia como "la noche triste", momento en que los españoles son expulsados de la ciudad, está compuesta con una serie de elementos que conforman un campo semántico bien determinado: "avía niebla y llovisnava", los hombres corr[ían] por un "triste puente", a Cortés "se le salt[aban] las lágrimas de los ojos" y era una "lastima ver curar y apretar con algunos paños de mantas las heridas [que] se avían resfriado, estaban hinchadas y dolían", pero "más de llorar [eran] los cavalleros y esforçados soldados que faltavan" y que murieron en la "triste guerra en poder d'estos perros indios".[19] La composición de la escena de la huída de los españoles dice mucho por lo que omite:[20] los viajeros ya no regresan al Viejo Mundo, se quedan en el Nuevo. Cuando el narrador habla de la única salida de la ciudad, la representa como una *pérdida afectiva*. Los elementos semánticos relacionados a la "noche triste" (dolor, abatimiento, llanto) logran construir una imagen donde lo único vivo y real es el "lamento" por la pérdida de un espacio conquistado.

[18] Eduardo Subirats, *El continente vacío*, *op. cit.,* p. 87.

[19] Todas las citas son del capítulo CXXVIII.

[20] Hago referencia a una "poética del silencio" que ha analizado Enrique Flores. Véase "El silencio de la Conquista: poéticas de Bernal Díaz", *Revista de Crítica Literaria Latinoamérica*, 57 (2003), pp. 143-150.

Es fácil inferir que el narrador de la *Historia verdadera*… describe su viaje desde un discurso definido por el horizonte cultural cristiano-medieval y por la supuesta superioridad moral de los europeos. Este discurso puede ser entendido como el "hogar" del viajero, "hogar" o lugar desde donde interpreta el mundo recorrido. No obstante, la narración de su viaje está en permanente tensión entre ese discurso y lo que podríamos llamar un referente minoritario en el texto, articulado también por una noción de "hogar" pero desplazada hacia el espacio cultural americano:

> Y aquella poblazón y casa donde dormimos se pareçen las serrezuelas qu'están par la Tascala [Tlaxcala], y como las vimos nos alegramos como si fueran nuestras casas (*Historia verdadera*, CXXVIII, 360).

La escena corresponde a la salida de Tenochtitlan y los españoles huyen hacia tierras aliadas (Tlaxcala). En su retirada, llegan a un pueblo chico que, por tener ciertos elementos conocidos y familiares ("se pareçen las serrezuelas qu'están par la Tascala"), se representa como cercanos a la noción de hogar: "nos alegramos como si fueran nuestras casas". Lo significativo es que esos elementos familiares no refieren a nada europeo. En el texto, "nuestras casas" es Tlaxcala.

Otro ejemplo: "…bolvimos al real bien heridos, donde nos curamos con azeite las heridas [y comimos] nuestras tortillas con axí e yerbas y tunas" (*Historia verdadera*, CLIII, 490). El uso del tiempo presente por el pasado es en la *Historia verdadera*… el resultado de una aproximación a los recuerdos,[21] que remite a una escena cotidiana donde los soldados vuelven de la batalla "al real" para curarse y comer. En esta escena, sobresale la alimentación de los españoles, porque manifiesta un cambio en la subjetividad del viajero. Dicho cambio está acentuado en el uso del pronombre posesivo "nuestras":

[21] Rafael Lapesa, "La ruptura de la *consecutio temporum* en Bernal Díaz del Castillo", *Anuario de Letras*, 7 (1969), p. 74.

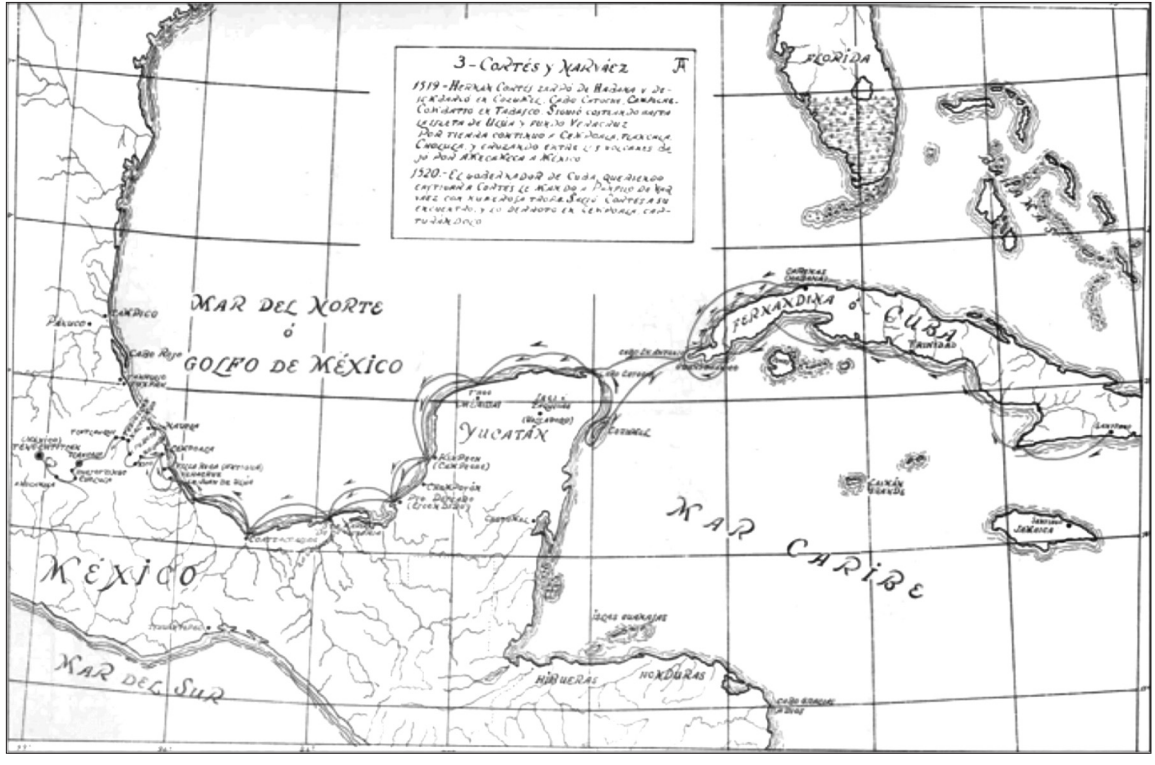
volvimos a comer "nuestras tortillas con axí e yerbas y tunas". La presencia de la comida en la cultura se refleja en la afirmación: "uno es lo que come". Pero resulta igualmente válida la aseveración opuesta: "uno come lo que es".[22] En la cita, Bernal ya es otro. Sus "tortillas con axí" lo devuelven a un lugar cultural renovado por el contacto con lo diferente. El viajero se adapta al nuevo medio replicando, hasta donde le es posible, sus prácticas originales en las negociaciones con el otro grupo, pero siempre incorporando, en mayor o menor medida, los usos y costumbres del "otro", *re*creando así su propia cultura.[23]

Si bien es cierto que los espacios se componen en concordancia con el discurso de la cultura original del viajero, no lo es menos que hay una dimensión de la experiencia que abre un nuevo espacio de constitución del relato y de sus fundamentos. Para decirlo de otro modo, las representaciones no parecen sostenerse todo el tiempo en la situación central de la sociedad de origen, también es posible observar ciertos desplazamientos de la subjetividad del viajero. El relato de viajes se convierte entonces en testimonio de una tensión no resuelta entre el mundo de origen y el mundo descubierto.

[22] George Armelagos, "Cultura y contacto: el choque de dos cocinas mundiales", en Janet Long (coord.), *Conquista y comida: consecuencias del encuentro de dos mundos, op. cit.*, p. 105.

[23] Son palabras de Claudia Parodi. Desde la teoría de la semántica cultural, el grupo de invetigadores del Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos de la UCLA, grupo coordinado por la profesora Claudia Parodi, ha estudido la comida como signo de cambio cultural en los textos de los primeros cronistas y conquistadores de Indias. Remito al libro donde se publican los resultados de sus investigaciones: *Visiones del encuentro de dos mundos en América: lengua, cultura, traducción y transculturación*, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos, México, 2009.

La expedición a Tenochtitlan (1519)



Jesús Anaya Topete, *Atlas mexicano de la Conquista. Historia geográfica en 40 cartas*, FCE, México, 1958.

La expedición a las Hibueras

La realización de la expedición a las Hibueras (1524-1526) dejó tras de sí un texto que pretendo examinar desde su constitución literaria. Cristóbal de Olid, uno de los capitanes de Cortés, había partido de la Nueva España el 11 de enero de 1524 con las explícitas órdenes de encontrar un paso que uniera los océanos, poblar la tierra recorrida en el camino y continuar el viaje hasta las islas de la Especiería. Cortés seguía las instrucciones de la real cédula fechada en Valladolid el 26 de junio de 1523, donde se encomendaba encontrar el estrecho sugerido por Juan de la Cosa desde el año 1500. Durante el viaje y apoyado por Diego Velázquez, Olid reniega del mando de Cortés. Con la orden de castigar a Olid, Cortés envía en junio de 1524 una segunda expedición capitaneada por Francisco de las Casas, que luego de una serie de incidentes captura, sentencia y ajusticia a Olid. Pero cuando Las Casas retornaba a México, Cortés, impaciente, decide ir a las Hibueras en persona y por tierra, curiosamente por una ruta inexplorada que lo obliga a permanecer fuera de la ciudad por 22 meses.

Cortés narra su viaje en la Quinta carta de relación y éste ocupa las dos terceras partes del texto, lo que resta es una crónica de los desórdenes ocurridos en la ciudad de México durante su ausencia, una crónica de la llegada y muerte de Luis Ponce de León, y un alegato en su defensa por el juicio de residencia.[24] La narración de la expedición a las Hibueras presenta en la Quinta carta de relación la codificación del relato de viajes.

[24] Ponce de León llega a Veracruz el 23 de junio de 1526. Era el juez asignado por el emperador para abrir juicio de residencia al gobernador y poner orden sobre los sucesos acaecidos durante su ausencia. El juicio no era un proceso punitivo, sino una revisión a la que se sometía la actuación de cualquier oficial de la Corona (en nuestros días: una auditoría). El juez publicaba el juicio durante dos meses a fin de que los que se consideraran agraviados pudieran intervenir. Luego había interrogatorios. Una vez concluidos, las informaciones se remitían al Consejo de Indias que dictaba la sentencia.

La partida

La Quinta carta de relación se inicia con la justificación de la expedición a las Hibueras en los siguientes términos:

> Dada la orden para en lo de Cristóbal de Olid […] porque me pareció que ya había mucho tiempo que mi persona estaba ociosa y no hacía cosa nuevamente de que Vuestra Majestad se sirviese a cabsa de la lesión de mi brazo, aunque no muy libre della, me paresció que debía de entender en algo. Determinado esto, salí desta gran ciudad de Tenuxtitlan a doce días del mes de octubre del año de mill y quinientos y veinte y cuatro años (*Cartas de relación*, 526-527)

La *partida* es el momento que evidencia los objetivos del viaje y organiza su progresión en el texto. El narrador afirma que ya era hora de emplearse u ocuparse porque hacía "mucho tiempo" su "persona estaba ociosa" en la ciudad de México; de esta manera le imprime un sentido circular al viaje (y al texto): de la "gran ciudad de Tenuxtitlan" a las Hibueras y de vuelta a la misma, por "entender en algo" de lo que "Vuestra Majestad se sirviese".

El argumento inicial evidencia el punto de vista del conquistador. Ángel Delgado Gómez señala aquí una actitud vital característica: la prioridad de la acción (conquistas y expediciones) "sobre el asentamiento burgués".[25] La urgencia de acción presentada como

---

Ponce de León muere días después de haber llegado a la ciudad de México, por lo que el juicio no llega a iniciarse. No obstante, Cortés rehúsa asumir nuevamente los cargos de gobernador y justicia, por lo que Marcos de Aguilar ejerce el poder del gobierno civil y el gobierno judicial. Cortés sólo conserva los cargos de capitán general y administrador de indios (José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, pp. 461-463).

[25] Nota 9, p. 527 de la edición citada. Delgado Gómez también señala este argumento como un "grave *lapsus*" por indicar una contradicción interna. En opinión del editor, la oposición, consiste en que mientras en la Tercera carta y en la Cuarta Cortés argumenta la necesidad de ejercer el poder central en México para sustentar el dominio

motivo del viaje remite a una vivencia propia del mundo caballeresco. Salvadas las distancias, la *condición andante*, el moverse de un sitio a otro, determina el éxito individual del caballero, sustentado en un éxito militar en el sentido amplio de la palabra. La voluntad de movimiento marca el objetivo del viaje, se camina en busca de "aventuras" —entendidas en oposición a lo que Cortés llama "ocio"—, se sale para ganar renombre, renombre que traerá recompensas, recompensas que no llegan sin esfuerzos. De allí que, como se verá más adelante, se narren todos y cada uno de los esfuerzos del viaje y se los presente como un servicio a la Corona.

Éste no es el único punto de vista en la construcción textual del itinerario: el explorador aparece después de Coatzacoalcos. Llegados a esta villa, hasta aquí por un camino conocido y con grandes recibimientos en cada pueblo, la gente de Tabasco y Xicalango brinda información sobre la ruta hacia el Mar del Norte (Atlántico):[26]

> …por hallar tan buena nueva del camino para seguir mi propósito y por atraer los naturales de la tierra al conocimiento de nuestra fee y servicio de Vuestra majestad —que forzado en tan largo camino había de pasar muchas y diversas provincias y de gentes de muchas maneras— y

español, en la Quinta dice que por encontrarse lesionado no podía servir a la Corona, lo que sugiere la poca importancia que para Cortés tenía su función como gobernador.

[26] En el siglo XVI, el único recorrido terrestre conocido y explorado hacia el sureste seguía la costa del Pacífico o Mar del Sur (Oaxaca-Tehuantepec-Guatemala). Éste era preferible a la ruta que de la costa del Golfo de México atraviesa la región Chontal porque la zona era de muy difícil acceso, debido a la cantidad de ríos, esteros y terrenos pantanosos. Por esta razón la expedición de Cristóbal de Olid es marítima, de Veracruz a Puerto Carenas (hoy Habana) y de allí a las Hibueras (hoy Honduras). Francisco de las Casas, que viaja para ajusticiar a Olid, también llega por mar a las Hibueras. De igual manera, cuando Cortés emprende su regreso a la ciudad de México lo hace por mar —ciertamente la ruta más rápida—, pero envía al resto de la gente que lo acompañaba por el camino seguro del Mar del Sur: "me embarqué […] con los criados de mi casa. Y envié a mandar a la gente que estaba en Naco que se fuesen por tierra por el camino que fue Francisco de las Casas, que es por la costa del sur, a salir a donde está Pedro de Álvarado, porque ya estaba el camino muy sabido y seguro" (*Cartas de relación*, 627).

> por saber si aquellos españoles eran algunos de los capitanes que yo había enviado, Cristóbal Dolid o Pedro de Álvarado o Francisco de las Casas, para dar orden en lo que debiesen facer, me paresció que convenía al servicio de Vuestra Majestad que yo llegase allá, y aun porque por el camino me paresció que se serviría Vuestra Majestad, porque forzado se habían de ver y descubrir muchas tierras y provincias no sabidas y se podrían apaciguar muchas dellas. Y concebido en mi pecho el fruto que de mi ida se seguiría […] me determiné de seguir aquel camino como antes que saliese desta ciudad lo tenía determinado (*Cartas de relación*, 531).

Como parte de la codificación del viaje, Cortés enuncia su decisión recreando la manera en que vivió los hechos en el momento de la *partida*, pero al hacerlo posteriormente conoce lo sucedido. Los costos políticos y personales que tuvo la expedición a las Hibueras hacen necesario convertirla en algo más que la búsqueda de sus capitanes. La expedición debe convertirse en un viaje.

La conciencia del narrador refleja entonces la vivencia de un explorador que opta por recorrer "tan largo camino" porque, al hacerlo, a fuerza "se habían de ver y descubrir" todas aquellas "tierras no sabidas" y así "atraer los naturales al conocimiento de nuestra fee". Si el conquistador muestra una voluntad de movimiento, intenta encontrar a sus "capitanes" y confiesa que su intención fue la de llegar hasta donde estaba Olid y "dar orden en lo que debiesen facer"; el explorador opta por una vía terrestre y se aventura por un camino desconocido. Con estos dos puntos de vista se enuncian los propósitos del viaje: reconocimiento y evangelización.

La travesía

La travesía de Cortés representa una forma circular: al final del viaje, se regresa al punto de partida. En el orden de los hechos, Cortés se

despide de la ciudad de México el 12 de octubre de 1524 y retorna el 19 de junio de 1526. La reconstrucción textual del itinerario presenta una serie de articulaciones entre datos temporales, topónimos y distancias recorridas,[27] y se compone de los esfuerzos y peligros que pasan los conquistadores. Esta caracterización o construcción narrativa presenta dos núcleos temáticos, las *dificultades* para atravesar el terreno y las *carencias* que ello conlleva.

La *dificultad del derrotero* es una constante temática y el desplazamiento de la expedición se figura como una deriva al azar de los accidentes del terreno. Las referencias a la ausencia del camino abundan y se narran cada una de las complicaciones para encontrarlo o trazarlo. Siempre hay una mención del trayecto por recorrer que, desde Coatzacoalcos en adelante, en todos los casos se presenta como intransitable. Llegados a esta villa, el capitán recibe noticias "de la costa de la mar de la otra parte de la tierra que llaman Yucatán" y un mapa de la zona: "me hicieron una figura en un paño" (*Cartas de relación*, 530). La expedición se aventura por un camino incierto.

Se dirigen a la provincia de Chipilapan o Chilapan. Entran en tierras bajas, cenagosas, y se ven en la necesidad de construir "más de cincuenta puentes que sin se hacer fuera imposible pasar" (535). Llegan a los montes cerrados y los despeñaderos, alternados con más ciénagas y ríos. Siempre se tiene que "descubrir el camino" y una vez descubierto, "abrirle por donde pudiésemos pasar, porque era

[27] La ordenación temporal difiere de la del diario de viaje, que supone la recopilación sistemática de datos día a día. Como señalé en el capítulo III, las referencias cronológicas en los viajes estudiados son vagas o breves, a la manera de: "y otro día seguí tras los que iban abriendo el camino" (*Cartas de relación*, 538). El itinerario se reconstruye entonces por la sucesión de lugares y la consignación de los topónimos —"Me partí de allí porque las guías me dijeron que cerca estaba una cacería que se llama Asuncapin […]. Y después me partí y me fui a dormir a otra cacería que se llama Taxuytel" (*Cartas de relación*, 578)— y también por las referencias a las distancias recorridas: "llevé la jornada de harto áspero camino de sierras y montes y anduve siete leguas y fui a dormir a un río muy grande" (*Cartas de relación,* 578).

todo montañas muy cerradas" (536). Para avanzar, los hombres nadan, construyen barcas o puentes y cortan "árboles grandes que se [atraviesan] de una peña a otra" para pasar "asidos de unos bejucos" (581). Sin comida y bajo la lluvia de noche y de día, el empeño es llegar a los pueblos de la zona para encontrar bastimentos e información sobre el rumbo, pero repetitivamente encuentran los pueblos quemados o abandonados: "Estaban todos despoblados […] y esperé tres o cuatro días creyendo que de miedo se habían alzado y que vernían a hablarme, y nunca apareció nadie" (539). Los pocos guías que los acompañan o se desaparecen o van "desatinados" (549) y los instrumentos no funcionan: "de la aguja no nos podíamos aprovechar por estar metidos entre las más ásperas y bravas sierras que jamás se vieron" (585). Perdidos en la selva, "medio a tiento y sin camino" (541), construyendo puentes para caer nuevamente en ciénagas y tener que construir otros, avanzan de un pueblo abandonado a otro incendiado.

La *carencia* es otro elemento constante en la construcción narrativa del viaje. Al no conocer la tierra es difícil calcular las distancias, los bastimentos se consumen y los personajes dependen de la gente de la zona para sobrevivir. Pero los pobladores se esconden y el hambre crece: "y con este trabajo, pasados dos días, llegamos al dicho pueblo, el cual asimismo hallamos quemado y despoblado, que nos fue doblar nuestros trabajos" (542). Perdidos en la selva, los hombres ya no comen "sino cuescos de palmas y palmitos, y aun destos se comían pocos porque no teníamos ya fuerzas para cortallos" (581). Como parte de una tensión narrativa que crece a medida que los viajeros avanzan en su recorrido, el narrador convierte a los expedicionarios en espectros errantes:

> Y estuvimos aquella noche con harto trabajo de hambre y poníanosla mayor la poca esperanza que teníamos de acertar a poblado, tanto que la gente estaba fuera de toda esperanza y más muertos que vivos (*Cartas de relación*, 550).

En el marco de la misma tensión narrativa, los pueblos que los viajeros buscan se convierten en oasis anhelados que se desvanecen al llegar y sus habitantes en fantasmas de la espesura del monte:

> …y ansí estuve toda aquella noche con la mayor agua que nunca se vido y con la mayor pestilencia de mosquitos que se podía pesar. Y era tal el monte y el camino y la noche tan oscura y tempestosa que dos o tres veces quise salir para ir a dar en el pueblo y jamás acerté a dar en el camino aunque estábamos tan cerca del pueblo que casi oíamos hablar la gente dél (*Cartas de relación*, 597).

Escuchan, ven rastros, pero llegan a pueblos abandonados: la soledad del personaje queda patentizada. Sin duda, el narrador logra un grado de dramatismo único y la caracterización del personaje toma un matiz particular. El conquistador se muestra como no lo había hecho en las demás Cartas de relación: solo, vulnerable, fatigado y hambriento.

En el contexto de la producción narrativa de la Conquista, Beatriz Pastor analiza la manera en que inicialmente los modelos de conquista y conquistador se llevaron a cabo dentro de un discurso articulado por el éxito. Este modelo *mitificador* y emblemático lo desarrolla Hernán Cortés en sus primeras *Cartas de relación* y se articula sobre la selección, reordenación y reelaboración del material histórico que convierte al personaje en el héroe indiscutible y hacedor de la Conquista. Para la autora, frente a este discurso se desarrollaría otro de carácter opuesto y articulado sobre el fracaso, un discurso *desmitificador*, que reivindica el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento. Este discurso se compone de dos elementos. Uno: la caracterización de la naturaleza como suma de fuerzas violentas que derrota al hombre o lo deja impotente ante ella; y, por lo mismo, dos: la introducción del sufrimiento como elemento central del mensaje. Para Beatriz Pastor, la Quinta carta de relación constituye el primer texto fundamental para el análisis del discurso

narrativo del fracaso, en la medida en que es un texto de transición. Del discurso *mitificador* conserva la figura central de Cortés como modelo idóneo para llevar a cabo una empresa épica. Del discurso *desmitificador* presenta un elemento central: la naturaleza como fuerza poderosa que implica el sufrimiento del conquistador; dicho sufrimiento pasa a ser el elemento central del mensaje, porque es convertido en un mérito.[28] De allí que se narren detalladamente tantas fatigas y tormentos.

Pero no sólo de sufrimientos está hecho el viaje. La ruta inexistente propicia "descubrir el secreto de la tierra" y en el texto se presentan las descripciones y valoraciones del mundo recorrido por el viajero. Junto con la narración de las acciones necesaria para realizar el viaje se intercalan numerosas descripciones y noticias de lo explorado; a saber: las poblaciones encontradas, el tipo de terreno, la calidad de los cultivos, etcétera. Las descripciones del paisaje adquieren un registro de tipo utilitario para dar a conocer las posibilidades que allí tienen los españoles:

> Esta provincia de Alcalan […] es muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel […] y de mucho trato de mercadería […]. Las que más por aquellas partes se tratan entre ellos es cacao, ropa de algodón, colores para teñir, cierta manera de tinta con que se tiñen ellos los cuerpos para se defender del calor y del frío, tea para alumbrarse, resina de pino para los sahumerios de sus ídolos, esclavos y ciertas cuentas coloradas de caracoles que tienen en mucho para el ornato (*Cartas de relación*, 566).

La travesía queda dibujada en el texto mediante las dos dimensiones del viaje: una elabora las peripecias del viaje, la otra compone los descubrimientos de la expedición.

[28] Beatriz Pastor, *Discursos narrativos de la Conquista…*, *op. cit.*, p. 171 y ss.

El encuentro

La expedición llega al punto de destino, las Hibueras, y es entonces cuando el conquistador tiene noticias de sus capitanes.[29] Esto implica que el lector sabe del ajusticiamiento de Olid y la vuelta de Las Casas a México en el mismo momento en que los personajes conocen lo sucedido. La disposición de estos mismos hechos es otra en el relato de Bernal Díaz, donde el lector advierte de antemano que Olid está muerto cuando Cortés inicia su búsqueda. En la *Historia verdadera…* todo el viaje se vuelve un absurdo, porque la manera en que se narra el conjunto de hechos lo convierten en la búsqueda de un personaje espectral.[30] En la Quinta carta de relación, en cambio, la noticia de la muerte de Olid —noticia que ciertamente podría implicar una nueva perspectiva para el viaje puesto que el objetivo buscado nunca existió— apenas se subraya; pero esto es lógico si se piensa que la carta es un informe oficial enviado a una autoridad superior.[31]

Así es como, después de la noticia del ajusticiamiento de Olid, el narrador dibuja hábilmente un nuevo objetivo y justificación del viaje:

[29] En el texto se reproduce en discurso directo la voz de un clérigo que narra el ajusticiamiento de Olid y el regreso de Las Casas a México. Véase las páginas 610 a 619 de la edición citada.

[30] Remito al trabajo de María Christen Florencia, "El viaje a las tinieblas. La expedición a las Hibueras según Bernal Díaz del Castillo" (en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacio, viajes y viajeros*, *op. cit.*, pp. 19-42). Hasta donde he podido averiguar, sólo hay dos trabajos que se ocupan de la narración de la expedición a las Hibueras en la *Historia verdadera*…, uno es el de María Christen Florencia y el otro es el de Valeria Añon ("Desplazamientos, fronteras, memoria: Bernal Díaz del Castillo y el viaje a las Hibueras", *Acta Poética*, 2 (2006), pp. 299-323).

[31] Como señala José Joaquín Blanco, "por definición, todo informe oficial es mentiroso: el informante quiere obtener algo del superior, arregla su relato según sus fines y pergeña una imagen impecable y ejemplar de sí mismo" (*La literatura en la Nueva España: Conquista y Nuevo Mundo*, *op. cit.,* p. 31).

> Dolíame en el ánima dejar aquella tierra en el estado y coyuntura que la dejaba, porque era perderse totalmente y tengo por muy cierto que en ella Vuestra Majestad ha de ser muy servido y que ha de ser otra Culúa, porque tengo noticia de muy grandes y ricas provincias y de grandes señores en ellas de mucha manera y servicio, en especial de una que llaman Hueytapalan y en otra lengua Xucutaco que ha seis años que tengo noticia della y por todo este camino he venido en su rastro y agora tengo por nueva muy cierta que está a ocho o diez jornadas de aquella villa de Trujillo […] Y desta hay tan grandes nuevas que es cosa de admiración […] hace mucha ventaja a México en riqueza e iguala en grandeza de pueblos y multitud de gente y policía della (*Cartas de relación*, 626).

Las Hibueras se representan como "muy grandes y ricas provincias", que se encuentran cerca, sólo a "ocho o diez jornadas" del punto final del itinerario, Trujillo. Desde allí se emprende el regreso por mar, dejando algo que "hace mucha ventaja a México" y que se representa como la tierra prometida. Se podría pensar que una vez realizado el viaje, una vez reconocidas las tierras y las distancias "non sabidas", se imponen las certezas, porque "la cercanía desmiente la fantasía y en la confrontación de lo inmediato aparece la noción de la mentira".[32] No obstante, y aunque en términos generales la expedición no halló las riquezas esperadas, éstas siempre existen como promesa. De allí que la figura del capitán y conquistador quede intacta en la Quinta carta de relación. Plasmado como un explorador incansable, el narrador *sale ileso* de su texto, porque logra convertir la expedición a las Hibueras en un servicio prestado a la Corona: el capitán soporta un viaje extenuante de dos años porque buscaba el "segundo México".

[32] Fernando de Aínsa, "El viaje como trasgresión y descubrimiento. De la Edad de Oro a la vivencia de América", en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, *op. cit.*, p. 64.

Lo significativo es que el argumento de Cortés en la carta presenta una figura recurrente en los relato de viajes: el objetivo mítico. Esta otra "Culúa" —que "hace mucha ventaja a México en riqueza e iguala en grandeza de pueblos y multitud de gente"— parece una tierra mítica, una representación imaginaria de carácter fabuloso; y lo parece no sólo por la curiosa confirmación de su existencia —"ha seis años que tengo noticia della" "y agora tengo por nueva muy cierta que está a ocho o diez jornadas de aquella villa de Trujillo"—, sino también por el motivo de carácter utópico que representa para la exposición del viaje: "por todo este camino he venido en su rastro".

El *encuentro* con la tierra nunca vista sólo se pospone por circunstancias presentadas como ajenas al narrador, quien en ningún momento modifica su horizonte de expectativas ni da lugar a dudas sobre la posibilidad de su existencia. La presencia del objetivo mítico en la Quinta carta de relación remite a la codificación del relato de viajes y a la vertiente del viaje recibida de la tradición, producto de todo el conjunto de saberes y prácticas recibidas de la herencia en la que se inserta cada relato. Esta vertiente se dispone dentro del relato en el orden de "lo sabido" por el viajero y da cuenta de las relaciones discursivas que componen la matriz desde donde éste ve el mundo por el que transita, misma que le confiere un conjunto de certezas para explicarlo y evaluarlo.

El retorno

En la Quinta carta de relación, la vuelta de Cortés a la ciudad de México no se motiva ni por la noticia del ajusticiamiento de Olid y la sofocación de su rebelión, ni por el conocimiento del carácter mítico de su búsqueda (nunca se llega a la otra "Culúa"). El regreso se enuncia como una necesidad provocada por circunstancias que escapan a la voluntad del narrador:

> Y en este navío me escribió el dicho licenciado […] cómo en la Nueva España había muy grandes escándalos y alborotos entre los oficiales de Vuestra Majestad, que habían echado fama que yo era muerto y se habían pregonado por gobernadores (*Cartas de relación*, 625).

Cortés decide volver a México por la noticia del disturbio en la ciudad.[33] Y le imprime a su vuelta un aire de normalidad en la carta:

> …los vecinos españoles y naturales della [México] me recibieron con tanta alegría y regocijo como si yo fuera su propio padre […]. Y ansí me fui derecho a la casa y monasterio de San Francisco a dar gracias a Nuestro Señor por me haber traído tanto sosiego y descanso, y por ver la tierra que tan en tiranía estaba puesta en tanto sosiego y conformidad (*Cartas de relación*, 641).

La representación del retorno tiene su explicación en las circunstancias del regreso y en la fragilidad de Hernán Cortés en la estruc-

[33] Cortés intenta regresar en tres oportunidades y no puede: la primera vez, porque "calmó el tiempo" (*Cartas de relación*, 627); la segunda, porque "quebróseme la entena mayor y fue forzado volver al puerto a aderezarla" (628); y la tercera, porque "diónos tan recio tiempo de norte muy contrario que nos quebró el mástel del trinquete por los tamboretes y fue forzado con harto trabajo volver al puerto" (628). Es entonces cuando decide quedarse: "viendo que había salido tres veces a la mar con buen tiempo y me había vuelto, pensé que no era Dios servido que esta tierra se dejase así" (628). Bernal Díaz comenta este súbito cambio de planes con su acostumbrada ironía: "… Y pareçió ser el Espíritu Santo le alunbró de no ir por entonçes aquel viaje [regreso a la ciudad de México], sino que conquistase y poblase aquellas tierras. Y luego, sin más dilaçión, enbía en posta a matacaballo tres mensajeros tras nosotros. Y desque vimos la carta y que tan de hecho lo mandava, no lo pudimos çufrir, y le echávamos mil maldiciones […]. Y le escribimos en respuesta de la carta que ya avía de tener compasión y otro miramiento qu'el que tiene, avernos traído de aquella mnaera, y por su causa nos an robado y vendido nuestras haziendas y tomado los indios; y los que allí con nosotros estavan que eran casados, dixeron que ni saben de sus mugeres e hijos, e le suplicamos que luego se bolviese a enbarcar y se fuese camino de México" (*Historia verdadera*, CLXXXVII, 685-686).

tura de poder colonial.[34] En la Quinta carta, el regreso representa el final del viaje, la finalización del ciclo, pero no implica una vuelta al punto de partida. De las Hibueras no hay retorno posible, porque cuando se regresa al lugar de origen éste ya es un espacio transformado, como trasformado está quien regresa: "Y como Cortés estaba flaco del camino no le conocieron hasta que le oyeron hablar" (*Historia verdadera*, CXC, 695). Se podría decir que Cortés nunca regresa al mismo lugar, ni de la misma forma. La expedición a las Hibueras implica un cambio en su posición y circunstancias, donde pierde gran parte del poder (no sólo el cargo de gobernador de la Nueva España que tenía, sino también el de virrey que esperaba alcanzar y nunca logra). Inmediatamente después de su regreso a la ciudad, cuando Cortés todavía se encontraba en un retiro en el monasterio de San Francisco, llega a la Nueva España un juez enviado por el emperador para tomar juicio de residencia al capitán.

Estas circunstancias iluminan la carga retórica del final de la carta de relación, fechada apenas tres meses después de su regreso, el 3 de septiembre de 1526. Dicha carga retórica se evidencia no sólo con la cantidad de apelativos al rey ("Vuestra Cesárea Majestad", "Vuestra Grandeza", "Vuestra Excelencia", "Vuestra Celsitud") que presenta esta última parte, sino también con el tono y el recuento de todas las "mercedes" que el conquistador dice haber hecho en el tiempo que sirvió a la Corona.

En el orden de estas mercedes se inserta la narración del viaje a las Hibueras, por ello el narrador reconstruye el itinerario de la expedición y menciona todos los inconvenientes del viaje. La narración de las dificultades que implican los descubrimientos de territorios desconocidos y el apaciguamientos de sus habitantes sirve al diseño de la *hazaña del viaje*, hazaña compuesta con el fin de obtener réditos y modelizar la figura del viajero como un esforzado conquistador: que si no fuera así "no me fuera yo seiscientas leguas desta cibdad [Méxi-

[34] Véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, pp. 447-463.

La expedición a las Hibueras (1524-1526)

Jesús Anaya Topete, *Atlas mexicano de la Conquista. Historia geográfica en 40 cartas*, FCE, México, 1958.

co] por tierra inhabitada y caminos peligrosos" (*Cartas de relación*, 649). La fracasada expedición a las Hibueras queda convertida en la Quinta carta de relación en un viaje de exploración.

El viaje de Cabeza de Vaca

La expedición de Pánfilo Narváez a la Florida (1527) deja tras de sí un texto escrito por el tesorero y alguacil mayor de la misma, Álvar Núñez Cabeza de Vaca. *Naufragios*, nombre con el que hoy conocemos dicho texto, es la narración de una malograda expedición que deviene en el viaje de exploración de un hombre por el desierto, viaje espectacular y dramático, que convierte a su autor en un personaje novelesco dadas las adversidades que debe sortear, entre otras: un huracán; el desembarco en algún punto de la península de La Florida; el abandono de los barcos; la expedición en balsas por la costa norte del Golfo de México; y la incursión continental de la cual sobrevive, junto con otros tres expedicionarios, luego de varios años de deambular por el desierto.

Acompañado de aproximadamente seiscientas personas distribuidas en cinco barcos, Pánfilo de Narváez zarpa en octubre de 1527 rumbo a La Florida. Lleva capitulaciones para conquistar y poblar la tierra que va desde el Río las Palmas (actual Río Soto de la Marina, en Tamaulipas) hasta el cabo de La Florida y hacia el interior del continente, tanto como se pudiera. En el siglo XVI, esto era una porción del mundo totalmente desconocida para el europeo, donde Cabeza de Vaca estuvo perdido desde 1528 a 1536. Cuando Narváez llega al actual estado de Florida, aproximadamente en marzo o abril de 1528, decide abandonar los barcos en la costa e iniciar una expedición por tierra con trescientos hombres. Un año después, los barcos regresan a La Habana dando por perdidos a los expedicionarios. No obstante, Narváez y sus hombres —entre ellos Álvar Núñez, Andrés Dorantes, Estebanico y Alonso del Castillo Maldonado— se encontraban na-

vegando la costa norte del Golfo de México en balsas improvisadas. De los trescientos hombres, sólo sobreviven los anteriormente nombrados, quienes después de haber estado perdidos por las regiones de Texas, Sonora y Chihuahua fueron encontrados por españoles en las cercanías del río Petatlán (hoy el Sinaloa), nueve años después.

Hay quienes opinan que los *Naufragios* no son el relato lineal de un viaje, sino mas bien un relato "desconcertadamente elíptico", lleno de hiatos narrativos que no se explican. Por ejemplo, Rolena Adorno advierte que no se exponen las razones de la confusión de los pilotos al llegar a la costa de La Florida y tampoco la decisión de los cuatro sobrevivientes de ir hacia el Mar del Sur (Pacífico) atravesando el continente en vez de perseguir la ruta costera hacia Pánuco (Veracruz).[35] Estos silencios o ambigüedades en el itinerario se encuentran combinados con la brevedad temática y la concisión expresiva, logrando así un relato admirable que narra el viaje de Cabeza de Vaca en el Nuevo Mundo. Sin embargo, para Pupo-Walker "no se trata de un diario de viaje, sino de una reconstrucción narrativa hecha en varias etapas que gradualmente se alejan de los hechos":

> …muchos han querido ver los *Naufragios* como la descripción progresiva y detallada de una ruta […], el texto es una reconstrucción amplificada sucesivamente y en circunstancias desiguales […] y no puede olvidarse que el texto de Núñez también incorpora datos yuxtapuestos, interpolaciones y exaltación deliberada de sucesos que se avenían con sus propósitos e intereses de orden político y administrativo. [36]

Nada de lo que Pupo-Walker dice contradice la idea ni de un diario de viaje, ni de un de un relato de viajes. En tanto relatos, éstos

[35] La prole de Cabeza de Vaca: el legado multicentenario de una de las primeras jornadas europeas en América del norte", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 60 (2004), p. 254.

[36] Introducción a su edición de los *Naufragios*, *op. cit.*, p. 45.

son necesariamente "elípticos" y se alejan de los hechos que refieren para disponerlos en una secuencia narrativa con una configuración espacial y temporal propia, que poco puede reflejar el itinerario o viaje "real". Itinerario por demás difícil de precisar si se piensa que los españoles se internan en una región del continente inexplorada y apenas imaginada.[37] En este sentido, el viaje "real" pudo haber proporcionado el material con el cual se construye la trama narrativa de los *Naufragios*, pero esa trama necesariamente responde a la eliminación de muchos sucesos y a la puesta en relieve de otros.

Desde este punto de vista, la reunión de datos yuxtapuestos, interpolaciones y exaltación deliberada de sucesos que responden a propósitos e intereses de distintos órdenes es algo lógico en los *Naufragios*. Como decía en otro lugar, todo relato de viajes conlleva una hipótesis de viaje en donde entran en juego todas y cada una de las cosas planteadas por Pupo-Walker, porque siempre hay una interioridad del relato que se diferencia de la exterioridad del referente. Precisamente, incluso las notas parciales tomadas en el viaje, el libro de bitácora o el cuaderno de apuntes suponen una reordenación de materiales de donde puede desprenderse una tesis de viaje.

A diferencia de los relatos de viajes que se intercalan en una crónica, como es el caso de los narrados en las *Cartas de relación* o en la *Historia verdadera…*, relatos que se insertan en una estructura mayor que narra un sinnúmero de sucesos históricos, los *Naufragios* son el relato de un viaje en su totalidad. Esto significa que, en el texto, sólo se habla de lo sucedido durante el viaje, un viaje muy particular

[37] Bautizadas conforme a la fecha del descubrimiento (la Pascua Florida de 1512), las tierras de La Florida fueron descubiertas por Juan Ponce de León. Nueve años después del descubrimiento Ponce de León regresa a la península donde muere, no sin antes haber difundido la idea de que en la zona se ubicaba la Fuente de la Eterna Juventud. Desde su descubrimiento, esta región del continente se mantuvo rodeada de incertidumbres y fantasías, e incluso a la fecha de la expedición de Pánfilo de Narváez (1527) nada se sabía del interior del continente, hacia el norte y el oeste (Francisco Esteve Barba, *Historiografía Indiana, op. cit.,* pp. 279-281).

cuyo referente ya no es un hecho de conquista, sino una expedición fracasada donde uno de los supervivientes relata su travesía. La expedición comienza en Santlúcar de Barrameda, Andalucía (1527),[38] y termina cuando los pocos náufragos supervivientes son encontrados por españoles nueve años después (1536). Todos los sucesos y descripciones se organizan en la narración del desplazamiento que realiza el protagonista, a veces solo y otras acompañado. Para su estudio, dividiré su travesía en las cuatro etapas señaladas.[39]

La partida

En términos generales, la expedición de Narváez se caracteriza por una sucesión de desastres en donde pierden la vida la mayor parte de los expedicionarios. La idea de infortunio organiza la progresión del relato, donde se pone de manifiesto que, antes de llegar a destino, ya se han sobrellevado un huracán, un par de tormentas, la pérdida de dos barcos, sesenta personas y numerosos caballos. En este sentido, retomo las palabras de Silvia Molloy cuando afirma que Cabeza de Vaca "crea" su propia aventura narrando la historia de un fracaso "cuyo signo negativo se busca borrar con la escritura".[40]

[38] No obstante, nada se dice del cruce del Atlántico en los *Naufragios*. Según Michèle Guéret-Laferté, estas elipsis son comunes en los relatos de viajes donde generalmente no se describen los tramos del itinerario por mar. Esto se debe, entre otras razones, a que se priorizan las etapas más significativas del viaje en cuanto a descubrimientos, hallazgos y sucesos (*Sur les routes de l'empire Mongol* …, *op. cit.*, p. 51).

[39] Cf. Luisa Pranzetti que presenta para su análisis de los *Naufragios* cuatro macrosecuencias similares: choque, encuentro, integración y retorno ("El naufragio como metáfora", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, *op. cit.*, p. 60 y ss.).

[40] "El propósito no cumplido de la expedición —"conquistar y gobernar"— es reemplazado positivamente por otro, que es una hazaña retórica: informar y convencer […]. Para el lector real, el texto de Álvar Núñez descubre lo desconocido y, sobre todo, lo que la empresa misma, fallida, no ha podido revelar: el mérito del propio descubri-

Este viaje-fracaso comienza con una decisión. Una vez en La Florida, el capitán resuelve "entrar por la tierra adentro", y la *partida* o comienzo del recorrido se presenta en el texto como un error:

> Yo respondía que me parescía que por ninguna manera deuía dexar los nauíos […] que los pilotos no andauan ciertos […] ni sauían en que parte estauan […] y que yuamos mudos y sin lengua […] y que entrauamos por tierra de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que ella auía, ni de que gente estaua poblada, ni a que parte della estáuamos, y que sobre todo esto no teníamos bastimentos para entrar adonde no sabíamos (192).

En efecto, así como la describe Cabeza de Vaca, la decisión de Narváez no parece atinada dadas la desorientación de los pilotos, la ausencia de traductores, la escasez de víveres y el desconocimiento de la zona. No obstante y descontando el imprevisto de los traductores y los bastimentos, podría pensarse que de eso se trata una expedición: de entrar por tierra desconocida ("entrauamos por tierra de que ninguna relación teníamos"), explorarla ("ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que ella auía"), saber de sus habitantes ("ni de que gente estaua poblada") y, finalmente, reconocerla para así ubicar en "que parte della" se está. La serie de significantes utilizados por el narrador se presenta con un sentido negativo. Éste es el comienzo de una estructura retórica que ordena la proyección del viaje en el texto: una empresa "que entra por donde no sabe", "sin bastimentos" y "sin lengua", es decir, una empresa desorganizada y sin dirección.

Esta proyección inicial del viaje es significativa porque manifiesta dos temas importantes. Por un lado, el viaje de Cabeza de Vaca es singularmente caótico, un viaje errático, un vagabundeo en busca de objetivos diferentes determinados por la situación. Por otro lado, es

---

dor", (Sylvia Molloy, "Alteridad y reconocimiento en los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 35 (1987), p. 425).

un viaje trastornado, subvertido, *des*concentrado gracias a las reiteradas malas decisiones del capitán. Dos de ellas son determinantes, la primera, cuando Narváez decide aventurarse en una expedición por tierra y dejar los navíos, y, una vez más, cuando manda que los españoles sobrevivientes de dicha expedición desembarquen de sus balsas improvisadas. En este caso, no todos pueden cumplir su orden y el grupo se separa definitivamente. Desde el abandono de los barcos, la expedición queda rápidamente desmembrada, atomizada en pequeños grupos que luchan por la supervivencia individual. De allí que se transforme en viaje, en la aventura de un hombre por el desierto, aventura que el narrador compone hábilmente en función de su hipótesis de viaje: una expedición fallida o fracasada tiene su mérito encarnado en la figura del viajero, que escapa a la muerte y puede dar cuenta de una tierra desconocida.

En este sentido, la manera de presentar el comienzo del viaje como una mala decisión sirve a los efectos de llamar la atención del lector y destacar la figura del viajero, narrador y personaje, expedicionario y único sobreviviente. El viajero recrea lo vivido durante el viaje, pero, como sabe lo ocurrido, se presenta como el único que contraviene al capitán: "yo respondía que me parescía que por ninguna manera deuía dexar los nauíos". No obstante, "el gouernador siguió su parescer":

> Y luego mandó apercebir la gente […]. Y después desto proueydo, en presencia de los que allí estauan, me dixo que, pues yo tanto estoruaua y temía la entrada por tierra, que me quedasse y tomasse cargo de los nauíos y la gente que en ellos quedaba y poblasse si yo llegasse primero que él. Yo me escusé desto (*Naufragios*, 193).

El protagonismo de Cabeza de Vaca se delinea en contraposición a la figura de Narváez. La acusación de cobardía y la desautorización por parte del capitán pueden leerse como una maniobra más que singulariza al personaje y lo destaca del resto.

A la luz de aquello que leerá el lector (la peripecia de un náufrago) y que el narrador dispone en un largo y tortuoso itinerario, la caracterización del personaje en la *partida* compone su protagonismo. Disciplinado y juicioso, Cabeza de Vaca se excusa:

> Y viendo que importunándome tanto, yo todavía me escusaua, me preguntó ¿qué era la causa porque huía de aceptallo? A lo qual respondí que yo huía de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no auía de ver más los nauíos, ni los nauíos a él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entrauan por tierra adentro, y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se auenturauan, y passar por los que él y ellos passassen, que no encargarme de los nauíos y dar ocasión que se dixesse que como auía contradicho la entrada me quedaua por temor, y mi honrra anduuiese en disputa; y que yo quería más auenturar la vida que poner mi honrra en esta condición (*Naufragios*, 193).

Como advierte el editor de los *Naufragios*, estas son reflexiones muy posteriores a los hechos que más bien parecen avalar el buen juicio de Cabeza de Vaca y contrastarlo con los errores de Narváez.[41] En este sentido, el narrador le imprime un sentido a su relato, donde se bosqueja una expedición fallida y fatal: "tenía por cierto y sabía que él no auía de ver más los nauíos, ni los nauíos a él". No obstante y pese a las dudas razonables, para no poner en entredicho su honra Álvar Núñez decide "aventurarse al peligro".

Todos estos argumentos iniciales cumplen una función determinante. La *partida* o lugar donde se enuncia la voluntad de despedirse de lo propio y aventurarse a lo desconocido pone de manifiesto los puntos de vista con los cuales se construye la retórica del relato.

[41] Como advierte Pupo-Walquer, "no hay evidencia de que en las relaciones anteriores Núñez hubiese dado una proyección tan personal de este incidente" (nota 93 en su edición de los *Naufragios, op. cit.*, p. 193).

El punto de vista del narrador expresa la vivencia de un hombre de armas y ésta queda puntualmente indicada en un lugar significativo, el comienzo del viaje, donde se delinea la figura de Núñez como la de un conquistador decidido, obediente, sujeto a la voluntad de su capitán y dispuesto a la aventura para demostrar su honra.

En la organización textual, este punto de vista culmina con la última decisión de Narváez, decisión que marca, primero, la última vez que el lector sabe algo del capitán y, después, el protagonismo de Cabeza de Vaca. Cuando los expedicionarios de Narváez navegan en precarias balsas por las costas del Golfo de México, se ven a merced de un fuerte viento norte que los mete mar adentro y separa las balsas. Con trabajo, Cabeza de Vaca llega a la balsa donde se encuentra el capitán, mientras la tercera de ellas se aleja; es entonces cuando Narváez le pide consejo sobre qué hacer y Núñez responde que "deuía recobrar aquella varca y que en ninguna manera la dexase y que juntas todas siguiéssemos nuestro camino" (215). Narváez indica que "aquello no se podía hazer porque la varca yua muy metida en la mar y él quería tomar tierra" (215). Una vez más, Núñez obedece: "vista su voluntad, tomé mi remo y lo mismo hizieron todos […] mas como el gouernador lleuaua la más sana y rezia gente […] en ninguna manera lo podimos seguir" (216). Es en ese momento cuando Cabeza de Vaca pide ayuda: "yo le dixe […] que me dixese que era lo que mandaba que yo hiziesse" (216), pero Narváez anuncia: "que ya no era tiempo de mandar vnos a otros" y que "cada vno hiziesse lo que mejor le paresciesse […] para saluar la vida".

Las balsas se separan en uno de los episodios más dramáticos del relato y clave para la construcción del personaje. Junto a sus compañeros Cabeza de Vaca queda navegando a la deriva, y la figura de Narváez se delinea como un opuesto, un contraste que sirve para engrandecer la figura del personaje principal. En la estructura narrativa del episodio, se traza la misma estrategia retórica que en los ejemplos anteriores: Narváez pregunta, Cabeza de Vaca responde atinadamente, pero Narváez ignora el consejo, lo cual conlleva un cambio de si-

tuación drástico. Esta peripecia provoca una especie de espiral donde Núñez *crece* en prudencia y honorabilidad, y Narváez *cae* por su falta de liderazgo y cobardía.

Vestido con este nuevo liderazgo, Núñez se convierte en el jefe de la expedición.[42] Nada vuelve a saberse, ni de Narváez, ni de los demás compañeros, y el relato se personaliza en la aventura de un hombre por el desierto. Este yo-protagónico se convierte en un explorador, un buscavidas, un errático personaje que solo y despojado de su misión —el "poder y mandado" de "conquistar y gobernar" (*Naufragios*, 181)—, se interna por el continente. Según Luisa Pranzetti, "el núcleo de las crónicas en *Naufragios* pasa del motivo del viaje de ida, como búsqueda de un espacio mejor, al viaje de peregrinación por el espacio ajeno".[43] En efecto, Cabeza de Vaca y sus pocos compañeros desembarcan y tienen el primer contacto con los habitantes de la zona, pero es un contacto ya alterado por la situación, un contacto que denota un nuevo punto de vista e inaugura la convivencia de dos mundos:

> [Los indios se acercaron] y dende a media hora acudieron otros cien indios flecheros que, agora ellos fuesen grandes, o no, nuestro miedo les hazía parescer gigantes […]. Entre nosotros escusado era pensar que auría quién se defendiesse, porque diffícilmente se hallaron seys que del suelo pudiessen leuantar. […] y ellos se allegaron a nosotros […] y dímosles cuentas y cascaueles, y cada uno dio vna flecha, que es señal

[42] Silvia Molloy analiza este cambio de perspectiva a partir de la frase que pronuncia Cabeza de Vaca cuando se convierte en jefe de su grupo: "y así yo tomé el leme". Para la autora, "Álvar Núñez no sólo se hace cargo de la expedición o de lo que queda de ella en el nivel de los hechos sino que, en el nivel de la escritura y a años de distancia, se hace cargo de su relación con un nuevo impulso. A la liberación del subalterno desautorizado por Narváez corresponde la liberación del narrador: tomar el leme es hacerse cargo de la empresa y también autorizar el texto" ("Alteridad y reconocimiento en los *Naufragios…*", *op. cit.*, p. 431).

[43] "El naufragio como metáfora", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca, op. cit.,* p. 59.

> de amistad, y por señas nos dixeron que a la mañana boluerían y nos traería de comer (*Naufragios,* 219).

La función y el punto de vista del conquistador cambia. El hombre de guerra cuyo código de referencia es el honor, hombre armado y preparado para defenderse, preocupado porque su "honrra anduuiese en disputa" (*Naufragios*, 193), es suplantado por el punto de vista de un explorador que interpreta ciertos códigos —"y cada uno dio vna flecha, que es señal de amistad"— y entabla una coexistencia pacífica. En este punto, nuevamente comienza el viaje, otro viaje, un viaje de supervivencia, de pérdida de la identidad, de exploración del mundo del otro.

Este giro ha sido señalado por la crítica y analizado con la noción de 'desnudo'.[44] Cuando Núñez y sus compañeros pretenden embarcarse de nuevo deben desnudarse para desencallar la balsa. Una vez en el agua, un imprevisto "golpe de la mar" da vuelta la barca y muchos se ahogan. Los pocos sobrevivientes quedan, en palabras del narrador, "desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos" (*Naufragios*, 221). Este despojamiento acumulativo (los barcos + el capitán de la expedición + el motivo de la misma (la Conquista) + la ropa + la balsa + los pocos bastimentos, etc.), tiene por resultado la aparición de un nuevo personaje, quien acompañará al lector hasta el final del viaje y le mostrará, en las distintas etapas del mismo, un universo completamente desconocido. En este sentido, retomo las palabras de Molloy cuando afirma que: "en función de este *yo* habrán de verse las descripciones de nuevos parajes y nuevos seres y no sólo como mera (y a menudo insatisfactoria) información geográfica y

[44] Sobre este tema, remito al artículo antes citado de Sylvia Molloy, pero también al artículo de Margo Glantz, "El cuerpo inscrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio: Álvar Núñez Cabeza de Vaca" (*Ensayos sobre literatura colonial*, FCE, México, 2006, pp. 86-116) y al de Cesare Acutis, "La inconfesable utopía" (en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, *op. cit.,* pp. 49-55).

etnológica: son prolongaciones vitales de una nueva persona dinámica".[45]

Si bien el paisaje y las regiones recorridas y sus habitantes son centrales en el relato, el protagonista principal es el viajero, porque es quien, por haber sobrevivido, puede dar cuenta de lo hallado. De manera particular, Cabeza de Vaca se presenta como testigo privilegiado gracias a su esfuerzo de supervivencia y ofrece su texto como *único* resultado del mismo:

> De mí puedo decir que en la jornada que por mandado de Vuestra Magestad hize de Tierra Firme, bien pensé que mis obras y seruicios fueran tan claros y manifiestos […] que no tuuiera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que […] administran y tratan los cargos de Vuestra Magestad y les haze merced. Mas como ni mi consejo, ni diligencia, aprouecharon para que aquello a que éramos ydos fuesse ganado […] no me quedó lugar para hazer más seruicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy estrañas tierras que anduue perdido y en cueros, pudiesse saber y ver, ansí en el sitio de las tierras y prouincias y distancias dellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían y las diuersas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conuersé y viví (*Naufragios*, 180).

[45] Sylvia Molloy, "Alteridad y reconocimiento…", *op. cit.*, p. 432. Muchos han resaltado esta idea. Luisa Pranzetti, por ejemplo, advierte que "la descripción de la fauna y la flora con su función de alimento, o bien, la de usos y costumbres de los indios" no denuncia el interés de Cabeza de Vaca como "etnólogo y naturalista, sino que a lo más subraya la intención de la crónica: narrar lo excepcional de una experiencia, como la del naufragio, con la superación de pruebas descomunales, con todas las necesidades del cuerpo, en lo que ayuda no tanto el auxilio de Dios cuanto el conocimiento de la nueva realidad" ("El naufragio como metáfora", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca, op. cit.*, p. 66).

La narración de la acción heroica de la Conquista se transforma en la narración de la experiencia de un hombre "en cueros" y perdido por "muy estrañas tierras". De allí que el paso de una secuencia a otra —del ámbito de la Conquista al ámbito de la supervivencia, del punto de vista del conquistador al punto de vista del explorador y superviviente— genere nuevas y productivas maneras de pedir recompensas por el valor demostrado: "no me quedó lugar para hazer más seruicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez años pudiesse saber y ver". El narrador hace un recuento de lo visto y sabido en las tierras recorridas y el texto adquiere el valor de "seruicios claros y manifiestos".

La travesía

En la reconstrucción textual de la travesía de Cabeza de Vaca, lo primero que surge es la diferencia con las antes estudiadas. Si el itinerario a Tenochtitlan es un *viaje lineal* y el itinerario a las Hibueras uno *circular*, el itinerario de Cabeza de Vaca es un *viaje zigzagueante*.[46] Un deambular persiguiendo objetivos que cambian conforme a las necesidades del viajero y que puede resumirse en tres secuencias o etapas. La primera corresponde al recorrido junto a Narváez, desde que abandonan los barcos para incursionar por tierra hasta

[46] Cf. con la interpretación que Alex Krieger hace de la ruta seguida por Cabeza de Vaca ("The Travels of Álvar Núñez Cabeza de Vaca in Texas and México: 1534-1536", *op. cit.,* pp. 459-474). Según Krieger, sólo después de que los cuatro sobrevivientes se reúnen (1533) comienzan un recorrido de dos años (1534-1536). Y de ese lapso, sólo los últimos trece meses se desplazan continuamente (desde mediados de 1535 cuando salen del centro-sur de Texas a mediados de 1536 cuando llegan a la ciudad de México). Como señala Krieger, este periodo de poco menos de dos años es uno de los más significativos porque representa la mitad del relato publicado por Cabeza de Vaca (del capítulo 20 al 36). No obstante, y más allá de la ruta que busca fijar Krieger, la idea de un viaje zigzagueante y sin objetivos claros puede rastrearse desde mucho antes, por ejemplo, desde que se decide incursionar por tierra y abandonar los barcos.

que, separadas las barcas, deciden desembarcar y son acogidos por los habitantes de la zona (capítulos 1 al 12). La segunda, más extensa, diversa y compleja, corresponde al periodo en que Cabeza de Vaca recorre distintas partes del continente, unas veces en calidad de esclavo, otras como comerciante y también como curador, "físico" o "médico" (capítulos 13 al 33). La última, donde los sobrevivientes se reencuentran con los españoles, llegan semidesnudos a Nueva España y regresan a la península Ibérica (capítulos 34 al 38).[47] Sin duda, la etapa más significativa es la segunda, porque ella narra el contacto con el mundo visitado y la travesía a pie de Núñez por el interior del continente. Etapa significativa en dos sentidos, por un lado, porque es donde la codificación del relato de viajes puede verse más clara y nítidamente. Por otro lado, porque toda ella aparece como la justificación del viaje.

Es difícil establecer la travesía de Cabeza de Vaca, puesto que, en la mayoría de las ocasiones, las referencias son indeterminadas: "Assí nos partimos de aquellos y nos fuymos a otros de quien fuymos muy bien rescebidos" (*Naufragios*, 273). El movimiento de los viajeros se representa por la articulación de datos temporales, datos geográficos y distancias recorridas, pero estas indicaciones también son vagas.[48] Tampoco abundan los topónimos que en los viajes antes estudiados, en especial en la travesía a Tenochtitlan, permiten reconstruir el iti-

[47] Cf. Pupo-Walker, "Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1 (1990), pp. 163-196. En este artículo el editor establece cinco secuencias episódicas. La primera que narra la salida de Sanlúcar de Barrameda, la llegada a La Española y la estancia en Cuba (capítulos 1 y 2); la segunda que comprende la narración del desembarco en La Florida y la incursión por tierra hasta Aute (capítulos 3 a 7); la tercera que narra la sucesión de naufragios y la dispersión de los hombres (capítulos 8 al 15); la cuarta que narra la aventura de los cuatro últimos supervivientes (capítulos 16 al 33); y la quinta (cinco últimos capítulos) donde se narra el encuentro con los españoles.

[48] "Y assí passamos todas las diez y siete jornadas y al cabo dellas trauessamos el río" (*Naufragios*, 289). "E yendo con éstos passamos vn gran río que venía del Norte y passados vnos llanos de treynta leguas hallamos mucha gente" (*Naufragios,* 282).

nerario textual en la sucesión de lugares. La articulación entre datos temporales, referencias espaciales y distancias recorridas configura en los *Naufragios* una travesía elíptica, desdibujada, a la cual no se le puede pedir lugares comprobables o un marco seguro y ajustado a la realidad. Antes bien, es una travesía que permite hablar de lo visto, reconstruida sólo en función de lo que el narrador quiere decir.

Es también una travesía supeditada a los esfuerzos necesarios para conservar la vida y seguir adelante sin objetivos determinados de antemano. A diferencia de la travesía a las Hibueras o a Tenochtitlán, cuyos propósitos se enuncian claramente y marcan el rumbo del viaje, el de Cabeza de Vaca es mas bien un viaje regido por circunstancias. No estoy sugiriendo que se trate de un desplazamiento sin metas, más bien señalo el hecho de que los viajeros se desplazan por un espacio completamente desconocido e imprevisible, un espacio sobre el cual, por la misma razón, no se tiene control alguno.

El primer orden de circunstancias que determina el rumbo del viaje es la migración del grupo al que pertenece Álvar Núñez, ya sea por la llegada del invierno, porque se mueven para recolectar frutos o porque entran en guerra con otros grupos y son desplazados. Otro orden de circunstancias que marca el movimiento de Cabeza de Vaca se relaciona con los sucesivos escapes que protagoniza, cuando decide huir de un grupo a otro a raíz del maltrato sufrido o el hambre que soporta. Este orden de circunstancias marca un mayor grado de dramatismo en la construcción textual de la travesía y representa nudos retóricos donde la vida del viajero se compone en términos de esclavitud y carencias. En algunos casos, la huida también crea un ascenso en la tensión del relato y el recorrido es una persecución:

> Y en este tiempo yo passé muy mala vida, ansí por la mucha hambre como por el maltratamiento que de los indios rescibía, que fue tal que yo me huue de huyr tres vezes de los amos que tenía y todos me anduuieron a buscar y poniendo diligencia en matarme (*Naufragios*, 246).

A grandes rasgos, cada circunstancia —guerra, recolección, llegada del invierno, escape, etc.— recrea un episodio que se encadena en una línea narrativa extensa, ofrecida a su vez como representación de un recorrido también extenso (nueve años por una extensión considerable del continente).[49]

Como en los casos anteriores, dicho recorrido se compone de dos dimensiones. Por un lado, se narran los esfuerzos necesarios para seguir adelante y, por el otro, se intercalan las descripciones de las tierras recorridas. Esta caracterización o construcción narrativa propia del relato de viajes presenta en los *Naufragios* dos núcleos temáticos, los *rigores del entorno* y las *carencias* pasadas. Después del abandono de los barcos, la intemperie y la privación marcan la narración de la trayectoria de Cabeza de Vaca:

> Y como quedamos del arte que he dicho y los más desnudos y el tiempo tan rezio para caminar, y passar ríos y ancones a nado, ni tener bastimento alguno, ni manera para lleuarlo, determinamos de hazer lo que la necessidad pedía, que era inuernar allí (*Naufragios*, 224).

[49] En este sentido la travesía de Cabeza de Vaca sólo puede ser narrada en forma episódica. Los hechos no se disponen con un orden cronológico exhaustivo, sino más bien en una serie de episodios que el narrador ordena usando técnicas particulares (escenas retrospectivas, recapitulaciones y otras técnicas episódicas). Dicha estructura tiene su pariente cercano en las narraciones orales, narraciones no lineales y que no presentan un esquema dramático del tipo: un tramo de ascenso de la tensión, un punto culminante y un desenlace que puede contener o no los elementos necesarios para comenzar un nuevo ciclo. Toda narración oral dispondrá pasajes independientes, cerrados, que no establecen entre sí una relación cronológica o climática. La estructura episódica es un conjunto de partes que admiten ser intercambiadas de lugar, todo lo contrario a una "trama" que no puede prescindir del planteo de un conflicto, de un desarrollo y una resolución (Walter Ong, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, FCE, Bogotá, 1999, pp. 137-151). No obstante cabría aquí un matiz, puesto que por tratarse de la narración de una travesía, del relato de un viaje, hay una relación *espacial* que encadena los hechos en el itinerario narrado. Para un análisis en este sentido, véase David Lagmanovich, "Los *Naufragios* de Álvar Núñez como construcción narrativa", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca, op. cit.,* pp. 37-48.

Sin abrigo, sin bastimento y sin los "artefactos" acostumbrados, los españoles quedan a la intemperie de su propia cultura y en medio de un entorno para el que no se encuentran preparados:

> Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduuimos desnudos, y como no estáuamos acostumbrados a ello a manera de serpientes mudáuamos los cueros dos vezes al año, y con el sol y el ayre hazíansenos en los pechos e en las espaldas vnos empeynes muy grandes de que recebíamos muy gran pena (*Naufragios*, 259).

Dicho entorno se configura adverso y se manifiesta en el cuerpo del viajero que se desnuda, se irrita y se desgaja hasta ser parte de los ciclos de la naturaleza: "mudáuamos los cueros dos vezes al año, como serpietes". La travesía se convierte entonces en un viaje de "la civilización" a un estado de naturaleza, donde paulatinamente el viajero se ajusta a sus ciclos y ritmos hasta ser parte de ella.

El hambre, la sed y el frío son obstáculos por superar, que se presentan en el texto para poner en evidencia el recorrido del viajero. El relato se convierte en un alegato de las circunstancias que pasó para sobrevivir, y prueba de ello es que, después de la descripción de alguna situación, de algún peligro o carencia superados, siempre hay una apóstrofe o apelación a un destinatario textual. Característica de la *evidentia*, ésta cumple la función de hace más vivo el relato:

> Y como entonces era por nouiembre y el frío muy grande y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huessos; estáuamos hechos propria figura de la muerte. De mí se dezir que desde el mes de mayo passado yo no auía comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas vezes me vi en necessidad de comerlo crudo, porque aunque se mataran cauallos […] yo nunca pude comer dellos y no fueron diez vezes las que comí pescado. Esto digo por escusar razones porque pueda cada uno ver que tales estaríamos (*Naufragios*, 221).

El discurso condensa el sentido: los viajeros, en los huesos y casi muertos, comen carne cruda. El paso de "lo cocido" a "lo crudo", de un "estado social" a un "estado natural", marca la travesía y el narrador lo pone de manifiesto: lo digo "para que cada uno pueda ver cómo estábamos". El narrador inscribe al lector en el texto, le cuenta sus penurias y logra detener la lectura en un punto específico para destacar lo dicho. En este caso, la hazaña que supone sobrevivir en una tierra "sin ninguna cosa, ni para estar, ni para salir della".[50] Este tipo de comentarios busca condensar el sentido: todas las acciones del viaje se reducen a la supervivencia.[51] En algunas ocasiones, estas observaciones son más elaboradas:

> También nos aconteció con estos y con los que atrás auemos dexado, darnos vn pedaço de carne y comérnoslo assí crudo, porque si lo pusiéramos a assar, el primer indio que llegaua se lo lleuaua y comía; parecíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estáuamos tales que nos dáuamos pena comerlo asado e no lo podíamos también passar como crudo. Esta es la vida que allí tuuimos (*Naufragios*, 259).

El editor de los *Naufragios* señala en este párrafo una sintaxis defectuosa.[52] Donde se lee "también", debería leerse "tan bien": "esta es la vida que allí tuvimos, véase que ya no podíamos comer *tan bien*

[50] "Dexo aquí de contar esto más largo porque cada vno puede pensar lo que se passaría en tierra tan estraña y tan mala y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar, ni para salir della" (*Naufragios*, 206).

[51] Como señala Beatriz Pastor, en el "discurso mitificador de la Conquista", la acción heroica e individual se identifican totalmente con la Conquista, subordinándose a las líneas del modelo épico tradicional: un proyecto colectivo de dominio y expropiación. En el "discurso narrativo del fracaso", en cambio, el proyecto histórico se eclipsa ante la necesidad individual y la acción deja de dirigirse hacia el dominio de los demás para centrarse en la superviviencia ("Desmitificación y crítica en las relación de los *Naufragios*", en Margo Glantz, (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca, op. cit.,* p. 98).

[52] Enrique Pupo-Walker, nota 559 de su edición de los *Naufragios,* p. 260.

como cuando estaba crudo", es decir, los viajeros comían mejor la comida cruda. No obstante, si como afirma el editor las erratas de esta índole eran frecuentes en las impresiones de la época, la lectura podría ser otra: como les parecía no tan buena idea exponer el trozo de carne (exponerlo a la posibilidad del robo) y porque estaban en tal estado (no*s* estabamos tales) que les daba mucho trabajo comerlo asado (nos dáuamos pena comerlo asado), lo comían también crudo (no*s* lo podíamos también passar como crudo): esta era la vida que allí tuvieron, les daba igual comerlo crudo que asado.

En este contexto de carencias y privaciones, la otra dimensión de la travesía —la descripción de lo visto y hallado en el recorrido— tiene un sentido determinado. Lo hallado se presenta como otra evidencia del mérito: el mérito de la supervivencia de quien puede contar aquello que nadie más puede. Recordemos que el narrador reivindica de forma explícita "el valor de la palabra frente a la acción":[53] "no me quedó lugar para hazer más seruicio que [hacer] relación de lo que [pude] saber y ver" (*Naufragios*, 180).

En la narración de la expedición a las Hibueras —y pese a las ganancias nulas, el botín inexistente y la fama debilitada— el narrador defiende el motivo de su viaje apoyándose en el objetivo mítico: una "segunda culúa" plagada de riquezas. Cabeza de Vaca, en cambio, suprime todo objetivo mítico, toda posibilidad de ganancia material como motor de la acción de su viaje. Al contrario, lo hallado nunca se configura como una posibilidad de prosperidad para los españoles. Cuando los náufragos preguntan a los habitantes de la zona por el entorno inmediato, las respuestas siempre son poco alentadoras:

> Preguntamos al cacique […] por la manera y población de la tierra y la calidad de la gente […]. Respondiéronnos […] que adelante auía

[53] Beatriz Pastor, "Desmitificación y crítica en las relación de los *Naufragios*", en Margo Glantz, (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca, op. cit.*, p. 110.

> menos gente y muy más pobre que ellos; y que la tierra era mal poblada y los moradores della muy repartidos; y que yendo adelante auía grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados (*Naufragios*, 202).

En la mayoría de los casos, el camino se configura adverso y la tierra recorrida desmesurada y hostil. Rara vez la naturaleza visitada se presenta bajo los signos de la abundancia (fertilidad de la tierra, cosechas, agua) y por consiguiente sus habitantes viven en una condición de hambre permanente.

El hambre y el frío que pasa el viajero en una naturaleza casi inhabitable, inmensa y desértica, reducen las posibilidades descriptivas del paisaje, pero dan ocasión para describir otras formas de vida:[54]

> Las casas de ellos son de esteras puestas sobre quatro arcos; lléuanlas acuestas y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se pueda aprouechar; es gente muy alegre por mucha hambre que tengan (*Naufragios*, 243).

Este tipo de descripciones trasmiten información sobre tierras nunca antes vistas y de manera singular la objetividad del narrador —apoyada en la figura del único observador y testigo privilegiado— cede frente al asombro. El viajero proporciona, entonces, innumerables datos curiosos que enriquecen el mundo que se configura en el texto:

> Y quando en algunos pueblos riñen vnos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados […]. Y [luego] toman sus casas y

[54] Según Pupo-Walker las observaciones de Cabeza de Vaca se aproximan más a la antropología cultural y aplicada que a la física. Al respecto, remito a la Introducción a su edición de los *Naufragios, op. cit.*, pp. 113-125. Estás páginas corresponden al apartado "Relevancia antropológica de los *Naufragios*".

> mugeres y vanse a viuir por los campos hasta que se les pasa el enojo" (*Naufragios*, 263).
>
> Están tan vsados a correr que sin descansar ni cansar corren desde la mañana a la noche, y siguen vn venado y desta manera matan muchos dellos, porque los siguen hasta que los cansan y algunas vezes los toman viuos (*Naufragios,* 243).

A diferencia de la información proporcionada en la Quinta carta de relación, por ejemplo, donde se destaca un registro de tipo utilitario que busca dar cuenta de las riquezas de la zona y de las posibilidades que allí tienen los españoles, la información proporcionada por Cabeza de Vaca se aleja de un registro pragmático y económico. Sus descripciones reúnen datos del "paisaje humano", de las costumbres, ceremonias y maneras de vivir de los habitantes, de sus hábitos alimenticios, de sus formas de organización familiar, etc.; pero dichas descripciones no se ofrecen en términos interpretativos, sino más bien en términos meramente descriptivos y "afines a los propósitos de la antropología moderna".[55]

Esto último es de vital importancia en cuanto a la singularidad de los *Naufragios* y sirva de ejemplo la manera en que Cabeza de Vaca presenta las prácticas de sodomía y homosexualidad entre indígenas en comparación a la manera en que las presenta Bernal Díaz:

Mientras Bernal Díaz da una radical valoración desde los convencionalismos religiosos y éticos del eurocentrismo del siglo XVI,[56] es evidente que la descripción de Núñez cuenta lo visto con un tono ecuánime, mesurado e impasible, sin abundar demasiado en una interpretación valorativa. Más allá del uso de palabras como "pecado" o "diablura", palabras que evidentemente trazan un punto de vista,

[55] *Ibid*., p. 117.

[56] Para la postura de Bernal Díaz véase William Mejías-López, "Los 'sodomitas' amerindios y Bernal Díaz del Castillo", *La Torre*, 10 (1996), pp. 129-155.

Cabeza de Vaca parece mas bien brindar un dato de la vida cotidiana: "Hay algunos entre ellos que vsan peccado contra natura".[57]

> Y antes que más pase adelante, quiero decir que en todas las provinçias de la Nueva España otra gente más suzia y mala y de peores costunbres no la ubo como ésta de la provinçia de Pánuco, porque todos eran sométicos y se enbudavan por las partes traseras, torpedad nunca en el mundo oída […] y tenían otras treinta torpedades y si miramos en ello fueron castigados a fuego y a sangre y otros mayores males les vino en tener por governador a Nuño de Guzmán, que desque le dieron la governaçión les hizo casi a todos esclavos y los enbió a vender a las islas" (*Historia verdadera*, CLVIII, 532).

> Hay algunos entre ellos que vsan peccado contra natura (*Naufragios*, 243).
>
> En el tiempo que assí estaua entre éstos vi vna diablura, y es que vi vn hombre casado con otro, y éstos son vnos hombres amarionados, impotentes, y andan tampados como mugeres y hazen officio de mugeres y [no] tiran arco (*Naufragios*, 270).

Esta forma de dar cuenta de las diferencias es un rasgo esencial de los *Naufragios*. Pero, como se verá de inmediato, esto no implica

[57] Según Enrique Pupo-Walker, dada la manera de presentar el tema, el lector tiene la oportunidad de conocer ciertos grados de tolerancia que los indígenas del Nuevo Mundo tenían frente a determinadas conductas y las maneras en que resolvían sus diferencias en lo relacionado a la división del trabajo: "andan tampados como mugeres y hazen officio de mugeres y [no] tiran arco" (Introducción a su edición de los *Naufragios*, *op. cit.*, p. 120). Véase, Juana Suárez, "Dominado y dominador: aspectos de la representación de género en Cabeza de Vaca", *Romance Lenguaje Annual*, 10 (1998), pp. 836-842.

que las descripciones que ofrece Cabeza de Vaca estén libres de analogías interpretativas y que el mundo visitado no sea caracterizado y evaluado con los parámetros culturales europeos. Esta dimensión del viaje será desarrollada a continuación.

El encuentro

Se trata de explorar aquellos momentos de la narración donde se vuelca la tradición del viajero para describir lo hallado. Según Pupo-Walker, esta dimensión "tiende a ser ligera en lo que a la obstrucción semántica se refiere",[58] sin embargo, pueden identificarse algunos pasajes donde las interpretaciones del viajero delatan interpretaciones *a priori*, incomprensiones o simplificaciones. Dentro de las dos vertientes del viaje, lo heredado o conjunto de saberes que se afirman en la matriz cultural del viajero y en la tradición en que se inserta el relato de su viaje tiene dos formas en los *Naufragios*. Por un lado, las analogías y, por otro, el uso de determinados motivos, por ejemplo el motivo de la Mala Cosa y su caracterización o representación diabólica.

Del primer grupo, destacan todas las figuras que intentan equiparar sentidos y equivalencias: "palmitos de la manera de los de Andaluzía" (*Naufragios*, 194), "palmitos baxos de la manera de los de Castilla" (202), "tiene vn olor que no paresce sino de ambar y almizcle" (212). En este grupo hay ciertas interpretaciones que desfiguran lo descrito mediante el uso de palabras que no explican o no logran capturar un sentido equivalente. Pupo-Walker señala el uso de las palabras de origen taíno como '*buíos*' y '*areytos*' y la distorsión que plantean en la significación del texto: "ay casas de assiento que llaman buíos" (*Naufragios*, 293); "es gente muy alegre por mucha hambre que tengan, por eso no dexan de baylar ni de hazer sus fiestas

[58] *Ibid.*, p. 121.

y areytos" (*Naufragios*, 243). En el primer caso, se trata de una trascripción errónea puesto que los indígenas de la zona nunca usaron este vocablo de origen antillano.[59] En el segundo caso, y más allá del origen o la trascripción de la palabra en el texto, se trata de una interpretación que homogeniza la variedad de ceremonias y rituales en simples ocasiones festivas: es gente muy alegre porque no dejan ni de bailar, ni de hacer sus fiestas y *areytos* pese al hambre que pasan.

Otro ejemplo donde se manifiesta más el sistema de valores del viajero que la cultura observada es la presunta aceptación de la religión cristiana. En *Naufragios,* las comunidades con las cuales Cabeza de Vaca convive no sólo "aceptan" la religión de los cristianos, sino que, además, "reproducen" el significado de ciertos actos: "Rogáronnos que nos acordásemos dellos y rogásemos a Dios que siempre estuuiessen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los más contentos hombres del mundo" (*Naufragios,* 256). Más allá de la incomprensión o la imposibilidad de entender el sentido del pedido —si es que lo hubo en esos términos—, lo significativo es que se trata más bien de un dato representativo para la cultura del viajero, que opera en el orden retórico o persuasivo del texto, dando a entender una práctica evangelizadora en la que Cabeza de Vaca tiene, nuevamente, un papel protagónico.

Con relación a lo anterior, quisiera señalar la caracterización de un fenómeno en el texto:

> Estos y los de más atrás nos contaron vna cosa muy estraña […], que dezían que por aquella tierra anduuo vn hombre que ellos llaman Mala Cosa, y que era pequeño de cuerpo y tenía baruas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estauan se les leuantauan los cabellos y temblauan y luego parescía a la puerta de la casa vn tizón ardiendo e luego aquel hombre entraua y tomaua al que quería dellos e dáuales tres cuchilladas grandes

[59] *Ibid.*, 293.

> por las hijadas con vn pedernal muy agudo […] y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacáualas las tripas, y que cortaua de vna tripa poco más o menos vn palmo y aquello que cortaua echaua en las brasas […]. También nos contaron que muchas vezes le dieron de comer y que nunca jamás comió; e que le proguntauan dónde venía e a qué parte tenía su casa, e que les mostró una hendedura en la tierra e dixo que su casa era allá debaxo. […] Nosotros les diximos que aquel era vn malo, y de la mejor manera que podimos les dáuamos a entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor e fuessen christianos, como nosotros, no ternían miedo de aquel, ni él osaría venir a hazelles aquellas cosas (*Naufragios*, 256-257).

La descripción de la Mala Cosa se compone de una serie de rasgos que pertenecen a la tradición hispánica[60] y que fácilmente el lector de los *Naufragios* puede reconocer (fuego, fealdad, maldad, mundo subterráneo) y asociar a lo diabólico:[61] se trata de una bestia velluda ("pequeño de cuerpo y tenía baruas"), rodeada de fuego ("parescía a la puerta de la casa vn tizón ardiendo"), que genera un miedo poderoso ("se les leuantauan los cabellos y temblauan") y es capaz de provocar tormentos inimaginables ("y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacáualas las tripas"), bestia cuya morada es el mundo subterráneo ("dixo que su casa era allá debaxo"), es decir, el infierno. Parece evidente, entonces, que la caracterización de la Mala Cosa toma matices

[60] Cf. Rolena Adorno, "Cómo leer Mala Cosa: Mitos caballerescos y amerindios en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca," en Beatriz González Stephan y Lucia Helena Costigan (eds.), *Crítica y descolonización: El sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, Caracas, 1992, pp. 89-107.

[61] Véase, Sabino Sola, *El diablo y lo diabólico en las letras americanas (1550-1750)*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1973. De la suma de aspectos que revisten el tema (teológicos, filosóficos, sociales, etc.) interesa particularmente su trabajo porque estudia la figura del diablo en su aspecto literario, cosa que apoya mi argumento. También es útil el trabajo de Fernando Cervantes, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización Hispanoamericana*, Herder, Barcelona, 1995.

que resuenan más en la cultura del viajero, receptora del texto, que en la cultura observada y de la cual surge el argumento y la historia.

No obstante todos estos detalles textuales, ningún otro como Cabeza de Vaca experimentó el Nuevo Mundo desde la perspectiva indígena. Mejor dicho, ningún otro escribió los detalles de una convivencia con el mundo indígena como Álvar Núñez. Ni Jerónimo de Aguilar, quien pasó ocho años en Cozumel antes de incorporarse a la expedición de Cortés a Tenochtitlan; ni Gonzalo Guerrero, quien decidió permanecer entre los indígenas, dejaron relatos. El narrador de los *Naufragios*, en cambio, escribe su viaje y si bien los *encuentros* —o momentos donde se vuelca la tradición del viajero— están presentes y son identificables en su relato, esta dimensión no es la más significativa. Esto se debe a que el narrador se apoya en la perspectiva del personaje, el viajero, quien a lo largo de más de ocho años se desvincula totalmente de su cultura de origen e incluso del tejido de relaciones con los demás personajes culturalmente cercanos (en numerosas ocasiones los sobrevivientes son separados por largos períodos).

Si bien el viajero camina con un mundo a cuestas, el viaje "encierra una expansión del mundo propio" y una "proyección del viajero más allá de los límites de su propia subjetividad";[62] por ello es posible leer en el relato de viajes un movimiento pendular entre lo desconocido y lo conocido que deja entrever una apertura en el horizonte de posibilidades del viajero. A esta vertiente del viaje, especialmente significativa en los *Naufragios*, dedicaré las próximas páginas.

El retorno

El viaje de Cabeza de Vaca está marcado por el aislamiento de su cultura, aislamiento signado por la noción de 'naufragio'. Para An-

[62] Beatriz Pastor, *El jardín y el peregrino…, op. cit.*, p. 75.

tonello Gerbi, naufragio es "la catástrofe que destruye la estructura económica y técnica vigente, sin destruir la vida del supérstite", por consiguiente, es la catástrofe que anula su "condicionamiento histórico y jurídico y hace de él (el sobreviviente) un simple ser de naturaleza".[63] Como mencionaba anteriormente, esta condición de despojo ha sido analizada con la noción de 'desnudo'. La desnudez del viajero es signo de su transformación cultural, es la *marca* que lo separa de su mundo.

En este sentido, el vestido tuvo enormes implicaciones en la vida política de los primeros años de la Conquista y de la colonia. Esto tiene su correlato al interior del texto, donde el vestido —o más bien su ausencia: la desnudez— es una marca simbólica y retórica de la transformación del personaje durante el viaje. Por supuesto, no me refiero aquí a Cabeza de Vaca, el personaje histórico, sino a quien, en función del proceso narrativo, se realiza en el texto: el viajero. El vestido separa al viajero de la naturaleza y su ausencia lo acerca, lo devuelve a ella.[64] En tal caso, el vestido es la primera pérdida, el primer elemento simbólico perdido en la transformación del personaje al inicio del viaje. Pero este es el momento de analizar *el retorno*, es decir, el final del viaje, que se inicia con la vuelta al mundo cultural del viajero, el encuentro con los españoles:

[63] *La naturaleza de las Indias Nuevas*, FCE, México, 1992, p. 301.

[64] El discurso colonial concibe al 'salvaje' como un ser en un estado primigenio, donde el hombre se con-*funde* con la naturaleza. En un sentido mucho más amplio que el tratado aquí, David Spurr señala que esta *confusión*, que conlleva una profunda carga política, se traduce en la escritura de viaje en una "falta", el viajero despliega su mirada sobre el paisaje y la gente que lo habita y no encuentra una "marca que traiga la transformación y la construcción de un ambiente que provea la medida de la civilización: arquitectura, monumentos, escritura, etcétera". Esta "falta" le permite no marcar la diferencia entre la naturaleza y los otros, convirtiéndolos, en consecuencia, en un elemento más del paisaje. En dicha perspectiva, la ausencia de marcas que den cuenta de una trasformación histórica del paisaje iguala a hombres y mujeres con la naturaleza: el *no-ser*-naturaleza, es un *ser*-en-la-cultura-civilizada y a la inversa (*The Rhetoric of Empire, op. cit.,* p. 99).

> Y otro día de mañana alcançe quatro christianos de a cauallo que rescibieron gran alteración de verme tan estrañamente vestido y en compañía de indios. Estuvieronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos que ni me hablauan ni acertauan a preguntarme nada (*Naufragios*, 296).

El retorno está signado por el desconocimiento del viajero por parte de los miembros de su propia cultura. Así como el vestido fue el primer elemento simbólico perdido en su transformación, es también el primer elemento que se identifica del cambio: "rescibieron gran alteración de verme tan estrañamente vestido".[65] Transfigurado e irreconocible, Cabeza de Vaca ya es un personaje *de dos mundos*. Ha permanecido nueve años aislado de su cultura y proyecta una imagen que va más allá de los límites de su propia subjetividad y de la subjetividad de sus pares. Dicha imagen encierra un cuestionamiento del mundo propio, que se manifiesta en el desconocimiento de los españoles: "estuvieronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos que ni me hablauan ni acertauan a preguntarme nada".

Este momento del viaje tiene su correlato en otros textos contemporáneos e inaugura uno de los grandes temas de la literatura hispanoamericana, el tema del cautivo.[66] Bernal Díaz narra el encuentro de la expedición de Cortés (1519) con Jerónimo de Aguilar (náufrago desde 1511) y describe el extrañamiento de los españoles frente a un hombre que "le tenían por indio propio; porque de suyo

[65] Pupo-Walker trascribe en la nota 833 de su edición de los *Naufragios* (p. 296) la descripción de Fray Antonio Tello: "Los peregrinos venían con el cabello largo hasta la cinta y la barba a los pechos, desmelenados, con unos sombreros de palma vestidos de unas esclavinas de pieles de venado adobado y con pelo, descalzos, llenos de grietas, el rostro y las manos tostadas del sol y frío, y los calzones de palma hilada".

[66] Como señala Verónica Cortínez, la dimensión literaria del cautiverio ha sido tratada a lo largo de la historia de la literatura en textos como "La cautiva" de Esteban Echeverría, "Las dos orillas" de Carlos Fuentes o la "Historia del guerrero y la cautiva" de Jorge Luis Borges (*Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*, Oak, México, 2000, pp. 109-110).

era moreno y tresquilado. Y traía […] una manta vieja muy ruin, e un braguero peor con que cubría sus vergüenças" (*Historia verdadera*, XXIX, 70). Aguilar decide regresar con los españoles y de inmediato Cortés dispone que se vista como español: "y luego le mandó dar de vestir camisa y jubón, y çaragüelles, y caperuça y alpargatas" (*Historia verdadera*, XXIX, 70). En la *Historia verdadera*…, el vestido es signo de trasformación y Aguilar se incorpora a su cultura originaria sirviendo de interprete a Cortés (traduce al castellano las traducciones del náhuatl al maya que hace doña Marina, la Malinche). Tanto el personaje de Cabeza de Vaca en los *Naufragios* como el de Aguilar en la *Historia verdadera*…, ponen de manifiesto un movimiento pendular entre lo propio y lo ajeno y encuentran el punto de equilibrio que les permite acceder a un mundo nuevo sin rechazar el mundo originario.[67]

No obstante, en el relato de viajes, ese equilibro se presenta como problema y se describe porque pone de manifiesto las dificultades del viajero que, en un mundo u otro, ya no es el mismo:

> Y llegados a Compostela el gouerndor nos rescibió muy bien y de lo que tenía nos dio de vestir, lo qual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo; y passados diez o doze días partimos para México […] y llegamos a México […] donde fuymos muy bien tratados y con mucho plazer rescibidos e nos dieron de vestir y ofrescieron todo lo que tenían (*Naufragios*, 306).

[67] No es el caso de Gonzalo de Guerrero, quien decide quedarse. Bernal recuerda sus razones: "Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por caçique y capitán quando ay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y oradadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis hijitos quán bonicos son. Por vida vuestra, que me deis desas cuentas verdes traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las enbían de mi tierra" (*Historia verdadera*, XXVII, 66). Como señala Jaime Rocha, la figura del cautivo en las crónicas instituye un "germen de utopía". La convivencia sostenida y el contacto con el *otro* encierran la "posibilidad del milagro cultural: la esperanza de la comprensión y de una eventual fusión entre el cautivo y aquellos entre quienes vive" ("Réquiem por el «buen cautivo»", *Hispamérica*, 45 (1986), p. 7).

El *retorno* de Cabeza de Vaca y sus compañeros está insistentemente subrayado por la idea del vestirse nuevamente ("nos dio de vestir", "e nos dieron de vestir"). También se resaltan las dificultades de volver a las costumbres españolas ("no podíamos dormir sino en el suelo"). El vestido —como marca de transformación pero ahora con signo inverso— incomoda, es difícil de "traer", como difícil es también volver a dormir en una cama. Esta última imagen se configura tópica si recordamos las palabras de Bernal:

> Y otra cosa digo y no por me xatanciar dello: que quedé yo tan acostumbrado a andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de Conquistada la Nueva España tenía por costumbre de me acostar vestido y sin cama, e que dormía mejor que en colchones. E agora, quando voy a los pueblos de mi encomienda no llevo cama, e si alguna vez la llevo no es por mi voluntad, sino por algunos cavalleros que se hallan presentes, porque no vean que por falta de buena cama la dexo de llebar (*Historia verdadera*, CVIII, 287).

Pero es importante no perder de vista la dimensión retórica del texto. Todas estas imágenes configuran el punto de vista del testigo privilegiado (el viajero) en el cual se apoya la auto-acreditación del narrador. En el caso de Cabeza de Vaca, ese viajero que vuelve de una larga travesía tostado por la intemperie; apenas cubierto y vestido como indio; hombre extraño entre los suyos, que ya no consigue "traer" ropa ni dormir en camas; ese viajero —repito— es quien trae consigo lo que ningún otro, el relato de su viaje: "sólo lo que vn hombre que salió desnudo pudo sacar consigo".[68]

[68] La habilidad con que Cabeza de Vaca presenta dicho relato es clave para entender su justificación ante el fracaso de la expedición de Narváez. En el proemio del libro se lee la cita que, por extensa, sólo reproduzco completa aquí: "no me quedó lugar para hazer más seruicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduue perdido y en cueros, pudiesse saber

El *regreso* es el momento del viaje que permite estudiar lo adquirido. Pero más allá de la información "aprendida", datos de diversa índole presentados en forma de descripciones del mundo visitado y estructurados en el itinerario, lo que quisiera puntualizar son ciertos movimientos en la subjetividad del personaje. Pupo-Walker ha señalado en su edición de los *Naufragios* ciertos pasajes del texto donde se manifiesta el "proceso de aculturación de los viajeros".[69] Este proceso es visible, por ejemplo, cuando el narrador asimila formas primitivas de medir el tiempo en alusiones o comentarios sobre el paso de las estaciones: "tiempos quando las frutas vienen a madurar" (*Naufragios*, 257), "y quando el tiempo de las tunas tornó" (*Naufragios*, 246). La asimilación refleja un grado de apertura a otras formas de vida, a otras formas de experimentar el tiempo y el espacio. En este mismo sentido pueden leerse también las alusiones o comentarios sobre la participación de los viajeros en ciertos ritos ceremoniales: "y de aquí començamos a lleuar calabaças con nosotros y añadimos a nuestra

---

y ver, ansí en el sitio de las tierras y prouincias y distancias dellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conuersé y viví; y todas las otras particularidades que puede alcanzar y conoscer, que dello en alguna manera Vuestra Magestad será seruido; porque aunque la esperança que salir de entre ellos tuue siempre fue muy poca, el cuydado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios nuestro Señor quissiese traerme adonde agora estoy, pudiesse dar testigo de mi voluntad y seruir a Vuestra Magestad. Como la reación dello es auiso, a mi parescer no liuiano, para los que en su nombre fueren a Conquistar aquellas tierras y juntamente traerlos a conoscimiento de la verdadera fee y verdadero señor y seruicio de Vuestra Magestad. Lo qual yo escreuí con tanta certinidad que aunque en ella se lean algunas cosas muy nueuas, y para algunos muy diffíciles de creer, pueden sin dubdas creerlas; y creer por muy cierto que antes soy en todo corto que largo, y bastará para esto auerlo yo offrescido a Vuestra Magestad por tal. A la qual suplico la resciba en nombre de seruicio, pues éste sólo es el que vn hombre que salió desnudo pudo sacar consigo" (*Naufragios*, 180).

[69] A mi juicio el término 'aculturación' es un tanto excesivo, no obstante véanse las notas 536 y 682 de la edición citada.

autoridad esta cerimonia que para con ellos es muy grande" (*Naufragios*, 278).[70]

Así como el viajero se presenta al final de su largo viaje como un personaje que ha perdido ciertos hábitos de su mundo originario, es también un personaje con capacidades nuevas. Es quién, por ejemplo, puede interpretar ciertos códigos sociales ajenos al europeo y enseñarlos en su relato:

> Y quando llegué cerca de los ranchos […] yo vi el enfermo […] que estaua muerto, porque estaua mucha gente al derredor dél llorando, y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaua muerto (*Naufragios*, 225).

Y también es quién aprendió nuevas formas de subsistencia, que comenta y describe con minuciosidad:

> Y para las noches yo tenía este remedio, que me yua a las matas del monte […] y paraua en ellas antes que el sol se pusiesse, y en la tierra hazía vn hoyo y le echaua mucha leña que se cría en muchos árboles de que por allí ay muy gran cantidad […] y al derredor de aquel hoyo hazía quatro fuegos en cruz e yo tenía cargo y cuydado de rehazer el fuego de rato en rato, y hazía vnas gauillas de paja larga que por allí ay, con que que cobría en aquel hoyo, e desta manera me amparaua del frío en las noches (*Naufragios*, 252).

[70] No profundizaré en el tema del conocimiento que Cabeza de Vaca llegó a tener de la vida espiritual de los habitantes del norte de México y del desierto. Al respecto, remito al trabajo de Rafael Valdez Aguilar (*Cabeza de Vaca, chamán*, México Desconocido, México, 2002). Cf. con Jacques Lafaye ("Los «milagros» de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, *op. cit.*, pp. 17-35) y con Silvia Spitta ("Chamanismo y cristiandad: una lectura de la lógica intercultural de los *Naufragios* de Cabeza de Vaca", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 38 (1993), pp. 317-330). El trabajo de Spitta analiza la manera cristiana de presentar las experiencias chamánicas de Cabeza de Vaca.

El protagonismo de Cabeza de Vaca en los últimos ejemplos es notorio. En ellos queda acentuada su complejidad en cuanto a los cambios que experimenta a lo largo del relato: el viajero es un personaje complejo, diverso, se construye en términos expansivos, crece, experimenta cambios y, a lo largo del viaje y del relato, manifiesta las contradicciones de su vida interior.[71] Estas contradicciones son inherentes a la dinámica del viaje, porque si bien el viaje promete una expansión del mundo propio, simultáneamente encierra su cuestionamiento y con ello "la amenaza de destrucción simbólica del sujeto".[72] Para Beatriz Pastor, todo viaje es un "ejercicio de preservación frente a la amenaza de aniquilación de la propia subjetividad", aniquilación en un sentido muy definido: a lo largo de su viaje, el viajero se olvida quién es, y se olvida de tal manera que incluso no percibe que lo ha olvidado, y entonces ya es otro.[73]

Ese "otro" o esa nueva arista de su personalidad se manifiesta en el *regreso*. Es entonces más que nunca cuando el punto de vista del personaje, es decir, esa determinada conciencia que refleja su vivencia del mundo y del resto de los personajes, expresa un movimiento sustantivo y significativo. Cuando por fin Cabeza de Vaca encuentra

[71] Me apoyo aquí en las teorías sobre el 'personaje ficcional' señaladas en el libro de Verónica Cortínez (*Memoria original…, op. cit.*, p. 36). Según la autora, la distinción pionera de Edward Morgan Forster (*Aspects of the Novel* es de 1927) entre personajes planos o simples —que no presentan desarrollo a lo largo de la acción— y personajes redondos o complejos —que se desarrollan en el curso de la acción— ha sido completada y superada en muchos aspectos con series más amplias que proponen distinguir a los personajes por los cambios que experimentan y por la capacidad de manifestar su vida interior a lo largo del relato. Como señala Cortínez, para un resumen de dichas tipologías, véase Shlomith Rimmon-Kenan, *Narrative Ficcion: contemporary poetics*, Methuen, London/New York, 1983, pp. 40-42.

[72] Beatriz Pastor, *El jardín y el peregrino… op. cit.,* p. 75.

[73] Pastor otorga al término 'aniquilación' no un sentido apocalíptico sino proustiano: "la muerte del sujeto que olvida quién era hasta el punto de que no se da cuenta de que lo ha olvidado, y en esa medida, deja completamente de ser el sujeto que era" (*loc. cit.*).

a un grupo de españoles capitaneados por Diego de Alcaraz, los desacuerdos y las fricciones suceden de inmediato:

> Y después desto, passamos [los supervivientes] muchas y grandes pendencias con ellos [Alcaraz y compañía] porque nos querían hazer los indios que traíamos, esclauos […]. Vímonos con los indios en mucho trabajo porque se boluiessen a sus casas […]. Ellos no querían sino yr con nosotros […]. A los christianos les pesaua desto y hazían que su lengua les dixesse que nosotros éramos dellos mismos y nos auíamos perdido mucho tiempo auía, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, a quien auían de obedescer y seruir. Más todo esto los indios tenían en muy poco […] antes vnos con otros entre sí platicaban diziendo que los christianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol y ellos donde se pone; y que nosotros sanáuamos los enfermos y ellos matauan los que estauan sanos y que nosotros veníamos desnudos y descalços y ellos vestidos y en cauallos y con lanças, y que nosotros no teníamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo quanto nos daban tornáuamos luego a dar y con nada nos quedáuamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallauan y nunca dauan nada a nadie… (*Naufragios*, 299).

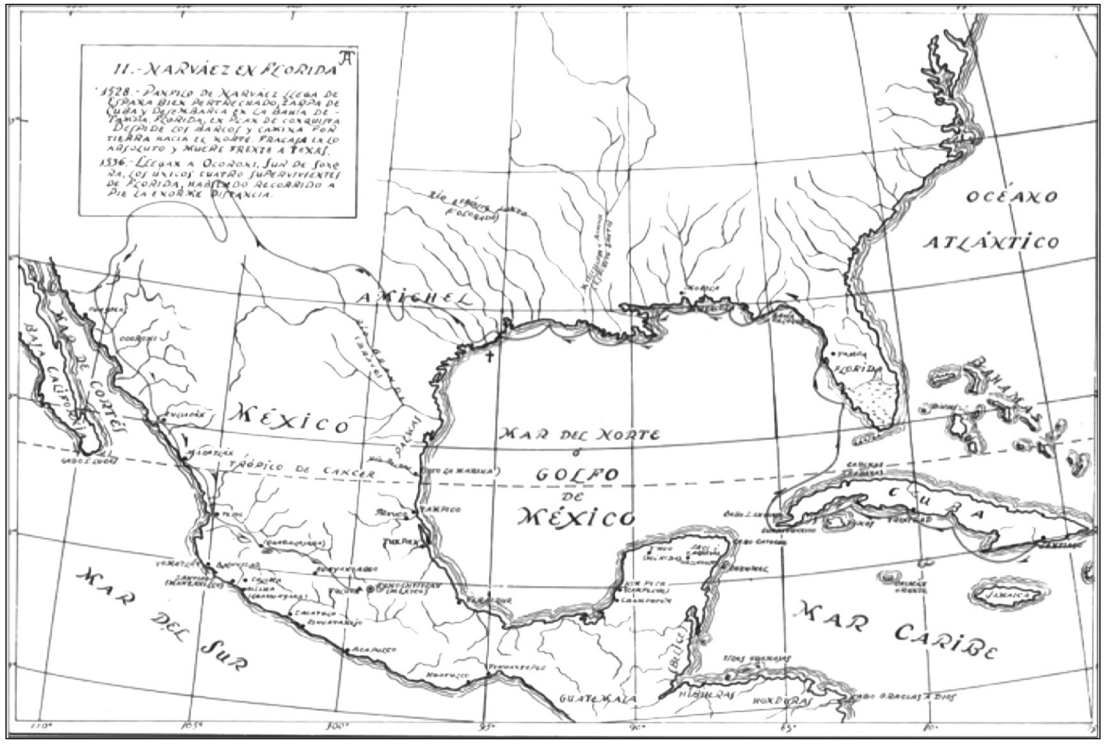
La cita expone el tema de la identidad del viajero en esta última etapa del viaje. En ella se representan y conforman tres identidades bien delineadas: por un lado están los "sobrevivientes" (Dorantes, Castillo, Estevanico y Cabeza de Vaca); por otro lado, los "cristianos" (la tropa de Alcaraz); y por último los "indios". Los "indios" no se quieren ir sin los "sobrevivientes" y los "cristianos" quieren convertirlos en esclavos. Para hacerlo, les dicen que Cabeza de Vaca y sus compañeros son también "cristianos" ("éramos dellos mismos"). Como afirma el narrador, "pasan muchas y grandes pendencias", pero mientras los "cristianos" incluyen bajo su misma identidad a los "sobrevivientes", claro que unidos pero no mezclados —unos son gente de "poca suerte" y ellos "señores de la tierra"—, el narrador y

sobreviviente, se diferencia claramente de los "cristianos" en un artilugio retórico donde son los indios quienes enuncian las diferencias y desmienten entonces la identidad entre "sobrevivientes" y "cristianos": vienen de donde sale el sol / vienen de donde se pone el sol; sanan gente enferma / matan gente sana; vienen desnudos y descalzos / vienen vestidos, en caballo y con armas; no tienen codicia porque con nada se quedan / todo se lo quedan y sólo buscan hallar más.

Esta crítica, hábilmente puesta en la boca de los "indios", pone en evidencia las complejidades de la identidad del viajero, figura dual y escindida atrapada en dos mundos, que en el relato de su viaje es capaz de cuestionar el comportamiento de su cultura originaria y en donde pueden leerse nuevos signos de identidad. El viajero, ese hombre que "viene de donde sale el sol", hombre "desnudo y descalzo" que "sana gente enferma" y "no tiene codicia", es diferente de esos otros hombres "que matan", "vienen vestidos" y "codician todo". El *intersticio* desde donde se enuncian esos nuevos signos de identidad se apoya en el cruce de culturas y en la articulación de las diferencias culturales.[74] El viajero es, entonces, el personaje clave donde dos mundos se cruzan y, en este sentido, quizás Cabeza de Vaca sea un paradigma en toda esta discusión.

[74] Es evidente que aquí me apoyo en la teoría de Bhabha: "lo que innova en la teoría, y es crucial en la política, es la necesidad de pensar más allá de las narrativas de las subjetividades originarias e iniciales, y concentrarse en esos momentos o procesos que se producen en la articulación de las diferencias culturales. Estos espacios entremedio [*in-between*] proveen el terreno para elaborar estrategias de identidad [*selfhood*] que inician nuevos signos de identidad y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento" (Homi Bhabha, *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires, 2002, p. 18). Al hablar de *articulación de las diferencias culturales* no pretendo olvidar la violencia de la Conquista, sobre todo en el Río de la Plata. Como opina Rebeca Siegel, "si estuvimos tentados a la seducción del atractivo políticamente correcto de su supuesta tolerancia al otro […], la historia nos desmintió" ("Transculturación, apropiación y el otro: de Cabeza de Vaca al capitán Cook", *Prolija Memoria*, 2, (2005), p. 13)—, sólo llamo la atención sobre la configuración de un personaje cuya identidad se presenta en *Naufragios* de forma compleja.

El viaje de Cabeza de Vaca (1528-1536)



Jesús Anaya Topete, *Atlas mexicano de la Conquista. Historia geográfica en 40 cartas*, FCE, México, 1958.

CONCLUSIONES

Leer las crónicas de Cortés, Bernal y Cabeza de Vaca es también leer los relatos de viajes de los primeros europeos que llegaron al continente americano; textos que dan cuenta de las acciones de la conquista, pero que también describen la realidad americana para un destinatario europeo ávido de noticias sobre el mundo nuevo. En este sentido, la literatura de viajes es un género que brindó, a lo largo de todo este análisis, elementos para precisar y estudiar estas crónicas.

La literatura y los viajes tienen una relación prolifera y antigua, y la presencia del tema es constante en numerosas formas de la narrativa románica medieval. No obstante, mientras el viaje como motivo tiene la función específica de proyectar la acción de los personajes, el viaje como organizador de la materia narrativa es uno de los elementos claves para la definición del género. Tanto en la épica hispánica como en la novela de caballerías las distintas "salidas" del personaje contribuyen a la elaboración del relato y al desarrollo de la trama. En la literatura de viajes, en cambio, el viaje organiza el relato y en el itinerario se estructuran todos los acontecimientos, acciones e información presentada por el narrador.

Éste último, casi siempre se dice viajero, es decir, personaje principal del relato, y siempre dice haber realizado el viaje que narra, más allá de que lo haya realizado o no. A grandes rasgos, ésta es distinción que utiliza Philippe Lejeune para caracterizar a la autobiografía: "un autobiógrafo no es alguien que dice la verdad sobre sí mismo, sino

alguien que dice que la dice".[1] En este mismo sentido: un viajero no es alguien que viajó, sino alguien que dice que viajó y que "convence" a sus lectores de que lo narrado es lo "vivido", lo "visto" y lo "visitado", generando así la ilusión de un *mundo recorrido*. Claro que ese *mundo* sólo es posible en el relato. Como opina Stephen Greenblat, en el discurso de viajes hay una distancia muy corta entre la representación (*representation*) y el representante (*a representative*), yo diría, entre el viajero y su repertorio de significados o su sistema de representación:[2] el mundo del relato de viajes es un mundo *creado* por el viajero y así fue estudiado en este análisis.

Conforme a esta perspectiva, se analizaron los viajes narrados en las crónicas desde dos frentes: 1) estudiando la textualización del itinerario y 2) buscando los antecedentes de la codificación del viaje. En el primer caso, el estudio de su *disposición* en el texto —la partida, la travesía, el encuentro, el retorno— sirvió para exponer la existencia de relatos de viajes en las crónicas. En el segundo caso, la identificación de toda una serie de procedimientos narrativos y descriptivos específicos sirvió para demostrar la filiación de las crónicas con los relatos de viajes hispánico medievales. Estos dos frentes generaron nuevas lecturas y espacios de reflexión sobre las crónicas de la Conquista: los textos estudiados también pueden ser leídos como literatura de viajes, no sólo porque presentan información sobre territorios remotos y culturas diferentes sino también porque están codificados de una manera precisa: el relato de viajes.

Esta codificación se sustentó en cinco categorías de análisis (el narrador-personaje; el itinerario; los esfuerzos y fatigas del viaje; la construcción por medio de la descripción; y las dos vertientes del

[1] *Apud,* Julio Peñate Rivero, "Camino del viaje hacia la literatura", en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, *op. cit*., p. 15.

[2] "For throughout the discourse of travel there is very little distance between a representation and a representative: Columbus, with his banners and his cross, stands for something beyond himself, as, in his eyes do the natives before him" (*Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, *op. cit*., p. 120).

viaje: lo heredado y lo adquirido), que resultaron operativas porque permitieron el estudio del viaje en dos ejemplos representativos (un viaje de conquista y un viaje de exploración) y en dos modalidades (el viaje como relato intercalado y el viaje como estructura general de la obra). Como reiteradamente se ha dicho, en sentido estricto, ninguna de las crónicas estudiadas fue concebida como literatura de viajes, pero después de este análisis quedó evidenciado que todas presentan las características modélicas propuestas o la codificación del relato de viajes en algunos segmentos narrativos.

El viaje de conquista narrado por Bernal Díaz en su *Historia verdadera…* se caracteriza principalmente por un conjunto de referencias épicas y heroicas, y se construye desde el punto de vista de un personaje que busca vencer y demostrar su participación en la Conquista. Se figura como una incursión de apropiación de los territorios y su narrador es un sujeto fuertemente centrado, un conquistador victorioso que enumera sus triunfos, un viajero que reconstruye su camino para dar cuenta de su participación en las batallas y para presentar el viaje como una hazaña. Tomando prestada una expresión de María José Rodilla, este viajero "responde al tipo de narrador europeo colonizador",[3] que presenta su viaje desde el horizonte cultural cristiano-medieval y que, desde una supuesta superioridad, articula los espacios recorridos como espacios dispuestos y listos para ser intervenidos. Así, la proyección de su trayectoria es una línea recta, un avance sin retrocesos desde la costa hacia el centro del continente, hacia la ciudad de Tenochtitlan, el espacio a conquistar. Dicha ciudad es un *punto sin retorno* para el viajero, que ya no regresa al Viejo Mundo, y que, por lo mismo, presenta nuevos rasgos en su subjetividad.

Si el viaje de conquista se caracteriza por la marca del mundo de origen que brinda los elementos para la interpretación del mundo

[3] "Vuelto a mi patria y de mi patria ausente. Ordóñez de Ceballos, peregrino del mundo", en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacio, viajes y viajeros, op. cit.,* p. 45.

visitado, en el polo opuesto se encuentra el viaje de exploración, que se caracteriza por la marca del abandono del mundo originario y el acercamiento al mundo del *otro*. El viaje de Cabeza de Vaca fue el ejemplo paradigmático en este análisis. Mientras Bernal y Cortés son conquistadores, Álvar Núñez "es un conquistado".[4] A diferencia de los viajes de apropiación articulados desde el éxito, el de Cabeza de Vaca es un viaje de pérdidas y fracasos. La narración de la acción heroica de la Conquista se transforma en los *Naufragios* en la narración de un viaje de exploración, el recorrido de un hombre desnudo por tierras desconocidas. El alejamiento de la cultura de origen y la permanencia en el contacto con lo desconocido abren en la subjetividad del personaje cambios que conllevan un cuestionamiento más profundo del mundo propio.

A lo largo del capítulo III se estudiaron las relaciones entre el relato de viajes medieval y los viajes narrados en las crónicas. Los procedimientos de escritura compartidos quedaron organizados en dos grandes grupos, procedimientos narrativos y procedimientos descriptivos. Los primeros establecen un tipo de organización que representa progresivamente el desplazamiento, donde el narrador-personaje precisa el recorrido dando coordenadas espacio-temporales y articulándolas con verbos de movimiento. Sin embargo, como fue señalado en numerosas oportunidades, en todos los casos es difícil reconstruir un "itinerario exacto" con base en el "itinerario descrito". Las apreciaciones expuestas confirman que las referencias espacio-temporales de un relato de viajes nunca pueden reducirse íntegramente al "viaje real" del que se dicen producto. Más allá de la existencia o no de un viaje realizado, éstas tienen el carácter ficcional propio del tratamiento narrativo, que se evidencia en las operaciones argumentativas del narrador y en su manejo de la temporalidad; ahí cuando da relieve a ciertos sucesos, cuando incorpora datos

[4] Carlos Lazcano Sahagún, "Prólogo" a Rafael Valdez Aguilar, *Cabeza de Vaca, chaman, op. cit.*, p. 9.

yuxtapuestos e interpolaciones de orden diverso, o cuando privilegia ciertas etapas y momentos del viaje en detrimento de otros. Estas operaciones, mientras en lo particular persiguen propósitos específicos según los intereses de cada narrador, en lo general demuestran que todo relato de viajes da un argumento al viaje. Éste se recupera en el texto mediante un dispositivo de escritura que conlleva una *tesis de viaje* y que, en caso de haber existido un "viaje real", nunca lo refleja con exactitud. En este sentido, ninguno de los textos estudiados admite una lectura fáctica o al menos ésta sería inocua, ya que el viaje narrado siempre es *otro viaje*.

Los procedimientos descriptivos responden a la serie de información de carácter geográfico, histórico, político y anecdótico que el viajero proporciona. En este punto, tanto en los viajes medievales como en los viajes narrados en las crónicas, la información proporcionada responde, por un lado, a la consignación de anécdotas o elementos curiosos y, por otro, a la descripción de los territorios y las ciudades halladas a lo largo del camino. Los primeros se relacionan directamente con las inquietudes del público para quien se escribe y hay diferencias notables entre los grupos. En los segundos, en cambio, los viajeros medievales y los conquistadores coinciden en fijarse en los mismos aspectos de la realidad: las posibilidades de la tierra y las riquezas halladas. La referencia al comercio, a la presencia o ausencia de cursos de agua y a los terrenos llanos y cultivados, en especial con granos, son referencias temáticas presentes en los dos grupos, donde incluso hay correspondencia de imágenes y analogías en la manera discursiva de las descripciones. Respecto de éstas últimas, no se trata sólo de las equivalencias en el léxico sino también de una retórica descriptiva específica, donde determinadas figuras y tópicos se repiten.

Lo mismo sucede con la descripciones de las ciudades, tanto los viajeros medievales como los primeros conquistadores describen determinados aspectos de la ciudad y no otros. A saber, construcción, seguridad y regulación; es decir, presencia de edificios, puentes,

monumentos, vías de acceso, lugares regulados para el comercio y mecanismos de defensa. Sin llegar a ser un modelo compositivo fijo, el análisis textual permitió identificar un procedimiento descriptivo evidente en un grupo y otro. Dicho procedimiento se encuentra emparentado con la *descriptio civitatis*, un antiguo género europeo. Los viajeros medievales y los primeros conquistadores ofrecen información de las ciudades que recorren describiendo principalmente la accesibilidad y dimensiones de la ciudad; el emplazamiento y calidad de sus construcciones; y los habitantes. Este modelo compositivo funciona de forma similar en la descripción de extensiones geográficas. Aunque Cabeza de Vaca nunca encuentra una gran ciudad en su recorrido, describe las regiones que recorre a partir de los mismos paradigmas de información. La presencia de estos elementos recurrentes indica un patrón a la hora de reconocer y describir una ciudad. Las analogías entre los relatos de viajes medievales y las crónicas de los primeros conquistadores demuestran que unas mismas necesidades comunicativas suponen en todas partes modelos descriptivos parecidos, incluso en el "mundo nuevo", donde las ciudades tienen un origen diferente al cristiano y medieval.

Lo mismo podría decirse de la descripción del encuentro con los gobernantes de las ciudades. En el análisis se detalló el encuentro de los embajadores de Enrique III y Tamorlán, emperador de un reino musulmán de Asia. La serie de elementos presentes en la descripción del mismo es semejante a la que compone la escena de uno ocurrido un siglo después, el de Cortés y Moctezuma. Sean embajadores o conquistadores, viajen por el Nuevo o por el Viejo Mundo, en el siglo xv o en el xvi, la mirada de los viajeros registra la escena del encuentro con un gran señor a partir de los mismos parámetros de información y con una retórica descriptiva específica que pone de manifiesto similitudes sorprendentes.

La comparación entre los viajes medievales y los viajes narrados en algunas crónicas no sólo mostró la filiación (en términos de características formales y temáticas compartidas o marcas comunes)

entre los grupos sino también la continuidad de ciertas construcciones narrativas. No obstante, el estudio de estas continuidades es un ámbito inagotable. Parece evidente entonces que los procedimientos de escritura del relato de viajes medieval que se rastrearon en crónicas de la Conquista son una pequeña muestra que puede ser ajustada, ampliada y completada. Estos viajes tienen mucho más que decir en cuanto a la construcción territorial, la organización de un espacio imaginario y los objetivos de quienes los escriben. Asimismo, sería relevante establecer las continuidades y diferencias entre los viajes narrados en las crónicas de la Conquista y los viajes posteriores al siglo XVI. Los géneros son históricos, se transforman, atraviesan umbrales y es imposible establecer un conjunto de características operativas para todos los estadios de su desarrollo. En este sentido, estudiar cuáles son las diferencias y las continuidades con los relatos de viajes posteriores a la época de la Conquista arrojaría nuevos resultados contrastivos.

BIBLIOGRAFÍA

Acutis, Cesare, "La inconfesable utopía", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México, 1993, pp. 49-55.

Adorno, Rolena, "La prole de Cabeza de Vaca: el legado multicentenario de una de las primeras jornadas europeas en América del Norte", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 60 (2004), pp. 251-268.

——, "Cómo leer Mala Cosa: Mitos caballerescos y amerindios en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca," en Beatriz González Stephan y Lucia Helena Costigan (eds.), *Crítica y descolonización: El sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, Caracas, 1992: 89-107.

Altuna, Elena, *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII*, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar-Latinoamericana, Berkeley, 2002.

Álvarez, Víctor Manuel, *Los conquistadores y la primera sociedad colonial*, El Colegio de México, México, 1973, (Tesis de doctorado).

Amaya Topete, Jesús, *Atlas mexicano de la Conquista. Historia geográfica en 40 cartas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

Añon, Valeria, "Desplazamientos, fronteras, memoria: Bernal Díaz del Castillo y el viaje a las Hibueras", *Acta Poética*, 2 (2006), pp. 299-323.

Armelagos, George, "Cultura y contacto: el choque de dos cocinas mundiales", en Janet Long (coord.), *Conquista y comida: consecuencias del encuentro de dos mundos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, pp. 105-129.

Augé, Marc, *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, traducción de Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 1998.

Arnold, David, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y expansión de Europa,* traducción de Roberto Elier, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

Bhabha, Homi, *El lugar de la cultura*, traducción de César Aira, Manantial, Buenos Aires, 2002.

Barba Esteve, Francisco, *Historiografía Indiana*, edición preparada por Hortensia Esteve a partir de nuevos materiales recopilados por el autor, Gredos, Madrid, 1992.

Barbón Rodríguez, José Antonio, "Estudio" a su edición de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación Internacional, México, 2005, pp. 3-1083.

Barrera López, Trinidad, "Problemas textuales de los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Historia y Bibliografía Americanista*, 30 (1986), pp. 21-30.

——, "Introducción" a su edición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Alianza, Madrid, 1985, 7-58.

—— y Carmen Valcárcel de Mora, "Los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca: entre la crónica y la novela", en Bibiano Torres Ramírez y José Hernández Polomo (eds.), *Jornadas de Andalucía en América II*, Universidad de Santa María de la Rábida, Sevilla, 1983, pp. 331-364.

Barthes, Roland, *et al*. *Análisis estructural del relato*, traducción de Beatriz Dorriots, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970.

Béguelin-Argimón, Victoria, "Lo maravilloso en tres relatos de viajeros castellanos del siglo xv", en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viajes y literaturas hispánicas*, Visor Libros, Madrid, 2004, pp. 87-99.

Beltrán, Rafael, "Libros de viajes medievales castellanos. Introducción al panorama crítico actual: ¿cuántos libros de viajes medievales castellanos?", *Revista de Filología Románica*, Anejo I (1991), pp. 124-163.

Blanco, José Joaquín, *La literatura en la Nueva España: conquista y Nuevo Mundo*, Cal y Arena, México, 1989.

Blecua, Alberto, *Manual de crítica textual*, Castalia, Madrid, 1983.

Carrizo Rueda, Sofía, "Pero Tafur, un autor-personaje cuestionado desde su propio discurso", en José Manuel Lucía Mejías (ed.), *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, t. 1, pp. 461-467.

——, *Poética del relato de viajes*, Reichenberger, Kassel, 1997, (Problemata Literaria: 37).

Cervantes, Fernando, *El diablo en el Nuevo Mundo. El impacto del diabolismo a través de la colonización Hispanoamericana*, versión castellana de Nicole d' Amonville, Herder, Barcelona, 1995.

Checa, Jorge, "Cortés y el espacio de la conquista: la *Segunda carta de relación*", *Modern Languages Notes*, 111 (1996), pp. 187-217.

Chipman, Donald, "In search of Cabeza de Vaca´s route across Texas: an historical survery", *Southwes Tern Historical Quarterly*, 91 (1987), pp. 127-148.

Cioranescu, Alejandro, "La conquista de América y las novelas de caballerías", *Estudios de literatura española y comparada*, Universidad de la Laguna, Tenerife, 1954, pp. 29-46.

——, "El descubrimiento de América y el arte de la descripción", *Colón, humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Prensa Española, Madrid, 1967, pp. 59-72, (Estudios de crítica y filología: 4).

Clendinnen, Inga, "Fierce and Unnatural cruelty": Cortés and the conquest of México", en Stephen Greenblatt (ed.), *New World Encounters*, University of California, Berkeley, 1993, pp. 13-47.

Colón, Cristóbal, *Los cuatro viajes*, edición de Consuelo Varela, Alianza, Madrid, 1986.

Concha, Jaime, "Réquiem por el «buen cautivo»", *Hispamérica*, 45 (1986), pp. 3-15.

Cortés Hernán, *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Castalia, Madrid, 1993, (Clásicos Castalia: 198).

Cortínez, Verónica, *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*, Oak, México, 2000.

Croveto, Pier Luigi, Raúl Crisafio y Ernesto Franco, "El naufragio en el Nuevo Mundo: de la escritura formulizada a la prefiguración de lo novelesco", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México, 1993, pp. 205-218.

Curtius, Robert Ernest, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2 vols., traducción de Antonio Alatorre y Margit Frenk, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

Dávilo, Beatriz y Claudia Gotta (comp.), *Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2000.

De Aínsa, Fernando, "El viaje como trasgresión y descubrimiento. De la Edad de Oro a la vivencia de América", en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Visor Libros, Madrid, 2004, pp. 46-70, (Biblioteca Filológica Hispánica: 81).

De Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1929.

De Solano, Francisco, "Significación y tipología de los cuestionarios de Indias", *Cuestionarios para la formación de las relaciones geográficas de Indias siglos XVI / XIX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988, pp. xvii-xxvii.

——, *Antonio de Ulloa y la Nueva España*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987.

Delgado Gómez, Ángel, "Escritura y oralidad en Bernal Díaz", en Ignacio Arellano y Fermín del Pino (eds.), *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias: una propuesta interdisciplinaria*, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2004, pp. 137-155.

Díaz Balsera, Viviana, "Estrategias metatextuales de Hernán Cortés, autor de la conquista de México", *Neophilologus*, 73 (1989), pp. 218-229.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de José Antonio Barbón Rodríguez, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación Internacional, México, 2005.

Documentos cortesianos, 4 vols., edición de José Luís Martínez, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, México, 1993, (Primera reimpresión de la Primera edición 1990).

Domínguez, César, *Juan del Encina, el peregrino: temas y técnicas de la "Tribagia"*, Department of Hispanic Studies Queen Mary and Westfield College, London, 2000, (Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar: 31).

——, "Un relato de viaje de Juan del Encina: la *Tribagia* y su llamada a la *recuperatio Terrae Sanctae*", *Revista de Literatura Medieval*, 11 (1999), pp. 217-245.

——, "El factor testimonial en los relatos de peregrinación: el caso de la *Tribagia* de Juan del Encina", en Javier Guijarro Cevallos (ed.), *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1999, pp. 325-334, (Estudios Filológicos: 271).

Duviols, Jean-Paul, *L'Amerique espagnole vue el rêvée. Les livres de voyages de Chistophe Colomb à Bougainville 1492-1768*, Promodis, Paris, 1995.

Eberenz, Rolf, "Ruy González de Clavijo et Pero Tafur: L' image de la ville", *Etudes de Letras*, sep. (1992), pp. 29-51.

El libro de Marco Polo. Ejemplar anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla, facsímil editado por Juan Gil, Testamento, Madrid, 1986, (*Tabula Americae*: 5).

El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella, edición, introducción y notas de Juan Gil, Alianza Universidad, Madrid, 1988.

Elliott, John, *El viejo mundo y el nuevo: 1492-1650*, trad. de Rafael Sánchez Mantero, Alianza, Madrid, 1970.

Ette, Ottmar, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, traducción de Antonio Ángel Delgado, Universidad Nacional Autónoma, México, 2001.

Fernández Bravo, Álvaro y Florencia Garramuño, "Entrevista con Homi Bhabha", en Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación: lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Manantial, Buenos Aires, 2000, pp. 223-230.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959, vol. 117.

Fick, Bárbara, *El libro de viajes en la España medieval*, Seminario de Filología Hispánica, Santiago de Chile, 1976, (Theses et Studia Scholastica: 1).

Florencia, María Christen, "El viaje a las tinieblas. La expedición a las Hibueras según Bernal Díaz del Castillo", en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacio, viajes y viajeros*, Universidad Autónoma Metropolitana-Aldus, México, 2004, pp. 19-42.

Flores, Enrique, "El silencio de la conquista: poéticas de Bernal Díaz", *Revista de Crítica Literaria Latinoamérica*, 57 (2003), pp. 143-150.

Frankl, Victor, *El «Antijovio» de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y del Manierismo*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1963.

Fogelquist, James Donald, *El «Amadís» y el género de la historia fingida*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982.

Foucault, Michel, "¿Qué es un autor?", en Nara Araujo y Teresa Delgado (comp.), *Textos de teorías y críticas literarias*, Mercie Group, La Habana, 1999, pp. 246-273.

García Castillo, Jesús Eduardo, *Procedimientos narrativos en la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, El Colegio de México, México, 2007, (Tesis de doctorado).

Genette, Gérard, *Ficción y dicción*, traducción de Carlos Manzano, Lumen, Barcelona, 1993, (Palabra Crítica: 16).

Glantz, Margo, "El cuerpo inscrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio: Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Ensayos sobre literatura colonial*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pp. 86-116.

Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, traducción de Antonio Alatorre, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Gilman, Stephen, "Bernal Díaz del Castillo and *Amadis de Gaula*", en Paul Aebischer *et al.*, *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, Gredos, Madrid, 1961, t. 1, pp. 99-113.

Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Alianza Universidad, Barcelona, 1989.

——, "Introducción" a su edición de Marco Polo, *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El Libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. I-LXIXXX.

González de Clavijo, Ruy, *Embajada a Tamorlán*, versión en castellano moderno y edición de Francisco López Estrada, Castalia, Madrid, 2004.

González Echevarría, Roberto, *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*, México, traducción de Virginia Aguirre Muñoz, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Greenblatt, Sthephen, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, University of Chicago, Chicago, 1992.

Guglielmi, Nilda, *Las ciudades medievales y sus gentes*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires, 1981.

Guerasi-Navarro, Nina, "Naufragios y hallazgos de una voz narrativa en la escritura de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Julio Ortega y José Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista: la escritura del Nuevo Mundo*, El Colegio de México-Brown University, México, 1994, pp. 175-185.

Guéret-Laferté, Michèle, *Sur les routes de l'empire Mongol: Ordre et rhétorique des relations de voyage zur XIII et XIV siècles*, Honoré Champion, Paris, 1994, (Nouvelle Bibliotèque du Moyen Ăge: 28).

Guérin, Miguel Alberto, "El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecúmene europea", *Dispositio*, 42 (1992), pp. 1-19.

Hallenbeck, Cleve, *Álvar Núñez Cabeza de Vaca: the journey and route of the first europeans to cross the continent of North America, 1534-1536*, Kennikat, New York, 1971.

Haro, Marta, "El viaje sapiencial en la prosa didáctica castellana de la Edad Media", en Alan Deyermond y Ralph Penny (eds.), *Actas del primer congreso Anglo-Hispano*, Castalia, Madrid, 1994, t. 2, pp. 59-72, 2 vols.

Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, El Colegio de México, México, 1942.

Jiménez de la Espada, Marcos, "Presentación preliminar", *El libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo, que escribió un franciscano español a mediados del siglo XIV*, Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, tomo II, 1877.

——, *Libro del conosçimiento*, prólogo de Francisco López Estrada, El Albir, Barcelona, 1980 (Libros de viajes: 1).

Kappler, Claude-Claire, *Monstres, démons et merveilles à la fin du Moyen Age*, Payot & Rivages, Paris, 1999.

Kohut, Kart, "Las crónicas de indias y la teoría historiográfica: desde los comienzos hasta mediados del siglo XVI", en Kart Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, El Colegio de México, México, 2007, pp. 15-60.

Kruger-Hickman, Kathryn, *Literary strategies of persuasión in the cartas-relaciones of Hernán Cortés*, University of California, San Diego, 1987, (Tesis de doctorado).

Krieger, Alex, "The travels of Álvar Núñez Cabeza de Vaca in Texas and México, 1534-1536", en Manuel Maldonado-Koerdell *et al.*, *Homenaje a Pablo Martínez del Río: los orígenes americanos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1961, pp. 459-474.

Labarge Wade, Margaret, *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*, traducción de José Luis López Muñoz, Nerea, Hondarribia, 2000.

Lacarra, María Jesús, María del Carmen Lacarra Ducay y Alberto Montaner, "Estudios" a su edición de el *Libro del conocimiento de todos los rrengos et tierras et señoríos que son por el mundo et de las señales et armas que han*, edición facsimilar del manuscrito Z, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Zaragoza, 1999.

Lafaye, Jacques, "Los «milagros» de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México, 1993, pp. 17-35.

Lagmanovich, David, "Los *Naufragios* de Álvar Núñez como construcción narrativa", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México, 1993, pp. 37-48.

Lapesa, Rafael, "La ruptura de la *consecutio temporum* en Bernal Díaz del Castillo", *Anuario de Letras*, 7 (1969), pp. 73-83.

Lastra, Pedro, "Espacios de Álvar Núñez: las transformaciones de una escritura", *Cuadernos Americanos*, 3 (1984), pp. 150-163.

Laurent, Jenny, "La estrategie de la forme", *Poétique*, 27 (1976), pp. 257-281.

Lausberg, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, 3 vols., versión española de José Pérez Riesco, Gredos, Madrid, 1967.

Lazcano Sahagún, Carlos, "Prólogo" a Rafael Valdez Aguilar, *Cabeza de Vaca, chaman*, México Desconocido, México, 2002, pp. 9-10.

Le Goff, Jacques, *La ville médiévale*, en George Duby (ed.), *Histoire de la France Urbaine*, 2 vols., Seuil, París, 1980.

——, *Lo cotidiano y lo maravilloso en el occidente medieval*, Gedisa, Barcelona, 1986 (Serie Mediaciones: 12).

Leonard, Irving, *Los libros del conquistador*, traducción de Mauricio Monteforte Toledo, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Lerner, John, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, traducción de Miguel Portillo Díez, Paidós, Barcelona, 2001.

Lewis, Robert, "Los *Naufragios* de Álvar Núñez: historia y ficción", *Revista Iberoamericana*, 120-121 (1982), pp. 681-694.

López de Gómara, Francisco, *Historia de la conquista de México*, edición de Jorge Gurria Lacroix, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979.

López de Mariscal, Blanca, *Relatos y relaciones de Viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI. Un acercamiento a la identificación del género,* Polifemo-Tecnológico de Monterrey, Madrid, 2004.

——, "Modelos narrativos para los cronistas del Nuevo Mundo: una mirada a los textos fundantes", en José Pascual Buxo (ed.), *Permanencia y destino de la literatura novohispana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, pp. 57-67.

López Estrada, Francisco, "Procedimientos narrativos en la *Embajada a Tamorlán*", *El Crotalón*, I (1984), pp. 129-146.

——, *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2003, (Arcadia de las Letras: 15).

Llarena González, Alicia, "Un asombro verbal para un descubrimiento: los cronistas de Indias (Colón, Cortés, Bernal, Las Casas)", en Julio Ortega y José Amor Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura en el Nuevo Mundo*, El Colegio de México-Brown University, México, 1994, pp. 117-125.

Madariaga, Salvador de, *Vida del muy magnífico señor Don Cristóbal Colón*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

Mandevilla, Juan de, *Libro de las maravillas del mundo*, edición de María Mercedes Rodríguez Temperley, Seminario de Edición y Crítica Textual, Buenos Aires, 2005.

Manrique, Jorge, *Poesía completa*, edición de Ángel Gómez Moreno, Alianza, Madrid, 2000.

Maravall, José Antonio, *Antiguos y modernos: visión de la historia e idea del progreso hasta el Renacimiento,* Alianza, Madrid, 1986.

Martinell Gifre, Emma, *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Mapfre, Madrid, 1992.

Martínez Crespo, Alicia, "Los libros de viajes del siglo xv y las primeras crónicas de Indias", en Manuel Criado de Val (ed.), *Literatura hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento. Actas del congreso internacional sobre la literatura hispánica en la época de los Reyes Católicos y el descubrimiento*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1989, pp. 423-430.

Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Maura, Juan Francisco, "Veracidad en los *Naufragios*. La técnica narrativa de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Revista Iberoamericana*, 61 (1995), pp. 175-185.

——, "Nuevos datos para la biografía de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 620 (2002), pp. 75-87.

Mejías-López, William, "Los 'sodomitas' amerindios y Bernal Díaz del Castillo", *La Torre*, 10 (1996), pp. 129-155.

Mendiola, Alfonso, *Retórica, comunicación y realidad: la construcción retórica de la batalla en las crónicas de la conquista*, Universidad Iberoamericana, México, 2003.

Mignolo, Walter, "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Languages Notes*, 96 (1981), pp. 359-402.

——, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, Cátedra, Madrid, t. 1, 1982, pp. 57-116.

——, "Puting the Americas on the Map. Geography and the Colonization of Space", *Colonial Latin American Review* , 1-2 (1992), pp. 25-63.

Molina, Ángel "Territorio, espacio y ciudad en la Edad Media", en Hernando Bonachía (ed.), *La ciudad medieval*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1996, pp. 35-52.

Mollat, Michel, *Los exploradores del siglo XIII al XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*, traducción de Ligia Arjona Mijangos, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

——, "L' Homo viator", *Temas medievales,* 5 (1995), pp. 5-14.

Molloy, Sylvia, "Alteridad y reconocimiento en los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 35 (1987), pp. 425-449.

Morel-Fatio, Alfred Paul, "Andanças é viajes de Pero Tafur", *Revue Critique d´Histoire et de Littérature*, febrero, (1875), pp. 135-141.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Los naufragios*, edición de Enrique Pupo-Walker, Castalia, Madrid, 1992, (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica: 5).

Obeyesekere, Gananath, *The Apoteosis of Capitain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeton University, New Jersey, 1992.

Ong, Walter, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, traducción de Angélica Scherp, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1999.

Parodi, Claudia, Karen Dakin y Mercedes Montes de Oca (eds.), *Visiones del encuentro de dos mundos en América: lengua, cultura, traducción y*

transculturación, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos, México, 2009.

Pastor, Beatriz, *Discursos narrativos de la conquista. Mitificación y emergencia*, Ediciones del Norte, Hanover, 1988.

——, "Desmitificación y crítica en las relación de los *Naufragios*", en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México, 1993, pp. 89-117.

——, *El jardín y el peregrino: el pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1999.

Peñate Rivero, Julio, "Camino del viaje hacia la literatura", en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Visor Libros, Madrid, 2004, pp. 13-29.

Pérez Martínez, Herón, "La redacción de la *Historia verdadera* de Bernal", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 91 (2002), pp. 39-73.

——, "Autógrafos y apógrafos: el texto de la *Historia verdadera*", en Miguel Ángel Porrúa (ed.), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Estudios críticos*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1992, pp. 99-120.

——, "¿Cuál es el texto auténtico de la *Historia verdadera*?", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 48 (1991), pp. 67-87.

Pérez Priego, Miguel Ángel, "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *Epos*, I (1984), pp. 217-239.

——, "Maravillas en los libros de viajes", *Compás de Letras*, 7 (1995), pp. 65-78.

Pezzuto, Marcela, "Una lectura de *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca a la luz de un modelo de relato de viajes", en Sofía Carrizo Rueda (ed.), *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de "fragmentos de mundo"*, Biblos, Buenos Aires, 2008: 35-50.

Pimentel, Luz Aurora, *El espacio en la ficción. Ficciones espaciales: la representación del espacio en los textos narrativos*, Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo xxi, México, 2001.

Pirenne, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, traducción de Francisco Calvo, Alianza, Madrid, 1972.

Poema de Mio Cid, edición de Ian Michael, Castalia, Madrid, 1984.

Popeanga, Eugenia, "Lectura e investigación de los libros de viajes medievales", *Revista de Filología Románica*, Anejo I (1991), pp. 9-25.

——, "Mito y realidad en los libros de viajes medievales", en Rafael Beltrán, José Luis Canet y José Luis Sirera (eds.), *Historias y ficciones. Actas del Coloquio sobre la Literatura del Siglo XV*, Universidad de Valencia, Valencia, 1991, pp. 73-81.

——, "El viaje iniciático. Las peregrinaciones: itinerarios, guías y relatos", *Revista de Filología Románica*, Anejo I (1991), pp. 27-37.

——, "El discurso medieval en los libros de viajes", *Filología Románica*, 8 (1991), pp. 149-162.

Pranzetti, Luisa, "El naufragio como metáfora", traducción de Manuel Arbolí, en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México, 1993, pp. 57-73.

Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes. Travel writing and transculturation*, Routledge, London/New York, 1992.

Pupo-Walker, Enrique, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Gredos, Madrid, 1982, (Biblioteca Románica Hispánica. Estudios y Ensayos: 318).

——, "Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1 (1990), pp.163-196.

——, "Introducción" a su edición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Los Naufragios*, Castalia, Madrid, pp. 10-174.

Ramírez Cabañas, Joaquín, "Introducción" a su edición de Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, Pedro Robledo, México, 1943, t. 1.

Ramírez Vidal, Gerardo, "Retórica y colonialismo en las crónicas de la conquista", en Julian Arribas Rebollo *et al.* (eds.), *Temas de retórica hispánica renacentista*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000, pp. 69-88.

Regales Serna, Antonio, "Para una crítica de la categoría literatura de viajes", *Castilla*, 5 (1983), pp. 63-85.

Richard, Jean, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Imprimerie Orientaliste, Turnhout, 1981, (Typologie des Sources du Moyen Âge Occidental : A-I.7).

Ricoeur Paul, *Tiempo y narración*, trad. de Agustín Neira, Siglo xxi, México, 1995, 3 vols.

Rimmon-Kenan, Shlomith, *Narrative Ficcion: contemporary poetics*, Methuen, London/New York, 1983.

Riquer, Isabel de, "La peregrinación fingida", *Revista de Filología Románica*, 8 (1991), p. 103-119.

Rodilla, María José, "Cartografías medievales. Literatura en movimiento", en Concepción Company, Aurelio González y Lilian von der Walde (eds.), *Textos medievales: recursos, pensamiento e influencia. Trabajos de las ix Jornadas Medievales*, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2005, pp. 395-408.

——, "El imperio de Tamorlán en la mirada de los embajadores castellanos", en Aurelio González, Lillian von der Walde y Concepción Company (eds.), *Visiones y crónicas medievales. Actas de las vii Jornadas Medievales*, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002, pp. 185-194.

——, "Espacios sagrados y espacios míticos. La retórica del viaje en las Andanças de Pero Tafur", en Lilian von der Walde, Concepción Company y Aurelio González (eds.), *Literatura y conocimiento medieval. Actas de las viii Jornadas Medievales*, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2003, pp. 345-353.

——, "Vuelto a mi patria y de mi patria ausente. Ordóñez de Ceballos, peregrino del mundo", en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacio, viajes y viajeros,* Universidad Autónoma Metropolitana-Aldus, México, 2004, pp. 43-64.

Rodríguez, Jimena, "Fatigas y esfuerzos: marcas textuales del relato de viajes en crónicas de la Conquista", *Espéculo*. *Revista Electrónica de Estudios Literarios*, 42 (julio-octubre 2009), *http://www.ucm.es/info/especulo*

——, "Tamorlán y Moctezuma. El encuentro con un gran señor en la mirada de viajeros de los siglos xv y xvi", *Revista Medievalia,* 2010. En prensa.

——, "Reflexión historiográfica en la Historia verdadera: aventuras y desventuras de un narrador privilegiado", en Kart Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, El Colegio de México, México, 2007, pp. 163-188.

—— y Alejandro de Oto, "Sobre fuentes históricas y relatos de viajes", en Sandra Fernández, Patricio Geli y Margarita Pierini (eds.), *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*, Prehistoria, Rosario, 2008, pp. 21-32.

Rodríguez de Montalvo, Garcí, *Amadís de Gaula*, 2 vols., edición de Juan Manuel Cacho Blecual, Cátedra, Madrid, 1988.

Rodríguez Prampolini, Ida, *Amadises de América: la hazaña de indias como empresa de caballeresca*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1977.

Rose, Sonia, "Problemas de la edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo", en Ignacio Arellano y José Antonio Rodríguez Garrido (eds)., *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 1999, pp. 387-397.

——, "El narrador fidedigno: problemas de autoacreditación en la obra de Bernal Díaz del Castillo", *Revista de Literatura Mexicana*, 2 (1990), pp. 227-348.

Rozat Dupeyron, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, Universidad Veracruzana, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2002.

Rubio Tovar, Joaquín, "Viajes, mapas y literatura en la España medieval", en Miguel Ángel García Guinea (ed.), *Viajes y viajeros en la España medieval*, Polifemo, Madrid, 1997, pp. 11-35.

——, "Cinco ciudades europeas (el testimonio de un viajero medieval)", *Revista de Occidente*, 51 (1985), pp. 43-56.

Ruiz-Doménec, José Enrique, "El viaje y sus modos: peregrinación, errancia, paseo", en Miguel Ángel García Guinea (ed.), *Viajes y viajeros en la España medieval*, Polifemo, Madrid, 1997, pp. 85-94.

Sáenz de Santamaría, Carmelo, *Historia de una historia. Bernal Díaz del Castillo*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1984.

Salcines de Delás, Diana, *La literatura de viajes: una encrucijada de textos*, Universidad Complutense de Madrid, 1996, (Tesis de doctorado).

Sauer, Carl, *The road to Cíbola*, University of California, Berkley, 1966.

——, *Sixteenth century North América*, University of California, Berkley, 1971.

Scout, Nina, "La comida como signo: los encuentros culinarios de América", en Janet Long (coord.), *Conquista y comida: consecuencias del encuentro de dos mundos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, 145-154.

Siegel, Rebeca, "Transculturación, apropiación y el otro: de Cabeza de Vaca al capitán Cook", *Prolija Memoria. Estudios de cultura virreinal*, 2 (2005), pp. 7-30.

Sola, Sabino, *El diablo y los diabólico en las letras americanas (1550-1750)*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1973.

Spitta, Silvia, "Chamanismo y cristiandad: una lectura de la lógica intercultural de los *Naufragios* de Cabeza de Vaca", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 38 (1993), pp. 317-330.

Suárez, Juana, "Dominado y dominador: aspectos de la representación de género en Cabeza de Vaca", *Romance Lenguaje Annual*, 10 (1998), pp. 836-842.

Spurr, David, *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Ttravel Writing and Imperial Administrations*, Duke University, Durham/Londres, 1993.

Subirats, Eduardo, *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Maya y Mario Muchnik, Madrid, 1994.

Tafur, Pero, *Andanças e viajes de un hidalgo español (1435-1439)*, presentación, edición, ilustraciones, notas, vocabulario geográfico y glosario de Marcos Jiménez de la Espada, Polifemo-Miraguano, Madrid, 1995.

Todorov, Tzvetan, "El origen de los géneros" en Miguel Ángel Garrido Gallardo (comp.), *Teoría de los géneros literarios*, Arco/Libros, Madrid, 1988, pp. 31-72.

Tomachesvski, Boris, *Teoría de la literatura*, traducción de María Suarez, Akal, Madrid, 1982.

Valcárcel Martínez, Simón, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1997.

Valdez Aguilar, Rafael, *Cabeza de Vaca, chamán*, México Desconocido, México, 2002.

Varcárcel de Mora, Carmen, "Mestizaje literario y elementos novelescos en Los Naufragios", en Bibiano Torres Ramírez y José Hernádez Polomo (eds.), *Andalucía y América en el siglo XVI. Actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, Universidad de Santa María de la Rábida, Sevilla, 1984, t. 2, pp. 347-364.

Vitorino, Clara, "Histoire et litterature: la reception de los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", *Dedalus. Revista Portuguesa de literatura comparada*, 3 (1993-1994), pp. 139-147.

Vives, Juan Luis, *Del arte de hablar*, edición bilingüe de J. M. Rodríguez, Universidad de Granada, Granada, 2000.

Williams, O. W., "Route of Cabeza de Vaca in Texas", *Quarterly of the Texas State Historical Association*, July (1899), pp. 54-64.

Zavala, Silvio, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Porrúa, México, 1971.

Zepeda, Jorge, "La metareflexión en los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca", en Kart Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, El Colegio de México, México, 2007, pp. 107-132.

Zumthor, Paul, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, traducción de Alicia Martorell, Cátedra, Madrid, 1994.

Conexiones trasatlánticas: viajes medievales
y crónicas de la Conquista de América
se terminó de imprimir en agosto de 2010
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.
Av. Coyoacán 1450, Col. Del Valle 03220 México, D.F.
Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

S e r i e
Estudios de
Lingüística
y Literatura
LVI

Los primeros cronistas de Indias narran los viajes expedicionarios y de conquista describiendo los territorios recorridos y las culturas encontradas en el camino. En la narración de estos viajes, el itinerario seguido impone un orden al relato y el explorador describe el mundo que se despliega ante él con una retórica descriptiva específica. Dicha retórica se inscribe en la tradición literaria de relato de viajes hispánico-medieval y pone de manifiesto las convenciones, tópicos y modelos de representación de la alteridad en Occidente. Desde los viajes medievales hay cierta manera de representar el mundo que traspone los siglos y las geografías (imaginarias o reales), y que está presente en distintos géneros discursivos mediante principios organizadores. Estos principios, puestos en dispositivos narrativos, tienen una poética, una retórica y un orden interior al cual llamo 'relato de viajes', y un orden exterior que, en el caso de las crónicas, se vincula con el registro, la organización y la diseminación de la información sobre las nuevas tierras. *Conexiones trasatlánticas. Viajes medievales y crónicas de la conquista de América* propone revisitar los relatos de los primeros europeos en Indias desde una perspectiva que trasciende épocas y géneros literarios, enfatizando el análisis de las intersecciones entre tradiciones discursivas y rompiendo las relaciones fijas entre los espacios geográficos, la historia y la literatura.

ISBN: 978-607-462-115-0

EL COLEGIO DE MÉXICO